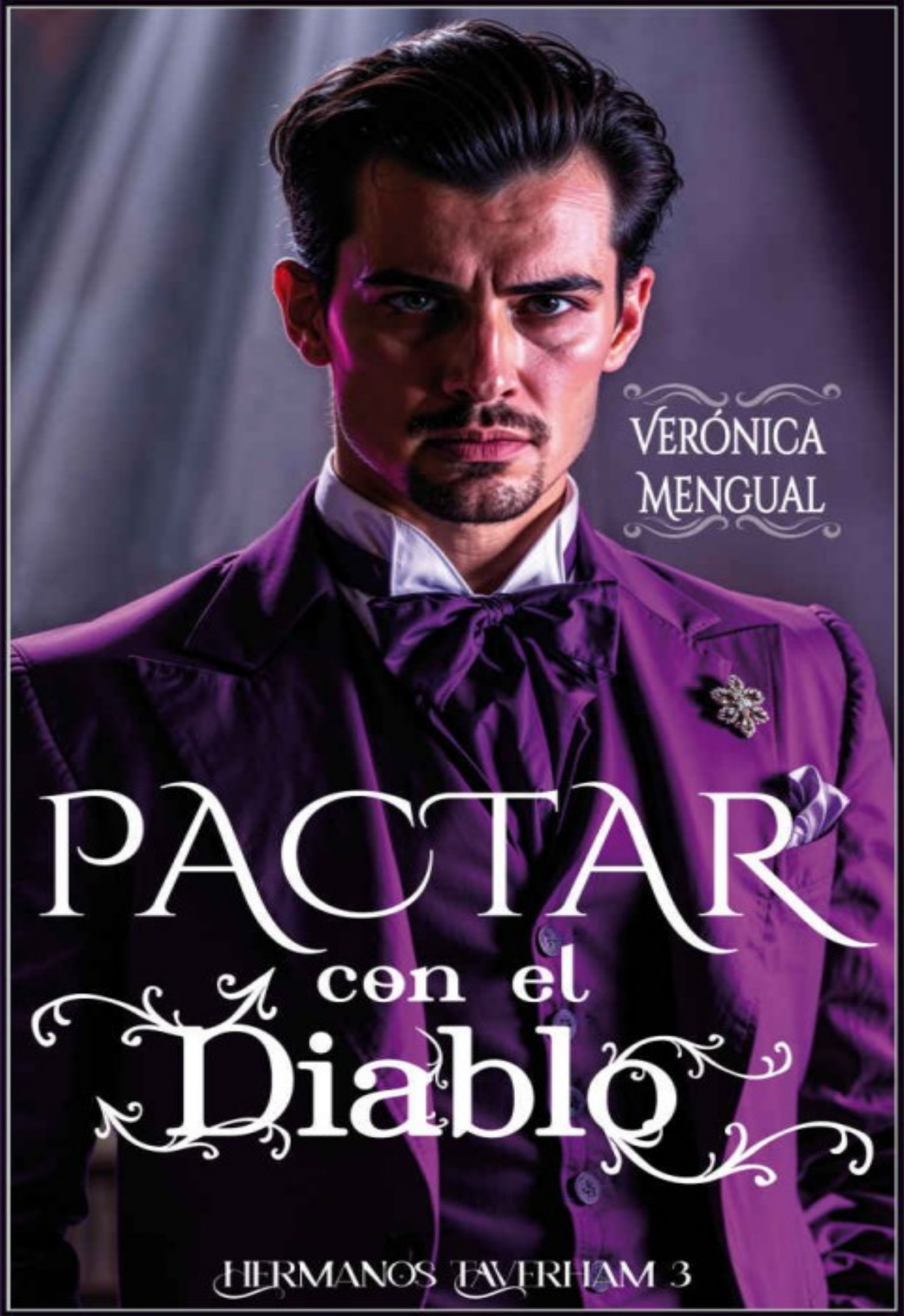

VERÓNICA
MENGUAL
PACTAR
con el
Diablo
HERMANOS TAVERHAM 3

© VERÓNICA MENGUAL
Pactar con el diablo
ASIN: B0DQVQWG6K
Sello: Independently published

Primera edición, julio de 2025.
Impreso en España.
Edición: José Pedro Baeza Piera.
Inscrito en Safe Creative: 2412180410148.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Pactar con el diablo

Una obsesión desesperada

Hermanos Taverham 3

Verónica Mengual

A veces, el amor más feroz nace en la oscuridad.
No entre bailes ni promesas, sino entre cicatrices, silencios y redención.
Este es el viaje de un hombre seguro de no merecer ser amado,
y de una mujer lo bastante valiente como para quedarse.
Bienvenida, lectora, a la historia de un Ángel Negro,
un soldado de la noche, que finalmente se convirtió en lo que debía.

Sinopsis

Dorian Taverham ha sobrevivido a su estigma como hijo ilegítimo de un conde. No se puede quejar, o tal vez sí, porque el precio que ha pagado para poder seguir adelante ha oscurecido su alma, tanto como para acabar siendo un diablo.

El **Ángel Negro de St. Giles** no tiene sentimientos tiernos ni tampoco hay ni un gramo de azúcar corriendo por sus venas, ¡se pegaría un tiro si así fuese! Aunque, a pesar de saber que la luz no es para un tipo como él, no puede evitar prestarle atención a una joya de incalculable valor que podría poner todo su mundo del revés si se lo permitiese.

Cuando **lady Ofelia Mabry** comprende que los planes que su padre tiene para ella no son los que había supuesto, es demasiado tarde para escapar de un destino cruel. Lo que ella no esperaba,

mientras ese desconocido le ofrecía un pacto inaceptable, era que acabaría vendiendo su alma para no poder recuperarla nunca.

Un hombre duro y arrogante, hecho a sí mismo. Una mujer que ha sido criada para ser esposa y madre… El choque de sus clases sociales y convicciones provocará un auténtico terremoto en esta última novela de la serie los Hermanos Taverham *de Verónica Mengual.*

Índice

Prefacio

Todo tiene un principio

Capítulo 1

El arte de fingir indiferencia

Capítulo 2

La hora del baile

Capítulo 3

Cuando el pasado se presenta

Capítulo 4

La complicación del presente

Capítulo 5

La adversidad del amor

Capítulo 6

Un pretendiente torpe

Capítulo 7

La toma de decisiones

Capítulo 8

La ansiedad del tirano

Capítulo 9

La realidad más auténtica

Capítulo 10

Un lobo herido y furioso

Capítulo 11

Una sorpresa desagradable

Capítulo 12

La angustiosa búsqueda

Capítulo 13

La perfidia de la familia

Capítulo 14

El abismo de la culpa

Capítulo 15

Un salvador en toda regla

Capítulo 16

La batalla crucial

Capítulo 17

El precio de la salvación

Capítulo 18

El sacrificio del lobo

Capítulo 19

El poder del amor

Capítulo 20

Cuando la verdad es irremediable

Capítulo 21

Un reconocimiento... al fin

Capítulo 22

Dulce como la miel

Epílogo

Familia y... venganza

Hablemos de la **trilogía**

«Casarse con un conde»

«Ligada a un granuja»

«Pactar con el diablo»

Aclaración sobre los Taverham

Todos los títulos por orden

Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Northumberland, Inglaterra, 1799

Dorian Taverham llevaba horas caminando. El viento le cortaba la cara, la capa apenas lo abrigaba, se le pegaba al cuerpo empapado, y los pies le dolían con cada paso que daba sobre el barro helado. Tenía catorce años, era lo bastante mayor como para buscar su propio camino, así que no pensaba volver. Aquello no era su hogar, era una cárcel, y ni el amor de su madre lograba sostenerlo ya.

No podía más. Era imposible seguir viviendo de ese modo.

La imagen de su madre le venía a la mente una y otra vez. La repudiada condesa de Ashbury tenía el rostro blanco, las ojeras profundas, y lo peor era la manera en que ya ni siquiera protestaba cuando el viejo diablo iba a visitarla únicamente para humillarla. Su valiente y pobre madre vivía como una sombra en aquella casa perdida entre la niebla. La voz se le había quebrado hacía meses, igual que el alma.

Y Dorian no podía seguir viendo cómo su bendita madre se deshacía y mantener el silencio. Le había dado su palabra de que jamás se enfrentaría a Ashbury, no porque ella estuviese enamorada de ese diablo, sino porque la condesa sabía que su esposo era un monstruo de fuertes convicciones y no quería que su esposo le hiciese daño.

El maldito Ashbury, ese que había renegado no solo de su madre, sino también de él, los había desterrado a una casa antigua, sombría y aislada. Fue la residencia menos atendida de la familia Taverham, usada durante generaciones solo para alojar a parientes lejanos o personal indeseado.

Cuando la instaló allí, el conde la mantuvo con el mínimo de personal: un ama de llaves y dos criados. Detestaba ese lugar que apenas tenía luz en las estancias. La mansión, de piedra

oscura, con ventanales fríos y corrientes de aire, resultaba tan inhóspita como el castigo al que el diablo quería someterlos a ambos.

Dorian tenía dos hermanos a los que no conocía. Uno era perfecto, según había deducido de alguna que otra conversación escuchada con sigilo. El heredero de su padre, Sebastian se llamaba, era el que había evitado que ambos pasasen más penurias de las que Ashbury pretendía, pues su hermano mayor les enviaba dinero sin que el conde se enterase.

Luego estaba Julian, uno a quien Ashbury no había repudiado, pero al que desaprobaba con todas sus fuerzas por su temperamento y su poco interés por seguir órdenes.

No importaba. Dorian no quería conocer a ninguno de los dos. Había decidido odiarlos y así lo haría hasta su muerte.

El chico se tocó con los dedos el centro del pecho, donde la camisa húmeda marcaba el contorno de una vergonzosa cicatriz. Era una «B».

Bastardo.

Recordaba el hierro ardiendo, el olor a carne quemada, sus ganas de gritar y llorar, pero no lo hizo. Su padre lo miró mientras le ordenó permanecer quieto mientras le laceraba la carne.

Los visitaba poco, pero cuando Ashbury aparecía el infierno se desataba para él y para su madre. No le había contado a un alma lo que el diablo le había hecho, y no lo haría mientras viviese.

Era un bastardo. El conde no se lo había dicho con rabia, sino con desprecio. Lo marcó como si fuese un animal salvaje y furioso que se negaba a reconocer el dolor. Lo hizo para que no olvidara que no era suyo, que su existencia era una mancha. Su madre le había contado la historia, le había asegurado que era hijo del conde, pero que Ashbury no pudo soportar que uno de sus amigos violentase a su esposa, así que tuvo que culparla a ella por ser una Jezabel y a él porque jamás podría verlo como a su hijo, pues era impuro. Al viejo loco no le importó que su esposa estuviese ya embarazada cuando ocurrió aquello. Lo importante era tener una excusa para poder ser cruel. Dorian estaba seguro de que el diablo disfrutaba cuando emitía las sentencias y les hacía cumplir a su madre y a él el castigo decretado.

Ashbury era malvado. Su corazón, negro.

Dorian había creído que aguantar era suficiente, que si obedecía, si se esforzaba, si lo soportaba todo, su madre estaría a salvo. No lo estaba. No lo estaría nunca, porque ella se negaba a escapar de la tiranía de ese villano cruel.

Dorian sabía que su madre se había rendido. Él no quería que el conde lo consumiera. Dejar atrás a su madre fue lo más complicado que había hecho, pero no tuvo otra opción.

No sabía dónde acabaría. Solo era consciente de que no volvería a quedarse quieto observando el sufrimiento de la mujer que le dio la vida, ni aceptaría el suyo propio solo porque un loco cobarde había decretado que ambos tenían que sufrir por las acciones de un ser podrido que se había aprovechado de su madre. Ashbury fue incapaz de proteger a su esposa, así que toda la culpa era del diablo no de ellos dos.

—Maldito seas, Ashbury —masculló el joven entre dientes cuando su estómago se quejó.

Llevaba dos días huyendo.

Las provisiones robadas se habían agotado el día anterior, y la humedad del bosque por el que transitaba le calaba hasta los huesos. Cada vez

que respiraba, le dolía el pecho. La marca todavía le ardía, aunque la piel ya se había cerrado. El cuerpo se curaba más rápido que el alma. Eso lo había aprendido pronto.

Dorian no tenía un plan. Prefería morir en el bosque antes que regresar, y si sobrevivía, iría a Londres y se haría rico. ¿Cómo lo lograría? No lo tenía claro aún, pero haría lo que fuese necesario para conseguir su meta.

Avanzó entre los árboles con la vista borrosa. El hambre le latía en el interior, como una fiebre silenciosa. Fue entonces cuando la vio.

Sentada sobre una piedra, con las piernas colgando, había una niña. No parecía perdida. Al contrario, lo miraba con el ceño ligeramente fruncido, como si él fuera el que desentonaba en aquel paisaje.

—Pareces un lobo flaco —dijo la desconocida, sin moverse.

Dorian se detuvo, desconcertado. Tenía el cabello empapado, las ropas hechas jirones y el rostro manchado de barro. No era una visión alentadora, seguro, aunque de ahí a parecer un lobo…

—Y tú pareces una aparición —replicó el joven con sequedad.

La niña ladeó la cabeza. Su cabello rubio estaba recogido en dos trenzas gruesas que le caían sobre el abrigo. Tenía los ojos más azules que Dorian había visto jamás. De un azul claro, casi cristalino, como un estanque profundo. No fue eso lo que lo impresionó, fue la forma en que le sostuvo la mirada, como si no tuviera miedo. Como si ella fuese superior a él.

—No deberías estar aquí. Hay lobos más fuertes y gruesos que tú —añadió ella, como si la advertencia fuera para su propio beneficio.

—¿Y no tienes miedo? ¿O acaso tú eres uno de ellos? —respondió él con sendas cuestiones.

Ella le sonrió. Entonces sacó un paquete envuelto en una servilleta de tela limpia de un pequeño baúl. La desplegó con delicadeza y dejó al descubierto un trozo de pan, una manzana y algo que parecía queso envuelto en papel.

—No muerdo —dijo—. Puedes comer si no eres tan salvaje como pareces.

Dorian dio un paso al frente, cauteloso. No confiaba en nadie.

—¿Me vas a envenenar?

—Si quisiera hacerlo, ya estarías muerto. —Alzó el mentón—. Mi padre dice que algún día me casaré con un duque. No puedo permitir que un mendigo muera delante de mí. Sería un escándalo.

Dorian alzó una ceja. Su tono era ridículo, altivo, y, sin embargo, no sonaba falso. Sonaba ensayado. Como si repitiera palabras prestadas de un mundo donde todo debía ser perfecto. Esa niña era una dama. Un proyecto todavía demasiado joven, pero la estaban entrenando para ser de la realeza.

—¿Ese es tu futuro? ¿Casarte con un pomposo duque?

—Me lo dicen a menudo. Soy hermosa. —Se encogió de hombros—. No es culpa mía haber nacido para encandilar a todo el mundo. Eso dice mi madre. Así que tengo que pescar a un duque.

El pan le tembló en las manos mientras se lo entregaba. Dorian lo cogió sin agradecérselo. No

porque no quisiera, sino porque algo en su garganta se negaba a colaborar.

—Gracias —musitó finalmente.

La niña lo observó mientras comía con avidez. No hizo ningún gesto de repugnancia ni de lástima. Solo lo miraba, como si quisiera entenderlo.

—¿Te has escapado? Tu ropa parece buena. —Dorian no respondió—. ¿Te han hecho daño? — Tampoco respondió—. A mí me dicen que debo sonreír aunque no tenga ganas. Que debo sentarme derecha y hablar con gracia. Que debo agradarle a todo el mundo, incluso a los tontos que me disgusten. ¿Tú también tienes que fingir?

Él la miró con algo parecido al asombro. Esa niña no tenía idea de su mundo, pero entendía más de lo que creía. Supuso que de alguna manera ella también vivía en una prisión.

—No finjo. Yo no le agrado a nadie —apuntó con honestidad, pues ya ni su madre parecía tolerarlo.

Ella lo estudió un instante y luego dijo, con voz firme:

—Pues deberías aprender a gustarles, tal y como hago yo. Así es más fácil todo. Nadie te regañaría. Mi padre ha dejado de hacerlo desde que sonrío y asiento. Es lo que hacen las damas, ¿sabes?

Dorian sintió un tirón inesperado en el estómago. Más fuerte que el hambre, porque ella le estaba sonriendo de un modo que…

—¿Cómo te llamas? —preguntó, de pronto.

La niña negó con la cabeza, divertida.

—No se lo digo a desconocidos.

—¿No quieres que me acuerde de ti? ¿Y si vuelvo a verte?

Ella sonrió. Una sonrisa extraña, de esas que no se olvidaban, era sincera, pura. Estaba desconcertado. No había conocido la amabilidad más que de su madre y esa extraña le había dado su comida y lo trataba como… como si él no fuese un bastardo que no valiese nada. Le agradó su sinceridad y el trato que le estaba dispensando.

—Entonces, quizá te lo diga cuando eso ocurra. O no. Tal vez para cuando nos volvamos a

encontrar yo sea ya una duquesa y tú sigas pareciendo un lobo flaco. No volverás a acordarte de mí, ni yo de ti.

Él la miró con atención. El pan se lo había comido y la niña le ofrecía en esos momentos queso. Lo cogió de inmediato.

Dorian tenía el pecho dolorido, por la marca reciente, y su corazón estaba tan herido que no lo sentía latir a menudo, y, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, era como si no estuviera completamente solo. Su corazón latía con fuerza.

Dorian le sonrió.

—Si vuelvo a verte —conjeturó, con voz grave—, no te casarás con un duque.

Ella parpadeó y luego frunció su perfecto y delicado ceño.

—¿No?

Dorian bajó la vista hacia el suelo y luego la levantó para mirar esos increíbles y brillantes ojos de un azul imposible.

—Te casarás con un bastardo.

La niña se rio. Una risa clara y libre, un eco que Dorian llevaría dentro durante mucho, mucho tiempo.

—No sé lo que es eso, pero suena feo y dudo que mi padre lo apruebe.

—¿Te parezco feo?

—No —negó de inmediato. Era un lobo flaco, pero se veía muy fiero. Le gustaba el peligro y la seguridad que veía en los ojos de él.

—Entonces te casarás conmigo.

La risa de la niña se había ido apagando poco a poco, aunque la sonrisa se le quedó pegada a los labios.

—Eso no puede pasar —le informó con seguridad.

Dorian la observó mientras masticaba con más lentitud. Le sorprendía la firmeza con la que lo afirmaba, como si conociera ya las leyes del mundo.

—¿Por qué no?

—Mi padre no lo consentiría. Dice que estoy hecha para un duque y que no se conformará con menos. Además, soy una niña.

Él se tragó el último trozo de queso y se limpió la boca con la manga. No apartó la vista de ella.

—¿Y si te digo que esperaré a que seas una mujer? ¿Te casarías conmigo?

—¿Por qué querrías que fuese tu esposa?

—No pienso estar solo y tú me has tratado bien.

—Los chicos como tú no se casan con niñas como yo.

—¿Y qué clase de hombre soy? —No era un chico, así que cambió la palabra por otra más adecuada.

—Uno que da miedo —respondió sin pensárselo. Si él se creía un hombre, ella no iba a rebatírselo.

Dorian la estudió de nuevo. No sonaba como un reproche. Ni siquiera como un insulto. Parecía una verdad que no la inquietaba.

—Y tú —dijo él, al tiempo que se incorporaba del tronco donde se había sentado—, ¿qué clase de niña eres?

Ella alzó la barbilla, desafiante, aunque su vocecita resultaba suave.

—Una que no necesita que la salven, solo que la escuchen de vez en cuando. Eso dice mi madre que debo ser. Y si al final resulta que no soy lo suficientemente fuerte, debo buscar a un hombre que luche por mí.

A Dorian se le tensó la mandíbula. Esa frase le dolió más que cualquier herida física. Porque eso era justo lo que su madre había necesitado: que él hubiese sido capaz de salvarla del mal, del diablo y no supo hacerlo.

—No pareces de por aquí —dijo él, con tono neutro.

—Mi padre es un poco… Cuando él grita yo me refugio aquí hasta que se le pasa el enfado. Mi madre me lo aconsejó hace algún tiempo. —Frunció

la nariz—. Yo creo que es porque quiere alejarme de los bailes por mi bien. Hoy estaban discutiendo por algo así.

Dorian esbozó una mueca. ¿Qué sabría ella de bailes? Apenas le llegaría al pecho, y, sin embargo, hablaba como si tuviera un pie en la alta sociedad y el otro en la cárcel de las normas.

—¿Y si te pierdes en este bosque? —preguntó, sin saber muy bien por qué le preocupaba.

—No me he perdido nunca. Sé por dónde he venido. Y además —añadió, sacando una pequeña daga de la capa—, sé defenderme.

La alzó con orgullo. Era una miniatura de adorno, seguramente robada a algún hermano mayor o regalada por un tutor con un cuestionable sentido del humor.

Dorian arqueó una ceja.

—No puedes ni sostenerla recta.

—¡Puedo pinchar a un lobo! —replicó ella muy ofendida.

—¿Incluso a uno flaco?

Ella se lo pensó, seria.

—Solo si me ataca.

Él bajó la vista hacia el suelo húmedo. Sentía los dedos helados, pero el pecho le ardía, no por la fiebre, sino por algo que no sabía nombrar. Ese proyecto altivo de dama se veía muy fiera.

—¿Y tú quieres casarte con un duque? —preguntó, sin mirarla.

—No lo sé. Me dicen que es lo que debo querer.

—¿Y tú qué quieres?

La niña se quedó callada. Tardó en responder. Cuando lo hizo, habló tan bajito que él casi no la escuchó.

—Quiero ser alguien que no tenga que pedir permiso para respirar. —No mentía. Su padre la asfixiaba con lo que sería su futuro.

Dorian sintió cómo se le encogía el estómago. No era una frase de una niña que no tendría más de ocho o diez años. Pero ella la dijo como si llevara siglos repitiéndola por dentro.

—Entonces —dijo él, con voz ronca—, tal vez sí deberías casarte conmigo. Voy a convertirme en un lord y seré rico también.

Ella alzó la cabeza, sorprendida. Lo miró con esos ojos que no eran fríos, eran increíbles. Y durante un segundo, ninguno de los dos dijo nada.

Luego, la niña suspiró y le tendió la manzana.

—No deberías estar aquí cuando oscurezca. Este bosque no es seguro.

—Tú tampoco —indicó él, sin pensar.

—Vete antes de que mi padre se entere de que estás en sus tierras. No le gustan los intrusos, la última vez le echó los perros a los romanís que hicieron una parada. Si quieres convertirte en un caballero rico, ve a Londres y prueba tu suerte. Tal vez, si nos volvemos a encontrar ya sea duquesa —repitió— y te ayude, si no has logrado tu sueño.

—La próxima vez que te vea, serás mía —le aseguró para luego cogerle la fruta que seguía ofreciéndole y darse media vuelta.

La pequeña dama se quedó allí, mirando el lugar por donde se había marchado. No sabía su nombre. No sabía nada de él, solo que era un extraño con demasiada seguridad, que tenía la espalda recta y que le dolía el pecho porque se había tocado ese lugar con frecuencia mientras departían.

La niña sacudió la cabeza. Un joven como él estaba lejos de poder casarse con ella. Su padre se horrorizaría si supiera que había estado hablando con un desconocido que, prácticamente, le había asegurado que sería su esposa algún día.

Por su parte, Dorian se fue con media sonrisa en los labios.

No sabía su nombre. Ni quién era ni de dónde venía, ni por qué había aparecido justo para salvarlo cuando el mundo se le deshacía bajo los pies, pero era consciente de que no era como nadie que hubiese conocido. Tampoco era que se relacionase con otras personas, pero esa niña había tenido algo que él admiraba: determinación. Y le había ofrecido su comida sin más.

Era una niña. Apenas una muchachita. Y hablaba como si llevara años aguantando el peso del mundo, como si conociera el dolor de fingir para

sobrevivir. También estaban esos ojos azules tan limpios.

No lo había mirado con miedo, ni con lástima. Lo había examinado como si pudiera verlo y conocerlo de verdad. Parecía que no le importara el barro, ni el hambre, ni la mugre, tampoco su modo tan claro de hablarle sobre su futuro. Lo había conmovido con su sencillez y su empatía.

Y eso, eso lo sacudió más que la falta de sustento o el frío.

Había algo en ella que no encajaba con su mundo aristocrático, aunque sí encajaba con él. Dorian estaba seguro de eso.

Si volvía a verla, no la dejaría marchar. No podía explicarlo, pero lo sabía con la certeza salvaje a la que se aferraban los que no tenían nada que perder. Ella era luz pura y él estaba rodeado de oscuridad. Serían perfectos. Esa niña altiva, con su aire de reina pequeña, podría ser suya. No porque él la mereciera, sino porque el destino debía compensarlo alguna vez.

Y si el mundo decía que ella estaba destinada a un duque, él se encargaría de torcerle el

camino, porque si volvía a cruzarse en su vida, no permitiría que fuera de nadie más.

Sabía eso y que no iba a olvidarla nunca.

Capítulo 1

El arte de fingir indiferencia

Londres, Inglaterra, 1817.

Lady Ofelia Mabry no era una dama como las demás. En especial porque ser la hija de un conde que estaba en la ruina implicaba muchas cosas, y todas eran espeluznantes.

A sus veintiséis años, sus expectativas para casarse eran nulas y eso para una mujer sin recursos, era algo terrible. Suerte que Ofelia tenía el apoyo de dos grandes amigas, Anastasia y su prima Temperance, de las que tenía que servirse para sobrevivir. Todo el que la conocía sabía que ella acabaría muriendo sola, sin un marido que la cuidase y sin hijos. Si bien el asunto de un esposo no era algo que le quitase el sueño, el hecho de no conocer la

dicha de ser madre sí que la afectaba. Su prima, la condesa de Ashbury, tenía demasiado tiempo libre y parecía tener ganas de convertirse en una casamentera. Y ella sabía bien los motivos que habían inducido a su maravillosa prima a embarcarse en semejante cruzada, dado que el pasado rara vez se quedaba enterrado y siempre volvía para ponerlo todo patas arriba. Su padre era esa pesadilla.

Ofelia había aprendido a sonreír cuando no quería, a inclinar la cabeza con gracia incluso cuando el orgullo le quemaba el pecho, así que se negaba a seguir siendo una mujer que en realidad no era, y ese era el motivo por el que asustaba a todos los posibles pretendientes con los que su prima trataba de emparejarla. Había crecido en una jaula de normas, cortesías y exigencias, fue moldeada para ser una esposa perfecta, una dama espléndida capaz de manejarse con soltura en los salones londinenses más elegantes, pero en algún punto del camino, algo en ella se había roto. O quizá se había liberado. No podía volver a meter a Pandora en la caja. ¿Eso era así? No, Pandora liberó los males del mundo junto con la esperanza, ¿cierto? No importaba, lo fundamental era que encontrar un esposo adecuado era una tarea imposible, más que volver a meter toda la maldad de la caja esa de Pandora.

La sociedad murmuraba que era una solterona, y lo era. Que cojeaba, y también era cierto. Que un pretendiente la había abandonado en su juventud, tras prometerle amor eterno. Y en efecto, eso también ocurrió y fue tan dramático que no deseaba recordarlo. Pese a todos los infortunios vividos, ninguno le dolía tanto como la certeza de que, para muchos, su valor se medía en función de lo que podía ocultar: sus heridas, su edad, su pasado.

Pues bien, Ofelia no se ocultaba porque había decidido no hacerlo nunca más, y eso implicaba ser una mujer con demasiados años, tener una lengua muy afilada y ni una pizca de docilidad en su cuerpo.

¿Qué clase de hombre cargaría con una dama con tantas taras y más, cuando el año anterior perdió su reputación por ir con su mejor amiga Anastasia a vivir en un club de dudosa reputación para ayudarla a recuperar a su marido?

Ofelia chasqueó la lengua con ese recuerdo en particular. Había vivido bajo el techo de un hombre temido, Dorian Taverham, y había sobrevivido al precio de su protección. Vio y vivió cosas que una dama protegida no debía haber presenciado, eso sí, la experiencia fue irrepetible y liberadora. Ya no era la joven ingenua que creía en

las promesas de los caballeros. Era una mujer forjada entre la rabia y la resiliencia.

Tenía belleza, sí, pero no era su mayor arma. Lo era su inteligencia. Su forma de ver más allá de los halagos, de percibir el alma de las personas como si leyera entre líneas. Y lo era también su capacidad para mantenerse en pie, con la espalda recta, incluso cuando el mundo intentaba arrodillarla.

Ofelia ya no quería gustar. Quería elegir.

Y sabía que, si no encontraba un lugar donde encajar, tendría que construirlo para sí misma. Si Temperance, que había sufrido mucho en su juventud, y Anastasia, quien también padeció a causa de un villano que le rompió el corazón, habían encontrado el amor y la estabilidad junto con dos hermanos —Sebastian Taverham, conde de Ashbury, y Julian Taverham—, ella también podría reponerse, ¿cierto?

El problema era su padre, quien, por lo visto, no estaba dispuesto a dejarla tranquila. Ofelia no había vuelto a su casa desde aquella última discusión, desde que su padre, el conde de Mabry, la retuvo durante días como si pudiera encerrarla hasta doblegar su voluntad y obligarla a casarse con un vejestorio que pretendía comprarla. Lord Mabry

estaba furioso, decepcionado, porque su hija, tan hermosa, tan pulida y tan perfecta a los ojos del mundo seguía soltera. Y no por falta de pretendientes, sino por falta de uno que estuviese a la altura de sus expectativas.

Para su progenitor, su cojera era una vergüenza que su belleza no logró hacer desaparecer y ningún príncipe, duque, marqués o conde había llamado a su puerta. Y lord Mabry, que veía los hermosos rasgos de Ofelia como un trofeo malogrado, había perdido la paciencia del todo. Y le temía cada día más, dado que su padre era imprevisible. Y tan necesitado de fondos como estaba…

No, no quería pensar en eso.

Fue Temperance quien la acogió, sin preguntas. Le abrió las puertas de su casa y también las del corazón. Allí, en aquel rincón donde por fin podía respirar sin sentir culpa, Ofelia ayudaba con la pequeña Melani —la sobrina huérfana de Temperance que Sebastian amaba como si fuese su propia hija— y con la niña que había traído al mundo hacía un par de años ya: Helena.

Allí, por primera vez en mucho tiempo, se sentía útil, querida y libre.

Aunque la libertad fuese frágil.

Aunque los recuerdos siguieran doliendo.

Ofelia suspiró mientras veía el magnífico baile que su prima había organizado para ella.

El salón de los condes de Ashbury rebosaba lleno de flores, luz y música. Temperance, formidable como siempre, se había superado con la decoración: guirnaldas colgantes, alfombras recién traídas de Oriente y un cuarteto de cuerdas que parecía arrancado del paraíso.

Su prima, entusiasta y decidida, no dejaba de moverse entre los invitados con una energía encantadora. No obstante, lo que le preocupaba a ella no era que Temperance estuviese ejerciendo de casamentera, lo que la perturbaba era otra cosa.

Él estaba ahí.

Sí, Dorian Taverham estaba ahí.

Ofelia no necesitaba mirar de frente para saberlo. Había sentido la presencia de ese hermano Taverham nada más entró en el salón de baile.

Existían pocos hombres que le causasen esa reacción, dado que cuando él estaba cerca se sentía más tensa que la cuerda de un arpa.

Lo vio de reojo, apoyado en una de las columnas del fondo, con los brazos cruzados, observándolo todo como un espectro que carecía de permiso para estar allí. Lord Dorian Taverham —un título de cortesía que él mismo se inventó y que nadie se atrevía a reprobarle— era oscuro, fiero, silencioso y salvaje.

El hermano menor de los Taverham no era apuesto. No en el sentido tradicional. Tenía el rostro anguloso, duro como una estatua inacabada, y una barba extraña que le rodeaba el labio superior y la barbilla, como una sombra espesa pensada para asustar. El cabello era de color negro y se veía más rebelde que él mismo. Los ojos, aún más oscuros. Parecía el mismo Lucifer, y luego estaba su cuerpo, era más alto y ancho que la mayoría de los hombres. No parecía, ni mucho menos, el hermano pequeño de Sebastian y de Julian, pues Dorian era inmenso. No era el tipo de hombre que una debutante dibujaría en su diario de sueños, y, sin embargo, Ofelia sabía que más de una lo observaba con una curiosidad prohibida.

Porque emanaba peligro por todo su ser.

Ella no pensaba reconocer su presencia, se había propuesto no mirarlo en toda la noche, aunque lo sentía. Sabía que la miraba, como siempre hacía cuando se encontraban. Como cuando vivía en su club y él se aparecía sin anunciarse para decirle que su risa le molestaba, que su vestido era inapropiado, que no debía caminar sola por los pasillos y una ristra más de sandeces.

Estaba más que claro que Dorian Taverham la consideraba una molestia constante. La detestaba. Siempre estaba observándola para luego sacar a relucir todos sus defectos.

Maldito fuese él. Con un poco de suerte, más bien con esa indiferencia que ella planeaba llevar a cabo, él no se le acercaría para amargarle la noche.

Lo malo de todo era que la estaba poniendo nerviosa con tanto escrutinio. Oh, sí, ella sabía que él no dejaba de observarla. ¿No se daba cuenta de que era inapropiado mirar de esa forma tan descarada a una dama, pese a que dicha mujer fuese una solterona ya?

Solo la miraba, sí, pero era como si quisiera traspasar las capas de seda, su piel y sus huesos… y llegar al núcleo de lo que era. No, desde luego que ella no iba a seguirle el juego. No lo

miraría aunque supiera que él no dejaba de juzgarla con su mirada acusadora.

Todo lo que tenía que ver con ese hombre la hacía sentirse irritada.

La enfurecía también.

Comenzaba a pensar que Dorian Taverham había nacido para incordiarla.

—Ofelia —la voz de Temperance la sacó de sus pensamientos—. Quiero presentarte al señor Linwood. Es sobrino del vizconde Summerhall. Tiene una voz preciosa cuando canta, y escribe poesía. Es exactamente lo que necesitas.

Lo que necesitaba era que Dorian Taverham dejase de observarla de ese modo tan inapropiado, pensó Ofelia, aunque no compartió la confidencia con su prima. Se limitó a seguir a Temperance por el salón hasta llegar al supuesto pretendiente.

—Encantada de conocerlo, señor Linwood —le dijo muy solícita, tras las presentaciones.

El caballero era educado, refinado, probablemente incapaz de matar a una mosca. También parecía no haber notado que su interlocutora estaba molesta por culpa del hermano de Sebastian. ¿Cómo podía ser el conde de Ashbury tan perfecto y Dorian tan… tan… tan…? No se le ocurría nada, pero ese demente era todo lo contrario a la perfección de Sebastian. No, por descontado que tampoco se parecía a Julian, pues ese otro hermano que había sido un pícaro entró en vereda en cuanto Anastasia se propuso domesticarlo.

Una media sonrisa se le dibujó en el rostro al imaginarse a ella misma trayendo al redil a un caballero como Dorian Taverham. ¡No! Su expresión cambió de inmediato cuando se dio cuenta de que ese pensamiento era del todo… del todo… ¡Imposible! ¡Inapropiado! ¡Atroz!

—¿Se encuentra bien, *milady*? —inquirió el caballero, pues seguro que había visto su mueca.

—Perfectamente —resolvió ella con una brillante sonrisa.

El señor Linwood le hablaba de flores y de la primavera. Y, mientras tanto, la mirada de Dorian seguía clavada en su nuca como un cuchillo invisible. ¡Le estaba arruinando la fiesta!

Ofelia giró un poco la cabeza, solo un milímetro, lo justo para confirmar lo que ya sabía.

Ahí seguía.

Firme, inmóvil, con los ojos negros fijos en ella como si fuese la única persona en todo el salón.

Ofelia tragó saliva con fuerza.

No lo entendía. Si tanto la detestaba —como siempre había dado a entender—, ¿por qué estaba allí llenándola de incomodidad?

¿Y por qué, por todos los cielos, seguía haciéndola sentir como si tuviera que elegir entre huir o arder?

¡Maldito fuese Dorian Taverham!

Decidió no hacerle caso y seguir atendiendo a los caballeros que su prima le estaba presentando tan diligentemente.

***

Dorian acudía a los bailes que organizaba Temperance porque la esposa de Sebastian le gustaba mucho. En especial le agradaba molestar a su odioso y perfecto hermano cuando la trataba con demasiada familiaridad. Sebastian era muy celoso. Julian no se quedaba atrás tampoco. Una sonrisa apareció en el rostro de Dorian al recordar que había besado a las mujeres de sus dos hermanos. Ah, seguro que Sebastian y Julian lo recordarían toda su vida. Eso era todo un premio para él.

El pequeño de los Taverham suspiró y negó discretamente con la cabeza. No había tenido una vida fácil. O tal vez sí. Sobrevivió por sus propios medios y había conseguido ser un hombre temido, el propietario de un club de juego muy rentable. Llegó siendo un chiquillo a Saint Giles, uno de los barrios más complicados de Londres, y se puso a trabajar a las órdenes del dueño del club El Paraíso, un tipo al que apodaban Pirata. Su educación e inteligencia le hicieron destacar allí dentro. Julian perdió una buena cantidad de dinero frente al que por aquel entonces era su jefe y, no contento con ello, tuvo que enredarse con la mujer del Pirata, así que hubo un

serio problema que Dorian mismo tuvo que resolver a fin de salvarle el pescuezo a Julian.

Años atrás, cuando se marchó sin nada, decidió no conocer a sus hermanos, pero Sebastian, que era el actual conde de Ashbury, era peor que una patada en las posaderas y siempre lo tuvo bien vigilado, de tal modo que cuando él ayudó a Julian, Sebastian tuvo la brillante idea de comprarle el club para que él lo dirigiera. Dorian era orgulloso así que le devolvió el dinero cuando Ash se casó con una rica heredera. ¡Aquello fue un gran drama! No obstante, lo importante era que sus dos molestos hermanos no habían dejado de inmiscuirse en su vida y, malditos fueran, pese a odiarlos con todas sus fuerzas, se sentía responsables de ambos.

Tener hermanos era un incordio, pero al menos se podía divertir a su costa de vez en cuando.

¿Qué hubiese sido de Sebastian y Julian si él no hubiese interferido en sus vidas cuando se casaron, incluso antes de eso? Fácilmente ambos estarían llorando recluidos en sus respectivas casas lamentando su soledad. O peor todavía, estarían encima de él, y a Dorian le disgustaban las interrupciones en su ordenada y peligrosa vida.

Así pues, no debería estar pendiente de esa hermosura altiva que lo consideraba una piedra en el camino. En especial porque ella no encajaba en su vida de ninguna manera. La vigilaba solo porque era la prima de Temperance y la mejor amiga de la esposa de Julian. Eso sin olvidar que Anastasia era una mujer con la que Dorian tenía una relación muy especial que, por descontado, hacía que a Julian le entrasen náuseas cada vez que ambos demostraban lo buenos amigos que eran. En honor a la verdad, ninguna de las dos esposas de sus odiados hermanos era convencional.

Las dos eran espléndidas, inteligentes, bondadosas, aunque en opinión de Dorian, si ellas habían elegido a los hijos del demonio como esposos, la locura las rondaba. No había otra explicación para que dos damas así hubiesen puesto sus ojos en dos mequetrefes como Ash y Julian. Uno era de lo más rígido, ese era el conde, y el otro había sido un pícaro desalmado. Cierto que las mujeres los habían hecho menos… más… Bueno, sus hermanos habían cambiado. Ashbury vivía para complacer a Temperance y Julian besaba el suelo que Ana pisaba. Oh, sí, a Dorian le gustaba llamar a Anastasia de esa manera solo para escuchar cómo Julian gruñía cuando lo hacía. Y lo que más enorgullecía a Dorian era que había cultivado una fuerte amistad con el

padre de Ana, el duque de Grafton, quien se había habituado a residir en su club. Sobraba decir que a Julian lo devoraban los celos, pues, pese a que Grafton tratase al esposo de su hija como a un hijo, el vínculo que había desarrollado el duque con Dorian era sólido. Solo esperaba que el anterior conde de Ashbury pudiese verlo desde el infierno, porque un bastardo declarado como él había triunfado y contaba con buenas conexiones.

Sacó pecho con orgullo. Ahí estaba él, un hombre de treinta y dos años que fue declarado ilegítimo y pese a semejante mancha de nacimiento se codeaba con lo más selecto de la sociedad londinense. Incluso con las hijas de los condes.

Dorian la había visto incluso antes de que el mayordomo anunciara su entrada.

Lady Ofelia Mabry.

Estaba allí, en medio del salón, rodeada de luces, cortesías y perfumes, siendo parte de aquel mundo al que él nunca había pertenecido pero en el que irrumpió con fuerza. Dorian no sabía cuánto tiempo llevaba observándola, pero lo hacía con una fijeza que rozaba el descaro. Porque mirarla le dolía y lo complacía a partes iguales. Una mujer así había sido creada para ser admirada a todas horas. Le dolía

por lo que representaba, por lo que despertaba en él y porque, sencillamente, no podía evitarlo. Se deleitaba mirándola porque era fascinante más allá de su hermosura. Tan ingenua que su inocencia lo llamaba a gritos.

Ofelia no era una mujer, era un desafío, una grieta que podría romper su armadura si se lo permitía. Él sabía que se quedó huérfana demasiado pronto y que su madre era española, de ahí su nombre. También estaba al tanto de que su padre pensaba venderla al mejor postor porque debía dinero en muchos clubs de la ciudad. Ella hacía un buen trabajo manteniéndose fuera del alcance de lord Mabry.

Chica lista.

El vestido azul que llevaba esa noche la hacía parecer más alta, más erguida. A pesar de la cojera —leve cuando no le dolía en exceso la pierna derecha—, era la belleza más deslumbrante del salón.

Y eso lo enloquecía. Porque él no era un hombre celoso, eso era una cualidad que solo tenían los fracasados, pero le molestaba el modo en el que muchos supuestos caballeros la contemplaban, como si fuesen a hincarle un diente.

No era sumisa. Ni fácil. Por eso se había escapado de él cuando Anastasia hizo las paces con Julian un año atrás y Dorian la mantuvo en su club durante un tiempo. En realidad ella no había huido de allí, él le permitió marcharse, porque oh, sí, si la hubiese querido a su lado, la hubiese encadenado a su cama. Un pensamiento poco caballeroso, pero Dorian no era un caballero ni jamás lo sería. Permitió que Ofelia escapase de sus garras porque nada bueno les traería a ninguno de los dos. Ella era una dama, y a ese tipo de mujeres, a pesar de que fuese una solterona, uno no las seducía y se marchaba como si nada. No quería darle poder a esa mujer sobre él, y, sin embargo, no podía dejar de mirarla cada vez que la veía.

Dorian sabía que su presencia la incomodaba. No necesitaba que lo mirase de frente. Le bastaba con observar la tensión en sus hombros, el modo en que fingía admirar todo lo que había en el salón con el único fin de ignorarlo. Dorian no había llegado hasta la cúspide sin aprender un par de cosas en el fango, y era más que evidente que, pese a que no le había dado ni una sola mirada, ella sabía que él estaba ahí examinándola y por eso lo evitaba con fingida elegancia. Lo sentía con cada leve giro de su preciosa cabeza.

Era hermosa, sí. De esa belleza clásica que moldeaba el deseo con la crueldad de lo inalcanzable. Su cabello claro estaba recogido con suma perfección. Su cuello largo era una invitación al pecado y su piel pálida era sencillamente perfecta. Pero no era su sublime aspecto lo que lo devoraba, era el orgullo que transmitía su barbilla junto con esa forma de sonreír tan sincera, y lo que más le encantaba era ver la declaración de guerra que había en sus ojos cuando él merodeaba cerca de ella.

Ofelia era todo lo que él no debía querer. Bajar la guardia con alguien así los mandaría al infierno a ambos, y Dorian no quería reunirse tan pronto con su malvado padre, de ahí que llevase cerca de tres malditos años manteniendo las distancias.

Porque no era suya para hacer con ella lo que se le antojase. Además, esa mujer estaba tan por encima de él que nunca lo miraría con deseo, más bien lo hacía con fastidio. ¡De acuerdo! Él no tenía otra cosa más importante que hacer que irritarla, pero aun así…. Bueno, le gustaba sacarla de quicio y punto. Además, no temblaba ante él como el resto, y parecía ser la única que despertaba en su interior algo oscuro, primitivo, hambriento. Prohibido.

Una vez Dorian creyó haber estado encaprichado de Ana, pero aquello no fue así, porque él solo quiso irritar a Julian. Lo que tenía con sus dos hermanas por matrimonio era amistad, cierto que con la esposa de Julian él se veía libre para hablar sobre cualquier cosa, pero eso ocurría solo porque la hija de Grafton era demasiado familiar con quien no debería serlo.

Lo que Ofelia le provocaba era algo muy diferente. Cuando la hija de lord Mabry estaba cerca, se sentía como un animal.

Un gran lobo, salvaje, sin derecho a acercarse a una presa que jamás le pertenecería. Y sin embargo, la olfateaba, la acechaba, la deseaba. ¿Quién no soñaría con llevarse a la cama a semejante belleza?

Fantasear con la idea y llevarla a cabo eran dos cosas muy diferentes.

Ofelia tenía la capacidad de verlo por lo que era. Y eso, en el fondo, era lo más aterrador de todo ese enredo que él debería cortar de raíz.

—Ya te lo advertí una vez. —Escuchó una voz a su izquierda—. No deberías mirar a la prima de mi esposa como si fueras a llevártela por la fuerza.

Dorian no giró la cabeza de inmediato. Solo después de unos segundos, y con gesto parsimonioso, desvió la mirada hacia Sebastian Taverham, su hermano mayor. Se veía tan noble como siempre, con el rostro severo y los modales de un conde que había nacido para liderar.

—Y tú no deberías ni vigilar ni llamarles la atención a tus invitados —replicó Dorian con desdén.

—Mi condesa está encantada de que acudas a sus fiestas.

—¿Te refieres a Temperance? —Usó el nombre de ella solo para molestar a su perfecto hermano.

—Sé lo que tratas de hacer, Dorian, y ya no tiene el mismo efecto que antes.

—Sí, ya… por eso siempre gruñes por lo bajo cuando uso su nombre de pila o le doy un abrazo para despedirme de ella.

—No es a mi mujer a quien me preocupa que acabes abrazando esta noche —puntualizó con gran acierto lord Ashbury, dado que le tocó el turno a Dorian de gruñir.

—No suelo causar escándalos en los bailes. A menos que alguien me provoque —añadió, con una sonrisa perezosa.

Sebastian no se rio. Cruzó los brazos.

—No necesitas hacer nada más, Dorian. Basta con esa manera de mirarla para causar un escándalo. No es una cortesana de tu club ni una ficha en tus negocios. Es una dama. Y no una cualquiera: es Ofelia.

—Lo sé perfectamente —respondió, sin apartar la vista de ella.

—Entonces compórtate como si lo supieras. En cada fiesta que organiza mi mujer tengo que decirte lo mismo: no puedes molestarla. —No mentía, desde que su condesa se había convertido en una gran anfitriona a la hora de organizar bailes maravillosos, Dorian no se había perdido ninguno y siempre dejaba muy patente el motivo de su asistencia. No, no era solo porque su hermano temiese herir los sentimientos de su mujer si declinaba la invitación. Dorian había desarrollado una extraña fijación por una mujer que estaba bajo su protección y Sebastian se tomaba muy en serio todos y cada uno de sus deberes.

—No la molesto. Solo la observo. Es lo que se hace en este tipo de actos, ver y dejarse ver, Ash.

—No eres un naturalista estudiando una mariposa exótica. Eres el Ángel Negro de St. Giles, un soldado de la noche, y todo el mundo en esta sala lo sabe. ¿Crees que nadie nota cómo la miras, hermano?

Dorian apretó los dientes.

—¿No tienes nada mejor que hacer que darme un sermón, Ash? Deja de perder el tiempo y escabúllete, hazle el amor a tu condesa, tienes un heredero que traer al mundo. —La mirada de Sebastian fue extraña. Indescifrable más bien, pero Dorian lo conocía bien—. Así que tu condesa vuelve a estar embarazada, ¿eh?

Sebastian alzó una ceja, aunque no pareció sorprendido por la deducción de su hermano pese a que él no había dicho ni hecho nada extraño.

—¿Qué te propones hacer con Ofelia? Temo que llegue un día en el que sencillamente te la cargues al hombro y la encierres en tu club hasta que te canses de ella.

—¿Te he dicho cuánto te odio, Ash?

—Tienes un problema, Dorian —gruñó Sebastian, pasando por alto lo último que había dicho su hermano—. Si piensas arrastrarla contigo, no cuentes con mi silencio. Temperance se desvivió por darle un hogar. No voy a permitir que alguien como tú…

Dorian se giró por completo hacia él.

—¿Alguien como yo?

—Sí —Sebastian le sostuvo la mirada—. Alguien que mira a una dama como si fuese suya y de nadie más y que no se atreve a dar un paso al frente.

—¿Estás insinuando que debería cargármela al hombro, Sebastian? —se mofó él, mientras recuperaba la visión de Ofelia por completo. Si no fuese tan extraordinaria…

—¿Vas a negar que la miras como si no pudieras respirar sin ella? —contratacó el conde, quien sabía que su hermano volvía a examinarla con total descaro.

Dorian guardó silencio un momento y luego negó con la cabeza.

—No tienes ningún derecho a inmiscuirte en mis asuntos.

—Es la prima de mi amada esposa, hermano.

En ese instante, Dorian frunció el ceño. Su mirada, que seguía fija en Ofelia, se transformó en sorpresa, pues la dama estaba cruzando el salón del brazo de Temperance como si fuese una reina con paso firme.

—Espera —murmuró—. ¿Desde cuándo no cojea?

Sebastian giró la cabeza también.

—Desde hace unos meses. Temperance hizo traer a un médico especializado y un zapatero que trabaja con veteranos de guerra. Le diseñaron un calzado a medida. No la ha curado, pero lo oculta bien, ¿verdad?

Dorian no respondió. La observó caminar con gracia, como si nunca hubiese tenido esa

pequeña vacilación al pisar. Y algo, dentro de él, se desmoronó.

—Ella no debería cambiar ni un ápice —dijo más para sí mismo que para su hermano. Acto seguido se pasó una mano por la boca.

Sebastian lo miró de reojo.

—Temperance quiere encontrarle un esposo. Cree que ya es hora. Hay un par de candidatos que podrían ser más que adecuados, de ahí que haya venido a pedirte que…

Dorian lo miró de inmediato.

—¿Ella quiere casarse? —lo interrumpió.

—Sí —respondió su hermano, sin titubear.

Y Dorian, sin medir el tono, escupió el primer exabrupto que se le cruzó por la garganta:

—¡Maldito infierno!

Varias cabezas se giraron. Una copa tintineó antes de caer de una bandeja. Sebastian suspiró ante la falta de modales de su hermano.

—Y ahí lo tienes —musitó—. Ya ni siquiera puedes fingir que Ofelia no te importa.

Sebastian seguía hablándole, pero Dorian no lo escuchaba. Estaba pendiente de todo lo que esa mujer, que estaba resultando ser una gran molestia, hacía. Temperance le había puesto delante una fila de petimetres como si ella pudiese elegir a uno de esos estúpidos.

Uno pareció captar la atención de su Ofelia. ¡Maldición! Ella no era suya. Tenía que tranquilizarse y lo sabía, pero…

Un figurín de mandíbula recta, peinado perfecto y sonrisa de porcelana se estaba acercando a Ofelia. Luego observó al tipo hacerle una reverencia ensayada, la misma que habría usado ya con varias debutantes esa noche, seguro. Ella, hermosa, serena, y tan condenadamente fuera del alcance de todos los caballeros de la fiesta, incluido el mismo Dorian, aceptaba el ofrecimiento de bailar como si no tuviese importancia.

¡Pero la tenía!

Porque Ofelia nunca bailaba. Ella misma se lo había dicho una vez.

Y ese pasmarote tenía la intención de llevársela a la pista de baile, le pondría las manos en la cintura, le sonreiría, ella le daría algo de conversación… ¡No, no podría soportarlo!

—¿Quién es ese imbécil? —preguntó Dorian, con los ojos entrecerrados.

—El vizconde Glastonbury —respondió Sebastian sabiendo a quién se refería exactamente Dorian.

—¿Por qué busca las atenciones de una solterona que cojea?

—Dorian no puedes… —comenzó a regañarlo su hermano.

Ese Taverham no veía más allá de la furia roja que lo embargaba. Algo dentro de él, algo que había tratado de controlar cuando sabía que la ira estaba a punto de cegarlo, estaba descomponiéndolo. Dio un paso al frente con los ojos clavados en la pareja que ya avanzaba hacia el centro del salón.

—Te había dicho que solo haría un escándalo si me provocaban, Sebastian. Está a punto de producirse uno y será grande si no intervienes. Si

no vas tú y quitas de en medio a ese… ese… perro con encajes, te juro que los periódicos de mañana no hablarán de lo perfecta que resultó ser una nueva fiesta de *lady* Ashbury.

Sebastian lo miró como si acabase de anunciar su intención de disparar al techo.

—No. No, Dorian. No puedes estar insinuando que… —Sebastian, que jamás perdía los estribos estaba pálido. Seguramente su hermano no planeaba…

—Te aconsejo que intervengas —repitió — y que lo hagas pronto o vas a descubrir que no voy de farol —gruñó él, entre dientes—. Ofelia no bailará con nadie esta noche que no sea yo, y si para lograrlo tengo que darle un puñetazo a ese insípido vizconde, lo haré.

Sebastian parpadeó.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Tic, tac, hermano —lo urgió a ponerse en marcha.

Y como lord Ashbury era consciente de que Dorian no bromeaba cuando la vena de la sien le

palpitaba…

—Maldición —masculló Sebastian—. Maldito seas, Dorian. —No le gustaban las vulgaridades, pero también era cierto que su hermano menor era capaz de acabar con la paciencia de un santo.

Y sin decir más, lord Ashbury echó a andar con una urgencia tan mal disimulada que tropezó con el borde de la alfombra y estuvo a punto de caer sobre una bandeja llena de copas. Un lacayo gritó una disculpa pese a que la acción no fue culpa suya. Un invitado alzó una ceja acusadora, pero Sebastian no se detuvo. Las consecuencias de no impedir que Ofelia bailase podrían ser catastróficas.

Dorian lo observó desde la distancia, cruzado de brazos, mientras su hermano alcanzaba a Ofelia justo cuando ella extendía la mano para prepararse a fin de comenzar el baile.

—¡Vizconde! —exclamó Sebastian, sonriendo con los dientes apretados porque ni del título del hombre se acordaba ya con la tensión. ¡Pero si él no perdía los nervios jamás!—. Me temo que necesito hablar con usted de inmediato. Es una cuestión urgente sobre los presupuestos del Parlamento.

—¿Del Parlamento? —repitió el vizconde, desconcertado—. Pero si yo solo…

—¡Precisamente por eso! Venga conmigo. No tardaré más que un momento. — Sebastian mataría a Dorian porque no tenía la menor idea de cómo seguiría con la conversación.

Y sin dar tiempo a protesta alguna, se llevó al caballero del brazo, dejando a Ofelia en mitad del salón, con la mano extendida y la boca abierta. La dama apenas tuvo tiempo de entender lo que ocurría cuando otra figura ocupó el espacio frente a ella.

Se trataba de un hombre oscuro. Imponente. Fiero.

Dorian acababa de hacer algo más que mirarla y ella se sintió como si fuese a desmayarse.

¡Qué tontería! Una dama no debería emocionarse con un hombre que la detestaba. Y menos si él era el infame Dorian Taverham.

Capítulo 2
La hora del baile

Estaba frente a ella. No le dijo nada. Solo la miraba como si el mundo entero dependiese de sus siguientes palabras.

Ella bajó lentamente la mano y lo miró con una ceja alzada, muy acusadora.

—¿Tiene algo que ver con lo que ha ocurrido, lord Dorian?, ¿o debería llamarlo señor Taverham? —Ofelia estaba al tanto de que tanto Julian como Dorian habían usurpado un par de títulos de cortesía y cada vez que podía lo molestaba con eso.

Él no respondió, pero sonrió.

Una sonrisa torcida muy característica. Peligrosa.

—¿Yo? Qué idea tan absurda —musitó, sin apartar la mirada de sus ojos—. He venido a salvarte de la vergüenza de ser abandonada en medio de la pista de baile. Ahora haz el favor de comenzar a bailar, la música ya está sonando —le ordenó.

Cabría señalar que desde que se conocieron, prácticamente siempre, él la trataba sin formalidad y ella se negaba a dejar de lado la cortesía.

—No —se negó ella sin remordimiento. Ofelia fue a darse la vuelta y él la cogió por la muñeca. Le dio un tirón bien medido y la pegó a su pecho. El vals acababa de comenzar hacía unos segundos.

—No quieres hacerme enfadar, Ofelia. Ahora sé una buena chica y baila conmigo, seré mucho mejor pareja que cualquiera de los enclenques e inútiles que hay en ese salón, incluido mi propio hermano —observó, al tiempo que lamentaba que Sebastian no estuviera cerca para escucharlo.

Ella apretó los labios. El silencio entre ellos duró poco pero fue ensordecedor.

Dorian le permitió separarse un poco de él, entonces le ofreció la mano sin decir una palabra más. Su expresión era una máscara impenetrable, pero sus ojos, oscuros como la tinta, decían muchas cosas. Demasiadas.

Ofelia lo miró como si dudara de su propio juicio. Se notaba a la legua que Dorian estaba habituado a dar órdenes y nunca esperaba que se le negase nada. Tal vez bailar con él fuese como trazar con los pies un círculo de fuego del que no habría salida, dado que él se veía como el mismísimo Ángel Negro.

Decidió tragarse su orgullo. No porque desease bailar con Dorian, sino porque no quería ponerlo a prueba. Bailaría con él y luego lo despacharía con rapidez. Lo malo de todo era que tendría que soportar sus salidas de tono y la pondría de muy mal humor. La dama colocó la mano en la suya, se fijó en que él tampoco llevaba guantes, al igual que ella. Los dedos de Ofelia estaban fríos como el mármol, y él se los sostuvo como si fuese lo más delicado que había tocado jamás. La tensión era palpable, espesa, contenida.

Cuando ella se acercó, él posó la otra mano en su cintura con una seguridad que la dejó aturdida. No fue un contacto vulgar ni apresurado, resultó firme. Protector, más bien. Como si supiera exactamente dónde debía sostenerla para que no vacilara.

Ofelia nació con la pierna derecha más corta que la izquierda, había aceptado esa tara con resignación, y siempre se había lamentado de no haber podido bailar. Había asistido a muchos bailes, aunque era la primera vez que disfrutaría de verdad en uno. Temperance se había esforzado mucho para que ella pudiese dar ese gran paso hacia adelante. La condesa de Ashbury no solo le puso los medios, sino que también trajo a casa a un profesor de baile. Iba a vivir un sueño, y Dorian Taverham no iba a estropeárselo, por eso cuando se fijó en el modo en el que él la miraba, en cómo la sostenía… Extraño. Toda la situación era demasiado increíble. No sabía a qué atenerse con el dueño del club El Paraíso. De pronto, lo sentía como un auténtico desconocido.

¿Habría más de ese hermano Taverham de lo que se apreciaba a simple vista? Porque Dorian, aunque pareciera hecho de piedra y oscuridad, estaba prestando atención a cada detalle.

Si Ofelia pudiese haberle leído la mente en ese momento habría entendido que él era muy consciente de que ese era su primer baile, de que daba por hecho que los pasos de ella serían medidos, no por inexperiencia, por miedo, así que él, no solo habría impedido que otro la tocase de modo tan íntimo como cuando se bailaba un vals, sino que no le habría confiado su seguridad a ningún petimetre que hubiese podido dejarla caer.

Ese soldado de la noche sabía que, bajo el vestido azul que parecía flotar como una ola, Ofelia llevaba ese zapato diseñado para ayudarla a disimular la cojera que la había perseguido toda la vida. Por eso mismo tenía que velar para que su primera danza fuese perfecta para ella. Maravillosa y segura.

—Confía en mí —murmuró él, apenas audible.

La dama suspiró y luego asintió.

Como ella decidió entregarle su fe, esa sencilla acción resultó una gran victoria para él.

Comenzaron a moverse. Los primeros pasos fueron contenidos, medidos, como si el suelo estuviera lleno de trampas o hecho de hielo.

Dorian la guiaba con una precisión que no parecía propia de un hombre como él. Era sensacional y tan atento que seguía sin creerse que estuviese con el mismo hombre que siempre aprovechaba la menor ocasión para irritarla.

Sus movimientos eran elegantes, sí, pero había algo más. Una tensión en sus músculos, una vigilancia en sus ojos oscuros que demostraban que no solo bailaba: la protegía.

Ofelia se dejó llevar al principio, aunque seguía rígida como los mástiles de un bergantín. La música marcaba el compás y sus pies seguían el ritmo, pero no de modo natural.

Estaba temblando.

Dorian bajó la cabeza un poco, lo justo para murmurarle en el oído:

—Relájate, jamás permitiría que te cayeses. Además, nadie está mirando tu pie, Ofelia. Todos están mirándote a ti.

Ella lo observó de reojo, entre molesta y nerviosa.

—Gracias por recordármelo, por un momento creí que deseaba bailar conmigo solo para arrojarme al suelo y reírse plácidamente de mi torpeza.

—No te pongas a la defensiva —le sugirió, aunque su tono no lograba ser agradable, pues siempre resultaba tiránico—. Solo quiero que sepas que estás… impresionante. —La palabra le cayó como una piedra en un estanque. La dama tropezó levemente pero él la sostuvo antes de que el equilibrio se resintiera—. ¿Te he puesto nerviosa, Ofelia? —preguntó en tono burlón.

—No necesito halagos —apuntó con voz tensa.

—No era un halago —replicó él, serio—. Es un hecho, eres la mujer más hermosa de esta fiesta.

Ella frunció el ceño tras el cumplido, esperando que llegase la ofensa. No se produjo tal cosa, él se limitó a sonreírle. ¿Desde cuándo sabía ese hombre sonreír tan devastadoramente? ¿Quién entendía a Dorian Taverham? Ya le habían advertido Temperance y Anastasia que esos tres hermanos estaban completamente locos.

Dieron una vuelta completa en el centro del salón. El vestido de Ofelia describía un semicírculo perfecto. Su cuerpo ya se había adaptado al ritmo, pero su corazón no lograba acompasarse, porque la mano de Dorian seguía firme en su cintura, porque su mirada no se apartaba ni un instante de sus ojos, y porque cada paso la acercaba más a un lugar del que no estaba segura de poder salir ilesa. El profesor de baile que contrató Temperance los amonestaría por no guardar la debida distancia. Él la abrazaba, no bailaba con ella.

—No puedo respirar, Dorian —dijo, para advertirle que debía soltarla un poco. Tal vez fuese la primera vez que usaba su nombre de pila con tanta familiaridad, no fue consciente de ello.

—Estás respirando y bailando —le recordó él con voz ronca—. Y ambas cosas las estás haciendo bien. Muy bien.

Ella sintió un nudo en la garganta. No era por el baile. Era por la forma en que él le hablaba, la sostenía y la miraba. ¡Dios!

Siguieron disfrutando del vals. Y en cada paso, en cada leve giro, Ofelia sentía que algo en ella se abría para luego oprimirle el corazón. Algo que no debía abrirse. No con él de todos modos.

Pero allí estaba Ofelia, una solterona con pocas opciones, gozando no solo del baile entre los brazos del hombre más peligroso del lugar, sino sintiéndose admirada. ¡Admirada por Dorian Taverham! Eso era imposible. Él estaba tramando un nuevo plan para ponerla en ridículo. No había otra explicación posible para lo que estaba sucediendo.

Lo que más le aterraba era esa mirada salvaje que él era incapaz de ocultar, pues Dorian, tan fiero, tan terrible, tan fuera de su alcance, seguía mirándola como si fuese suya.

—Estás muy callada, Ofelia. No hace falta que cuentes los pasos, yo sé dirigirte a la perfección.

—Supongo que usted está habituado a dirigir a todo aquel que tiene a su alrededor.

—Lo hago, estoy especialmente orgulloso de manejar a mis dos odiosos hermanos como si fuesen mis peones. Podrías sacar a colación lo que acabo de decir si alguna vez tienes ocasión, me gusta que ambos sepan que los desprecio.

Ella suspiró. Ahí estaba el Dorian Taverham que hacía años que conocía. Por un instante se había asustado. Aterrado de verdad, pues

él parecía interesado en… ¡Qué tontería! Había escuchado a Sebastian decirle a su esposa que una vez sorprendió a su hermano menor en la cama con varias mujeres. Una solterona como ella jamás podría tentar al diablo. ¡No!, por supuesto que ella no deseaba ser el centro de atención de él. Era solo que… que… que… ¡Nada!

—El clima de Londres se mantiene. Hoy no ha llovido —observó ella, creyendo que una conversación adecuada reduciría la tensión entre ambos.

—Hablemos de algo más interesante. Así que quieres casarte, ¿eh? —cuestionó él, de modo desapasionado, aunque su voz sonó baja y peligrosa.

Ofelia lo miró a los ojos, sin pestañear.

—Esa es una cuestión muy personal, señor Taverham.

—Antes me has llamado Dorian. Tienes mi permiso para seguir refiriéndote a mí de ese modo, a fin de cuentas, vamos a hablar sobre tu futuro.

—No creo que ese sea un tema que a usted le interese, señor Taverham —dijo con el

mentón en alto.

—Si te hubiese dicho que me ofendía que te refirieses a mí sin la debida formalidad, repetirías mi nombre hasta el fin de mis días, sin pausa.

Ella le sonrió entonces.

—Me conoce usted bien, Dorian.

Él soltó una carcajada fresca.

—Dime el motivo por el que has decidido casarte, Ofelia —insistió. Ella hizo un mohín—. Vamos, me conoces bien, cuando haya satisfecho mi curiosidad te dejaré tranquila, de otro modo, puedes correr el riesgo de convertirte esta noche en un escándalo, dado que podría no soltarte hasta que los músicos dejasen de tocar para marcharse a casa. ¿Te imaginas lo que sería que bailases el resto de la velada conmigo y solo conmigo, Ofelia? —Esperaba que ella no percibiese cuánto le gustaría que esa circunstancia se convirtiese en realidad. Había algo que lo hacía sentirse muy posesivo con ella.

La dama resopló. Ese hombre era capaz de hacerla comportarse como una chiquilla tonta de diez años.

—Me gustaría tener una familia.

—¿Una familia? —Ella malinterpretó su sorpresa. Creyó que se estaba burlando. Ofelia se envaró.

—¿Tan difícil es de entender que una mujer, incluso a mis años, quiera un esposo y cuidar de sus propios hijos?

—Sí que es difícil de comprender —replicó él sin dudar—. No encajarás en una jaula de oro con visillos de encaje y niños correteando. No naciste para bordar pañales ni para soportar las trivialidades de un esposo blando.

—¿Y qué sabrá usted para lo que yo nací o no, señor Taverham?

—Más de lo que me gustaría, te lo aseguro.

Ofelia giró con gracia bajo su brazo y, cuando él la volvió a sostener por la cintura, sus cuerpos quedaron más cerca de lo debido. Mucho más cerca de lo que habían estado incluso anteriormente cuando ella se quedó sin respiración.

—Tengo derecho a amar y ser amada. Además, mi vida no es asunto suyo, Taverham —le espetó con frialdad, usando solo su apellido, sin ninguna otra distinción.

—No me llames así —gruñó él, casi sin abrir la boca.

—¿Por qué no? Es su apellido —le recordó.

—A partir de ahora seré Dorian para ti, Ofelia. Y voy a ser intransigente al respecto.

Ofelia alzó una ceja.

—¿Hay alguna vez que se muestre usted afable, Taverham?

—Estás jugando con quien no debes, cordero. El lobo podría morderte si no te andas con cuidado —la amenazó, con un susurro muy claro en su oreja.

La hizo estremecerse.

—¿Eso cree? —inquirió con sencillez, porque no sabía cómo reaccionar a lo que le estaba produciendo ese villano del demonio.

—Lo sé. Y disfrutarías mucho con mi bocado. Pensándolo mejor, creo que todo esto lo haces porque quieres probar cuán salvaje puede ser el lobo con el que bailas. Si quieres retarme, solo tienes que decírmelo abiertamente, Ofelia.

Dorian la separó de su pecho para hacerla girar sin precaución entonces, dado que estaba seguro de que ella no se caería, él no lo permitiría tampoco. Y cuando la volvió a sostener, la abrazó con fuerza. Tan cerca se quedaron el uno del otro, que ella juraría que los labios de él le habían acariciado el cuello. Cuando lo miró a los ojos lo vio observándola de un modo tan inequívoco que comprendió que no había sido fruto de su imaginación. ¡Él se había atrevido a besarla en el cuello en un baile civilizado!

—¿Se ha vuelto loco?

—En absoluto, solo te estoy dando una pequeña pista sobre lo que podría significar que te hincase el diente. Ahora, sobre tus pretendientes… ¿Te gusta ese caballero con el que ibas a bailar? ¿El vizconde de mandíbula de gelatina? —preguntó él, burlón.

—Ese caballero al que alude, Taverham —lo pinchó con el uso de su apellido nuevamente—

ha sido educado, encantador y dudo mucho que sepa gruñir como usted.

—Debe de haber sido agotador.

—¿El qué? —En cuanto la pregunta salió de sus labios ella se arrepintió de haber entrado en su juego.

—Disimular tu aburrimiento. Necesitas un hombre que sepa gobernarte, pero que no aplaste tu espíritu. Alguien que te mire como si fueses la única mujer en el mundo. —Sus palabras lograron su objetivo. La hizo trastabillar y la tuvo que sostener bien pegada a él—. Te pongo nerviosa, ¿eh, cordero? —se mofó.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Esta conversación es tan inapropiada como su forma de mirarme cuando entra en un salón —lo reprendió.

—Sabía que eras consciente de que te observaba aunque no te hubieses atrevido a sostenerme la mirada —reconoció con orgullo—. Lo disfrutas, ¿no es cierto? Sé valiente y reconócelo.

—Usted me mira de un modo escandaloso, eso no está bien, Taverham.

Dorian agitó los hombros con despreocupación.

—¿Y qué tiene de malo eso?

Ofelia se detuvo un segundo.

El movimiento de la danza exigía que se alejasen el uno del otro un momento, y lo hicieron, pero su mirada no se apartó de la de él.

—Todo.

—Nada —la corrigió Dorian, con voz ronca—. Lo malo sería que quisieras que te mirase como si fueses una muñeca inerte de porcelana. Tú, Ofelia, estás viva y quieres arder por dentro. En este salón no hay nadie capaz de darte lo que necesitas y deseas.

—¿Y desde cuándo me conoce usted tan bien, Taverham?

Él se inclinó hacia ella, el aliento le rozó el oído. La orquesta seguía tocando. La fiesta seguía

en auge, pero en aquel rincón del salón, solo existían ellos dos.

—Sé lo que te ocurre porque yo tampoco soy de piedra aunque a veces pueda parecerlo, yo también ardo y sé lo que deseas.

Ofelia parpadeó. Solo una vez. Y luego, como si no se permitiera mostrar debilidad, sonrió con sorna. Dorian Taverham había encontrado una nueva manera para fastidiarla. Muy bien. Ella jugaría a su juego.

—Eso debe de ser un fastidio para alguien tan frío como usted, señor Taverham.

—¿Eso crees? ¿Qué soy un hombre frío? —Dorian la hizo girar de nuevo, pero no la soltó. Ella se negó a responderle ni con palabras o gestos—. ¿No has notado que solo pierdo el control contigo, cordero?

—Entonces procure mantenerse lejos, ya se lo aconsejé una vez y sigue acercándose a mí.

—Lo que pides es imposible.

Se quedaron inmóviles mientras el vals seguía, como si el tiempo se hubiese detenido solo

para ellos. Ella parpadeó con coquetería un par de veces y luego le sonrió.

—Debería tener cuidado, señor Taverham, porque de lo contrario comenzaré a pensar que su estúpido juego, ese con el que se propone enfurecerme cada vez que me ve, no es más que una excusa para mantener mi atención sobre usted, y eso, para un hombre del que dicen que comparte la cama con más de una mujer a la vez, podría resultar… incómodo.

Dorian esbozó una sonrisa torcida y perezosa.

—Estás celosa —decretó con orgullo.

Ella dejó de jugar. Se puso seria y lo miró con fijación.

—Voy a casarme y no quiero su interferencia. Busque a otra víctima que tolere sus estupideces, Taverham.

—No. No vas a casarte, Ofelia.

Ella se envaró y tomó una larga bocanada de aire por la nariz. Él supo que se había enfadado mucho.

—¿Y si fuese tan competitiva como para demostrarte que puedo comprometerme con un buen caballero esta misma noche, Dorian? —inquirió ella con malicia, sin darse cuenta de que su trato era informal—. Soy una mujer que todavía puede encandilar a un hombre. ¿Qué harías si lo lograse? ¿Me enviarías flores con veneno por la mañana? ¿Sobornarías a mi prometido para que me abandonase? Harías ambas cosas, solo porque así te declararías ganador indiscutible de un desquiciante juego que has iniciado conmigo sin mi consentimiento.

—No, Ofelia. Si hoy te comprometieses, no haría nada de eso, me limitaría a ir a tu boda. Soy mucho más retorcido de lo que puedas imaginarte —le advirtió con seguridad.

Ella frunció el ceño y luego abrió los ojos con sorpresa.

—¡Por supuesto que sí! Acudirías a la iglesia para interrumpir la unión acusándome de alguna farsa frente al hombre que me ama, y así poder avergonzarme de modo triunfal —espetó con rabia.

—Estaría allí para secuestrarte antes de que recitases tus votos, y entonces el juego

terminaría y la vida comenzaría.

—¿Qué? —Se había perdido algo.

Sus manos la apretaron un poco más. El vals se estaba acabando. Dorian bajó la mirada hasta su boca. Se contemplaron ajenos a todo lo que ocurría a su alrededor. Incluso no eran conscientes de que los invitados de los condes de Ashbury los miraban con desconcierto e interés.

La música finalmente terminó.

Él no la soltó.

Ella no retrocedió.

Y en ese instante, el salón entero pareció contener el aliento.

Mientras una mujer no comprendía lo que sucedía, un hombre estaba descubriendo que imaginarla casada con otro sería un infierno insoportable.

Dorian no quería pararse a pensar en todo lo que estaba sintiendo en su interior, así que se limitó a sonreírle y a continuación le hizo una reverencia.

—He cambiado de opinión, *lady* Ofelia —le dijo con suma etiqueta—, puede llamarme como le plazca. Me gusta ser Taverham solo para usted.

Y después de dejarla sin palabras, con la respiración jadeante y temblando, ese villano demente se dio media vuelta y se marchó.

¡Dios de los cielos! La insolencia de ese hombre no tenía fin.

Capítulo 3

Cuando el pasado se presenta

Esa noche, Ofelia no había podido dormir.

Ni un instante.

Los primeros rayos del amanecer se colaban por los visillos y la encontraban sentada junto a la ventana de su habitación, envuelta en una bata bordada que no le ofrecía más consuelo que el de encontrarse sola. Y en honor a la verdad, estaba tan cansada de la soledad…

El eco del vals aún resonaba en su cabeza. El roce de su mano en la suya, la firmeza en su cintura, el modo en que la había dirigido con aquella mezcla exacta de liderazgo y cuidado.

¡Dorian Taverham no debería afectarla de ese modo! En especial porque todo era un juego para él.

Y pese a saber las verdaderas intenciones de ese tonto, Ofelia no conseguía olvidarse de lo que le hizo sentir con un sencillo baile. ¡Su primer baile!

Y tampoco lograba borrar de su recuerdo la poderosa voz masculina que le susurraba impropiedades junto al oído. Parecía que todavía lo escuchaba cerca, mencionando su nombre como si fuese una promesa.

Recordaba cada palabra. Cada una.

Dorian Taverham era como una tormenta que no le daba tregua. Y ella… Ofelia era una mujer demasiado sensata para dejarse arrastrar por un viento tan oscuro. O eso se repetía, una y otra vez, aunque la verdad palpitaba tras su pecho con la fuerza de lo inevitable: él la había devastado.

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que elegirla para irritarla y divertirse a su costa?

No entendía qué pretendía. Parecía tan sincero. ¡Pero era Dorian Taverham! Un hombre que

se mofaba de todo y todos. Por amor de Dios, ese tirano se vanagloriaba de odiar a sus hermanos.

No sabía si la deseaba de verdad o si todo era parte de ese retorcido juego que tanto disfrutaba. Quizá solo quería humillarla, como hacía cuando vivía en su club. Tal vez no toleraba verla bien. O hermosa. O feliz.

O, peor aún, tal vez sí que la desease y eso la enfurecía más que cualquier otra cosa. ¡Imposible que la admirase! Cuando un caballero admiraba a una mujer la trataba con amabilidad, se preocupaba por ella. La cortejaba.

Lo cierto era que, tras aquel vals, no se sintió capaz de seguir en el salón. Se había inventado un dolor de cabeza y se había retirado entre disculpas. Mintió con una sonrisa tan perfecta como falsa, porque no quería que nadie supiera lo que en realidad sentía.

Y lo que sentía era un vértigo profundo. Como si, en vez de haber bailado, se hubiese caído por un precipicio de emociones que no podía ordenar.

Dorian no era un hombre que una mujer decente pudiera tener. ¡Él detestaba a las damas! Toleraba a Temperance, y sospechaba que había

estado enamorado de Anastasia. Ofelia era muy diferente a ambas, así que él no podía estar interesado en una mujer como ella porque era aburrida, común.

Y, sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, Ofelia no se sentía del todo decente.

Sentía fuego en sus entrañas

Sentía rabia también.

Habitaba en su interior un sentimiento que no quería nombrar porque hacerlo sería concederle poder. Y él ya tenía demasiado sobre ella.

Así que, mientras Londres se despertaba, Ofelia se juró que no se dejaría enredar por ese diablo vestido de caballero. Aunque su piel aún ardiera donde él la había tocado.

Por eso, Ofelia se abrazó las rodillas y se juró que esa atracción terminaría. Por mucho que Dorian Taverham la hiciera temblar, ella deseaba un hombre confiable, honorable, seguro.

Un hombre como lord Ashbury.

Y no al Ángel Negro de St. Giles, que solo traía caos allí donde posaba la mirada.

Temperance había tenido suerte encontrando a Sebastian. Era tan correcto, ¡tan perfecto!

No era que estuviese enamorada de Ashbury, solo resultaba que…

Sebastian era un esposo ideal, un padre formidable y siempre estaba pendiente de Temperance.

Ofelia, en medio del silencio de su habitación, frunció el ceño. Hacía varias semanas que comparaba a cada caballero con el esposo de su prima. Aquello comenzaba a parecerle una enfermedad.

Lord Ashbury. Sebastian Taverham.

Un hombre excepcional.

Era tan distinto a su hermano menor que parecía pertenecer a otro linaje. Siempre atento, siempre respetuoso, con una mirada que calmaba más que intimidaba y una voz grave, serena, que imponía sin herir.

Había algo en él que Ofelia encontraba peligrosamente reconfortante. Una firmeza templada por la dulzura, una autoridad sin crueldad. Lo había visto en tantas pequeñas cosas.

Cuando arropaba a Helena en brazos y la paseaba por la casa hasta que se dormía. Cuando se inclinaba para susurrarle algo a Temperance en mitad de una cena y ella sonreía sin remedio. Cuando se tomaba el tiempo de escuchar incluso las tonterías más triviales de Melani sin fingir interés, sino prestando atención verdadera.

Era un hombre hecho para cuidar. Para sostener. Para amar.

Y Ofelia lo admiraba.

¡Dios del cielo!, ¡lo admiraba!

Tanto que empezaba a imaginarse cómo sería tener a un hombre así a su lado.

Y eso era inaceptable.

No podía permitirse ni un solo pensamiento de ese tipo, no en esa casa, no con su prima bajo el mismo techo.

Estaba mal.

Pero ahí estaba. Un anhelo que se le instalaba en el pecho cuando lo veía llegar por las noches, con la chaqueta desabrochada y una pizca de cansancio en los ojos, pero siempre sonriente para recibir a Temperance, para preocuparse por su hija y Melani y dedicarle un momento a la propia Ofelia.

Negó con la cabeza para apartar esos pensamientos tan censurables. Lo sabía. La soledad le estaba jugando una mala pasada. Porque una mujer en su situación, sin futuro, sin propuestas aceptables, sin un propósito más allá de ayudar en la casa de otros… Ofelia era presa fácil de las fantasías.

Y en su mente, sin darse cuenta, había comenzado a construir una historia absurda en la que el esposo de su prima era lo que deseaba para sí misma.

Una historia donde era su hija la que él sostenía en brazos, su nombre el que él murmuraba antes de dormir, su sonrisa la que él protegía como un tesoro.

No. Tenía que irse. Tenía que salir de aquella casa que tanto le daba y buscar su propio

camino. No podía enamorarse del esposo de su prima. ¡Dios! El pensamiento le produjo repugnancia.

Era tiempo de poner distancia. Aunque le doliese separarse de la familia que tanto apreciaba y que había considerado suya.

Se iría, aunque… ¿a dónde?

Anastasia y Julian se habían trasladado a Escocia para huir del bullicio de la ciudad y no quería ser una molestia para otro matrimonio. ¿Y si la maldita soledad le provocase desarrollar otra insana admiración por el esposo de su mejor amiga?

Eso sí, podría enviarle una carta a Anastasia para pedirle permiso a fin de que le permitiese residir en la casa que estaba cerrada en Londres. Lo haría así, aunque mientras tanto, ¿qué? Quedarse más tiempo en casa de lord y *lady* Ashbury estaba descartado.

Había una salida, aunque no le agradaba la idea de tener que presentarse en la puerta del villano Taverham para que la socorriese, no obstante, la situación era demasiado delicada como para no hacer algo al respecto.

Ofelia se incorporó y decidió su futuro. Justo en ese momento la doncella entró para ayudarla a arreglarse. Iba a ser un día duro, Temperance no le pondría las cosas fáciles cuando le dijese que quería marcharse de allí.

***

El reloj marcaba las once de la mañana cuando *lady* Ashbury, vestida con un elegante conjunto verde esmeralda y el cabello recogido en un elaborado moño, descendía con paso firme hasta el recibidor de su casa. Su expresión, serena como de costumbre, se había endurecido por completo.

—Puede retirarse, Holloway. Yo me ocuparé personalmente —ordenó con un ademán rápido.

Al pie de la escalinata la esperaba el mayordomo, quien apenas se atrevía a sostener la mirada ante el tono que acababa de emplear la condesa para disponerse a deshacerse de una visita indeseada. El criado se marchó sin oponer

resistencia, consciente de que cuando su patrona usaba ese tono, más valía desaparecer.

A Temperance Taverham no le había costado ni un ápice calzarse el título de *lady* Ashbury. Más allá de que Sebastian la vio y sentenció que sería suya, ella tenía un fuerte carácter que le permitió moverse con soltura entre la sociedad siendo la esposa de uno de los hombres más honorables y caballerosos de Inglaterra. Era decidida y sabía distinguir entre lo que estaba bien y mal con un simple vistazo.

Lo que se le presentaba frente a ella no era correcto.

Ahí estaba de nuevo ese impresentable. Charles Everdon, tercer hijo de los duques de Aylesmore, aguardaba en el centro del vestíbulo. Su porte era impecable, vestía un abrigo de lana oscuro y guantes negros de cabritilla que aún no se había quitado. El cabello se le apreciaba castaño y ligeramente despeinado bajo el sombrero de copa, sus facciones eran claramente aristocráticas. Parecía un caballero perfecto, aunque para Temperance solo era un recordatorio viviente de una herida aún abierta… causada a su prima Ofelia.

—No es bienvenido aquí, milord —afirmó la condesa en cuanto lo tuvo al frente. Su voz era baja pero afilada como una daga.

—*Lady* Ashbury, solo le pido unos minutos con ella. Le aseguro que no busco causar ningún daño —respondió Charles, con un leve temblor en la mandíbula que delataba cierta tensión.

—Ya le causó suficiente daño, ¿no cree? No sé si lo recuerda, pero dejó a mi prima en la ruina. ¿O prefiere que le refresque la memoria? —lo desafió—. Le dije la última vez, lord Charles, que no es bienvenido en esta casa y eso no ha cambiado, ni cambiará —se reafirmó.

—Y también me negó la posibilidad de ver a Ofelia, *lady* Ashbury. Tampoco me dejó apenas hablar. Lo recuerdo todo muy bien —replicó él con frialdad—. Pero hoy no pienso marcharme hasta que escuche lo que tengo que decir.

Temperance entrecerró los ojos. No se molestó en invitarlo a pasar a la salita y ofrecerle un té. Esas invitaciones eran para quienes se lo merecían.

—Usted perdió ese derecho hace ocho años. Cuando ella lo necesitó, usted desapareció.

—No fue así. —La voz de él sonó más severa—. No pienso hablar de mis asuntos con usted, así que solo le diré que tengo que ver a *lady* Ofelia de inmediato. Es necesario que lo haga.

Lady Ashbury alzó una ceja.

—Mi prima está bajo mi protección. No permitiré que vuelva a inmiscuirse en su vida. Ella va a casarse en breve y no va a interponerse en su camino. —No era mentira del todo. El plan de Temperance para ejercer de casamentera se fraguó justo cuando recibió la primera visita de ese hombre que había regresado del pasado para atormentar a su estimada Ofelia, y no lo consentiría.

El hombre suspiró. No había pensado que las cosas fuesen así, no deseaba hablar de sus intimidades con nadie más que con la dama que tenía derecho a recibir una explicación razonable de lo que sucedió en el pasado, sin embargo, ese formidable dragón que se interponía en su camino tenía que ser persuadido.

—Mi padre falleció hace algunas semanas, *milady*.

—Tiene mis condolencias, ahora…

—No —la cortó, intuyendo que iba a echarlo—. No lo entiende. Me encontraba en Francia, formando parte del ejército de ocupación cuando recibí noticias de mi casa. Mi padre me llamaba por un asunto urgente, y cuando llegué me enteré de varias cosas que debo compartir con su prima. Y con el debido respeto, *lady* Ashbury, *lady* Ofelia es mayor de edad y estoy seguro de que toma sus propias decisiones.

—Decidió marcharse con el ejército en aquel momento, y ¿ocho años después considera que ha llegado la hora de aclarar las cosas? —inquirió de modo escéptico.

—Su prima no está comprometida, *milady*, y tampoco se ha casado. De tal modo que lo que debo discutir con ella es un asunto urgente.

—¿Urgente después de ocho años? No, no lo creo.

—¿Quiere dejar de repetir el tiempo que ha pasado? Sé muy bien cuánto hace que no veo a Ofelia, *lady* Ashbury, pero el recuerdo de su prima fue a lo que me aferré para poder sobrevivir, en especial en Waterloo. Soy el tercer hijo de un duque, mi camino era el ejército y lo acepté solo porque ella me echó a un lado como si yo no valiese nada. Así que,

sí, condesa. No es tarde para que la verdad salga a la luz.

—Su atrevimiento, lord Charles…

—Antes no la corregí cuando se refirió a mí por mi título de cortesía, ahora lo haré. Prefiero ser atendido como capitán Everdon, si no le importa, *lady* Ashbury.

—No me importa ninguno de sus dos rangos, puesto que pienso llamarlo solo mentiroso. Pues eso es usted: un mentiroso —se reafirmó la dama.

—¿Disculpe? —El capitán se quedó asombrado con el insulto.

—No es a mí a quien tiene que pedir disculpas. Insinuar que fue Ofelia quien le falló… ¡Qué descaro! Sus superiores estarán orgullosos de su comportamiento —ironizó.

—No pienso darle ninguna otra explicación a usted, *milady*. Me gustaría que me dejara verla.

—¿Para qué? ¿Para reabrir heridas? Ella tardó años en recomponerse. Aún vive con las

secuelas.

Él dio un paso al frente. La condesa no se amedrentó, Temperance levantó el mentón y no reculó.

—Solo quiero hablar con ella. Ambos tenemos que cerrar ese capítulo de nuestra vida. Entender lo que sucedió. Le pediré perdón si es que corresponde.

Temperance suspiró, cansada. No era una mujer vengativa, pero proteger a los suyos era un deber que se tomaba muy en serio.

—Ofelia ha pasado por mucho. Lo ha olvidado. Está rehaciendo su vida. No volveré a permitir que alguien la rompa. Debe entenderlo.

—No quiero romperla —dijo él con sinceridad—. Solo quiero verla una vez.

—Sé por experiencia que el pasado siempre regresa para demoler los cimientos de nuevo, capitán Everdon.

Ofelia se había detenido en el primer tramo de la escalera, tenía una mano aferrada a la barandilla de nogal, permanecía inmóvil como una

estatua griega a punto de quebrarse. La voz que ascendía desde el recibidor era inconfundible, reconocible a pesar del tiempo y la distancia. Era la voz grave, regia y, bastante dura, de lord Charles.

Un escalofrío le recorrió la espalda.

La conversación con Temperance le llegaba con nitidez hasta su posición, y captaba a la perfección la tensión en cada pausa, en cada réplica firme que lanzaba su prima con ese tono tajante que reservaba para proteger lo que más quería.

Él no había cambiado. O tal vez sí. Sus hombros, que antes solo prometían fortaleza, se apreciaban firmes como si hubiesen sostenido el peso del mundo sobre ellos. La cicatriz sobre el pómulo izquierdo, una línea blanca apenas visible, lo hacía parecer más hombre y menos un recuerdo. Había sido apuesto en su juventud, en esos momentos era otra cosa: mucho temple, una gran determinación y… un corazón roto, seguro.

Y allí estaba ella, plantada en la escalera como una tonta, observando al único hombre al que había amado, al único al que le había suplicado que la olvidase por carta. Una carta que escribió con las manos temblorosas y las amenazas de dos hombres resonando en su mente como tambores de guerra.

No había querido hacerlo.

Y aún dolía.

En cuanto los ojos de Charles alzaron la vista y la encontraron, el silencio se instauró. Fue como si no existiera nadie más. Solo ellos dos. Pasado y presente enfrentados en ese umbral donde se cruzaban los errores y las heridas sin cicatrizar.

Ofelia parpadeó despacio. Y, cuando al fin reunió valor para hablar, su voz salió más firme de lo que esperaba:

—No te ha mentido, Temperance —dijo, sin bajar un solo escalón.

—¡Ofelia! —exclamó cuando escuchó a su prima tras de sí.

—Fui yo quien lo apartó de mi lado.

La condesa jadeó con verdadera sorpresa, mientras que el capitán afirmó con la cabeza al ver que ella reconocía la verdad.

Lady Ashbury se giró por completo con lentitud. Su mirada era una mezcla de advertencia y comprensión. Ofelia asintió. Y con ese código secreto,

ambas entendieron lo que una y otra se estaban diciendo.

—El salón azul está a tu completa disposición, prima —murmuró Temperance, para luego marcharse sin quitarle ojo al militar.

Se quedaron solos. Él no se movió. Solo la observaba, con esa intensidad que había creído olvidada. Cuando Ofelia descendió con calma, sosteniéndole la mirada sin una sola vacilación, sintió que su corazón se aceleraba, como si tuviera dieciocho años otra vez. Fue a esa edad cuando ambos se enamoraron.

Pero ella ya no era esa joven asustada que vivía con miedo a su padre. Era una mujer de veintiséis años que sabía lo que costaba elegir la libertad.

Y ese hombre, que había sido su sueño, estaba frente a ella, de carne y hueso, esperando… ¿qué exactamente?

Eso era lo que estaba a punto de descubrir.

—Sigue usted espléndida, *milady*.

—No hace falta que recurramos a la formalidad, Charles —se permitió usar su nombre de pila—. Convendrás conmigo en que hay entre ambos demasiado como para tratar de usar la distancia en nuestro trato.

—Por descontado, Ofelia. Yo… tú no…

—Yo no ¿qué?

—No te ofendas, te lo suplico, pero he observado que no…

—¿Qué no cojeo? —lo ayudó al ver la incomodidad de él.

—Sí.

—Mi prima, como has podido comprobar es muy testaruda, se propuso que yo caminase con naturalidad y lo ha conseguido. Sigo teniendo una pierna más corta que la otra, pero el zapatero y el medico que Temperance contrató obraron un pequeño milagro que se rompe cuando me descalzo. Por favor, sígueme, iremos a la salita que nos ha cedido la condesa.

—Nunca me importó que no pudieses andar bien, sigues siendo la mujer más hermosa que

jamás haya visto, Ofelia.

No pudo evitar que sus mejillas se pusieran coloradas. Se dio la vuelta e inició el camino hacia un lugar más privado.

La estancia olía a bergamota y lavanda. Ofelia se dio cuenta de que Temperance se había anticipado porque la chimenea estaba encendida y un juego de té esperaba sobre la bandeja.

Ofelia se sentó junto a la ventana, el rostro lo tenía ladeado hacia la luz pálida que entraba por los visillos. No había vuelto a estar a solas con él desde hacía ocho años. Ocho años.

Charles permanecía de pie. Alto, impecablemente vestido, con las botas hessianas manchadas con un poco de barro seco, aunque lo más significativo era su rostro, pues resultaba severo en exceso. Y no era de extrañar puesto que era el de alguien que había conocido la guerra y sus sacrificios. Sus ojos, grises e intensos, tal y como los recordaba, parecían ser los mismos.

—No tenía intención de causar un altercado, Ofelia —dijo él al fin, en voz baja—. Sé que tu prima no me quiere aquí, pero he venido porque

tenía que averiguar si lo que he descubierto es la verdad. Tenía que verte. Tenía que escucharte a ti.

Ella alzó los ojos lentamente.

—¿Escuchar qué, Charles?

Él bajó la mirada, como si todavía le costase enfrentarse a los fantasmas de su juventud. Caminó hasta sentarse en un butacón frente a ella, sin llegar a invadir su espacio.

—Mi padre —comenzó, con lentitud— antes de morir, hace apenas unas semanas, me llamó a su lecho porque quería mi absolución.

—Me enteré de su partida. Lo siento, Charles. —Él asintió.

—Me dijo que fue él quien te obligó a alejarte de mí. Que habló contigo en privado y te hizo comprender que no eras bienvenida en nuestra familia porque yo era un muchacho cuyo lugar estaba en el ejército. Que, como hija de un hombre como el conde de Mabry, quien resultó ser un jugador empedernido con demasiadas aspiraciones, no estabas a la altura. Y que me quisiste lo suficiente como para renunciar a mí por mi propio bien y mi futuro, cuando te lo pidió.

Ofelia cerró los ojos un instante. El pasado la golpeó como una ola fría. Cuando volvió a abrirlos, su expresión era tan digna como herida.

—Te amaba. Con todo lo que era. Con lo poco que sabía entonces del mundo… y con todo el miedo que tenía. —Tomó aire antes de continuar—. Pero no fue solo tu padre quien me amenazó con hacerte daño. El mío también lo hizo. Cuando descubrió que te había aceptado como mi pretendiente, montó en cólera. Quería que sedujese a tu hermano mayor. Para él, solo un heredero de un duque era una opción.

Charles apretó los dientes.

—Y ¿por qué no me lo contaste?

—¿Qué creías que iba a decirte? ¿Que mi padre, borracho de poder y de deudas, me había encerrado en mi habitación, que me vigilaba día y noche? ¿Que me hizo prometer, bajo amenaza de enviarte al infierno militar, que jamás volvería a verte? —Su voz tembló, pero no se rompió—. Lo hice por ti, Charles. Porque me juró que usaría su influencia para impedir tu ascenso. Que arruinaría tu nombre. Y porque no podía soportar que tú cargaras con la vergüenza de casarte con la hija de un conde

que nos hubiese hecho la vida imposible. Sé de lo que hablo, llevo toda una vida huyendo de él.

—Y por eso me mandaste una carta —murmuró él, amargo—. Una carta sin firma, sin despedida, sin explicación. Una frase de tres palabras que aún hoy recuerdo con rabia: No te amo.

Ofelia desvió la mirada. Las manos, desnudas, se le crisparon sobre el regazo.

—Había otras razones —dijo entonces, en voz más baja—. Tenía miedo. Éramos demasiado jóvenes, había tantos inconvenientes… ¿Cómo íbamos a sobrevivir sin el apoyo de nuestras familias? Me sentía rota y desesperada y actué del modo en el que creí que debía hacerlo. Después de lo que compartimos, creí que el mundo se me vendría abajo. Y no me equivoqué en la suposición.

Charles se tensó.

—Me fui después de que me abandonases, Ofelia. No he estado en Londres en ocho años. Hice del ejército mi hogar y Dios sabe que allí no hay nada cálido. Deseaba odiarte con todas mis fuerzas, en cambio siempre venías a mi mente, llena de sonrisas, para recordar lo que fuimos. Eras mi paz.

Ella lo miró, perpleja.

—¿Por qué has venido, Charles? Debiste dejarlo todo como estaba.

—¿Cómo iba a quedarme de brazos cruzados cuando mi padre, que tantas veces me rogó regresar a casa, me convocó para pedirme perdón por sus actos en su lecho de muerte? Toda la rabia que volqué en ti… y no fuiste tú la que tomó la decisión libremente. —Hizo una pausa—. Desde que llegué he estado mirando un poco los periódicos. Mi padre habló y fue como si el pasado estuviese a la vuelta de la esquina, así que busqué información sobre ti. ¿Crees en el destino, Ofelia? Porque yo sí. Tú no te has casado, es más, las columnas de sociedad dicen que tu prima está buscándote un pretendiente adecuado y yo he llegado a la ciudad justo antes de que des el paso definitivo que nos separaría para siempre.

Ofelia se limpió una lágrima de la mejilla.

—Es demasiado tarde para nosotros, Charles. Debiste… debiste olvidarme.

—¿Tú me has olvidado, Ofelia? ¿Has borrado el recuerdo de cuando estuvimos juntos? Tú no mentías. No fingías. Aquella noche, en el

invernadero… —Su voz bajó aún más—. Me miraste como si fuera el centro de tu mundo. Nos hicimos promesas, no solo te amé con mi cuerpo, tú hiciste lo mismo.

Ofelia tragó saliva con dificultad. No podía responder. No con palabras. Cerró los ojos.

—Por favor, no me hagas esto.

—Estoy aquí —continuó él, como si necesitase escupirlo todo antes de perder la oportunidad—. Supe por las columnas de sociedad que tu prima está organizando bailes —repitió— que te presenta a caballeros exquisitos y elegibles. Que estás buscando marido.

—Todo el mundo espera que fracase. Soy una solterona, ¿no? —dijo ella en voz baja.

—¿Y tú qué esperas, Ofelia?

La pregunta la desarmó. Era injusta. Porque no podía decirle que su corazón había permanecido dormido durante ocho años. Que ningún hombre había logrado arrancar de ella ni una décima parte del fervor que él le inspiró. Su cuerpo aún recordaba el calor de su abrazo. Su alma todavía no lo había perdonado por haberla creído capaz de

abandonarlo sin más, porque había esperado alguna señal de él, pero se mantuvo en silencio durante ocho largos años.

Y, sin embargo, no era la misma joven impresionable. A pesar de haberle robado al destino momentos inolvidables todo se torció, no estaban destinados a estar juntos.

Cerró los ojos de nuevo. Estaba hecha un lío. Esa mañana se había levantado pensando en la oscuridad de un hombre que anoche mismo la hizo temblar, en la virtud del esposo de Temperance, y de pronto se enteraba de que Charles había intentado verla cuando su padre confesó la verdad de lo que ocurrió.

El recuerdo le dolía. El padre de Charles fue un duque formidable. Había ideado el camino de sus tres hijos. Su heredero era parecido a Sebastian, todo honor y deber. El repuesto optó por pertenecer al clero, tal y como se esperaba que hiciera, y el tercer hijo… Charles tenía que hacer carrera militar y su padre se ocupó de apartarla para que él se dedicase a su función.

Le escribió aquella infame carta y a él le resultó tan fácil abandonarla… Fue lo mejor para ambos, por supuesto, dado que no tuvieron apoyo de

nadie. Mabry mismo le dejó bien claro que los destruiría si ella seguía adelante con esa absurda relación.

Todos los que tenía a su alrededor la convencieron de que su deber era dejarlo marchar y lo hizo. Ah, pero pese a que fue ella quien le clavó el afilado cuchillo, Charles se ocupó de retorcerlo, dado que ocho años sin tener noticias de él dejaron claro que no había esperanza para ambos.

—No sé lo que espero —respondió al fin, con voz tenue.

Un silencio denso se apoderó del salón.

El té seguía intacto.

Él se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. Ya no era el joven idealista que soñaba con salvar el mundo, aunque en sus ojos había algo que ella aún reconocía: reconocimiento y el recuerdo de una noche perfecta que se tornó una pesadilla.

—No he venido a presionarte, Ofelia. Solo necesitaba confirmar la verdad y saber si alguna vez me amaste. Si fui alguien para ti.

Ella se levantó. Fue hasta la ventana. Había comenzado a llover. Las gotas resbalaban por los cristales como las lágrimas que ella había derramado antaño.

—Amé a un muchacho que creía en las promesas. Un hombre que olía a cuero, a bosque y a sol, que me enseñó lo que era el amor. Tuvimos la felicidad al alcance de la mano, pero no pudo ser. Y sí, te amé como nunca he vuelto a amar, pero del mismo modo debo decirte que he cambiado mucho. —Él se quedó muy quieto. No se atrevía a moverse. Y ella, aún de espaldas, añadió—: Te perdí. Yo di el primer golpe, pero tú me creíste capaz de tirar por el suelo todo lo que teníamos. Te bastaron tres palabras escritas con torpeza en un papel. Yo te fallé, eso es indudable, pero tú también a mí. Estuve resentida durante mucho tiempo y superar ese desastre me costó muchísimo.

Cuando se volvió, él ya estaba de pie.

—Sabías que era un hombre orgulloso. No se llega hasta donde he llegado siendo humilde. Recibí tu mensaje y tú ya te habías marchado de la fiesta en la que nos conocimos sin decirme nada más. Di por hecho que una mujer hermosa se había divertido con el tercer hijo de un duque. Fui injusto contigo, te pido perdón, aunque sospecho que de

poco servirá. Estoy aquí ahora, Ofelia. Me has dicho que no eres la misma y te creo, pero confía en mí, después del ejército, un hombre cambia muchísimo más. He visto el horror y, ahora que he regresado, voy a vender mi comisión y pretendo establecerme en Londres.

Ofelia le sostuvo la mirada con una mezcla de añoranza y firmeza.

—No he accedido a verte para ser cortejada, Charles. Ni para revivir lo que fuimos, si bien sí soy consciente de que nos debíamos una explicación el uno al otro.

—Lo sé —musitó él—. Pero los recuerdos no se extinguen solo porque uno así lo desee. He convivido con tu recuerdo durante ocho años.

—Uhm. ¿No hubo más mujeres? —Él se tensó y ella lo notó—. ¿Te sorprende la naturaleza de mi pregunta? Me he vuelto más descarada que entonces, Charles. No me sonrojo al referirme a las amantes que ha podido tener un hombre. A fin de cuentas, tú no me debías nada.

—Sí que estás muy diferente. Más resuelta, más… mujer.

Ella le sonrió entonces.

—He visto y vivido muchas cosas. ¿Te sorprenderías si te dijese que residí durante algo más de una semana en un club decadente en Saint Giles, para arruinar mi reputación por completo a fin de que mi padre se olvidase de mí de una vez por todas?

—¿Hablas del lugar que dirige un tipo que se hace llamar lord Dorian, Ofelia?

Ella se asombró y él se dio cuenta de ello.

—¿Qué sabes tú de ese hombre, Charles?

—Te he dicho que he seguido las columnas de los periódicos. La que sale hoy publicada es especialmente… reveladora.

—¿Qué? —graznó.

—Bien, he venido a decirte que estoy en Londres, que nunca me he olvidado de lo que fuimos y que por fin, he averiguado la verdad. Tú has dicho que te enfadaste porque te creí demasiado rápido cuando pensé que me habías abandonado por tus propios motivos. Bien, yo escuché el relato de mi

padre cuando agonizaba y me enfurecí contigo por no haberme contado la verdad. He servido a mi reino con honor, soy más fuerte de lo que me consideraste. Yo hubiese encontrado el modo de estar juntos si hubieses confiado en mí.

Y sin más, le hizo una leve inclinación de cabeza y salió de la salita, dejando tras de sí el eco de todo lo que pudo ser y no fue.

Ofelia se quedó con el corazón martilleando bajo su pecho y con la extraña sensación de una agonía desconocida. Porque más allá de las revelaciones, tenía que ir a buscar de inmediato un periódico y averiguar a lo que Charles se refería sobre el señor Taverham.

Capítulo 4
La complicación del presente

Esa misma mañana, justo cuando Charles se marchó, *lady* Ofelia se dispuso a ir al encuentro de su familia. Sospechaba que su prima estaría ansiosa por conocer los detalles de su charla.

El salón del desayuno estaba más silencioso de lo habitual. Temperance había ordenado que no se sirviera nada hasta que todos estuviesen presentes, pero la bandeja de plata con bollos recién horneados empezaba a emitir un aroma que no ayudaba a calmar los nervios.

Ofelia llegó al fin. Su rostro estaba pálido, delataba una noche sin sueño y una mañana demasiado intensa, seguro. Al entrar, encontró a Temperance de pie junto a la ventana, con los labios

apretados, y a Sebastian sentado a la cabecera de la mesa, leyendo el *Morning Gazette* con el ceño fruncido.

—Buenos días —saludó con la cortesía que le quedaba.

—Parece que tus antiguos fantasmas han regresado con fuerza, prima —dijo Temperance con suavidad—. ¿Debe mi esposo retar a alguien?

Ofelia le sonrió. Ahí estaba su prima mostrándole su protección, porque eso no había sido una broma. Sebastian era un tirador de primera, y si la condesa le decía que se lo demostrase a Charles, él lo haría de inmediato.

—¿A quién hay que retar? Si es el caballero con el que te vi enfrentarte en la entrada —le dijo el conde a su esposa— puedo hacerlo. Por cierto, mi amor, estuviste formidable —la felicitó.

—Por amor de Dios… No hay necesidad de ningún duelo. Lamento haberos involucrado en algo que pertenece al pasado —replicó Ofelia con resignación.

—Me sorprende que lo hayas recibido, eso es todo. Yo en tu caso le hubiese escupido en un

ojo.

—¡Temperance! —la regañó Ofelia.

—Demasiado incivilizada, ¿no te parece, mi amor? —consideró Sebastian, bastante divertido con la salida de tono de su mujer.

—¿Qué es lo que tu antiguo pretendiente desea de ti, prima? —siguió indagando la condesa.

—Le debía una explicación. Y la merecía. No hemos adelantado mucho, porque él tiene reproches y yo tengo más.

Temperance resopló, frustrada. Caminó hacia la mesa, se sirvió un poco de té y dejó la tetera con un golpe seco.

—Espero que no te haya convencido con sus viejos encantos. Ya bastante tenemos con el diablo de St. Giles rondando esta casa como un halcón al acecho.

—¿Dorian? —preguntó Ofelia, fingiendo desinterés. ¿Por qué el corazón se le había acelerado tanto?

—Sí, Dorian —intervino Sebastian sin apartar los ojos del periódico—. Y supongo que a estas horas todo Londres estará al tanto de que… Escuchad lo que pone la columna que tanto os gusta leer a ambas: «El Ángel Negro de St. Giles bailó por primera vez en un salón de sociedad. Y no con cualquiera, sino con la primorosa y trágica belleza que es *lady* Ofelia Mabry. ¿Estamos ante una declaración pública del hombre más temido de Londres?».

Ofelia sintió que el estómago se le encogía.

—¿Qué… qué más dice? —preguntó. Ahí estaba la insinuación que le había hecho Charles. ¡Dios santo!

Sebastian dejó el periódico sobre la mesa con visible fastidio. Se había vuelto mucho más expresivo desde que Temperance llegó a su vida, aunque todavía latía en su interior la caballerosidad con un tinte de seriedad.

—Insinúan que hubo algo entre vosotros, que su forma de mirarte fue escandalosa, que nadie recuerda haber visto a Dorian Taverham bailando antes. Y menos con una dama de la que se sabe que anda a la caza de un esposo. Añaden, por supuesto,

que los pretendientes que te había presentado Temperance desaparecieron tras ese baile. Dicen que el lobo ha atacado a su presa.

Ofelia palideció. Las palabras la abofetearon con dureza. No era la primera vez que su nombre aparecía en un artículo de sociedad, pero nunca con semejante intensidad.

—¡Maldición! —bufó Temperance, cerrando de golpe el periódico que había cogido de la mesa—. Esto no es un desliz, es un escándalo. Y tú, Sebastian, fuiste quien lo empujó.

—¿Yo? —El aludido alzó una ceja—. Creo que no recuerdas bien lo que sucedió anoche, amor mío —la acusó él.

—No me mires así —lo reprendió ella—. Te advertí de que debías ser sutil y estoy convencida de que agitaste a tu hermano como un avispero.

—Lo regañé debidamente por mirar a tu prima de esa forma tan descarada, luego le dije que él no era un tipo para ella. No lo agité, es más, casi le prohibí que se dirigiese a Ofelia. La culpa no fue mía.

—¡Santo cielo, Sebastian! No conoces a Dorian después de tanto tiempo… Es necesario

decirle que no haga nada para que él se ofusque y lo haga. Lo lanzaste de cabeza al mar.

—No. Todo ha sido culpa de Ofelia.

—Sabéis que estoy aquí, ¿verdad? —intervino la aludida—. Además, yo no tengo la culpa de nada. Dorian me detesta con todas sus fuerzas —resolvió.

Sebastian se frotó la cara con ambas manos y dejó escapar un largo suspiro. Luego miró a la hija de lord Mabry con ¿lástima? Ofelia no entendió el motivo.

—Dorian no te detesta, está muy lejos de hacer eso precisamente. Si te detestase no estaríamos en esta situación tan desafortunada, Ofelia. Y sí, tú tuviste la culpa de que mi hermano no pudiese apartar la mirada de ti, porque anoche estabas encantadora. Y de nuevo, sí —continuó él con su explicación—, Dorian bailó contigo porque no quería que nadie más lo hiciese, así que, si hay que echarle la culpa a alguien, esa debes ser tú, querida Ofelia. —El conde de Ashbury todavía recordaba la retahíla de estupideces que se tuvo que inventar para entretener al caballero que osó tratar de llevársela a la pista de baile. Al contrario de lo que pensaba su esposa, conocía bien a su hermano, y, en caso de no

haber intervenido, Dorian hubiese hecho algo más escandaloso de lo que hizo Julian cuando lo pescaron en la biblioteca besando a Anastasia; o lo que ambos estuviesen haciendo en aquel momento.

—Quise abofetear a Dorian anoche, lo admito —prosiguió Temperance—. Las cosas no se hacen tal y como las está haciendo él. Quiere que todo el mundo piense que ella le pertenece y no ha tenido ni la valentía para comentárselo a la dama que debería saberlo. —La condesa terminó su alegato con un suspiro.

—Temperance… —murmuró Ofelia.

—¿Sí, querida? —inquirió con suavidad.

—¿De qué dama estás hablando? —preguntó la hija de Mabry.

—De ti, por supuesto. Dorian te marcó anoche como si fueses una yegua. Su yegua.

—¿Cómo has dicho? —Ofelia comenzaba a pensar que el té que se había bebido su prima debía ser *whisky*.

—Lo que has escuchado. Dorian fue muy evidente ayer, ha dejado pocas dudas sobre sus

intenciones. Todo el mundo lo sabe ya, el periódico solo ha recogido los hechos, porque eso fue lo que sucedió durante mi fiesta —le explicó la condesa.

Ofelia frunció todavía más el ceño.

—A ver si lo he entendido…

—¿El qué? —siguió Temperance.

—¿Estás insinuando que Dorian tiene interés en mí?

—Veo que al fin lo comprendes.

Ofelia comenzó a reírse con fuerza. Unos pocos segundos después, al comprobar que Sebastian y Temperance no se divertían como ella, se quedó seria.

—¿No era una broma?

—No —confirmaron al unísono los condes de Ashbury.

—¿De verdad creéis que Dorian Taverham, un sinvergüenza que colecciona amantes como si fuesen trofeos de caza colgados en su salón

de vicios, tiene un interés romántico en mí? —No daba crédito a lo que ellos pensaban.

—Sí —afirmó el dúo de nuevo a la vez.

—¡No podríais estar más equivocados ni en mil años! —saltó Ofelia—. El único interés que el señor Taverham —le pareció un buen momento para poner cierta distancia emocional tratándolo con formalidad— tiene hacia mí es convertir mi vida en un infierno. —Estaba convencida de sus palabras, así que no se permitiría pensar ni un instante en la posibilidad de que Temperance y Sebastian tuviesen razón. ¡Era impensable que algo así fuese cierto!

—Ay, prima mía, eres tan inocente —susurró Temperance, al tiempo que le daba un par de toquecitos en el dorso de la mano.

Ofelia parpadeó, desconcertada.

—¿Cómo dices?

—Tú no ves lo que los demás sí. Dorian te ha estado observando desde el mismo momento en el que te vio en Hyde Park, estoy segura. Te ha seguido espiando en silencio, con esa fiera contención que lo devora. Te molesta, sí. Te irrita. Te desafía, yo misma he sido testigo de cómo te

provoca, pero nunca te ha hecho daño. Nunca te ha despreciado, como hace con otras. Su torpeza radica en que no sabe amar como lo haría un caballero.

—¿Amar? —Ofelia se echó a reír de nuevo, esa vez sin humor—. No hables de amor. Ese hombre no ama a nadie.

—Tal vez no como tú lo esperarías, aunque no puedes negar que entre vosotros arde algo tan fuerte como un buen licor. Vamos, Ofelia, si en vez de bailar el vals parecía que iba a devorarte. Soy una mujer casada y me escandalicé.

—Yo debo admitir que me imaginaba que mi hermano actuaría de ese modo, porque me obligó a apartar al caballero con el que Ofelia pretendía bailar —confesó al final Sebastian.

—¿¡Qué!? —Vio a su esposo afirmar con la cabeza—. ¡Sebastian, eso no me lo habías contado! —le reprochó su esposa.

—¿¡Y eso qué importa!? —gritó al fin Ofelia—. Estoy segura de que os equivocáis con respecto al señor Taverham. Yo… ¡Yo no quiero ser parte de su caos! —levantó de nuevo la voz—. Quiero un hogar. Tranquilidad. Alguien como… —se interrumpió a sí misma, mordiéndose la lengua.

Temperance arqueó una ceja.

—¿Alguien como quién, Ofelia?

La interpelada no respondió.

Sebastian, por su parte, se puso de pie y se acercó a ella lleno de cariño.

—El capitán Charles Everdon ha vuelto, lo sabemos. No te enfades con Temperance por haberme puesto sobre aviso con respecto al caballero que te deslumbró en tu juventud —le dijo al ver que Ofelia hacía un mohín.

—No, Sebastian —comenzó a decirle Ofelia—. Lo que ocurre es que me acabo de dar cuenta de que quiero lo que mi prima y tú tenéis: complicidad, entendimiento, protección, una relación sólida. —Ofelia sonrió. Al fin entendía que lo que sentía por lord Ashbury no era nada indecente, ella no tenía ganas de verlo y besarlo o cosas semejantes, lo que deseaba era a alguien que la amase tanto como él a su prima. Tras unos pocos segundos prosiguió con su explicación—: El señor Taverham no me ve como a algo más que como a una mujer a la que le gusta torturar, y Charles es mi pasado. Hemos hablado de un asunto que fue muy doloroso para ambos, y… Y eso es todo. Dorian no es

una opción, como tampoco lo es un hombre al que conocí hace ocho años.

Sebastian y Temperance intercambiaron una mirada llena de ¿preocupación? Ofelia no entendió a qué se podría deber eso.

—Estaremos a tu lado, prima —tomó la palabra Temperance—. Hagas lo que hagas siempre puedes contar con nosotros.

—Si debo retar a duelo al capitán o a Dorian, no dudes en que lo haré. Así de seguro estoy de vencerlos a ambos, ¿de acuerdo? —le explicó con ternura Sebastian.

—Gracias. Gracias a los dos, porque sois mi familia —les agradeció Ofelia, con los ojos empañados por la emoción.

Temperance se acercó entonces y le sujetó las manos con ternura. Un silencio cómodo se instaló en la estancia.

El alivio que sintió Ofelia al darse cuenta de que no amaba al esposo de su prima, de que tanto Temperance como Sebastian la apoyarían siempre, fue increíble. Eran su familia. No viviría

suficientes años para poder agradecerles todo lo que habían hecho por ella.

***

La casa del duque de Grafton en Mayfair conservaba la misma solemnidad de siempre: puertas altas de roble oscuro, columnas que flanqueaban el recibidor y ese aroma persistente a cuero envejecido y *brandy* caro. Aunque desde que Anastasia se casó estaba mucho más tranquila.

A Dorian Taverham no le gustaba acudir allí, prefería encontrarse con el duque en su club, aunque de vez en cuando sí que había ido a la mansión de Grafton para departir con más confidencia. Eso y que el duque tenía una bodega mucho mejor de la que se abastecía el Club El Paraíso. Y los cigarros puros… Esos también eran excepcionales. Solían sentarse en el despacho del duque y hablaban como iguales. Lo cierto era que desde que una noche, tiempo atrás, el padre de Ana se presentase en su club para pedirle un favor relacionado con un antiguo pretendiente de su hija, ambos habían hecho buenas migas. El duque se

sentía identificado con el libertinaje que había mostrado Julian antes de casarse, dado que Grafton fue similar, en cambio con Dorian compartía una vena… retorcida. Ambos consideraban que cuando la justicia fallaba, era mejor ensuciarse las manos y darle un empujón a las situaciones para que saliesen tal y como ambos decidían que debían acabar. Contra todo pronóstico, el bastardo de Saint Giles y el duque de Grafton se habían convertido en camaradas, en amigos.

¿Quién lo hubiese dicho?

Pero esa mañana no se trataba de una visita amistosa. Dorian lo sabía porque conocía bien a las personas y el duque no lo convocaría temprano si no tuviese una buena razón para hacerlo.

Había recibido la nota de Grafton a primera hora, con la escueta frase: «Ven. Debemos hablar. XXX Grafton».

Y había sabido de inmediato que el asunto no era trivial.

—Su excelencia le espera en la biblioteca —le informó el mayordomo.

Dorian le entregó el bastón, el sombrero y los guantes sin mediar palabra, y luego cruzó el pasillo con decisión. No era un hombre que se amedrentase ante ninguna autoridad, tenía más curiosidad que otra cosa.

Si su padre pudiese verlo atravesando los dominios de un duque que le pedía su opinión cuando tenía problemas en el Parlamento…

Abrió la puerta sin que se lo indicasen. El duque estaba de pie, junto a la chimenea, leyendo *The London Post*. Dorian sonrió, no pudo evitarlo. El diario estaba doblado de modo que la columna del escándalo era perfectamente visible. Un pequeño círculo de tinta señalaba una frase. Dorian reconoció esa costumbre de su amigo, era la que usaba Grafton cuando leía informes políticos y algo del texto le llamaba la atención.

—Llegas tarde, te esperaba hace una hora —observó el duque, sin reconocer todavía su presencia.

—Nunca fui puntual con los sermones, excelencia —replicó Dorian, al tiempo que se apoyaba con despreocupación en el marco de la puerta.

El duque lo miró entonces. No había ira ahí, pero sí una severidad inusual. La misma con la que una vez habría recibido a Julian tras el escándalo del beso en el baile con Ana, conjeturó Dorian con gran acierto.

—Supongo que ya lo has leído —dijo, exhibiendo el periódico en el aire.

—Más de una vez, aunque no hacía falta.

El duque alzó su ceja de modo acusador.

—¿No hacía falta leerlo?

—No, porque yo mismo envié las notas a varios periódicos con lo que debían publicar —admitió Dorian.

Grafton suspiró. Había confesado un crimen más peligroso que si hubiese cometido un asesinato. Había una dama implicada, que si bien le faltó poco para perder por completo su reputación cuando estuvo residiendo en el club de ese hermano Taverham, el apoyo de lord y *lady* Ashbury, junto con el del propio duque y algunos otros amigos con los que Grafton tenía mano, logró contener la situación.

—No hay nada de ti que me sorprenda ya, pero… Dorian, no sé en qué estabas pensando. —El duque se movió para sostener otro periódico y lo levantó para que su invitado lo viese—. En *The Times*: «El Ángel Negro de Saint Giles ha bailado con la hija del conde de Mabry. *Lady* Ofelia, de belleza legendaria y paso torpe aunque mejorado, habría sido sostenida con una dedicación impropia por el notorio libertino, cuyo modo de mirarla podría haber encendido más de un abanico Se comenta que incluso tuvo la audacia de besarle el cuello a la dama mientras creía que nadie miraba. ¿Qué intenciones alberga el bastardo más infame de la alta sociedad?» —leyó el duque con sorna.

Dorian no pudo más que sonreírle.

—Lo de bastardo lo puse porque mi padre así lo hubiese querido, lo de infame lo escribí porque lo soy.

Grafton cerró ese segundo periódico con lentitud.

—¿Crees que esto es divertido, muchacho?

Ah. Interesante. El duque usaba ese apelativo en varios tonos, que iban del cariñoso al

burlón. Acababa de usarlo a modo de arma arrojadiza, como un insulto.

—No. Pero sí era inevitable. Y no me diga, Grafton, que se sorprende. Usted mismo apostó con mi hermano, no hace demasiado, a que no me perdería ninguna de las fiestas que organizase Temperance. Ambos sabemos el motivo de mi interés en acudir.

—¿Entonces, qué pretendes, Dorian?

—Lo que no quería era que otro hombre la tocase —le explicó él con calma—. Era su primer vals y, por Dios, que ella lo bailaría conmigo o no lo haría. No iba a permitir que lo compartiera con un idiota sin carácter que podría haberla dejado caer. Ningún pescado frío con los que *lady* Ashbury pretende emparejarla estará a su altura.

—Eres un bastardo, Dorian, pero no por nacimiento, lo eres en un sentido audaz. Te has quitado de un plumazo a la competencia. Unas pocas letras esparcidas en los periódicos más importantes de la ciudad y, así, con facilidad, la has marcado como tuya.

—He hecho cosas peores. Esta podría compararse con dibujar un arco iris en el cielo.

Aunque reconozco que espero que sea efectivo, porque de otro modo, Ash y usted mismo tendrían que intervenir.

—¿Intervenir? —inquirió el duque, sin comprender lo que había pretendido decir.

—Si un hombre la tocase del modo en el que yo lo hice anoche…. digamos que yo acabaría en Newgate, y no estoy hecho para la prisión.

—Das por hecho que tu hermano y yo saldríamos corriendo para salvarte.

—Ahí debemos incluir también a Julian. —Se quedó pensativo—. Bueno, Temperance y Ana también harían todo lo posible para salvarme.

—Eres incorregible, muchacho —dijo en un tono neutro—. Dime, la dama que dudo mucho que sepa que es tu objetivo… ¿se desharía en lágrimas al enterarse de la noticia de tu posible encarcelamiento por desmembrar al hombre que hubieses asesinado por tocarla?

Dorian agitó los hombros en señal de absoluta despreocupación.

—Me las arreglaría para que así fuese.

El silencio se espesó.

—¿Sabes qué es lo peor, Dorian? —preguntó el duque, aunque el aludido no habló porque sabía que él mismo le daría la contestación en breve—. Que no sé si hablas como un hombre enamorado o como un niño malcriado que se niega a soltar su juguete favorito.

Dorian apretó los dientes.

—Ofelia no es un juguete.

—¡Entonces compórtate como un maldito caballero! —gruñó el duque, cruzando la estancia con varios pasos furiosos—. ¿Sabes el precio que pagará ella por lo que has hecho? ¿Sabes lo que implica que su nombre esté en boca de todos?

—Su nombre lleva en boca de todos desde que nació —señaló él, en un tono más bajo—. Por culpa de su padre. Por su cojera. Por ser demasiado hermosa para pasar desapercibida. La sociedad la ha estado vigilando siempre, Grafton. Yo solo he puesto un espejo ante sus ojos.

El duque lo miró fijamente, como si tratase de leer más allá de sus palabras. Estaban el uno frente al otro.

—Julian estuvo aquí, una vez, por una razón parecida. Bueno, la entrevista con tu hermano fue en mi despacho, donde le mostré mi colección de pistolas de duelo. Fui poco sutil, lo admito, pero funcionó. A ti te he recibido en la biblioteca porque no necesitas amenazas veladas, sino más directas. Pues verás, le exigí a Julian que me explicara sus intenciones con Anastasia. Terminó casado con mi hija, y aunque tú y yo sabemos que ni él mismo tenía la menor idea de lo que sentía, se dio cuenta, más tarde que pronto, eso sí, de que estaba enamorado. Julian no podía alejarse de mi Anastasia porque la amaba. ¿Estás tú en el mismo punto, Dorian? —le preguntó sin amagos.

Como el menor de los Taverham había compartido confidencias y fechorías con Grafton, así que no se permitía guardarse la verdad para sí mismo cada vez que hablaban de lo que fuese. El duque le agradaba porque lo comprendía, no lo censuraba —la mayor parte de las veces— y animaba el club con su presencia. Todo eso y que a Julian le disgustaba mucho que fuesen tan cercanos, así que suspiró y se dispuso a hablar con sinceridad.

—No lo sé. Solo sé que me enloquece. No soporto estar lejos de ella, cada vez me cuesta más dejarla atrás. No puedo respirar si pienso en la

posibilidad de que otro hombre la admire o la posea. Y desde que sé que ella bailará cuando Temperance la exponga como una preciosa joya…

El duque lo observó durante un largo momento, luego dio media vuelta y se sirvió otro *brandy*. Lo hizo en silencio. Al terminar, le ofreció una copa a Dorian, que aceptó sin decir nada.

—Julian, tú y yo, a diferencia de tu hermano, no somos santos —comentó el duque finalmente, mientras brindaban sin alzar la copa—. Pero quiero pensar que nos queda decencia cuando actuamos por el bien de quienes nos importan. Yo siempre he sabido cuándo he cruzado esa línea invisible que a veces es necesario rebasar. ¿Tú sabes qué línea has cruzado, Dorian?

Él asintió. Lo sabía perfectamente.

—Soy impulsivo, Grafton. Creo que en este tiempo ha podido llegar a conocerme bien, de igual manera que yo a usted. Me envió la misiva y yo ya sabía que venía a ser sermoneado por mis actos. Tampoco le ha sorprendido escucharme decir que yo envié las publicaciones a los periódicos, así que daré por seguro que en verdad me conoce. Entonces, dígame qué debo hacer ahora.

—Tu caso es más complejo que el de tus otros dos hermanos. Si bien Sebastian ha estado siempre bien protegido por su título y su gran sentido de la honestidad, sin olvidar su suma rigidez, Julian se cobijaba en ser el segundo hijo de un conde, que pese a no tolerarlo no fue repudiado del todo por vuestro padre. Ambos lo tuvieron más fácil, uno más que el otro, es cierto. En cambio, tú cargas con un estigma que, aunque no es cierto porque en realidad no eres un bastardo en el sentido estricto de la palabra, te hizo alejarte de la aristocracia. Te sientes inferior a Ofelia, consideras que ella se merece algo mejor que tú, crees que le harás daño, pero, aun así, no estás dispuesto a dejarla libre. Pretendes cerrarle todas las puertas para que solo tenga opción a llamar a la tuya llegado el caso.

Dorian le sonrió con reconocimiento.

—¿Soy un necio o astuto, eh, Grafton? Porque me ha tomado bien la medida. En verdad, sí que me conoce.

—Por amor se cometen muchas calamidades, Dorian. Ofelia ha sido amiga de mi hija desde que cumplió los dieciocho años. Me siento más padre de ella que el hijo de perra de Mabry, así que solo voy a decirte esto —añadió el duque, bajando el tono—: si le haces daño, si juegas con ella, te

mataré, Dorian. Y los dos sabemos que soy más que capaz.

—Me gustaría verlo intentándolo, Grafton —le dijo con seriedad.

—Soy un hombre viejo, muchacho. Perdí mi razón de vivir demasiado pronto, y solo me quedé en este mundo porque Anastasia me necesitaba. Mi hija está en buenas manos con tu hermano, me ha dado un heredero para el ducado, así que ya…

—No le queda nada que perder —terminó Dorian, intuyendo lo que Grafton pretendía decirle.

—Sé bien la clase de hombre que eres. No te quedas de brazos cruzados, no tienes miedo de nada ni de nadie, yo ya tampoco. Cuando parta hacia la otra vida, estoy seguro de que mi duquesa vendrá para tenderme la mano. Con un poco de suerte me felicitará por cómo he atendido a mi pequeña, me dará algún que otro tirón de oreja, es cierto, pero me encontraré al fin con ella. No te aconsejo ponerme a prueba. Eres tan fiero como yo cuando se trata de proteger a los tuyos. Bien. Ofelia es parte de mi familia.

—Ofelia no es una más para mí —respondió él, con una gravedad que no solía usar—. Aunque todavía no sé… yo no sé si…

—No sabes si estás listo para enamorarla y que pelee por ti.

—Sí —afirmó con un nudo en la garganta —. A mí nadie me ha querido jamás, Grafton.

—Sebastian y Julian lo han hecho —lo rectificó con suavidad.

—Es diferente. Los tres tenemos una especie de código, donde podemos hacernos daño, pero interferimos cuando alguien ataca a uno o a otro.

—Odio, creo que lo llamáis. Anastasia me ha dicho que decís que os odiáis cuando lo que ocurre es justo lo contrario.

—No sé qué hacer con Ofelia. Solo sé que… Ella… me vuelve loco —admitió—. Desde la primera vez que la vi, sentí que era mía. ¿Cómo puede ser eso posible?

El duque asintió, lentamente. Apuró su copa y caminó hacia la ventana.

—Hay mujeres y mujeres. Te lo dice un hombre que antes de encontrar a la dama perfecta conoció a muchas. Tal vez no seas tan pícaro como lo fue Julian, pero sé que no te has mantenido célibe.

—Hace meses que yo no… —Se arrepintió enseguida de haber comenzado a hacer esa reflexión y se calló de golpe.

—Mi duquesa quiso un noviazgo largo para ponerme a prueba, Dorian. No miré a otra mujer más que a ella y tuve que ser muy paciente porque no quería poseerla antes de recitar mis votos. Fue un año muy duro y frustrante, así que no tienes de qué avergonzarte —se apiadó de él al verlo tan azorado.

—¿Lo intentó al menos? Seducirla antes de casarse digo.

—Cada vez que pude —admitió—. Pero ella no se fiaba de mí. Cuando nos casamos y por fin logré mi objetivo, le pregunté el motivo por el que me lo había puesto tan condenadamente difícil, a fin de cuentas estábamos prometidos y yo ya podía tener algún privilegio.

—¿Qué le dijo ella?

—¿Además de que quería volverme loco? —Dorian se rio.

—Las mujeres están más locas que nosotros, ¿eh, Grafton?

—Mi duquesa fue muy inteligente. Me convirtió en un hombre obsesionado, Dorian. Era su esclavo. No veía más allá de ella, deseaba tenerla, deseaba estar con ella, me moría si no la besaba… Se aseguró bien de que yo supiera que no podría vivir sin ella. El destino me la arrebató y esa mujer tan brillante me hizo jurarle, que no me rendiría nunca por Anastasia. Mi historia fue breve, muchacho, pero épica.

—Quiero que mi historia también sea épica, pero larga.

—Y haces bien en aspirar a lo más alto. Ofelia bien lo vale.

—No sé si estoy preparado. No soy la clase de hombre que una mujer como ella elegiría.

—Eso mismo me confesó Julian. Y míralo ahora. Preso de una esposa que no se deja domesticar. —Soltó una leve carcajada—. Me pregunto qué clase de bestia salvaje te tocará domar

a ti, porque Ofelia, ahí dónde se la aprecia tan tranquila y serena; va a darte más de un quebradero de cabeza, amigo mío.

—Me contentaré con que nadie la mire como no debe —dijo Dorian con una sonrisa torcida —. Es demasiado hermosa.

—Me sorprende que nadie la haya reclamado todavía, has tenido suerte, Dorian. —El duque se quedó pensativo— Dime, muchacho…

—¿Qué?

—¿Has espantado a algún pretendiente de Ofelia durante estos tres años? Te lo pregunto porque una dama que estaba tan bien relacionada con Ash… Digamos que era susceptible de ser encantada por un caballero al que le conveniente tener a Sebastian de su lado en el Parlamento, por ejemplo.

Dorian le sonrió.

—Es cierto que me conoce bien, Grafton. En honor a la verdad, los caballeros en los que ella se ha fijado no servían ni para limpiar el estiércol de un caballo.

—Santo Dios… No me cuentes nada más —lo frenó—. Hablemos de algo más seguro, de tu estrategia.

—¿A qué se refiere?

—¿No quieres enamorarla?

—Preferiría seducirla —admitió con honestidad.

—¿Te refieres a antes de casarte? Yo no te lo aconsejaría, se disfruta más si uno aguanta —expuso el duque con cierta comprensión, pues él estuvo en sus zapatos y la frustración siempre resultaba mala compañera de viaje, pero el premio bien valía la espera.

—¿Casarme? —inquirió Dorian.

Le tocó a Grafton apretar los dientes.

—No estás atendiendo, muchacho. —Ahí había enfado.

Dorian se rascó la cabeza.

—No he pensado en Ofelia más allá de…

—De la lujuria —terminó el duque por él —. Entiendes que vas a tener que casarte con ella si la quieres en la cama, ¿verdad, Dorian?

—Yo… —No sabía qué decir. Dicho por Grafton parecía una cosa sencilla, sensata más bien, sin embargo, él no se veía casado. ¡Dios! ¿Qué sabía Dorian de ser un esposo? Sonrió de lado un momento. Si Julian lo había logrado, muy difícil no podría ser. Además, teniendo en cuenta que Sebastian era más frío que un bloque de hielo y Temperance lo amaba…

Algo en la mirada de él debió darle una pista de sus propios pensamientos a su amigo, porque el duque asintió.

—Veo que lo comprendes, amigo mío. Bien, Voy a darte un par de consejos para empezar, porque los necesitas más que tu hermano.

—No lo creo. Ana quería seducir a Julian y acabó casada con él. Yo quiero seducir a Ofelia y acabaré casado con ella. —No le asustó reconocer ese hecho. Había esperado sentir pánico al decir en alto que se casaría con Ofelia, en cambio no fue así. Interesante. Interesantísimo, de hecho.

—Por amor de Dios, Dorian… ¡Estás hablando de mi hija! Fue Julian quien la sedujo, no lo olvides.

—Bueno… si prefiere verlo así…

—Cállate y escúchame.

—No creo que deba ayudarme, Ofelia ya está enamorada de mí.

Grafton abrió los ojos con gran sorpresa. No iba a perder la paciencia con ese muchacho, pero… Se obligó a serenarse.

—¿Eso crees?

—No lo creo, lo sé.

—¿Puedo saber cómo estás tan seguro de tus palabras?

—Porque otra mujer que no me amase como lo hace Ofelia, me habría clavado un cuchillo en el corazón hace tiempo. La he hecho rabiar, con gran esfuerzo debo añadir. Ella está loca por mí, de otro modo no hubiese tolerado mis impertinencias.

Grafton se llevó una mano a la cabeza. Con Dorian tenía mucho más trabajo por delante que con Julian. ¡Esos dichosos hermanos Taverham!

—Tu lógica es… No sé cómo calificarla —admitió Grafton—. Supongamos que la dama no está enamorada de ti como crees.

—Lo está —gruñó

—De acuerdo, ella te ama. Ve a pedirle que se case contigo a ver qué te responde.

Hubo un silencio cortante.

—Y luego dicen que el bastardo soy yo —masculló Dorian, sabiendo que el duque lo acababa de acorralar.

—Entonces escúchame —le ordenó el padre de Ana—. No la persigas como a una conquista más. Ella no es una de tus bailarinas ni una viuda aburrida. Es una dama que ha sobrevivido a la humillación, al desprecio de su padre, al abandono de un hombre que la amó y se marchó. Lo último que necesita es otro tipo que la convierta en una anécdota.

—¿Quién la abandonó? —Ese dato era nuevo.

—Olvídate de eso por el momento. No la adules con frases bonitas, tampoco con las soeces que se te puedan ocurrir.

—No soy ningún bárbaro —saltó Dorian, ofendido.

—Mírala como si fuese la única mujer en el salón. Eso se te da de maravilla —señaló por lo bajo—. Pero no le digas que es hermosa, eso ya se lo habrán dicho mil veces. Lo que Ofelia necesita es saber que puede ser algo más que una cara perfecta y una pierna imperfecta. Necesita que la veas… toda.

—La he visto siempre —dijo Dorian en voz baja.

—¿Y qué ves?

—A una mujer que me hace perder el juicio —reconoció—. Que me provoca rabia y deseo. Todo a la vez. Pero sé que es especial porque ella me… me…

Grafton asintió y movió una mano para animarlo.

—Hemos departido sobre cosas más violentas que esta, Dorian. Mandaste a un hombre a Australia con asesinos y ladrones porque se lo merecía y me lo contaste sin tantos remilgos. —Era verdad, pues ese Taverham había hecho justicia con el antiguo pretendiente de Anastasia, incluso antes de que Grafton fuese a pedirle ayuda para darle su merecido al villano.

—Eso lo averiguó solo porque usted quería matarlo —le recordó.

—No. Asesinarlo hubiese sido poco castigo para ese indeseable. Ahora, recuerda que estamos hablando sobre Ofelia.

Dorian se levantó y se dirigió hacia la chimenea. Miró el fuego y cruzó los brazos. Observaba las llamas con la expresión tan sombría como el cielo londinense. El fuego chisporroteaba, pero el calor no le llegaba. Sentía algo distinto arder por dentro.

—No soy como mis hermanos —gruñó—. No tengo su educación. Ni su decoro. Ni su paciencia. Yo no sé… No sé lo que se supone que uno debe hacer cuando se trata de una mujer como Ofelia. Me pone nervioso.

El duque lo observaba desde su sillón.

—Sigue —lo animó.

—Sé lo que pretende hacerme confesar. No sé si es amor, Grafton. Puede que lo sea —reconoció al fin—. Pero lo que sí sé es que, cuando ella está en una habitación, yo dejo de respirar con normalidad. Y cuando no está… siento la ausencia como una maldita herida abierta. —Dorian se giró entonces, con el ceño fruncido, como si aún intentara comprender lo que le ocurría y dijo—: Me he pasado la vida sin mirar atrás. Sin proteger a nadie más que a mí mismo. Cierto que he tenido que vigilar a los inútiles de mis hermanos y a las dos dementes con las que se casaron, no se ofenda, pero Ana está loca.

—No lo hago —estuvo de acuerdo Grafton.

—Pero con Ofelia… no puedo evitarlo, me siento excesivamente protector con ella. Me despierto cada maldita mañana preguntándome si estará bien, si alguien la habrá mirado con deseo, si su padre habrá vuelto a presionarla, si algún petimetre habrá intentado cortejarla. Vivo en el maldito infierno por ella. —Apretó los puños—. Quiero romperle los huesos a cada caballero que se le acerque aunque sea con intenciones nobles. Quiero

ponerle el mundo a sus pies, aunque yo no tenga ni un palmo de tierra que ofrecerle. Y si alguien se atreve a herirla; no quedará ni un pedazo de ese villano. —Alzó la mirada hacia su camarada, con una mezcla de furia y desasosiego—. No sé cómo se llama esto, pero nunca lo he sentido por nadie. Jamás. Y no creo que pueda quitármelo de encima.

El duque asintió lentamente. Su sonrisa era tenue, casi nostálgica.

—Eso, Dorian… Eso es exactamente el principio del amor. Aunque aún no lo llames así. Sigamos pues con tus lecciones. Tendrás que demostrarle a la dama que puedes darle algo más que pasión. Estoy al tanto de que ella quiere una familia. Quiere un hogar. No necesita solo un protector, Dorian. Precisa de un compañero. Uno que no le tema a sus cicatrices ni a su carácter. Uno que no huya si ella lo hiere por miedo.

Dorian frunció el ceño.

—Yo no huyo nunca.

—Me alegra saberlo. Hablemos de cortejo.

—Mejor, de seducción —propuso de nuevo Dorian.

—Un detalle importante, Dorian… Por el amor de Dios… no la beses en público otra vez. La próxima vez que tu nombre aparezca en las columnas, que sea en un anuncio de vuestros esponsales.

—Se está haciendo tarde, Grafton. Creo que debería…

—No hemos empezado todavía, muchacho —le advirtió con seriedad—. Tenemos que hablar del cortejo, porque cargártela al hombro y obligarla a que se case contigo no es una opción.

—Maldición —masculló Dorian. Eso hubiese sido fantástico—. ¿Por qué no puedo raptarla y obligarla que se case conmigo?

—¿No dijiste antes que no eras un bárbaro?

—No lo soy. ¿Qué tiene que ver eso con la idea de forzar su mano? No es como si fuese a acostarme con ella y luego repudiarla, ¿no?

El duque comenzó a negar con la cabeza al ver que Dorian Taverham no tenía la menor idea de cómo actuar con una mujer dulce y aristocrática como Ofelia.

—Tal vez sería mejor que tomases nota, creo que necesitarás estudiar mucho todo lo que voy a decirte…

—No lo creo… La seduciré.

—¡Silencio, muchacho! Ahora es momento de callar y empaparte de mi sabiduría. Más de un disgusto me hubiese ahorrado si alguien me hubiese hablado del modo en el que yo voy a hacerlo contigo.

Sobra decir que el duque estuvo más de hora y media dándole consejos sobre cómo enamorar a una dama de un modo adecuado. Maldito fuese. Con lo fácil que hubiese resultado ir a casa de Ash, esperarla en la calle y obligarla a meterse con él en un carruaje… La de cosas que podría hacer en un vehículo que ofreciese intimidad para persuadirla de que lo aceptase. Oh, sí, Dorian no podía dejar de imaginarse cómo sería ella en la cama.

Grafton consideraba que era mejor ser un correcto caballero, como Sebastian, pero Dorian la

conocía y era consciente de que si le daba un beso ella se derretiría, y todo el mundo sabía que después de un beso llegaba lo mejor.

La besaría. Eso haría. Nada de flores, ni paseos, ni bombones. ¿Qué podría salir mal? Ella ya estaba loca por él, así que le haría un gran favor si pasaban directamente al asunto del lecho.

¡Sí, sí! Habría una boda también.

Capítulo 5
La adversidad del amor

Los días transcurrían con inusual calma en casa de los Ashbury. Ofelia estaba más tranquila porque Temperance había dejado de organizar bailes y las citas a las que habían acudido las semanas pasadas habían sido: dos recitales privados de piano, y una visita al teatro.

Esa mañana, Helena dormía en la guardería mientras Melani estaba entretenida con sus muñecas con la niñera.

Temperance hojeaba una novela francesa con aire distraído y Ofelia se dedicaba a bordar. Ambas estaban en el salón matinal. La hija de lord Mabry tenía en esos momentos el ceño fruncido

debido a la tensión que le provocaba la dificultad del diseño que tenía entre manos.

Fue entonces cuando el mayordomo, Holloway, apareció en el umbral con la expresión seria.

—Disculpe, *milady* —se dirigió a la condesa—, lord Dorian solicita audiencia.

Ofelia dio un respingo y se pinchó con la aguja. Temperance se quedó asombrada.

—¿El hermano de mi esposo viene a visitarnos y no irrumpe en casa, sino que lo manda a usted para anunciarse? —Eso era toda una novedad. Dorian no pedía jamás permiso para hacer nada.

—Así es, *lady* Ashbury —le confirmó contrariado el mayordomo, dado que era la primera vez que el hermano del conde le permitía llevar a cabo sus obligaciones.

—¡Eso sí que es nuevo! —exclamó Temperance, al tiempo que dejaba caer el libro sobre la falda—. Hágalo pasar, Holloway, sospecho que su visita será interesante —murmuró, sin dejar de observar a Ofelia.

—Si me permite la osadía, *milady*, eso mismo creo yo también.

—Denoto un poco de asombro en usted. Además de la sorpresa de que mi hermano por matrimonio se comporte de un modo tan civilizado, ¿qué le tiene pensativo, Holloway? —se interesó la condesa.

—Lord Dorian ha traído… —El mayordomo hizo una pausa, como si las siguientes palabras le costasen esfuerzo pronunciarlas. Carraspeó—. Ha traído una planta que él mismo sostiene entre las manos.

—¿Una planta? —repitieron Ofelia y Temperance al unísono.

—Sí. Una maceta de la que se le ve muy orgulloso, debo añadir.

El silencio fue tan espeso que solo se oía el tictac del reloj de sobremesa.

—Dios quiera que no pretenda rompérsela a Sebastian en la cabeza —dijo Temperance para luego suspirar—. ¡Hágalo pasar! —ordenó finalmente la condesa con una mezcla de diversión y horror.

Ofelia, por su parte, sintió de pronto cómo su estómago se tensaba en un nudo. ¿Qué demonios tramaba ese hombre?

Dorian entró con su porte arrogante habitual, vestido con una chaqueta azul noche y una sonrisa de medio lado que debería estar prohibida por las leyes del reino. Llevaba entre las manos una maceta de porcelana blanca de un tamaño considerable, con un geranio rojo que parecía el testigo de algún crimen floral.

—Buenas tardes, damas. —Hizo una reverencia tan perfecta que habría hecho llorar de emoción a un instructor de esgrima—. Vengo con una ofrenda de paz.

Temperance entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de paz requiere un geranio?

—No es cualquier geranio —replicó él, tragándose la indignación por el tono burlón de la condesa—. Esta planta representa… —le habían dicho que simbolizaba pasión contenida en el idioma de las flores, pero eso era una estupidez que él no pensaba repetir—. Es una disculpa, porque *lady* Ofelia ha estado recientemente en el centro de una tormenta

social causada, según tengo entendido… —no iba a confesar que el culpable de que los hechos hubiesen salido a la luz era él— por mi torpeza. —Carraspeó porque se sentía como un tonto dandi—. En fin, he considerado oportuno resarcirla por los problemas ocasionados —argumentó en tono solemne. —Iba a matar a Grafton, dado que fue el duque quien le dijo que tenía que ser original y deslumbrarla de un modo único. Tal vez tuvo que haber ido a comprar flores, pero eso no casaba con las enseñanzas de un duque que parecía saber mucho sobre el amor. Suspiró. Ofelia no se veía encantada, sino todo lo contrario.

La dama a la que deseaba impresionar lo miraba de hito en hito.

—¿Me ha traído… una flor en una maceta a modo de disculpa, señor Taverham? —preguntó con una voz helada, tratando de ocultar su asombro.

—Sí —confirmó él, extendiéndosela con gesto triunfal—. La elegí personalmente en Chelsea Physic Garden, que como sabrá, *milady*, es uno de los jardines botánicos más antiguos de Londres —alegó pagado de sí mismo, utilizando la debida formalidad. Grafton estaría orgulloso de él si pudiese verlo en acción. Eso de cortejar no era tan difícil, después de todo.

—Pensé que sus hábitos matutinos consistían en salir de la cama sorteando mujeres y beberse un vaso de *whisky* reconstituyente, y no la jardinería, señor Taverham.

Él apretó los dientes. ¿Por qué siempre tenía que empujarlo de ese modo? Le sonrió de modo caballeroso y perfecto.

—Me estoy reformando, *lady* Ofelia.

—¿Y espera que me lo crea? —retrucó ella.

—Con todo mi corazón —sentenció él, mientras pestañeaba con coquetería.

Temperance carraspeó.

—Debo admitir que esto es muy entretenido, pero… Bueno, yo tengo… asuntos que atender… en la parte opuesta de la casa. —Se levantó, le guiñó un ojo a Ofelia sin pudor y desapareció con la elegancia y satisfacción de alguien que acababa de abandonar un campo de batalla tras lanzar una ofensiva.

Dorian esperó a que se cerrase la puerta antes de acercarse un paso más. Ah, su hermana por

matrimonio era una mujer muy considerada por haberles dado tanta intimidad.

—¿Qué tiene de malo mi presente, Ofelia? —cambió en su trato a la informalidad.

—Nada. —No iba a bajar la guardia con él.

—¿Entonces por qué no lo aceptas?

—No sé si tengo la fuerza necesaria para sostener semejante… obsequio. Déjelo en la mesa. —Le señaló el lugar y él, entre mascullidos ininteligibles que incluían una maldición hacia Grafton, hizo lo que ella le sugirió.

Dorian se sentó a su lado a continuación. Ninguno de los dos sabía qué decirle al otro.

—Hace semanas que no te veo.

—Imagino que eso habrá sido algo bueno para usted, señor Taverham. O tal vez aburrido, dudo mucho que otra dama le divierta tanto como yo.

—Probaré con otra cuestión —se dijo para sí mismo sin ser consciente de que hablaba en

alto.

—¿Cómo dice?

—¿Has estado bien? ¿Sigues sana? —Grafton le había dicho que un hombre debía embelesar a su dama interesándose sobre sus cosas. Qué mejor que interesarse por su salud, ¿no?

—¿Por qué lo pregunta? Ah, ya lo sé, yo le diré que estoy bien, y usted sacará a relucir que me veo tan pálida como un sapo.

—Los sapos no son pálidos, son verdes.

—¿Cómo una flor marchita entonces? —replicó ella, alzando una ceja con mordacidad.

Dorian se encogió de hombros, y le ofreció una sonrisa torcida que intentaba parecer inocente, pero que no la engañaba.

—Más bien como una dama que no ha dormido en absoluto —apuntó, haciendo un esfuerzo titánico por no arruinar lo que el duque había llamado «una aproximación considerada». Mierda, le dijo que no la tratase con informalidad a menos que ella lo invitase a hacerlo, porque así sabría que había ganado media batalla. Se cruzó de brazos y, tras un

breve silencio, añadió con fingida ligereza—: ¿Tuvo pesadillas? No, seguro que no. Tuvo dulces sueños en los que yo era su compañero en un formidable vals. ¿O es que piensa tanto en mí y eso no le permite descansar adecuadamente? —Ahí. Eso estaba mucho mejor, le hablaba con respeto, atendiendo a su rango, pero haciéndole recordar el baile que compartieron. ¡Perfecto! Ella estaría comiendo de su mano en dos segundos. Al tercero se estarían besando.

Ofelia lo fulminó con la mirada. Era evidente que él se burlaba de ella. ¡Qué equivocados estaban lord y *lady* Ashbury sobre Dorian Taverham y su interés!

—Parezco una flor mustia, sí —apuntó con tirantez—. Y eso es porque el recuerdo de sus impertinencias me hace soñar con arrojarle un candelabro a la cabeza. Me emociono tanto con darle su merecido que me es imposible dormir plácidamente. Es agotador estar toda la noche planeando el mejor modo de hacerle sangrar sin dejar manchas en la alfombra.

Dorian reprimió una carcajada. No podía evitarlo. Incluso molesta y sanguinaria, ella le parecía deliciosa.

—Me halaga, *milady* —murmuró, dándole un leve asentimiento—. No todos los hombres pueden presumir de estar tan presentes en los sueños de una dama.

—Ni todos los hombres merecen que una dama pierda el tiempo soñando con ellos —replicó notablemente molesta.

Ah. Podía ser una auténtica arpía de lengua afilada. No debería estar tan entusiasmado con la batalla, pero como se sabía vencedor antes de que la justa comenzase, se permitió sentirse orgulloso.

—¿Sabe que es usted capaz de provocar un incendio?

Ella frunció el ceño.

—¿Un incendio?

—Sí —afirmó él, al tiempo que se acercaba un poco más a ella. Ofelia se movió en el sofá para apartarse, pero no quedaba mucho espacio ya, así que Dorian se le pegó. Buscó la oreja femenina y le susurró—: Usted no es una flor marchita, es un campo de geranios y no arde bajo el sol, está ardiendo cada vez que yo estoy cerca.

Ella ladeó el rostro. Craso error, estaba muy cerca de él. Se levantó de golpe y Dorian se lo permitió. Desde su altura lo miró como si fuese una institutriz ofendida.

—Su desfachatez, señor Taverham… Como siempre ocurre cuando se dirige a mí, no sé por dónde comenzar para sacarlo de sus múltiples errores. ¿Me está comparando con un macizo de flores? —inquirió con incredulidad.

Él se puso de pie y ella dio un paso atrás por inercia.

—¿Me tiene miedo?

—Des…de luego que n…o. ¡No! —Le hubiese gustado haber podido hablar sin titubear.

—Bien —Dorian no la creyó, por descontado—. La he comparado con las flores, así es exactamente —sonrió él—. Tan hermosa, tan viva… frágil y peligrosa a la vez.

Ofelia parpadeó. No supo si aquello era una burla más o el primer halago sincero que ese villano le dedicaba sin retorcerlo.

Y mientras lo analizaba, Dorian se dio cuenta de que necesitaba besarla. Estaba tratando de contenerse, porque hacerlo sería como romper tres o cuatro reglas que Grafton le había recomendado. Pero, por Dios, ¡valdría la pena!

Ofelia se dio cuenta de que él le estaba mirando con fijación la boca.

—¡No se atreverá! —saltó escandalizada, tras comprender la intención que tenía el hermano de Sebastian.

—¿Por qué? Tú deseas que lo haga tanto como yo —ronroneó Dorian.

—¿Se ha vuelto loco? ¡No lo deseo! Yo no pretendo llamar la atención de un hombre como…

Y en ese instante, Dorian avanzó. Cerró la escasísima distancia que los separaba con la determinación de un hombre que había dejado de resistirse a sí mismo, que aceptaba dar el paso al frente para luchar por lo que deseaba.

Ofelia no retrocedió. Aunque todo en su cuerpo le gritaba que huyera, que aquello era una locura. Él era el Ángel Negro de St. Giles. Él era caos.

Y, sin embargo, también era la única persona capaz de hacerla sentir viva en esos instantes.

Dorian alzó la mano y le rozó con los dedos la comisura de los labios. Un roce breve, como si no estuviese seguro de que ella fuese real.

—Siempre que estás cerca te miro la boca —confesó, tan cerca que su aliento le rozaba la piel—. Y siempre pienso que no debería hacerlo, pero no puedo resistirme.

—Dorian… —susurró ella llena de inseguridad, aunque no tenía fuerza en la voz, ni convicción en la mirada. No podría detenerlo si él se tomaba libertades y era consciente de ello.

Él le ofreció esa sonrisa tan característica suya, torcida. Oscura y fatal.

—Es demasiado tarde para detenerme…

Y la besó.

En ese primer beso que compartían, no hubo duda ni gentileza al principio. Fue un beso posesivo, exigente, como todo lo que él era. Dorian la sostuvo por la cintura y la atrajo hacia sí, como si temiera que el mundo se fuese a desplomar si ella se

le escapase. Sus labios buscaban los de Ofelia con hambre, sin contención, con una rabia salvaje, con un deseo palpitante que parecía haber esperado demasiado tiempo para mostrarse al mundo.

Ella no reaccionó al instante. Su cuerpo se tensó, como si la atrapara una corriente marina que amenazaba con tragársela y ahogarla. Pero luego, inevitablemente, sus manos subieron hasta apoyarse en la nuca de Dorian Taverham.

El beso se tornó más profundo, para luego comenzar a ser menos ansioso, más lento. Era como si él quisiera memorizarla, como si temiera que ese instante no volviese a repetirse, por lo que era necesario que fuese… perfecto. La estaba besando y ese beso constituía el principio y el final de todo. Grafton se equivocó al dudar de que lo quisiera, estaba seguro de que la tenía, de que con solo chasquear los dedos ella se rendiría.

Ofelia tembló. No por miedo. Era un mareo inesperado, porque jamás, jamás, la había besado nadie así, como si no tuviera más opción que la de rendirse ante los deseos de un hombre.

Y cuando Dorian se apartó, apenas unos centímetros, la miró con los ojos entrecerrados y la respiración entrecortada.

—¿Sigues creyendo que no me deseas, Ofelia?

El hechizo se rompió en cuanto él le mostró una sonrisa de suficiencia.

La dama retrocedió un paso, el color le subía por las mejillas, como si le hubiesen dado un par de bofetadas. El temblor en su pecho no era de deseo, sino de pura indignación. Lo que parecía imposible, acababa de ocurrir. Dorian Taverham había encontrado una nueva manera de reírse de ella, de humillarla.

—¡No vuelva a hacer eso nunca más! —exclamó, para luego apretar los labios y alejarse de su cercanía todavía más—. No vuelva a besarme como si tuviese derecho a hacerlo. No lo tiene. ¡Usted no!

Dorian no pestañeó. Su sonrisa había desaparecido. La sombra de su ira se extendía ya por sus ojos, como una tormenta gestándose con rapidez. ¿Qué demonios acababa de ocurrir? ¿Estaría ella en esos días de indisposición femenina? No tenía mucha idea de lo que les hacía a las mujeres su ciclo vital, pero sí se había dado cuenta de que se ponían irascibles cuando sangraban. Podría ser ese el motivo del cambio repentino, porque un segundo antes,

Ofelia había estado gimiendo para él, por él, y al siguiente instante ella ¿le gritaba?

—¿Qué diantres te sucede, mujer? —Dorian había perdido la paciencia. De acuerdo, nunca fue paciente, así que ese era su estado casi habitual.

—¡Usted es lo que me sucede! —le escupió como si fuese un grave insulto que él no lograba descifrar.

—¿Insinúas que el problema soy yo? ¿Que yo no puedo besarte?

—Veo que es más inteligente de lo que aparenta, señor Taverham —le dio la razón.

Se enfureció al ver que iba a negar la atracción que había entre ambos.

—¿Y quién puede tocarte y abrazarte entonces, Ofelia? ¿Quién tiene tu permiso para besarte? —Su tono se volvió más áspero.

—Un hombre digno, que no juegue conmigo.

—¿Tienes a alguien en mente para que copie su actitud? Pues supongo que si me convirtiese

en ese dechado de virtudes en quien debes estar pensando tendría tu bendición para besarte… ¡Como si no hubieses disfrutado tanto como yo mi beso! —se enfadó.

—Podría usted, señor Taverham, tomar como ejemplo a su propio hermano.

—¿A Julian? No creo que te gusten los pícaros, pues yo soy parecido a él, aunque no tan réprobo como él llegó a serlo.

—No me refería a ese hermano.

Dorian se tensó todavía más. Cosa que parecía imposible porque ya estaba bastante irritado.

—¿Hablas de Ash? —la interrogó.

—¿Tiene usted más hermanos, señor Taverham? —La había herido al tratarla de ese modo y ella quería infligirle el mismo dolor, pues sabía que para Julian y para Dorian no había un insulto mayor que ser comparados con el esposo de Temperance.

—¿Acaso estás enamorada de mi hermano, Ofelia?

—Pregunta el hombre que besó a Temperance cuando estaba prometida con Sebastian, y que le ofreció matrimonio a Anastasia después de que la pescasen a solas con Julian. Eso sin olvidar que también la besó a ella. Su hipocresía no tiene desperdicio —lo acusó.

—Te he hecho una pregunta y quiero una respuesta, Ofelia.

—Lo único que tengo que decirle, señor Taverham, es que debería tomar como ejemplo a su hermano mayor. Él es fuerte, es noble, protege a su familia y todo el mundo lo aplaude. Es un hombre en el que una mujer podría confiar sin temor a ser humillada o… poseída por capricho.

El silencio que siguió fue como un azote.

Dorian dio un paso hacia ella, su expresión era tan fiera… Parecía una pantera más que un lobo en esos instantes. Sus ojos brillaban con furia, los tenía muy oscuros y estaban fijos en los de ella. Su mirada le hacía daño.

—¿Así que es eso? —escupió con voz grave—. ¿Eso piensas de mí? ¿Que soy un hombre sin honor? ¿Una sombra sin propósito? ¿Una distracción vulgar al lado del perfecto lord Ashbury?

—¡Yo no he dicho eso! —protestó Ofelia, demasiado tarde.

—No lo has dicho, pero es lo que piensas de mí —replicó él con los dientes apretados—. Lo has dejado caer con esa lengua que sabes usar como un látigo. Querrías que fuese como él, ¿verdad? Más educado. Más digno. Más insípido, frío y arisco. Pero no lo soy, Ofelia. Ni lo seré nunca. Y si lo fuese, tú no me desearías como lo haces.

—¡Deja de jugar conmigo de una maldita vez, Dorian Taverham! —gritó ella, dolida.

—Esto no es ningún juego. No. El problema es que tú aún no entiendes quién soy yo para ti —gruñó Dorian—. El problema es que cada vez que estoy cerca, tiemblas. Y cada vez que me alejo, me odias por dejarte. ¿Quieres que me parezca a mi hermano? Pues lo siento mucho, cordero, yo soy un lobo hambriento al que tú le has dado de comer ya dos veces. A mí no me interesa protegerte como un primo afectuoso. Yo quiero destruirte y adorarte al mismo tiempo. Quiero poseerte sin pedir permiso. Y eso, querida mía, no tiene nada que ver con Sebastian.

Ofelia palideció. Pero no retrocedió.

—Por amor de Dios… ¿No puedes dejarme en paz? Es lo único que quiero, estar tranquila. No puedo más, Dorian —le suplicó.

Él la obsequió con esa sonrisa que ella comenzaba a detestar y adorar a partes iguales.

—Yo… —comenzó a replicar él, con orgullo desmedido— no he venido al mundo para darle paz a nadie.

Y dicho eso, se dio media vuelta. Las pisadas de sus botas retumbaron al salir. La puerta se cerró de golpe. El aire estaba impregnado de su rabia y del recuerdo del beso que le había prendido fuego a todo.

Ofelia se llevó una mano a los labios.

Aún le ardían.

No era el roce lo que la estremecía, sino lo que había detrás. La rabia. El deseo. El caos. Todo eso estaba contenido en ese beso que no sabía si había sido un error o un impulso o una provocación. ¿Habría sido una advertencia? ¿Una promesa? ¿Una condena? ¿O tal vez una declaración de intenciones?

Se sentó porque sus rodillas estaban débiles.

Sintió un temblor recorrerle la espalda, como si su cuerpo no supiera si debía huir o echar a correr detrás de él. Lo que más la sacudía era otra cosa. Era la certeza de que, si Dorian Taverham volvía a besarla, ella no tendría fuerzas para apartarse. Porque él no era lo que deseaba, pero sí lo que anhelaba en secreto. No era lo que necesitaba… pero ya lo llevaba dentro, como una espina dulce y venenosa que se resistía a ser arrancada.

Y entonces lo comprendió.

No quería que la dejase en paz. Solo que le hablase con claridad, que la tratase como a una mujer, no como si… como si… ¡No quería que la tratase como siempre hacía!

Capítulo 6

Un pretendiente torpe

Ofelia no solía salir a pasear con Melani a esas horas sin su sombrilla, pero el cielo estaba tan gris que se permitió el capricho. Habían avanzado por el sendero sur de Hyde Park, lejos del bullicio, donde los bancos eran más viejos y las ardillas más valientes. Melani corría unos pasos por delante con una cinta en la mano y su constante risa.

Todo parecía en orden. Era idílico.

Hasta que escuchó un ladrido. Uno corto, insistente. Luego otro. Y entonces una voz que ella reconocía muy bien llegó a su oído:

—¡No, maldita sea! ¡Eso es mi bota, no el tronco de un árbol! —se quejó el hombre.

Ofelia se giró tan deprisa que su sombrero se ladeó. Melani, por supuesto, ya corría en dirección al ladrido y hacia el bobo que solo sabía emitir maldiciones de modo constante.

—¡Tío Dorian! ¿Ese perro es tuyo? Es un perro, ¿no?—inquirió la sobrina de Temperance.

Así era, el señor Taverham se acercaba a ellas, caminando por el sendero con el semblante más relajado porque estaba mirando a Melani. Oh, sí, lo acompañaba un cachorro de spaniel negro y blanco que se le había enredado en el bajo del abrigo.

—O es lo que dices, pequeña, o se trata de una rata que trata de treparme por la pierna —le dijo, al tiempo que se sacudía con cautela al perro de encima.

El cachorro soltó un chillido encantador, saltó sobre la grava y se lanzó a las faldas de Ofelia.

—¡Por todos los cielos! —exclamó ella, dando un paso atrás justo a tiempo para evitar el asalto.

—¡Es adorable! —gritó Melani, ya de rodillas en la tierra para acariciar al animal.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —le preguntó Ofelia con el ceño fruncido, mientras se sujetaba la falda para que el cachorro no comenzase a morderle el bajo.

Dorian se detuvo frente a ella y se sacó un papel plegado que tenía en el bolsillo de su levita. Tosió, desplegó el folio y se dispuso a leer en silencio. Como la última vez que estuvo con ella aquello resultó un completo desastre, y dado que Grafton lo obligó a tomar notas cuando le contó lo que le había sucedido con la dama, se las había llevado para ir refrescando las ideas.

«Paso uno: aparecer con naturalidad, sin invadir ni atosigar a la dama. Paso dos: demostrar afinidad con los niños porque eso las enternece mucho y rápido. Paso tres: elogiarla sin parecer vulgar. Paso cuatro y fundamental: escuchar y ser paciente».

Las indicaciones eran sencillas, lo que resultaba complicado era seguirlas. Volvió a guardar el papel y luego murmuró para sí mismo:

—Todo claro hasta aquí. Un elogio, escuchar y paciencia —se recordó con convicción.

Ofelia lo miró sin entender lo que ocurría.

—¿Se encuentra usted bien, señor Taverham?

—Perfectamente. Se ve usted hoy más encantadora de lo normal, *lady* Ofelia. —Se recordó también que no debía dejar de tratarla con formalidad. .

—Oh… —No había esperado encontrarlo tan… tan… tan tranquilo después de su último encuentro. Cierto que habían pasado siete días exactos. ¡Claro que Ofelia no contaba los días en los que él no había dado señales de vida! Solo se acordaba de que había pasado una semana porque… porque… ¡porque sí y punto!

—Resulta todavía más encantadora cuando se queda sin palabras, ¿se lo habían dicho alguna vez, *milady*? —Como ella no le decía nada, él comenzó a impacientarse. Se recordó el punto sobre la paciencia. Carraspeó—. Sus ojos están tan azules como el cielo. Son fascinantes, de un tono tan excepcional que un hombre podría no olvidarlos hasta el día en el que muriese.

—Yo… ¿Seguro que se encuentra usted bien?

—Por supuesto, pero usted está espléndida, sencillamente formidable. Tal vez sea la mujer más hermosa de Hyde Park. ¡Qué digo del parque!, no, de todo Londres.

—Yo… —balbuceó de nuevo—: ¿Ha estado bebiendo, señor Taverham?

El interpelado se obligó a ser paciente. ¿Por qué se lo tenía que poner tan condenadamente difícil?

—Comprendo que tal vez no esté acostumbrada a escucharme alabarla, *milady*, pero es un hábito que pretendo mejorar.

Ofelia, que no llevaba guantes, le colocó una mano en la frente.

—Debe estar enfermo… —supuso.

Él chasqueó la lengua, y le apartó la mano de inmediato.

—¿Un hombre tiene que estar borracho o enfermo para hacerle un sincero cumplido?

—Un hombre espero que no… Usted sí —le aseguró ella.

—Infierno sangriento… —masculló, porque la paciencia le pendía de un hilo muy fino.

El perro volvió a ladrar y comenzó a dar vueltas en círculos como si hubiese decidido salvar a Dorian de un desastre. La risa de Melany se intensificó y bautizó al cachorro como: «Candelabro».

—¿Candelabro? —repitió Ofelia, aturdida.

—Así se llama ahora el perro, aparentemente —observó Dorian, al tiempo que miraba cómo el cachorro intentaba tragarse una hoja entera que la que era su sobrina por matrimonio estaba tratando de quitarle—. Antes se llamaba «Estrategia», pero Melani no se ha molestado en preguntarme cómo se llama el cachorro.

—¿Este… perro es suyo? —inquirió Ofelia.

—Lo es desde hace veintidós minutos. Lo compré en Berkeley Square. Me aseguraron que las damas adoran a los perros pequeños y encantadores —le explicó, con un tono neutro que trataba de ocultar lo mucho que estaba sufriendo por dentro,

puesto que deseaba que Ofelia admirase a un lobo grande y fiero como él. No a un perrito encantador.

La dama alzó una ceja.

—¿Y qué hace usted con un cachorro, señor Taverham?

—En realidad es un obsequio para Melani. —El aludido miró entonces a la niña—. El tío Dorian pretende regalarte el perrito, preciosa; ¿lo quieres? —le preguntó con tanta ternura que desarmó a Ofelia.

Melani iba a cumplir diez años. Cuando Temperance logró recuperar a la hija de su difunta hermana, observaron que la niña era muy retraída, pero con el paso del tiempo, formando parte de una familia que la amaba, ella había ido mostrándose más sociable, más cariñosa y segura de sí misma.

—¡Lo quiero, lo quiero! —exclamó encantada—. ¡Eres el mejor, tío Dorian! —Acto seguido, la pequeña le dio un tirón que lo obligó a agacharse, así que tío y sobrina se fundieron en un sincero abrazo. Dorian le besó la coronilla un momento antes de levantarse.

Ofelia estaba fascinada con lo que veía. Los dos compartían confidencias mientras ella los observaba con atención. Se veían tan cercanos… No sabía que Melani le tuviese tanto aprecio a un hombre del que había supuesto que le disgustaban los niños y los cachorros. Pero ahí estaba el Ángel Negro de Saint Giles, haciendo sonreír a una niña y acariciando a un precioso cachorro.

Se quedó sonriendo como una tonta, porque la escena que tenía ante sí era preciosa. ¡Maldito fuese! La estaba sosteniendo entre los brazos y Melani le pedía que le diese un par de vueltas en el aire.

¡No podía hacerle algo así, porque ella no quería pensar en él como el cabeza de una familia!

¡Dios! ¿De dónde había salido ese pensamiento? Dorian sería el último hombre con el que ella tendría hijos. Ah, pero serían unos niños perfectos, dulces como ella, pero a la vez fieros como Dorian.

¡Alto ahí! Nada de pensar en esas tonterías, se ordenó mentalmente.

La niña comenzó a entretenerse con el perro y les dio un poco de intimidad.

Dorian la miró entonces con intensidad, pero sin la arrogancia de siempre. Solo la observaba con atención. Estaba un poco más cerca de lo que debería. Ofelia sintió un escalofrío. No era por el viento frío. Era a causa de esa mirada. La misma que la desarmó en el salón de su prima la última vez. La misma que la había hecho temblar cuando la besó sin pedirle permiso. El recuerdo de ese beso ardió como una brasa encendida en lo más hondo de su pecho.

—Veo que ha funcionado.

—¿El qué?

—Melani es feliz y usted está sonriéndome.

Ofelia se sobresaltó. Se tocó los labios como si la hubieran pillado cometiendo una falta. Maldita sea. ¡Estaba sonriendo y no podía dejar de rememorar aquel beso que le robó!

—No estoy recordando ningún beso.

—¿Disculpe? —Dorian se quedó asombrado. ¿Ella acababa de decir lo que él había

escuchado?

Ofelia se horrorizó al darse cuenta de lo que acababa de decir a viva voz. ¡Fantástico! La nueva tendencia era humillarse sola sin que él la ayudase a ponerse en entredicho! Carraspeó.

—Le acabo de preguntar que si todo esto es algún tipo de manipulación —murmuró.

—No, no lo es en absoluto. No obstante, estoy convencido de que no ha dicho eso antes. Ha hablado de un beso.

—¡Qué disparate! ¿Un beso? Nada de besos. —Estaba ardiendo porque la mirada de él la tenía anclada al suelo. Cada vez que recordaba la lengua de Dorian acariciando la suya… Comenzó a abanicarse con la mano.

—¿Se encuentra bien, *milady*? —preguntó, al ver que ella tenía los mofletes encendidos y que respiraba con cierta dificultad.

—Perfectamente.

—¿Está ebria, *lady* Ofelia?

—Oh, así que va a usar esa táctica contra mí, ¿no es cierto, señor Taverham?

Él le sonrió.

—Permítame ver si tiene fiebre —se acercó, pero antes de llegar a ponerle la mano sobre la frente, ella le dio un manotazo.

—Es usted muy vengativo.

—En absoluto, si lo fuese, no habría venido a buscarla a Hyde Park. Seguiría enfadado porque me considera indigno.

—¿Ha venido a exigirme una disculpa por mis observaciones, señor Taverham?

—¿Sería apropiado besarla en medio de un parque, con Melani tan cerca?

—Ya empezamos —se quejó ella.

—Demos un paseo —le ofreció el brazo. Ella alzó una ceja.

—¿Qué se propone ahora?

—Muchas cosas —le dijo con sinceridad —, pero lo más apremiante es que comience a llamarme por mi nombre de pila.

—¿Por qué es tan importante que lo haga?

—Me gustaría, eso es todo.

—Cuando una dama utiliza el nombre de un hombre no es algo trivial, es demasiado íntimo.

—Por eso mismo.

—Nunca sé si se está usted burlando de mí o si habla en serio —apuntó, al tiempo que le colocaba la mano en el antebrazo.

Ambos comenzaron a caminar. Melani, que seguía encantada con el animal, lo cogió en brazos y el cachorro parecía encantado.

—No soy un hombre delicado, Ofelia —le dijo con tranquilidad, dejando a un lado el trato formal.

—Lo sé bien.

—Nunca he pretendido hacerte daño. Sé que mis maneras son toscas, que no tengo paciencia, que a veces soy demasiado vulgar, y que contigo no he hecho las cosas bien.

—¿Se está muriendo, Dorian? ¿Es por eso por lo que me confiesa sus pecados? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Por fin un pequeño triunfo…

—¿A qué se refiere?

—Me has llamado Dorian sin que haya tenido que sacarte de tus casillas. Y sí.

—¿Sí a qué?

—En cierta manera me estoy muriendo.

—¡Lo sabía! —exclamó temerosa—. Está enfermo, y de ahí su comportamiento hacia mí en los últimos meses.

—¿Qué comportamiento?

—Ya sabe, jugar a volverme loca porque desea que me enferme también.

—Por amor de Dios. ¿Habrá algún momento en el que no pienses lo peor de mí?

—¿Habrá algún momento en el que usted se comporte adecuadamente conmigo? —rebatió ella, rauda.

—*Touché*. Admitiré que he sido un animal contigo, si tú me confirmas que yo te agrado más de lo que estás dispuesta a admitir.

—Supongo que podríamos tratar de ser amigos. Sería agradable dejar de pelear con usted cada vez que nos encontramos. Su familia lo agradecería y yo también.

—¿Amigos? —El jarro de agua que le cayó encima no estaba frío. Era un bloque de hielo y le había dado de pleno en el orgullo.

—Sí, por supuesto. Como mi prima está casada con su hermano, podría considerarme una especie de pariente lejano.

—¿Insinúas que solo podría inspirarte amistad?

—Bueno… yo…

—¿¡Amistad!? —ladró más fuerte que el propio cachorro con el que Melani seguía jugando.

—Parece enfadado y no entiendo…

—¿No lo entiendes, Ofelia?

—¿El qué?

—¿¡El qué, me preguntas!?

—Me está gritando, señor Taverham —le advirtió.

—Maldita sea, Ofelia. Eres capaz de terminar con la paciencia de un maldito santo.

—Yo no entiendo el motivo por el que…

Dorian se detuvo. No había pasado por alto que ella había dejado de llamarlo por su nombre de pila. ¡Un nuevo paso atrás! A la mierda las reglas del cortejo.

—Ofelia, un hombre que besa a una mujer como yo te besé a ti no es porque quiera ser su amigo, ¿lo entiendes?

—Yo… pero… ¡Oh! —exclamó.

—Al fin lo comprendes.

—Lo cierto es que sigo sin entenderlo…

Él masculló entre dientes algo relacionado con las malditas mujeres que se lo tenían que poner tan difícil a un hombre sencillo. Luego tomó una bocanada de aire y se obligó a ser paciente.

—¿Qué es lo que sigues sin comprender, Ofelia?

—Es que… Bueno… Yo creo que…

—Dilo de una vez, Ofelia. Hace años que ambos traspasamos la línea de la vergüenza. Sea lo que sea que te pase por la cabeza, solo suéltalo.

—Yo no te agrado.

Él suspiró.

—Te besé hace siete días y no me reservé nada. Recuerda mi beso, Ofelia, y luego dime que tú no me gustas. Atrévete a repetirlo y te llamaré mentirosa.

—Bueno… sí, está bien. Fue un beso un tanto… peculiar.

—¿Acabas de referirte a mi beso como peculiar?

—Intenso —se enmendó porque parecía ofendido de nuevo.

—Eso está mucho mejor. Sigue hablando —la animó.

—Tú me detestas —siguió ella empecinada.

—¿Otra vez con eso?

—Si es que desde que nos conocemos no has sido amable ni una sola vez conmigo. No puedes llegar y decirme que… que…

—Que te deseo —zanjó él con sencillez.

—Eso. Porque es imposible que sea verdad.

—Tienes suerte de que estemos en Hyde Park y Melani nos acompañe, de otro modo te demostraría lo equivocada que estás y el verdadero

motivo por el que siempre me he esforzado en que pensases que me desagradabas.

—Tienes muchas amantes, yo no… no…

—He tenido mujeres que me han consolado por las noches, pero solo hay una con la que sueño, Ofelia.

Ella frunció el ceño.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó, porque no se le ocurría otro motivo para que él acabase de decirle todas esas cosas. Ella no tenía nada de especial.

—La culpa es mía por haber sido tan concienzudo al tratar de apartarte. Supongo que tendré que demostrarte la veracidad de mis palabras.

—¿Qué? —Se había perdido algo, pero en honor a la verdad, Ofelia estaba tan impactada, que no sería capaz de seguir una conversación sencilla, y mucho menos la que estaba llevando a cabo con Dorian Taverham.

—Ven esta noche a mi club. Cena conmigo a solas y hablemos.

—¿Qué? —repitió. Ofelia lo había escuchado bien, pero no daba crédito a sus palabras.

Dorian le sonrió.

—Voy a comenzar a pensar que antes de salir de casa has estado asaltando la bodega de Ash. O eso, o estás enferma.

—Yo…

—Veo que estás demasiado impactada para asumir todo lo que te he expuesto. Te dejaré con Melani para que disfrutéis de vuestro paseo. Te espero a las siete en el club. Te mandaré mi carruaje. Serás valiente y vendrás, porque de un modo u otro, cenarás conmigo esta noche y seguiremos hablando con honestidad.

—¿No cuentan mis deseos? —preguntó.

—Muchísimo, por eso te besaré cuando nos volvamos a encontrar y no pararé hasta que pierdas el sentido. Lo disfrutarás esta vez porque sabrás que no es ningún juego, ni venganza ni cualquier otra cosa que puedas estar imaginando.

—No pienso ir —se negó por una cuestión de orgullo, porque se veía muy seguro al

suponer que ella deseaba sus besos.

—Si no vienes, asaltaré la casa de mi hermano y cenaremos allí de todos modos, tú y yo solos. Los besos serán el postre y te gustarán más que el chocolate, te lo garantizo.

—Presuntuoso…

—Sí, bueno, no es nada nuevo para ti. Cuando regreses a casa con el cachorro, asegúrate de decirle a Sebastian que yo le he regalado el perro a Melani.

—Tu hermano considerará ese regalo como una nueva forma de torturarlo. Ese perro es adorable, pero dará mucho trabajo.

Dorian amplió su sonrisa todavía más.

—Esa es la idea.

—Oh, por amor de Dios… Sebastian, Julian y tú sois tan extraños…

—Contaré cada hora, minuto y segundo hasta que vuelva a verte, Ofelia. —Dorian le miró los labios. Ella se los lamió sin darse cuenta de lo que hacía—. Me vuelves loco, mujer. Deseo besarte hasta

robarte el alma. —Y con esa frase tan inesperada y sincera, él se dio media vuelta para dejarla parada en medio de Hyde Park, con el corazón latiendo sin darle tregua.

Y si eso no fuese suficiente, el muy canalla había ido hacia Melani para despedirse de ella. La sostuvo en brazos, le dio un beso en la mejilla y compartieron un abrazo de lo más cariñoso.

¡Oh, cielos! Ofelia se dio cuenta de que estaba en problemas porque tenía la mano derecha sobre el corazón, sonreía de nuevo como una tonta y se imaginaba a Dorian sosteniendo a sus hijos… a los hijos de ambos.

¡Menuda molestia!

—*Lady* Ofelia, qué alegría verla. No esperaba encontrarla por aquí —Una voz la sacó de sus ridículos pensamientos.

Ella se giró.

El capitán Charles Everdon estaba a solo unos pasos de distancia.

Ofelia no lo saludó de inmediato, se volvió para ver si Dorian estaba todavía atendiendo a

Melani. Y no. Él estaba de pie y la miraba con mucha curiosidad.

Shakespeare haría una preciosa tragedia con lo que vendría a continuación, porque Dorian ya se estaba acercando de nuevo a ella y no se veía contento…

Capítulo 7

La toma de decisiones

—Capitán Everdon —respondió al fin Ofelia, al tiempo que se giraba de nuevo hacia él con una inclinación leve—. Qué… inesperado placer.

—El placer es todo mío, *milady*. Me alegra ver que se encuentra bien.

Ella asintió sin saber cómo continuar la conversación. No quería recordar el pasado. No quería sentir absolutamente nada. Y, sin embargo, todo en su interior se removía. No era fácil olvidar al primer amor de su vida.

Dorian avanzó entonces con paso firme y, sin pedir permiso, se unió a la conversación como si fuera lo más natural del mundo.

—Ofelia —dijo en tono neutro, pero usando su nombre de pila con toda la intención—, Melani me ha pedido que te dé esto. —Le tendió un lazo de tela azul que bien podía haberse sacado de la nada.

Ella parpadeó. No estaba segura de que ese lazo fuera de la niña, pero se lo cogió de todos modos.

—Gracias.

Charles observó el gesto con educación. Sobraba decir que Dorian y Charles se estaban midiendo con la mirada. Ofelia tragó saliva con dificultad. Decidió ser valiente y hacer lo que se esperaba en esos casos.

—Capitán Charles Everdon, le presento a lord Dorian. —La dama no eligió al azar el modo de presentarle al hermano de Sebastian, esperaba que dándole ese reconocimiento explícito, él se relajase, porque parecía que iba a saltar en cualquier momento sobre el capitán, pero ¿por qué? En honor a la verdad, todavía no se creía lo que él le había confesado sobre que la deseaba.

Dorian inclinó apenas la cabeza, sin apartar los ojos del recién llegado.

—Un placer —mintió. Tenía ganas de acercarle al cachorro para que le orinase en las lustrosas botas, pues ese caballero había mirado más de la cuenta a Ofelia.

—El gusto es mío —respondió Charles con una leve reverencia. Una gran mentira también —. Tengo entendido que es usted el hermano de lord Ashbury.

—Es algo más complejo que eso —respondió Dorian.

Ofelia sentía cómo la tensión se tornaba más densa a su alrededor, como la niebla de las marismas. Ambos hombres no habían alzado la voz, no habían cruzado aún una palabra fuera de lugar, y, sin embargo, era evidente que se habían declarado rivales.

Charles rompió el silencio.

—Espero que el resto de su paseo sea agradable, *milady*. No deseo imponerme más de la cuenta.

Dorian entrecerró los ojos, aún exhibía una sonrisa en los labios. A continuación, pasó la

mirada a la dama, que se veía inquieta. No le agradó darse cuenta de ese hecho.

—Puede seguir su camino, capitán. Escoltaré a la dama, a la niña y al cachorro hasta su casa.

La aludida suspiró. Dorian hablaba en tono jovial, casi desenfadado, no obstante, era un lobo preparado para saltar sobre su presa, y en esos instantes, no sabía si la caza sería ella o Charles.

—Que tenga un buen día, capitán Everdon —se apresuró a despedirlo Ofelia, antes de que ambos se enzarzaran en una absurda disputa masculina que la pondría a ella en el centro.

—Le deseo lo mismo. Tengo pendiente realizarle una visita en breve, confío en que…

—Se hace tarde, buenos días —zanjó Dorian, al tiempo que le ponía una mano en la cintura de modo posesivo y la urgía a iniciar el paso.

La dama se tragó un gemido lleno de indignación. Se obligó a sonreírle a Charles.

—Tiene razón —dijo, recobrando un poco la compostura—. Es tarde.

Dorian se volvió entonces hacia Melani, que jugueteaba con Candelabro a unos pasos.

—Cariño —dijo en voz alta, tendiéndole la mano—, creo que hemos ocupado el parque más tiempo del debido. Es hora de volver a casa.

La niña llegó hasta el grupo y Dorian, sin soltarle la cintura, se inclinó hacia Melani para cogerla de la mano. La pequeña llevaba al perro sujeto por la correa.

—Capitán —se despidió Ofelia con un cabeceo correcto.

—*Lady* Ofelia. —Charles la miró con un deje de tristeza.

Así se despidieron y su antiguo pretendiente siguió su camino.

Nadie dijo una palabra durante los primeros pasos. Aunque cuando estuvieron lejos, ella le dio una palmada en la mano para ordenarle que la soltase. Dorian lo hizo, pero a cambio le ofreció su brazo y ella no tuvo más remedio que aceptarlo, dado que Melani los observaba con atención.

—¿Estás enfadada con el tío Dorian, Ofelia? —saltó la niña.

—Claro que no, tesoro —le respondió.

—¿Ese caballero de antes quiere casarse contigo?

—Buena pregunta, cariño —alegó Dorian. Ofelia lo fulminó con la mirada.

—Melani, recuerda que hay asuntos que son privados.

—Pero es que ese hombre te miraba de modo extraño. Parecido a como lo hace el tío Dorian, Ofelia. Un poco menos descarado. Sebastian dice eso y que el tío Dorian siempre te observa así, como si te quisiera comer. ¿Cómo puede comerse un hombre a una mujer?

—Dios de los cielos… —se lamentó ella, imaginándose que la niña habría espiado alguna conversación del conde.

Por su parte, su acompañante masculino acababa de emitir una larga carcajada.

—Eres muy observadora, cariño. Pero ese caballero no tiene nada que hacer frente al tío Dorian.

—Presuntuoso… —susurró la dama.

—¿Vas a casarte con Ofelia, tío Dorian?

—Disfrutemos del silencio —propuso ella de inmediato, mientras deseaba que la tierra se la tragase—. Mejor aún, jugaremos al juego del silencio, el que hable primero perderá. ¡Empecemos!

—Pienso ganar —aseveró la pequeña.

—Cobarde… —la acusó Dorian.

Por suerte, el resto del camino fue más tranquilo. Nadie dijo nada y cuando llegó el momento de las despedidas, Dorian fue un caballero. Se marchó haciéndoles una brillante reverencia y todo.

***

El Ángel Negro de Saint Giles la había invitado a cenar en su club. ¡Sorprendente!

Ofelia no podía dejar de dar vueltas por la habitación mientras pensaba en las implicaciones de esa oferta. Había caminado tanto sobre la alfombra que el dibujo central parecía a punto de borrarse.

No miraba el reloj. No porque no quisiera saber la hora, sino porque sabía perfectamente que faltaban menos de sesenta minutos para que el carruaje de Dorian se presentara ante la puerta.

Se sentía como una idiota. Ah, pero una tonta que sentía mariposas en el estómago. ¡Y las sentía por Dorian Taverham! ¡Su némesis!

«Deseo besarte hasta robarte el alma».

¿Quién decía algo así en medio de Hyde Park, mientras una niña paseaba a un cachorro? Oh, cielos, y luego se había presentado su antiguo pretendiente, quien se marchó con el ceño fruncido. Solo Dorian Taverham podía hacer que su mundo entero se tambalease, por descontado. No había otra criatura capaz de desestabilizarla de semejante forma.

Ofelia se dejó caer sobre el diván. Cerró los ojos. Pero el gesto no sirvió de nada. En cuanto lo hizo, revivió el momento exacto en el que él la sostuvo por la cintura, ante un Charles que debió quedarse atónito debido a tal atrevimiento que ella no osó corregir. Y antes de eso le había dicho, de modo inequívoco, que la deseaba, era más, le había pedido que fuese valiente y acudiera esa noche a El Paraíso.

¿Valiente? ¿Eso era lo que necesitaba ser? ¿O acabaría convirtiéndose en una mujer completamente imprudente?

Se había prometido que no permitiría que ese hombre volviera a afectarla y no lo estaba cumpliendo. Después de lo que ocurrió durante aquel vals que tampoco salía de su cabeza… Todo eso sin olvidar que, desde que se conocieron, la había tratado como una molestia más… No debería ni hablarle, y mucho menos plantearse cenar con él a solas.

Ay, pero ¡cuánto lo deseaba!

Y, sin embargo, ahí estaba. Aún con el vestido sin elegir. Aún con la anticipación recorriéndola sin darle tregua. Aún recordando cada palabra dicha durante ese maldito paseo.

«No soy un hombre delicado, Ofelia».

«Nunca he pretendido hacerte daño».

«He tenido mujeres… pero solo hay una con la que sueño».

Ofelia se cubrió el rostro con ambas manos.

¿Y si mentía? ¿Y si solo jugaba con ella? ¿Y si todo era una estrategia para… para…? ¿Para qué? Dorian Taverham era un hombre que podía tener a la mujer que se le antojase. ¡Y la había elegido!

¿Qué tenía ella de especial?

Nada…

¿Y él? ¿Qué tenía el hermano de Sebastian de especial para que la alterase tanto?

Ofelia no confiaba en Dorian Taverham.

Al menos no debería.

Lo conocía demasiado bien como para caer en la trampa de sus frases cortas y sus silencios

llenos de intención. Sabía que detrás de esa mirada oscura no había ternura, sino una amenaza constante. Era un hombre hecho de sombras, forjado en el orgullo, el desprecio y el desdén hacia todo lo que no podía controlar.

Era dominante. Impredecible. Vulgar cuando quería herir. Cruel cuando se sentía herido. Se burlaba del mundo con esa sonrisa torcida que no mostraba los dientes, solo el peligro. Jamás pedía perdón. No conocía la humildad, ni la paciencia, ni el respeto por las normas. Se movía como si las reglas fueran una molestia menor que solo debía esquivar, nunca acatar.

Ofelia sabía que Dorian no era el tipo de hombre que construiría un hogar. Era el tipo de hombre que incendiaría el tejado y luego le preguntaría si le había gustado el color de las llamas. Un ser al que no se podía amar sin perder el equilibrio, porque él no ofrecía estabilidad, solo intensidad.

Pero lo peor de todo no era eso. Lo peor era que, incluso con todo eso —o quizá por todo eso —, había partes de sí misma que querían correr hacia él en lugar de alejarse.

Y aun así, a pesar de lo que sabía —o creía saber— había momentos en los que Ofelia no podía dejar de mirar a Dorian Taverham como si fuera algo más que una amenaza.

Había en él una especie de firmeza que no era arrogancia, sino convicción. También una fuerza devastadora, peligrosa sí, pero también admirable. No conocía el miedo, ni la tibieza. Nadie lograría doblegarlo. Y eso, en un mundo lleno de apariencias y medias verdades, tenía un gran valor inesperado.

Dorian no fingía. No diría cosas dulces si no las sintiese. No sonreía para agradar ni callaba para quedar bien. Era brutalmente honesto, incluso cuando no debía serlo, y de algún modo eso lo hacía más digno de respeto que muchos caballeros que sí sabían recitar poesía pero jamás fueron capaces de cumplir una promesa.

Y había más.

Ofelia fue testigo de cómo le acariciaba la cabeza a Melani sin que nadie se lo pidiera. Cómo cargaba en brazos a la niña del modo más tierno posible, protector también. Y le había comprado un cachorro porque de alguna manera debía haberse enterado de que era el deseo de Melani. Sebastian no

estuvo demasiado contento con lo que había hecho Dorian, no porque el cachorro diese mucho trabajo, sino porque el conde había planeado darle ese mismo regalo cuando fuese su cumpleaños. Tal vez Dorian y Sebastian no fuesen tan diferentes en lo esencial, dado que uno y otro, cada cual a su modo, solo vivían para hacer felices a los suyos, para proteger a la familia.

Además, había en Dorian una ternura oculta que nadie más parecía ver. Una vulnerabilidad que no era debilidad, sino profundidad. Y eso… eso sí que la desarmaba, porque le había hablado con honestidad, sin vergüenza sobre que quería besarla… que la deseaba…

Era fácil temer a un hombre peligroso, no obstante, lo difícil sería aceptar el deseo que le despertaba. ¿Y si Dorian fuese más de lo que había en la superficie? ¿Y si ese hombre testarudo y rudo no le había permitido conocerlo porque en verdad había tratado de apartarla desde el mismo momento en el que la conoció? ¿Tan peligrosa la consideró para sí mismo Dorian que tuvo que instaurar muros entre ambos?

Recordó una vez más los gestos que él tuvo con Melani. La risa. El cachorro. El modo en que se inclinó para besar la coronilla de la niña como si

fuese algo natural, porque era indudable que la quería de verdad. Esa ternura no se podía fingir, no para un hombre acostumbrado a decir y actuar como le placía. Ella lo sabía. La desconcertaba, pero lo sabía.

Oh, por todos los cielos…

«Si no vienes, asaltaré la casa de mi hermano y cenaremos allí».

—¡Eres un lunático, Dorian Taverham! —bufó en voz alta.

Cuando decidió que iría, no lo dijo en voz alta. Solo tiró suavemente de la cuerda de terciopelo que colgaba junto a la chimenea. En algún lugar de la casa, una campanilla sonó, así que no tardó ni un minuto en presentarse su doncella.

—Lucille, voy a salir esta noche. Por favor prepara el vestido verde oscuro. El que tiene el escote más atrevido.

La sirvienta la miró con un atisbo de curiosidad, pero no preguntó nada. Ya la conocía demasiado bien. Cuando Ofelia hablaba con ese tono tan seguro, era porque algo dentro de ella se

tambaleaba. Además había escuchado algunas cosas sobre la dama y el hermano del conde.

Poco después, mientras la doncella la ayudaba con el corsé, Ofelia mantenía la mirada fija en la pared. No dijo una sola palabra. Tampoco cuando Lucille le abrochó los botones del vestido, ni cuando le colocó con suavidad los guantes de encaje. Pero justo cuando la joven se disponía a peinarle el cabello, Ofelia habló:

—Necesito estar perfecta esta noche.

Lucille asintió.

—Cuando termine de peinarla lo estará.

La doncella cumplió su promesa. Cuando al fin se vio en el espejo, elegante, atrevida y dueña de sí misma, solo pensó una cosa:

«Más le vale a Dorian Taverham estar a la altura de mis expectativas».

Convertirse en la amante de un hombre, aunque solo fuese durante una noche no era una cuestión baladí. Lo disfrutaría porque deseaba en su lecho a Dorian Taverham. Una vez. Solo una vez y luego decidiría qué hacer con su vida. Nada saldría

mal. Dorian incluso le agradecería que desapareciese discretamente tras complacerse el uno al otro. Además, ella no se enamoraría de él solo por compartir una noche de auténtica pasión.

Capítulo 8

La ansiedad del tirano

Dorian Taverham no era un hombre paciente. Tampoco era un hombre romántico, ni honorable, ni particularmente dado a las declaraciones poéticas. Y sin embargo, allí estaba, en sus habitaciones privadas, de pie junto a una mesa preparada con flores frescas y cubiertos de plata, esperando a la mujer de la que había intentado apartarse durante tres malditos años.

El fuego crepitaba en la chimenea del salón privado. La cena estaba lista, el vino decantado y sus hombres habían recibido órdenes estrictas de no dejar entrar a nadie más.

Pero Ofelia aún no había llegado. Se retrasaba. ¿Y si había cambiado de opinión? ¿Y si no

acudía a la cita? Se moriría si no la veía esa noche.

Y él estaba empezando a preguntarse si no había cometido el mayor error de su vida al permitir que todo aquello —lo que llevaba reprimiendo durante tanto tiempo— saliera por fin a la superficie.

Ofelia Mabry.

La mujer que llevaba grabada en la sangre desde el primer día que la vio en Hyde Park, envuelta en satén dorado, altiva y luminosa como si el resto del mundo no mereciera ni una sola de sus miradas. Tan perfecta que le había parecido ofensiva. Tan segura de sí misma que, durante semanas, Dorian no supo si quería besarla o arruinarla.

Y tarde comprendió que era lo mismo.

Desde aquel día no había podido mirarla sin desearla, sin imaginar lo que sería tenerla, sin luchar consigo mismo para no acercarse demasiado, no decir lo que pensaba, no hacer lo que su cuerpo le gritaba…

Tres años. Tres malditos años.

Cuatro estaciones completas de bailes, recepciones, visitas inesperadas, cenas familiares en casa del maldito Ash en las que ella aparecía y él se obligaba a fingir indiferencia, a mirar a otras, a comportarse como el canalla que todos esperaban que fuera porque Ofelia estaba fuera de su alcance.

Aun así, cada vez que ella entraba en una habitación, él lo sabía antes de verla. Su cuerpo la presentía. Su instinto también.

Durante tres años se dijo a sí mismo que ella no era para él. Que no era digno de una mujer como Ofelia. Que su pasado —el hierro al rojo vivo, la crueldad, la sangre mezclada con lodo— no encajaba con el terciopelo de su piel ni con la luz de sus ojos.

Se había cansado de reprimirse. En cierta medida todo había ido bien hasta que se enteró de que ella deseaba casarse. La noticia casi lo mató del susto. No podía consentir que otro la tocase, la besase y se la llevase al lecho.

Entonces llegó ese vals. Y luego ese beso. Y la manera en la que lo miró después… como si fuera la primera vez que lo veía de verdad. Y Dorian entendió que ya no podía seguir huyendo de ella, porque había cometido errores. Muchos. No la había tratado como la dama se merecía, pero jamás

la había dejado de desear. No era un deseo vulgar, sino ese anhelo primitivo de posesión, de tenerla entre sus brazos y saber que había encontrado a la mujer que la vida le debía.

Estaba dispuesto.

Por primera vez en su vida, estaba dispuesto a quedarse. A pelear por algo más que el orgullo de demostrar que podía salir adelante solo. A formar una familia. A ofrecerle su nombre y apellido con orgullo si ella lo aceptaba. A tener hijos con los ojos de ella y el coraje de ambos.

Y si Ofelia no acudía esa noche, si no cruzaba esa puerta…

No se rendiría. No estaba en su carácter hacerlo. Además, Ofelia Mabry era la única batalla que valía la pena librar hasta el final y… ganar.

El sonido del picaporte al abrirse fue suave, pero para Dorian resonó como un trueno replicando a lo lejos tras ver el rayo. Se volvió despacio, como si temiera que fuera una ilusión. Pero no lo era.

Allí estaba.

Ofelia Mabry. Su obsesión más desesperada.

Iba vestida de verde esmeralda. La tela abrazaba su figura con descaro, como si el vestido hubiera sido creado para resaltar su silueta y el leve temblor que observó en sus hombros. El escote —maldito escote— dejaba al descubierto más piel de la que cualquier dama decente se habría atrevido a mostrar incluso en una cena íntima.

Por un instante, Dorian no pudo moverse. Ni respirar. Ni pensar. Solo se limitaba a admirarla. Como si todos esos años de contención hubieran desembocado en ese segundo. En esa imagen. En ella, con el mentón alzado, los ojos brillantes y una determinación que se notaba incluso en el modo en que avanzaba sobre la alfombra, como si poseyera el lugar con cada paso… como si lo poseyese a él. Y se dio cuenta. El infame Dorian Taverham era su esclavo.

Se veía peligrosa. Perfecta.

Y sí. Demasiado expuesta.

Su primer impulso fue avanzar y cubrirle los hombros con su propia levita. Taparla. Ocultarla

del mundo, de cualquiera que pudiera imaginar siquiera rozarla. No lo hizo porque lo entendió.

Ofelia no se había vestido así para provocar a otros. No lo había hecho para desafiar las normas. Se había vestido para él. Solo para él. Y ese pensamiento fue más poderoso que los celos. Más devastador que el deseo.

Ella lo había elegido. Iba vestida para seducirlo, eso era indudable. Ah, cuando viese a Grafton le daría un par de lecciones él al viejo duque. El cortejo estaba bien, pero la seducción siempre era más divertida.

Aún sin decirle una palabra, aún sin prometerle nada, la dama había cruzado esa puerta. Había ido a él. Se había atrevido. Y él lo sintió como un regalo que no merecía, pero que iba a cuidar como si lo mereciese.

Dorian se adelantó un paso, despacio, como si se acercara a un precipicio por el que se moría por caer.

—Estás… —Se interrumpió. No era una noche para halagos fáciles—. No hay palabras para describirte esta noche. Yo… es que… Estás… Tú… — titubeaba con voz ronca.

Ofelia ladeó la cabeza, estaba divertida.

—Vaya, ¿el temido señor Taverham se ha quedado sin palabras?

—Sin palabras, sí, pero con demasiadas ideas en la cabeza —confesó, con la voz más baja, sin apartar los ojos de ella. ¡Dios santo!, esa mujer era la perfección hecha carne. Su cojera nunca le había importado, pero era que… que… ¡No tenía palabras para describir a la mujer que se había presentado ante él!

Ella no bajó la mirada. Solo se humedeció los labios, como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo. ¡Ante ese sencillo gesto, él había contenido la respiración! Ofelia se había dado cuenta. Era interesante comprobar que en verdad alguien como ella, tan normal como cualquier otra, podía enmudecer a un hombre como Dorian.

Ofelia aceptó el brazo que él le ofrecía sin una palabra. Solo lo miró brevemente, lo vio con los labios aún curvados en una sonrisa que no llegaba a ser del todo cínica. Parecía ¿expectante?

La llevó hasta la mesa e hizo una reverencia tan exagerada que le causó risa. Luego,

como un perfecto caballero, le retiró la silla y se ocupó de servirle una copa de vino.

Durante varios minutos, no hablaron más allá de lo estrictamente necesario. Comentarios sobre el vino, sobre el aroma del estofado, alguna observación irónica por parte de Ofelia sobre la decoración del salón, que parecía demasiado elegante para un club de libertinos. Él se rio. Y ella también. Se sentían incómodos, pero cómodos a la vez. Era como si supieran que algo más importante estaba a punto de suceder y solo quisieran retrasarlo un poco más para disfrutarlo con plenitud.

—Admito que echaba de menos la comida del club. El cocinero sigue siendo excepcional —comentó ella, tras probar la carne tierna con vino y romero.

—Aquí se hace todo con pasión o no se hace —repuso él, con la voz más grave de lo necesario.

Ella no respondió, pero sus mejillas se tiñeron de un rubor que ni el más tupido encaje del mundo habría podido ocultar.

Dorian bajó la copa y la sostuvo entre las manos.

—¿Puedo contarte un secreto, Ofelia?

La dama lo miró sin disimular su suspicacia.

—¿Va a ser ofensivo, escandaloso o deliberadamente provocador?

—Probablemente sea las tres cosas —dijo él con una sonrisa perezosa—, pero también será verdad.

Ella asintió, dándole permiso con la mirada.

Dorian se recostó ligeramente hacia atrás. Su expresión cambió. Se volvió más seria. Más distante, como si necesitara alejarse de sí mismo para hablar.

—Cuando tenía catorce años, me escapé de casa. Vivía con mi madre en una de las propiedades más alejadas de mi padre, nos destinaron a allí como si no valiésemos nada. El anterior conde nos visitaba solo cuando le apetecía hacernos daño. A veces físico. A veces de otra clase más dolorosa.

Ofelia bajó el tenedor.

—He escuchado a Temperance decir un par de veces que si el padre de Sebastian viviese, ella misma lo mataría por todo lo que le hizo a su marido.

—Si el viejo diablo fue cruel con su hijo predilecto imagínate lo que tramó para Julian, que era su repuesto, o para mí, a quien catalogó como su bastardo. ¿Estás al tanto de mi historia, sobre cómo él repudió a mi madre porque un amigo suyo la violentó?

—Sí. Temperance me lo contó en confidencia —reconoció. Él asintió.

—Aquella noche en la que me escapé… Yo no podía más. Mi madre estaba rota. Yo también. Me fui. Caminé hasta que mis pies sangraron. Recuerdo que tenía frío, hambre y miedo, aunque nunca lo habría admitido ante nadie.

Hizo una pausa. La miró con intensidad.

—Eras un muchacho, es del todo natural que te sintieses de ese modo —lo reconfortó.

—Estaba solo y creía que me moriría en medio de la nada. Entonces apareció una niña. Hermosa. Altiva. Orgullosa como una princesa. Me ofreció comida, sin preguntarme nada. No quiso

darme su nombre cuando se lo pregunté. Y yo tampoco le dije el mío. Solo… me alimentó. Y luego me dijo que me marchara porque estaba en las tierras de su familia y su padre era peligroso.

—Dorian…

—Sus ojos —siguió él sin permitirle a ella hablar más—. Tenía unos impresionantes ojos azules que me cautivaron de inmediato. Ella me aseguró que sería duquesa, porque para eso la habían criado.

—Dorian… —trató de interrumpirlo de nuevo.

—Le hice una promesa que creo que está a punto de cumplirse. Le dije que si la volvía a encontrar sería mía —desveló al fin su mayor secreto.

Ofelia dejó escapar el aire de golpe. Su expresión era de incredulidad. De comprensión también.

—Tú… Eras tú… el lobo flaco —murmuró.

Dorian asintió.

—Te reconocí cuando te vi por primera vez en Hyde Park con Temperance y Ana. No fue por

tu voz, sino por tus ojos. Nunca he visto unos ojos iguales a los tuyos. Ni antes, ni después de haberme encontrado contigo en aquel bosque.

—¿Por qué no me dijiste nada, Dorian?

—No te acordabas de mí, ¿por qué iba a remover ese pasado tan doloroso?

—Tú eras aquel niño… —susurró ella, sin poder ocultar la conmoción.

—Me asombraste ya en aquel momento. No me preguntaste nada. Solo me diste pan, queso y un poco de fruta. Tenías ocho años —él lo había calculado— y fuiste la criatura más ferozmente compasiva que he conocido jamás. ¿Cómo podría olvidarte?

Ofelia apretó los labios. Parpadeó, como si necesitara entenderlo del todo. Como si quisiera negar la emoción que se le había pegado al pecho, pero no supiera cómo hacerlo.

—Me dijiste no hace mucho que te había dado de comer dos veces… No entendí en aquel momento la reflexión.

—¿Lo comprendes ya, Ofelia?

—Oh, Dorian, me hubiese gustado hacer más por ti, pero solo era una niña… Y no eres el único que ha tenido un padre desagradable. Yo… Mabry es despiadado. Lo único que me mantiene a salvo es la distancia que le han impuesto el duque de Grafton y Sebastian.

Dorian se inclinó hacia ella. Comprendía cada palabra que le había dicho, lo que no le diría, para no asustarla, era que él mismo mataría a Mabry si le hiciese daño. No estaba preparada para conocer hasta dónde llegaban los instintos del lobo.

—Hay más que quiero que sepas de mí.

Se llevó las manos al pecho y, con calma, se quitó la chaqueta y el chaleco para luego comenzar a desabrocharse los primeros botones de la camisa. No lo hizo con sensualidad, sino con una gravedad silenciosa.

Ella contuvo el aliento.

Él apartó la tela. El calor del fuego de la chimenea le rozó la piel marcada por una cicatriz irregular, antigua, cruel.

—Mi padre me hizo esto. Dijo que necesitaría recordar siempre quién era. Qué era. Me

marcó con una B… de bastardo. Nunca he olvidado quién soy, porque el viejo diablo, sin saberlo me dio la fortaleza necesaria para triunfar en la vida.

Ofelia se llevó la mano a los labios.

—Dios mío, Dorian…

—Durante años creí que eso era lo único que podía ofrecerle a alguien. Mi furia. Y un apellido que no me pertenecía del todo.

Ella no habló. Solo lo miraba. No con lástima, era algo más profundo. Con una especie de aceptación que no necesitaba palabras.

Dorian se cubrió de nuevo con la camisa. Bebió un sorbo de vino.

—Espero que el anterior Ashbury, esté, como siempre dices, en el infierno. Maldito sea…

—No quiero tu compasión, Ofelia. Solo quería que supieras quién soy, quién he sido. Lo que he guardado mientras fingía que no me importabas. Yo nunca me he olvidado de ti.

La emoción la embargaba, no podía negarlo, pero había una cuestión que no entendía.

Ella, finalmente, se atrevió a preguntar.

—Durante tres años, has fingido que yo no existía.

—Porque si me hubieras mirado como ahora, habría hecho algo imperdonable.

—¿Como qué?

Dorian se inclinó hacia ella con los codos sobre la mesa.

—Como encerrarte en esta misma habitación y no permitirte salir jamás, solo para que estuvieses siempre a mi servicio y… yo al tuyo —confesó con el deseo mal disimulado en el tono de su voz.

Ofelia cerró los ojos un segundo. Cuando los abrió, había algo distinto en su expresión. No era rendición. Era reconocimiento. Sabía que ese hombre que la miraba con tanta intensidad la deseaba con locura. Y ella también lo deseaba a él.

—Yo… Dorian, te confieso que me había preparado para pasar la noche contigo.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó gratamente sorprendido.

Como él le había contado cosas muy personales que estaba segura de que no había compartido ni con Anastasia, porque antes de que su mejor amiga se casase, ambos habían sido muy amigos, decidió hablarle con la misma franqueza.

—Había pensado que era lo único que querías de mí… Una noche.

—Te dije que serías mía si te volvía a encontrar, ¿crees que me bastaría con una sola noche, Ofelia?

—Yo… no lo sé… No sé qué quieres de mí, Dorian. Siempre me he equivocado cuando he dado algo por supuesto contigo.

—No te amo, Ofelia —dijo Dorian, con la voz más grave que nunca.

Ella parpadeó, sorprendida.

—No esperaba que lo hicieses. —Ojalá su corazón no se hubiese descascarillado con la afirmación tan dura.

—No te he hecho venir para hablarte de sentimientos dulces ni de promesas bordadas con encaje. No sé cómo se ama o cómo lo hacen los demás, aunque sí sé lo que me pasa contigo porque me conozco muy bien.

—¿Y qué te sucede, Dorian?

—Cuando estás cerca, el mundo se vuelve más cálido. Cuando no estás, todo se enfría. No hay un solo instante del día en el que no piense en ti. Y cuando otros te miran, como ese capitán del demonio hoy… —se le tensó la mandíbula—, me siento como un animal encerrado, dispuesto a morder. No solo porque te considere mía, sino porque… porque yo soy tuyo. Aunque no me quieras lo soy y dudo mucho que deje de serlo algún día. Supongo que nos condenaste a los dos cuando decidiste apiadarte de mí en aquel bosque.

—¿Ves? Nunca sé qué esperar de ti. Creía que pretendías seducirme y en cambio acabas de decirme… de decirme… que… Ay, Dorian, me vas a volver loca.

—No he terminado aún de hablar, Ofelia. No quiero adornarte la verdad con halagos. Quiero protegerte. No porque seas frágil, sino porque te necesito y jamás he necesitado nada ni a nadie antes

y quiero conservarte, que estés bien. Porque si alguien se atreve a herirte; yo mismo lo haré pedazos. Soy un bastardo sin valor, sí, pero si tú me lo permites, seré el escudo que nadie ha sido todavía para ti.

—Dios de los cielos, Dorian…

—No sé si eso es amor, Ofelia. Pero es lo único real que he sentido en toda mi vida. Mi mundo entero eres tú.

—No solo me quieres para una noche… —No fue una pregunta.

—Si todavía no entiendes lo que deseo de ti, estoy haciendo de toda la situación un auténtico desastre.

—Dímelo, entonces. Dime qué es lo que quieres —planteó entusiasmada.

—Quiero que seas mía para siempre. Lleva mi apellido, Ofelia.

—¿Me estás pidiendo lo que creo?

—Supongo que te lo mereces… Está bien. Lo haré, Ofelia.

Dorian se puso en pie despacio. Ofelia lo siguió con la mirada, confundida al principio, sin saber si iba a servirse más vino, si necesitaba aire o si simplemente estaba inquieto por todo lo que había dicho. Pero entonces él se acercó hacia ella… y se arrodilló.

Ofelia se incorporó de golpe.

—¡Ay, Dios!

Él no dijo nada de inmediato. Solo metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta, y cuando la sacó, tenía un pequeño estuche de terciopelo oscuro. Lo abrió con una sola mano y dentro brilló un anillo antiguo, de oro blanco con una esmeralda central y pequeñas perlas rodeándola. Era una joya hermosa y seria. Como ella.

—No planeaba hacerlo así —dijo al fin, con voz grave y baja—. Pensé que podríamos simplemente pactarlo.

—¿Un pacto con el diablo? —preguntó con picardía.

—Eso mismo. Me lees la mente, ¿sabes? Supuse que no harían falta gestos innecesarios. Pero tú… tú no eres una mujer que deba contentarse con

poco. Y si alguien va a doblar la rodilla por ti, tiene que ser alguien que esté dispuesto a no volver a levantarse si no es contigo a su lado.

Ofelia se tapó la boca con la mano. No era la propuesta con la que había soñado. ¡Era mejor todavía! Era Dorian. Crudo, directo, firme. Y por lo visto ¡suyo!

—No me puedo creer que esto esté pasando… —susurró, sin darse cuenta de que hablaba en alto.

—Ofelia Mabry —prosiguió él, sin apartar los ojos de los de ella—. Quiero que seas mía. No una noche. No hasta que el deseo se apague, sino para siempre. Te doy mi alma, mis sombras y lo poco que tengo de luz. Sé mi esposa y te juro por mi honor, lo poco que me queda, que no te arrepentirás nunca. — Hubo un silencio prolongado. Y durante esos instantes de vacío, Dorian no fue el Ángel Negro, ni el dueño del club más temido de Londres. Fue solo un hombre que ofrecía lo mejor, y lo peor, de sí mismo a una mujer que había sido su ruina y podría llegar a ser su redención. Un hombre que tenía que esperar a que ella se pronunciase, aunque… —. Amor —susurró —, si vas a rechazarme, hazlo pronto. Porque si te quedas callada mucho más tiempo, voy a pensar que

has aceptado y entonces tendré que besarte hasta que me lo confirmes con hechos.

Capítulo 9

La realidad más auténtica

Ofelia no esperó más. Dio dos pasos hacia Dorian y se arrodilló también, frente a él, y el vestido verde esmeralda se le quedó extendido como un charco sobre la alfombra.

—¡Mi lobo! —exclamó, con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa cargada de emoción—. ¿Cómo se te ocurre decirme todo eso y pensar que podría rechazarte?

Dorian abrió la boca para responder, pero no tuvo tiempo.

Ofelia se le lanzó a los brazos con una mezcla de urgencia y ternura que lo dejó sin aliento. Lo abrazó con fuerza. Su rostro se quedó pegado a

su cuello, y cuando él trató de incorporarse para sostenerla mejor, ella lo sujetó con ambas manos y buscó su boca sin dudarlo.

El beso fue salvaje, dulce, caótico. Como si ambos intentaran volcar el deseo contenido de tres años en un solo instante. Dorian la sujetó por la cintura, hundiendo los dedos en la tela de su vestido como si quisiera fundirse con ella, era necesario levantarla y pegarla por completo a su cuerpo. Y así lo hizo. Además, aunque su cojera no fuese evidente, no quería que su pierna pudiese lastimarse debido a una mala posición.

Se besaron de pie durante un largo rato.

Cuando se separaron, ambos respiraban con dificultad.

—Estoy loca por ti —dijo Ofelia, con la voz entrecortada—. Y ni siquiera me había dado cuenta hasta hoy. Hasta que me has hablado con tanta ternura. Hasta que me has contado lo de aquel día en el bosque… Hasta que me has mostrado esa parte de ti que sabes esconder tan bien, Dorian.

Él cerró los ojos un instante, como si esas palabras fueran más de lo que esperaba o merecía.

—Entonces… ¿eso es un sí? —Necesitaba una confirmación clara.

Ofelia le acarició la mejilla con los dedos.

—Sí, Dorian. Sí. Quiero ser tu esposa. Quiero que me protejas. Quiero protegerte yo también. Y si alguien se atreve a hacerte daño, me encargaré personalmente de desangrarlo —añadió con fiereza—. Porque tú también eres mío.

Dorian soltó una carcajada ronca, oscura y profunda, que se detuvo cuando volvió a besarla.

Y esa vez, se besaron con gran deleite, porque el uno estaba seguro del otro.

Dorian no dijo una palabra más. Simplemente la alzó en brazos. Lo hizo como si no pesara nada y como si fuese el mayor de sus tesoros. Ofelia no protestó, ni se sonrojó, ni bromeó. Solo le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la frente en su mejilla mientras él la llevaba hacia el dormitorio contiguo, una estancia donde el terciopelo, la seda y el fuego componían un escenario privado, masculino y delicioso. Solo existían ellos dos.

La depositó sobre la cama con atención, de modo reverente, como si estuviese ofreciéndole su

alma. Luego, en lugar de apresurarse, se arrodilló frente a ella una vez más. No le dijo nada. Solo deslizó los dedos por sus tobillos, trataba de bajar con cuidado uno de los botines hasta dejar al descubierto sus pies. Primero el izquierdo. Luego el derecho. Cuando apartó el zapato que escondía la asimetría de su pierna, Ofelia sintió que el aire se detenía. Estaba nerviosa por permitirle que le quitara esa pieza que tanto protegía y que la hacía ser normal.

Pero Dorian… Dorian la miró con una mezcla de orgullo y ternura tan devastadora que Ofelia sintió que ya no podía huir de él, ni retraerse.

—No tienes idea de lo hermosa que eres y cuánto te deseo —susurró, inclinándose para besarle el tobillo de la pierna que la había hecho cojear siempre.

Ofelia tembló.

Cuando él alzó la mirada, su expresión era tan candente como el fuego mismo. Llena de ardor. De devoción.

Tras haberla descalzado, pasó a desabrocharle, despacio, los botones del vestido que estaban a la espalda, lo hizo uno a uno, sin prisa,

como si cada pequeño chasquido fuera una prueba de autocontrol.

Cuando finalizó con su labor, no tardó más que medio segundo en colocarse frente a ella. El escote cedió, dejando a la vista sus pechos perfectos bajo la camisola. Dorian bajó la cabeza y los besó por encima de la tela, rozando la piel con la nariz, con los labios, murmurando lo mucho que le agradaba tenerla así, lo mucho que se había contenido para no asaltarla cada vez que se encontraban.

—Siempre me he imaginado cómo sería desnudarte —gruñó contra su pecho—. Quiero hacerlo lentamente. Necesito verte entera. Memorizar cada pedazo de ti.

Ella solo asintió, no podía hablar. Estaba demasiado absorta en la promesa de placer que él representaba. Y entonces la despojó del vestido. Del corsé. De las enaguas. De todo. Hasta que se quedó tumbada sobre la cama, con los guantes de encaje aún puestos y el resto de la piel desnuda.

Dorian se detuvo para contemplarla, con los ojos cargados de hambre.

—Estás temblando… —murmuró, deslizando un dedo por la parte interna de su muslo

—. Pero no debes tener miedo. Esta noche voy a adorarte como siempre he soñado hacerlo, Ofelia, mi amor… mi obsesión.

Se inclinó sobre ella. La besó. La tocó. Con devoción. Con la certeza de que jamás podría tener suficiente.

Ofelia soltó un gemido ahogado cuando sintió su lengua cálida deslizarse por uno de sus pezones, de modo lento, casi reverente. Luego percibió una succión firme, deliciosa, impúdica. Su cuerpo se arqueó, como si el placer hubiese tirado de su columna como una cuerda invisible. Le rodeó los hombros con los brazos, tratando de no caer al abismo que se abría bajo sus pies, pero era inútil.

Cada caricia, cada leve mordisco, cada beso húmedo que Dorian depositaba sobre sus pechos era una confesión sin palabras, un acto de devoción primitiva. No se trataba solo de deseo. Era necesidad. Era adoración. Era la rendición de un hombre que jamás se había permitido adorar nada… hasta ella.

—Do…rian… —murmuró, apenas capaz de pronunciar su nombre.

Pero él no respondió. Solo cambió de lado, dándole la misma atención al otro pecho, como si temiera que alguna parte de ella quedase insatisfecha. Como si ella fuera un manjar que debía saborearse sin reservas.

Ofelia creyó que se moriría de placer. Jamás había sentido algo así. Un ardor dulce, una tensión profunda que comenzaba en sus pechos y se deslizaba como lava fundida hacia su vientre, encendiéndola, volviéndola líquida, blanda, completamente suya.

—No puedo más… —susurró—. Me vuelves loca.

Él alzó el rostro, su mirada era abrasadora.

—Ese es el plan, mi amor.

Y volvió a besarla. Esta vez no con urgencia, sino con una ternura peligrosa que anunciaba que la locura no había hecho más que empezar.

Dorian se apartó de su boca. Su mirada seguía siendo oscura, intensa, y sin decir nada, bajó

por su cuello, dejando una estela de besos lentos, ardientes, que la estremecieron.

Ofelia no podía pensar, apenas podía respirar. Cada roce de su boca, cada caricia de su lengua le arrancaba gemidos que no reconocía como propios. Cuando él se colocó entre sus piernas, sujetándole las caderas para evitar que huyese de su contacto, supo que estaba perdida.

—Do…rian… —susurró, entre jadeos. ¿Iba a besarla *ahí*?

Pero él no habló. Solo hundió el rostro entre sus muslos, separándolos con firmeza, con la misma determinación con la que lo hacía todo en su vida. Y cuando su lengua rozó los pliegues más íntimos de ella, Ofelia se arqueó, incapaz de contener el grito.

Estaba empapada. Totalmente dispuesta. Él lo notó y gruñó contra su carne, embriagado por su sabor, por la entrega absoluta que esa mujer tan increíble le ofrecía sin reservas. Hundió el rostro aún más, lamiéndola con hambre, con veneración, con ese deseo salvaje que solo él parecía capaz de contener hasta el borde… y no más allá.

Su lengua la acarició con firmeza, lenta al principio, luego más rápida, más rítmica. La exploraba como un hombre que se había dado cuenta de que siempre sería su esclavo. Atrapó ese nudo de nervios con los labios, para succionarlo con firmeza con el fin de derretirla. Y logró su cometido. Dorian le provocó un estallido de placer que la hizo sacudirse de un modo inimaginable.

Ofelia le puso las manos sobre la cabeza, tiró de las hebras oscuras como si necesitara aferrarse a algo para no desintegrarse.

—¡Dorian… por favor…! —jadeó—. Me… me muerooooo…

Él gimió contra ella, encantado, satisfecho con su respuesta, y redobló sus caricias. La llevó al borde sin compasión, y luego la empujó más allá, con un movimiento preciso, devastador.

El éxtasis fue brutal.

Ofelia se deshizo con un grito que se le quedó atrapado en la garganta. El mundo desapareció. Solo existía ese momento. Su cuerpo vibrando, su piel ardiendo, su alma colapsando. Y él. Siempre él.

Dorian la sostuvo con fuerza mientras ella convulsionaba de placer. No se apartó hasta que sintió que todo su cuerpo se aflojaba, rendido, satisfecho.

Cuando por fin alzó el rostro para observarla, su mirada era de pura arrogancia masculina y devoción absoluta.

—Nunca he probado nada más delicioso que tú, amor mío —susurró, y volvió a besarle el vientre con ternura salvaje.

—Yo…. yo no sabía que esto pudiese ser así. ¡Dios mío!

Ofelia aún no había recuperado el aliento cuando lo vio incorporarse. Dorian se puso en pie mientras sus ojos negros la devoraban. En sus labios, aún bañados por la humedad de ella, se dibujaba una sonrisa apenas disimulada.

Sin apartar la mirada de la suya, comenzó a desvestirse. Primero se desabrochó los gemelos. A continuación se quitó la chaqueta y el chaleco. Luego deslizó la camisa por sus anchos hombros, dejando a la vista ese torso tallado por la vida y las cicatrices. Las sombras danzaban sobre su

piel y el fuego de la chimenea acentuaba la marca brutal en su pecho.

Ofelia tragó saliva con gran dificultad.

Él era su lobo. Lo sabía tan cierto como que el sol salía por el este… ¿o era por el oeste? Lo que fuese. ¡Era suyo!

Dorian tenía el cuerpo de un hombre forjado por la ira, el deseo y la lucha… pero en esos instantes, solo parecía hecho para poseerla.

Cuando se deshizo de los pantalones y se quedó completamente desnudo ante ella, no hubo pudor. No hubo reservas. Era magnífico. Fiero. Listo para reclamar lo que era suyo.

Dorian se acercó a la cama como una bestia hambrienta, pero su voz, cuando habló, fue grave, profunda, tan llena de deseo que hizo vibrar el aire entre ellos:

—No quiero que olvides nunca esto, Ofelia —susurró, colocándose una vez más entre sus piernas abiertas—. Eres mía. Desde el instante en que me diste de comer, desde que me miraste como si no fuera un bastardo, sino un rey… fuiste mía. —Apoyó la frente sobre su vientre desnudo—. Mía y

solo mía. Mi loba altiva. Mi tormenta perfecta. La sangre que corre por mis venas. Mi condena y salvación. Eres mi hogar.

Ofelia lo rodeó con los brazos, temblando por esa entrega, por la brutalidad con la que él pronunciaba cada palabra.

—Te amo, Dorian, pase lo que pase, quiero que sepas que estoy enamorada de ti, por completo. Soy tuya y lo seré siempre.

—Esta noche voy a llenarte, pero seré yo quien me empape de ti para siempre. Y cuando termine contigo te alegrarás de que todo esto haya ocurrido. Tu cuerpo me pertenece, al igual que el mío es tuyo. Y si alguien se atreve a tan solo imaginarte desnuda… juro por Dios que lo mataré.

Ofelia cerró los ojos. Lo deseaba con más fuerza que nunca.

—Hazlo. Reclámame y te juro que seré siempre tuya.

El miembro de Dorian se alzaba duro, poderoso, orgulloso, la evidencia rotunda de su deseo por ella. Apoyó la frente en su cuello, aspiró su

aroma —lavanda y limón— y luego la miró a los ojos una última vez antes de fundirse con ella.

Cuando la penetró, lo hizo con delicadeza. Movía las caderas tan poco a poco, que los gemidos masculinos fueron un resorte de deliciosa angustia. Tenía que controlarse para no hacerle daño. Si perdía el control, ella se asustaría, porque Dorian podía convertirse en un amante brutal, si permitía que la lujuria lo consumiese. Y entonces, cuando ya estaba a medio camino del paraíso lo sintió. O mejor dicho, no lo sintió. No hubo resistencia. La barrera que debía romper en el interior de Ofelia no estaba.

Gruñó y se deslizó hasta el interior con mayor seguridad.

No se detuvo.

No podía.

Tampoco quiso.

El cuerpo de Ofelia se arqueó bajo el suyo, primero por el impacto, después por la intensidad de la invasión. Gritó su nombre, no por dolor, sino por la magnitud del placer que la atravesaba desde las entrañas.

—¡Dorian!

Él se hundió más, hasta el fondo, con un temblor que le sacudió los huesos. La tenía. Por fin. Después de años de deseo callado, de miradas reprimidas, de sueños húmedos a medianoche y frustración… la tenía.

Ofelia era suya. Ah, pero antes había sido de otro. Dorian se obligaba a concentrarse en el placer que ambos sentía. No era momento de pensar en otra cosa.

La forma en que lo apretaba por dentro, como si su cuerpo lo necesitase para no marchitarse, lo hizo enloquecer. Jadeó contra su cuello, perdió el compás, le mordió con torpeza en el hombro mientras embestía una y otra vez con una fuerza imparable.

Ofelia se aferró a él como si se estuviera deshaciendo por dentro. El placer era un relámpago extendido. Lo sentía en los dedos de los pies, en el pecho, en el centro mismo de su feminidad y en su alma. Nunca había imaginado que ser poseída así pudiese ser tan excitante.

—Más… —murmuró con la voz rota—. Más fuerte, Dorian…

Y él obedeció. Porque no conocía otra manera de amar que no fuese salvaje, aunque por ella había estado dispuesto a ser un amante más paciente.

Se movió dentro de ella como una tormenta, marcándole el cuerpo, el alma, la voluntad. Hasta que ambos se perdieron, desbordados por un clímax compartido que los hizo gemir, maldecir, suplicar… y después quedarse quietos, aún unidos, aún jadeantes, aún temblorosos.

Dorian no se movió de inmediato. La sostuvo, pegado a ella, enterrado hasta el fondo, y solo entonces, cuando el silencio se impuso sobre el eco de sus jadeos, comprendió todo lo que había sucedido.

La había poseído. Por completo. Pero él no había sido el primer hombre en reclamar su cuerpo, tal y como dio por hecho que ocurriría.

Y el lobo dentro de él comenzó a rugir.

Dorian salió de su cuerpo y rodó sobre su espalda. Se quedó sentado en el borde del lecho, mirando hacia la ventana.

Durante unos segundos, ninguno de los dos dijo nada. Ofelia seguía tumbada, con la piel aún caliente y el corazón palpitando con fuerza. Sonrió, todavía rendida, con la respiración agitada y los brazos extendidos sobre las sábanas. Esperaba que él la abrazara, que la rodeara con sus brazos, que le besara la sien o le murmurase alguna de sus frases salvajes y dulces al oído.

Pero no lo hizo. Se había movido tan rápido hacia la otra punta del lecho que se quedó defraudada.

Dorian se había apartado de ella. Y no solo físicamente.

Él permanecía sentado en el borde del lecho, con los codos sobre las rodillas, el cuerpo tenso y la mirada clavada en la ventana. Los músculos de su espalda, que antes se movían al compás del deseo, estaban rígidos, inmóviles, como una estatua a punto de romperse.

Ofelia frunció el ceño.

—¿Dorian?

Él no respondió. Solo tensó más la mandíbula.

Ella se incorporó despacio, salió de la cama, y caminó, cojeando, hacia él. Se había cubierto con la sábana y lo observaba con creciente inquietud. Su expresión no era de satisfacción ni de ternura. Era otra cosa. Una sombra. Un abismo. Un enojo palpitante que no entendía.

—Ofelia, deberías regresar a casa de Ash, es tarde y se estarán preguntando si…

—¿He hecho algo mal? —lo interrumpió.

Dorian cerró los ojos. No podía ni mirarla. Si lo hacía, se le vería en el rostro. La duda. El dolor. La furia absurda de saber que había sido el segundo, aunque ella fuese ya suya de todas las formas posibles. Él había querido ser el primero. Además, en caso de haber sospechado que otro la reclamó antes, no se hubiese quedado apartado durante tres malditos años. Algo en su interior, un abismo oscuro, malvado y peligroso se abría paso.

—No es culpa tuya —murmuró al fin, con voz ronca—. No has hecho nada mal.

—Entonces, ¿por qué pareces tan… lejano? —El silencio fue ensordecedor—. ¿Dorian? —lo presionó.

—Tengo trabajo en el club, Ofelia. Será mejor que te vistas y te marches.

—Pero…

—Ahora no —la cortó.

La punzada en el pecho de Ofelia fue brutal. El dolor comenzaba a ser lacerante. Pero no dijo nada. Porque no podía pedirle explicaciones a un hombre que acababa de desnudarse —literal y emocionalmente— por completo ante ella. Oh, sí, desde luego que sospechaba lo que tenía a Dorian tan enfadado. Ella no era la mujer virginal que él habría esperado encontrar en el lecho. Tragó saliva con dificultad y lo observó, con el corazón encogido, sintiendo cómo, después de tocar el cielo, volvían a caer poco a poco… al suelo.

Muy despacio, él se puso en pie. La mirada del lobo la rehuía.

—Mírame, Dorian —le ordenó.

—Tengo mucho trabajo que hacer. Regresa a casa, hablaremos otro día.

No le dio opción a nada más. Dorian salió de la estancia, gloriosamente desnudo y cerró la

puerta tras de sí.

Ofelia se quedó allí sola. Fría. No estaba preparada para lo que acababa de ocurrir.

Dorian Taverham, tal y como siempre supo que ocurriría, le había partido el corazón. Le había hecho el amor. Con las manos, con la boca, con el pecho lleno de cicatrices mientras susurraba promesas que parecían eternas. Le había ofrecido matrimonio. Y en cuanto se dio cuenta de que ella no era lo que había supuesto… una mujer pura, se marchó.

Sin una palabra amable. Sin una despedida.

Como si todo lo dicho, momentos antes, no hubiese tenido valor alguno.

Ofelia se cubrió mejor con las sábanas, no por pudor, sino porque sentía un frío devastador. No solo en la piel, sino también por dentro.

¿Cómo podía haberle bajado la luna para luego aplastarla como si ella no valiese nada?

No se arrepentía de lo que había hecho. No. No podía arrepentirse de haber entregado su

cuerpo a un hombre que la había hecho sentir como nadie antes, que la había deseado, venerado, pero no protegido. Mentiroso. A la menor contrariedad, él había sido el primero en lastimarla sin compasión.

Maldito fuese. Se había esfumado en cuanto comprendió que no era virgen. Tuvo que haberlo avisado, pero pensó que un hombre que se había acostado con tantas mujeres… ¡Error! La hipocresía de ese hombre…

¿Eso era lo único que le importaba a Dorian Taverham? ¿La falta de su virtud? ¿Después de lo que acababan de compartir la trataba de ese modo? ¿Después de desnudar su alma frente a ella con una ternura que aún le ardía en todas partes, la abandonaba sin tan siquiera mirarla?

Sintió náuseas. No por el acto en sí, sino por la traición sorda que se le clavaba entre las costillas.

Él le había prometido protegerla. Le había dicho que era suya. Que la necesitaba. ¡Mentiroso!

No iba a llorar.

Se obligó a vestirse. Con las manos temblorosas, se colocó las enaguas, el corsé y se ajustó el vestido con torpeza. No había doncellas en ese club que pudiesen ayudarla. Solo la soledad de un dormitorio donde sentía que se moría.

La acababa de repudiar. La había abandonado.

«No llores. Él no vale la pena. Un hombre que te trata así… Es mejor que lo hayas sabido antes de casarte», se dijo a sí misma.

Pero una lágrima traidora rodó por su mejilla y cayó sobre el escote del vestido verde que, hacía apenas unos minutos, la había hecho sentirse tan poderosa.

Y entonces lo comprendió:

Dorian podía haber sido su lobo y como el animal salvaje que era, estaba concebido para herir. La había roto en mil pedazos.

Se marchó sola, en medio de la noche, como si fuese una falda ligera que no había contentado a su cliente. No quiso pedir su carruaje, tampoco era como si él le hubiese recordado que lo tenía a su disposición.

Se encaminó por las oscuras y peligrosas calles de Saint Giles. Llorando a mares, con el corazón quebrado y el alma más rota todavía.

El calvario de *lady* Ofelia Mabry no había hecho más que comenzar. El pasado nunca se quedaba en su lugar sin hacer daño.

Capítulo 10

Un lobo herido y furioso

No la había mirado por miedo a que ella pudiese leerle la mente y viese cuánta oscuridad había en él. Iba a convertirse en un asesino y estaba preparado para ello.

Dorian Taverham no era un idiota. Tampoco un puritano. Había visto, hecho y soportado cosas que habrían doblegado a hombres más fuertes que él. Pero lo que no había previsto… lo que no había calculado ni en sus peores noches de insomnio… era la forma en que le dolería saber que otro la había tenido antes.

No eran celos. Tampoco tenía el ego pisoteado. Ni tan siquiera se sentía menos dueño de ella, lo que ocurría era que, demonios, Ofelia había

amado a otro hombre tanto como para entregarse a él. Y ese bastardo no había hecho lo correcto con ella. Y eso lo volvía loco.

Después de todo lo que le había dicho… después de la ternura que ella le había ofrecido, de la entrega, de esa forma de mirarlo como si él no fuese una criatura marcada por el infierno sino un hombre digno… él no había sabido cómo comportarse. Ni cómo mirarla después de haberla poseído. Porque no podía dejar de pensar en quién habría sido el canalla que la dejó atrás. Necesitaba saber toda la historia, qué le había hecho a Ofelia, cómo la convenció para que se entregase sin estar debidamente casada.

Ofelia no era una mujer frívola. No era ligera de cascos. No era de esas damas que se dejaban besar en las esquinas oscuras por pura diversión. Si ella se había entregado a otro hombre, había sido porque lo amaba y estaba segura de él. Porque había creído en él, en sus promesas.

Y Dorian no podía soportar la idea de que alguien hubiese usado ese amor para tomar lo que jamás debió ser suyo.

Esa era la verdad.

No era el hecho de que no fuera virgen lo que le dolía. Era el hecho de que alguien la hubiese traicionado. Un hombre había tenido la osadía de poseer a Ofelia y luego alejarse como si aquello no valiera nada.

Y él… él lo había hecho peor todavía. La había amado con el cuerpo, la había llenado de promesas y después, como un cobarde, se había ido, pero por una buena razón, dado que no quería volcar su rabia en ella. Ofelia no tenía la culpa, la sentencia debía recaer sobre el canalla que la usó.

No podía pensar con claridad. La rabia se le enredaba en las tripas. Un tipo como él, que siempre había sido un lobo solitario, no sabía qué hacer con esos sentimientos tan grandes, tan intensos. Quería destruir al bastardo que se había atrevido a tocarla. Quería romperle los dientes, aplastarle el cráneo contra el suelo y hacerle sentir una ínfima parte del dolor que él había sentido al imaginar a Ofelia siendo engañada.

¿Quién había sido?

Lo averiguaría. Ese bastardo estaba muerto y ni siquiera lo sabía aún. Pronto se enteraría de quién era Dorian Taverham.

Lo encontraría. Lo arrastraría desnudo por los callejones de Saint Giles y luego lo mataría. Porque nadie jugaba con su Ofelia. Nadie. Y menos aún, sin pagar el precio.

Lo que sentía por ella no era un amor puro y sincero como el de Sebastian hacia Temperance, ni tan siquiera era tan visceral como el de Julian hacia Ana. Lo que Ofelia le inspiraba era un abismo, tan oscuro, tan primitivo, posesivo y cargado de protección, que él mismo estaba asustado. Ella vivía en lo más hondo de su oscuridad. El sentimiento de que le pertenecía era demasiado fuerte, tanto como la lealtad que esa misma noche le había declarado con palabras y al hacerle el amor.

Ofelia era buena. Demasiado buena para él.

Y eso también lo volvía loco. Oh, sí, claro que Dorian no era ningún estúpido, era consciente de que la había herido esa noche después de compartir la cama, pero no le quedó más remedio que marcharse, porque cuando la ira lo embargaba necesitaba romper algo, necesitaba una buena pelea.

Así que se vistió, bajó al club y se peleó con el primer noble de alto copete que insultó a una

de las damas que disfrutaban seduciendo a los caballeros.

La pelea no lo dejó sereno. Empeoró la situación, de tal modo que comenzó a beber para ver si podía adormecer la ira. No funcionó tampoco.

No supo cómo, pero llegó a casa de Grafton en medio de la madrugada, porque aunque no lo confesaría en alto, necesitaba un amigo, y ese duque era lo único que tenía en el mundo que se asemejase a un compañero con quien compartir sus problemas.

***

Un puño aporreó la puerta del dormitorio con tal violencia que el duque de Grafton se incorporó en la cama como si hubieran entrado los franceses en su mansión.

—¿Qué demonios…?

Un lacayo jadeante, con la peluca torcida y la casaca mal abrochada, se asomó al interior.

—Excelencia, disculpe la hora, pero… es lord Dorian.

El duque frunció el ceño.

—¿Está herido?

—Amoratado. Ebrio. Y se niega a marcharse. Dice que si no lo recibe, derribará la puerta del despacho. Los criados lo han acomodado allí como han podido.

Grafton soltó un bufido y se levantó, mascullando maldiciones mientras se ponía la bata. No necesitaba preguntar más. Si Dorian estaba allí a esas horas, en ese estado, era porque algo verdaderamente grave había ocurrido.

Cruzó el pasillo con pasos firmes, descendió por la escalera envuelto en sombras, y abrió la puerta del despacho con un gesto severo.

Dorian estaba recostado en el sillón de cuero más cercano al fuego, con una copa de *brandy* en la mano, la camisa abierta por el pecho y los nudillos ensangrentados. Olía a alcohol, a rabia y a desesperación.

—Vaya, el duque de Grafton en bata. Supongo que nuestra relación ha pasado al siguiente nivel de complicidad. Qué honor —apuntó su inesperado invitado.

—¿Qué demonios te ha pasado? —inquirió el duque sin rodeos, para después cerrar la puerta tras de sí—. ¿Dónde te has metido esta noche? Pareces recién salido de una taberna de Docklands.

—Eso sería preferible —gruñó Dorian, alzando la copa en un brindis cínico—. Las tabernas no parten el alma como lo hacen las mujeres.

Grafton avanzó hasta quedar frente a él. Lo evaluó con la mirada. Tenía los ojos enrojecidos, la mandíbula tensa, y una extraña cicatriz le surcaba el pecho.

—¿Ofelia? —inquirió el duque.

—¿Conoce a otra mujer que pueda alterarme tanto?

—¿Tanto como para presentarte en la casa de un viejo duque poco acostumbrado a ser molestado a altas horas de la noche? No, supongo que no. ¿Qué le has hecho a la dama para acabar

hundido en la miseria, muchacho? —preguntó en voz baja.

—Ahí observo que su tono al llamarme muchacho busca reprenderme. ¿Cómo puede estar tan seguro de que he sido yo quien lo ha fastidiado todo?

—¿Ves a la dama en mi despacho llorando por tu causa?

—Se cree muy listo, su excelencia… Pues bien, no he hecho otra cosa más que cantarle mi amor.

Dorian se bebió de un trago la copa y apoyó el vaso vacío en la mesa con un golpe seco.

—Ya que me has despertado y me consideras digno de participar en tu tragedia, cuéntame la historia.

—He cometido todos los errores posibles en una sola noche. La he amado, duque. Con la boca, con las manos, con cada maldito centímetro de mi cuerpo. Le he ofrecido matrimonio. Y me ha aceptado.

—¿Entonces cuál es el problema? —No veía la complicación por ningún lugar. De acuerdo, en honor a la verdad, tenía que hacer un esfuerzo para no pensar en que hablaba de la dulce Ofelia, la mejor amiga de su hija, a quien él tenía la obligación de proteger. Al menos habría una boda…

—La tuve. ¡Por fin! —exclamó con los ojos encendidos—. Pero no fui el primero. —Grafton se quedó quieto. No habló. Esperó y él continuó—: No hubo resistencia —prosiguió Dorian—. Nada me frenó. ¿Sabe a qué me refiero? Esa maldita barrera, la que debería estar, no estaba. Otro hombre la tocó, la besó, la… amó antes que yo.

—Comprendo. —Desde luego, tuvo que haber estado más atento a ese trío de amigas. Su propia hija también cometió ese mismo error en su juventud con un indeseable. En esos instantes se enteraba de que Ofelia también fue débil. *¿Lady* Ashbury al menos se mantuvo… firme en su momento? Negó con la cabeza. No era importante eso, lo más apremiante era hacerle comprender a Dorian que las segundas oportunidades estaban para aprovecharse.

—¡No me interrumpa! —bramó, poniéndose de pie de golpe—. Si me interrumpe, no seré capaz de contarle lo que necesito confesar. He

tenido que emborracharme para venir a buscar refuerzos, ¿sabe?

Grafton lo observó sin moverse.

—Adelante.

Dorian respiró hondo. Luego avanzó hacia la ventana y apoyó la frente contra el cristal frío.

—Ella es perfecta. Jodidamente perfecta. Nunca habría hecho algo así sin amar al hombre en cuestión. Estoy convencido de que no fue una aventura ni una calentura de alcoba. Ofelia lo amó. Lo adoró. Se entregó porque creyó en él. Y él… él la dejó atrás.

—Entiendo lo que pretendes decir, Dorian.

Se volvió hacia el duque.

—¿Y sabe qué es lo peor? Que yo he hecho exactamente lo mismo. Después de amarla, después de todo lo que hemos compartido… me fui. Me largué como un cobarde, porque si me hubiera quedado la hubiese sometido a un interrogatorio feroz. Porque necesitaba… esto. —Se señaló a sí

mismo—. Golpear y beber. Respirar sin que me asfixiase la idea de que hubo otro hombre sobre su cuerpo… alguien al que ella amó.

—Dorian, me pongo en tu situación, comprendo que puedas haber estado muy decepcionado porque otro hombre la tuvo antes. —intervino Grafton con calma—. Somos seres primitivos, los hombres digo. Queremos ser los primeros en todo, aunque…

—No lo entiende —lo cortó—. No es por la virginidad, su falta de ella en este caso. Reconozco que me enfadé un poco más de lo debido al principio porque de haber sabido que ella no era inocente hace años que la hubiese seducido. No soy tan hipócrita, yo mismo he estado bien entretenido con más mujeres de las que debería. No es eso.

—Explícamelo, entonces, muchacho —le dijo con paciencia.

—Es el hecho de que otro tuvo lo que yo he esperado tres años. Y se fue. Y la rompió con su marcha, estoy seguro de ello. Y si me cruzo con él… juro por lo que me queda de alma que lo mataré.

—Dorian…

—No, escúcheme bien —espetó, dando un paso hacia él, tambaleante por el alcohol—. Si se le ocurre contarle esto a alguien, si menciona lo que le estoy comentando sobre Ofelia, aunque sea en susurros… lo tendré que matar a usted también.

Grafton le sostuvo la mirada. No se inmutó. Luego suspiró cansado. Los jóvenes de hoy en día no tenían ningún respeto por nada.

—Pasaré por alto la amenaza que me has lanzado porque yo te hice una similar cuando te dije lo que haría si le hacías daño a la dama. Bien, así que el problema es que no puedes soportar que otro la hizo suya antes…

—¡No! —tronó Dorian—. Está usted viejo, Grafton, no está entendiendo lo que le digo.

El duque se armó de paciencia.

—A ver, repítelo una última vez y trata de ser más claro.

—¡Tengo que averiguar quién es ese malnacido para matarlo por hacerle daño a mi Ofelia!

—Oh. —El duque cabeceó un par de veces. Sí, eso sí iba más en la línea retorcida de

Dorian Taverham.

—¿Al fin lo ha entendido?

—Supongo que lo que te preocupa es que ella se acabe enterando y que te juzgue.

—¡Claro que sí! Ofelia no tiene la menor idea de la clase de hombre que soy. Por el infierno maldito, si ella supiera lo que he hecho… —Se le dibujó una sonrisa en el rostro—. Un tipo violó a una de mis sirvientas en el club. Se creía que porque pertenecía a la nobleza saldría indemne…

—Supongo que le diste su merecido —dijo el duque, sin estar muy seguro del motivo por el que le había contado ese hecho.

—Más que eso. Uno de mis hombres tiene inclinaciones un tanto peculiares, así que cuando se lo señalé con el dedo y le dije lo que le había hecho a la buena de Amberly… Digamos que ese botarate tuvo lo que se merecía. No debió entusiasmarle la idea de ser violado mientras su víctima era testigo de la violencia.

—Dorian… creo que…

—¿Sabe que una vez envié a otro indeseable a Australia, porque se aprovechó de una querida amiga mía en su juventud y quería batirse en duelo con mi hermano Julian?

—Sí, muchacho. Yo mismo fui a buscarte porque quería venganza sobre aquel impresentable que le hizo daño a mi hija.

—¡Es cierto! Disculpe, Grafton, la bebida no me deja mantener demasiado lúcida la mente. Se me había olvidado que usted quería darle su merecido a aquel hombre del que yo ya me había ocupado.

—Dorian, regresemos al asunto inicial, ¿de acuerdo?

—Cierto… Ofelia… —Dorian se dejó caer de nuevo en el sillón, derrotado—. ¿Qué me pasa, Grafton? ¿Por qué me duele tanto? Siempre he estado muy orgulloso de quién era, de cada una de las cosas que hice en nombre de una justicia que consideraba demasiado lenta y elitista. En cambio, ahora… tengo tanto miedo de que Ofelia me vea realmente y me abandone por lo que soy…

—Ah, es curioso eso del amor y las mujeres. Alguien una vez me dijo, creo que fue un

amigo de mi juventud, que sabía que se había enamorado de su esposa porque ella lo hacía querer ser mejor.

Dorian soltó una carcajada hueca.

—Entonces estoy perdido. Ni aunque viva toda la vida que me quede siendo un santo, lograría enmendar cada uno de mis errores, entre otras cosas porque no me arrepiento de nada de lo que he hecho. Es más, cuando mate al bastardo que se aprovechó de Ofelia sin el beneficio del matrimonio, lo asfixiaré con mis propias manos y pienso disfrutarlo.

—Y… ¿no has pensado que tal vez deberías darle las gracias al hombre, Dorian?

—¿¡Se ha vuelto loco, Grafton!? No se lo tendré en cuenta, es la edad, usted ya chochea… Una lástima, pensaba que le quedarían más años de lucidez.

—¡Muchacho! Al final vas a conseguir que me levante y busque las pistolas de duelo —lo avisó.

—¡Es que no me está entendiendo!

—El que no razona eres tú. Llevas tanto tiempo sediento de sangre que no ves más allá de la venganza.

—Pero es que…

—¡Escuchame! —tronó el duque—. ¿Qué hubiese pasado si el hombre que la sedujo se hubiese casado con ella? Ofelia estaría tan lejos de tu alcance que seguirías solo y siendo miserable. Robó la virtud de la dama, sí, no hizo lo correcto después, de acuerdo, pero todas las cuestionables acciones de ese tipo han provocado que ella esté justo al alcance de tu mano. ¿Puedes ver lo que te digo, Dorian?

—¿Qué haré cuando ella descubra que lo he matado, Grafton? Ella me odiará cuando se entere de lo que le haré a su amante. ¿Y si me mira con esos ojos suyos y ve que me he manchado las manos por ella y le causo repulsión?

—¡Maldita sea, muchacho! —volvió a gritar el duque—. No estás atendiendo a lo que te digo. ¿Por qué diablos has venido a mi casa a despertarme en medio de la noche? ¿Solo para llamarme viejo decrépito? La próxima vez, ve a buscar a tu hermano, a cualquiera de los dos —le recomendó.

—Ahora sí que se ha vuelto completamente loco, Grafton. Si Sebastian o Julian me viesen en semejante estado, se mofarían de mí durante el resto de mi vida. Ahora, dígame cómo puedo averiguar el nombre del hombre que tendré que enterrar en medio de una zanja por haberle hecho daño a mi Ofelia.

—Santo Dios bendito. ¿Esa cabeza hueca que tengo delante de mí esta noche no piensa un poco?

—¿Qué?

—Pretendes matar a un hombre, bien, pero y si el caballero es… supongamos, un militar. ¿Qué harás entonces?

A Dorian se le despejó la mente de golpe. Entornó un poco los ojos y miró con fijación a Grafton.

—¿Un militar?

—Por ejemplo, sí.

—Estoy ebrio, pero no tanto como para no darme cuenta de que usted sabe algo. ¿Qué sabe del asunto?

—¡Nada! —saltó el duque—. Solo pretendía hacerte ver que no siempre serás mejor que tus rivales.

Dorian comenzó a reírse con fuerza. Al ver que el duque lo miraba con una ceja levantada, de lo más acusadora, dejó de reírse.

—Creía que estaba bromeando, Grafton. Bueno. —Dorian se puso de pie—. Ha sido una visita inútil pero deliciosa. Tanto como sus consejos sobre cortejarla. Yo sabía que ella estaba loca por mí y que lo que tenía que hacer era seducirla…

—Cachorro desagradecido… —masculló el duque.

—Pienso seguir mis instintos. Mañana mismo iré a casa de Temperance y la obligaré a que me cuente la historia de Ofelia. Descubriré de quién se trata y luego… La última pala que usé para cavar… ¿Dónde la dejé? No importa, alguno de mis hombres la encontrará.

—Oh, Dorian. Estás tan ciego que no ves lo obvio.

—¿Lo obvio?

—Ofelia te ha dicho que se casará contigo. Deberías estar pensando en una boda, no en un asesinato.

—¿Una boda?

Grafton suspiró.

—Le pediste matrimonio y ella te ha aceptado. ¿Recuerdas que me lo has contado antes?

—Claro que sí. Ella va a ser mi esposa, y cuando descubra la clase de hombre con el que se ha casado, no tendrá más remedio que quedarse a mi lado. Dios la obliga, por los votos y todo eso que recitaremos ante un altar. —Se quedó un momento pensativo—. Confío en que no me descubra antes de pasar por la vicaría. Ah, eso me recuerda que tiene que comprarme una licencia especial, será mejor que la ate a mí antes de que lo averigüe todo. Y usted tendrá que darme una coartada cuando el magistrado comience a investigar sobre la muerte del amante de Ofelia. Iremos paso a paso… Primero me casaré, así que cuanto antes me consiga la licencia especial, mejor. Luego urdiremos algo creíble que me impida dar con mis huesos en la cárcel. Me quedaré a vivir un tiempo en su casa. Sí, Ofelia y yo seremos sus invitados. Será más fácil para usted jurar que estuve

todo el tiempo bajo su supervisión. Está de acuerdo, ¿verdad?

—Ya… ¿Deseas que haga algo más por ti, chico?

Dorian sonrió. Interesante. No había dicho: muchacho. Lo llamó chico. Al duque no le quedaba paciencia, seguro.

—Con eso me basta.

—Tengo ganas de amoratarte el otro ojo, Dorian. Sé que estás aprendiendo que el amor duele, pero te aseguro que la amistad, más si es con un hombre como tú, puede ser… agotadora. Espero que mañana, cuando hayas dormido un poco y el alcohol deje de enturbiarte el sentido, veas las cosas más claras. Ofelia va a necesitar la paciencia del mismo Dios para poder soportarte.

—Está desvariando de nuevo, Grafton. El paso del tiempo no es generoso ni con los duques más exquisitos. Su título no lo protege de la indignidad de la edad, ¿eh?

—Vete, muchacho. Lárgate a tu club antes de que de un merecido puntapié yo mismo te trasporte hasta allí. Ven a verme después de dormir y

darte un buen baño, entonces hablaremos con más calma.

Dorian no respondió. Solo se quedó allí, sentado, con los ojos perdidos en el fuego, mientras la idea de cazar al hombre que había traicionado a Ofelia se asentaba en su pecho como una promesa.

Una promesa que pensaba cumplir.

Los ojos se le fueron cerrando poco a poco, hasta que el agotamiento, la ira y el fragor de la venganza lo hicieron quedarse dormido.

Grafton maldijo por lo bajo.

—Por lo menos, Sebastian solo me pidió el despacho para declararse a su condesa. ¿Quién iba a pensar que me convertiría en la voz de la razón de los hijos del anterior Ashbury? —Miró a Dorian con atención—. Deberé dar gracias a Dios el próximo domingo en la iglesia, porque si Anastasia hubiese acabado casada con este Taverham en vez de con el otro… Voy a tener que valorar mucho más a Julian.

—Ya está chocheando otra vez… Valgo más que mis dos hermanos juntos. Ahora déjeme dormir —le ordenó con los ojos cerrados Dorian—. Acabo de encontrar al hombre que ofendió a mi

Ofelia y estoy destripándolo. Si sigue diciendo sandeces no lo disfrutaré.

Capítulo 11

Una sorpresa desagradable

—¿Dónde está? —tronó Anastasia Taverham al irrumpir en casa de los condes de Ashbury con el abrigo aún puesto, las mejillas rojas a causa del viaje y un brillo entre furioso y divertido en los ojos—. ¿Dónde está Ofelia?

Temperance, que estaba hojeando un libro con aire distraído, ni se molestó en levantarse del diván de la salita azul en el que figuraba.

—Buenos días a ti también, querida. ¿Cómo están Julian y el pequeño?

—Confundidos. Los he dejado en el campo con una buena excusa y la promesa de que no haría ninguna locura. Y aquí estoy, en Londres, a

punto de arrancarle la cabeza a un hermano que adquirí por matrimonio. ¿No es entrañable?

—Si ese caballero no es Sebastian, lo consideraré natural más que entrañable, Anastasia —admitió Temperance, divertida, mientras dejaba el libro y se alisaba las faldas.

—¿Así que es cierto?

—Si te refieres a que Dorian Taverham bailó un vals en público y se permitió marcar el territorio como un animal salvaje… sí, es verdad. Fue en cierta medida romántico.

Anastasia soltó una carcajada.

—Dorian ¿romántico?

—Teniendo en cuenta que lo mejor que sabe hacer es gruñir y lanzar órdenes… Sí. Verlo bailando con ella fue algo único, Anastasia. Escandaloso también. Tú al menos tuviste la deferencia de orquestar un encuentro a solas en la biblioteca, Dorian lo hizo todo más público. Créeme no había duda de lo que se proponía.

—¿Sirvió para que Ofelia al fin se diese cuenta de que ese hombre está absolutamente loco

por ella?

—Oh, no —negó Temperance— En absoluto. Ella continuó completamente ajena a los sentimientos de Dorian. Ofelia siempre ha estado convencida de que solo pretendía burlarse de ella. Lo cual, tratándose del Ángel Negro de Saint Giles, no era una suposición descabellada. Pero tú y yo sabemos la verdad.

—Sabemos que lleva años babeando por ella —murmuró Anastasia, mientras se dejaba caer junto a Temperance—. Años. ¿Recuerdas aquella vez que Dorian llegó pronto a una de tus fiestas y cuando la divisó en el recibidor, él casi se cae por las escaleras desde el segundo piso solo porque quería verla?

—¿Y qué me dices de la cena en Grafton House, cuando ella llevaba aquel vestido verde tan recatado?

—El que le cubría hasta el alma. Sí, claro que me acuerdo. Él no despegó los ojos de Ofelia en toda la noche, y eso que no dejaba nada a la vista.

Temperance sonrió con malicia.

—Yo diría que desde que la vio por primera vez ha estado obsesionado. Y Ofelia, como siempre, convencida de que Dorian la odiaba por respirar demasiado fuerte.

—Una maravilla —suspiró Anastasia, entre divertida y exasperada—. La mujer más hermosa de Londres, y la única que no sabía que tenía a un demonio enamorado escondido bajo siete capas de sarcasmo.

—No sé si diría enamorado —matizó Temperance, cruzando las piernas con elegancia—. Pero sí profundamente perturbado por ella.

—Lo cual, tratándose de Dorian, es amor verdadero aunque él no lo querrá admitir.

—Exacto.

Ambas guardaron silencio unos segundos. Luego, Anastasia se volvió hacia su amiga con una expresión más seria.

—¿Y tú crees que Ofelia lo sabe ya?

—Sí que lo sabe Anastasia.

La esposa de Julian suspiró, se recostó contra el respaldo y murmuró:

—No sé si confiar en tu criterio. Ofelia parece estar ciega y Dorian… Bueno, Dorian es Dorian y no sabe nada sobre cómo relacionarse con una mujer decente. En la última carta que me mandó mi padre, me dijo que le dio un par de lecciones sobre cortejar a una dama. No me contó nada incriminatorio, debido a todo eso de la lealtad entre caballeros… Grafton me explicó que se exasperó porque Dorian más que cortejar deseaba hacer otra cosa, no lo dijo claramente en la carta, pero yo supuse que mi padre se refería a la seducción. No le di demasiado crédito, pero cuando al fin tuve tiempo para concentrarme en la lectura de las columnas de sociedad que hacía semanas que no leía… El grito que se me escapó cuando leí en varios periódicos que Dorian Taverham había marcado a Ofelia…

—Tiene sentido lo que dices sobre eso de seducirla.

—¿A qué te refieres, Temperance?

—Mi prima salió ayer en dirección al club.

—¿Quéééé? ¿Ella sola allí, en El Paraíso?

—Dorian la invitó a cenar y ella aceptó.

—¡Santo Dios! Estoy segura de que Dorian se habrá salido con la suya, y que a Ofelia no le quedarán dudas sobre las verdaderas intenciones de él a la hora de atormentarla. —Anastasia se rio con sinceridad.

—Debe haber sido una noche memorable, querida amiga, porque Ofelia todavía no ha regresado a casa. Sebastian está preocupado.

—¿Por qué, Temperance?

—No ve a su hermano pasando por la vicaría. Teme que la encadene a un poste de la cama y se niegue a permitirle marcharse de su lado. Como comprenderás, Sebastian no quiere enfrentarse a Dorian. Sabe que lo vencería sin problemas en un duelo, lo que ocurre es que cada día lo odia más.

—¿Aún sigue así?

—Claro que sí. Cuando un Taverham dice que cada día odia más a uno de sus hermanos eso es sinónimo de…

—De amarlo más, sí —terminó Anastasia por Temperance—. He aprendido eso de Julian,

cuanto más habla de lo mucho que odia a sus dos hermanos, menos crédito le doy, ya que sé bien que se preocupa por ellos.

—¿Crees que deberíamos ir al club para ver si Ofelia está bien, Temperance?

La condesa de Ashbury alzó una ceja llena de diversión.

—¿Te preocupa que Dorian la tenga atada a la cama, amiga mía?

—¿A ti, no? —respondió con otra pregunta Anastasia.

Lady Julian suspiró con fuerza.

—Sí, tengo que admitirlo. Me preocupa que Dorian no le permita marcharse de su lado. ¿Por qué los Taverham tienen que ser tan… tan… tan…?

—¿Primitivos? ¿Posesivos? ¿Dementes?

—Son las tres cosas, lo sé, pero creo que de los tres, el más peligroso es Dorian y Ofelia es demasiado dulce y confiada como para entender cómo funciona el pensamiento de él.

Temperance se puso en pie con parsimonia. Se alisó la falda con elegancia.

—Bien, si vamos a irrumpir en El Paraíso, supongo que debería ponerme un vestido que combine con la decadencia. El que llevo es demasiado formal.

—¿De verdad vamos a ir? —se sorprendió Anastasia.

—Tú no has venido desde el campo para quedarte tomando té, ¿verdad?

Anastasia sonrió con expresión fiera.

—Por descontado que no. Si Dorian ha hecho algo imperdonable, no pienso dejar que ni Julian ni Sebastian tomen las riendas de la situación. Nosotras dos podemos hacer entrar en vereda al soldado de la noche sin que haya un derramamiento de sangre, ¿no crees, Temperance?

—Desde luego que sí. No podrá derrotarnos. Somos mucho más inteligentes que él.

—Así es, Temperance, pero ¿cómo lo convenceremos de que tiene que casarse con ella? No creo que Dorian… No lo veo en esa tesitura. Lo he

oído hablar mucho del infierno, pero ¿ir hacia el altar frente a Dios?

—Supongo que lo primero que tendremos que hacer es que comprenda que está enamorado. A partir de ahí ese bruto irá atando cabos. Seremos sutiles más que directas. Dejaremos que él mismo llegue a la conclusión de que tiene que casarse con ella.

Anastasia soltó una carcajada mientras salían juntas del salón.

—Pobre Ofelia. No tiene ni idea de que un pequeño batallón de dos mujeres se está organizando para salvarla… o para lanzarla de cabeza a los brazos del diablo.

—No es cualquier diablo —la corrigió la condesa—. Es un Taverham. Y esos, querida mía, no sueltan lo que consideran suyo con facilidad. Tú y yo bien lo sabemos.

El sonido del aldabón resonó en el mismo instante en que Temperance y Anastasia llegaban hasta el recibidor, dispuestas a mandar que preparasen el carruaje.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Anastasia.

—Tal vez Ofelia haya sido liberada al fin —murmuró Temperance.

El mayordomo apenas tuvo tiempo de anunciar el nombre del recién llegado cuando el propio Dorian Taverham cruzó el umbral con el ceño fruncido y la expresión cerrada. Iba impecablemente vestido, aunque su aspecto arrastraba la sombra de una noche poco tranquila: barba incipiente, ojeras marcadas y el gesto endurecido de un hombre que cargaba con un pensamiento grave. Eso sin olvidar su ojo ennegrecido.

—Ah, perfecto estáis las dos aquí —las saludó con una inclinación breve.

Ambas mujeres se quedaron quietas.

—¿Dorian? —dijo Temperance con la voz justa para sonar cortés, aunque sin ocultar la sorpresa.

—Necesito hablar con vosotras —declaró él con tono seco, sin preámbulos—. Es un asunto serio.

Anastasia enarcó una ceja.

—¿Más serio que tener a una dama secuestrada en tu club?

Dorian la miró con media sonrisa.

—Me preguntaba, Ana, cuánto tardarías en salir del lecho de Julian para venir a pedirme explicaciones por lo que supongo, que habrás leído en el periódico. Debo añadir que estoy decepcionado, te esperaba mucho antes.

—Eres incorregible, Dorian —afirmó Anastasia—. Y como te conozco lo suficiente, diré que no me sorprendería en absoluto que tú mismo hubieses lanzado todos esos rumores en los periódicos para que Ofelia no tuviese escapatoria.

Ese hermano Taverham la miró con interés.

—¿Sabes, Ana? Tu padre me conoce bien, pero creo que tú lo superas con creces.

—¡Dorian Taverham! —saltó indignada Temperance—. ¿Eres el responsable de haber convertido a Ofelia en el blanco de los chismes de la sociedad?

—No —negó de inmediato él.

—¿Seguro que no? —indagó Anastasia asombrada con lo que él acababa de decir antes de la negativa.

—No, yo no tuve la culpa. Si actué del modo en el que lo hice fue porque tú —señaló a Temperance con el dedo— te levantaste un día dispuesta a hacer de casamentera.

—¡Dios de los cielos! —saltó exasperada la condesa—. Lo peor de todo no es que me acuses de semejante tontería, lo más inquietante es que estás convencido de que eres inocente por haber manchado la reputación de Ofelia, cuando solo tenías que haberle dicho que no te burlabas de ella, que estabas enamorado hasta las cejas y que no podías dormir porque mi prima te quitaba el sueño, que solo imaginabas lo que sería besarla y…

—¿Toda esa sarta de tonterías te dice mi hermano cada vez que quiere llevarte a la cama? —la interrumpió—. Sebastian podría escribir un libro entero de patéticas declaraciones y barrería el suelo con lord Byron. —Ana tuvo la osadía de reírse porque le pareció ingenioso. Dorian la miró entonces—. ¿Y tú? Estoy segura de que eres tan exigente que mi hermano debe haber perdido peso y estará agotado

de tanto consumar el matrimonio. —Él bajó la mirada hacia el vientre de su amiga—. ¿Sabe Grafton que será abuelo dentro de poco?

—Pero ¿cómo…? —comenzó a inquirir la hija del duque.

—Lo que me faltaba… obligado a tomar el té con dos mujeres embarazadas que no saben más que agotar a sus esposos, ¿eh? —se quejó Dorian.

—¿Estás embarazada? —se preguntaron las damas al unísono, la una a la otra.

No tuvieron que responder. Se abrazaron y comenzaron a reírse.

—Si habéis acabado con vuestras tonterías, ¿qué hay de ese té que me ofreceréis? —las interrumpió Dorian.

Temperance hizo un gesto hacia el salón azul.

—¿Desde cuándo bebes tú té? —se interesó la condesa.

Él se mordió la lengua. No iba a decirles que había ido hasta allí para obtener información sobre el tipo que engañó a Ofelia.

—Olvídate del té —apuntó Anastasia—. ¿Con quién te has peleado, Dorian? ¿Con un rival que pretendía robarte a Ofelia? —bromeó Anastasia.

Él tomó una larga bocanada de aire. Era necesario que se tranquilizase.

—Hubo un altercado en el club. Tuve que actuar —zanjó.

—Acompáñanos, por favor —terció Temperance—. Íbamos a salir, pero… pospondremos nuestros planes para ofrecerle a un duro Taverham una taza de té.

Sobraba decir que tanto Anastasia como Temperance estaban llenas de curiosidad. Entre otras cosas porque él se había presentado en casa sin que Ofelia lo acompañase y parecía que tenía que hablar con ambas de cosas muy serias. ¿Iría a pedirles formalmente la mano de su amiga?

Temperance y Anastasia intercambiaron una mirada cómplice, dado que ambas habían tenido la misma suposición.

—Aunque no lo parezca… He venido en paz y pretendo mostrarme muy caballeroso —respondió él con seriedad. Para que las dos arpías colaborasen tendría que interpretar su mejor papel, de otro modo no lograría descubrir la identidad del caballero de quien se enamoró Ofelia.

Una vez dentro del salón, Anastasia tomó asiento con lentitud felina. Temperance se acomodó frente a ella, y una doncella les sirvió el té sin que nadie lo pidiera. Dorian, sin perder el porte, se sentó también, aunque lo hizo como si la silla no le perteneciera, como si no fuera capaz de descansar sobre ella del todo. ¡Estaba nervioso!

Durante un instante, reinó el silencio.

—¿Qué ocurre, Dorian? —preguntó finalmente Temperance, con la taza a medio camino de los labios.

El aludido apoyó los codos en las rodillas, las manos las tenía entrelazadas y la mirada baja.

—Necesito vuestra opinión sobre algo —empezó, con voz grave—. Vosotras conocéis a Ofelia desde hace años. Sabéis cómo piensa, cómo se

siente. Yo no tengo esa ventaja. ¿Estaría equivocado al considerar que las tres os lo contáis siempre todo?

Él observó como las dos gatas volvían a compartir esa mirada secreta. Fue Ana quien contestó con calma:

—No tenemos secretos entre nosotras tres. ¿Tienes miedo de que ahora que te has apropiado de Ofelia, las tres comencemos a comparar en el lecho a los tres hermanos Taverham?

Él les ofreció una sonrisa de suficiencia.

—Ofelia es tan buena que se apiadaría de vosotras dos, no os sacaría de vuestro error cuando consideraseis que Julian y Sebastian son mejores que yo. Además, vosotras dos siempre tendréis la infelicidad de que yo no os eligiera.

—¡Pomposo descarado! —saltó Temperance.

—¡Arrogante baboso! —tronó Anastasia.

Dorian se rio con ligereza.

—¿Hablamos de cosas serias? Porque lo referente a que soy mejor amante que vuestros

esposos, está fuera de discusión.

—¿Dónde hay un cuchillo, Temperance? Yo misma le sacaré el ojo que no tiene morado.

—¿Qué es lo que te trae por aquí, Dorian? —tomó la palabra la condesa—. Dudo mucho que hayas venido para sacarnos de nuestras casillas.

Dorian asintió, levantó la vista… y respiró hondo, como si cada palabra que pensaba decir supusiera un esfuerzo.

—Hay algo que no comprendo sobre Ofelia y necesito vuestra ayuda —mintió descaradamente.

—Te escuchamos —habló Temperance, dado que Ana seguía enfurruñada.

—Ayer, después de la cena… tuvimos una conversación importante. Me dijo cosas que creí comprender en su momento. Pero hoy, cuanto más las pienso, menos sentido tienen. Y si estoy en lo cierto, necesito ayuda para no arruinarlo todo. —Acabaría en el infierno por urdir un plan tan malvado. No importaba.

—¿Arruinar qué? —preguntó Anastasia con estudiada inocencia.

—Lo sabes muy bien, Ana.

—¿Te refieres a que estás enamorado de Ofelia?

—Sí —confirmó. Y fue lo único que emitió con honestidad.

Anastasia ocultó una sonrisa tras la taza de té. Temperance se reclinó un poco hacia él.

—Dorian… ¿estás intentando hacer las cosas bien?

—Sí.

—¿Y eso te aterra?

—Pienso casarme con ella. A mí no me aterra nada. —Ahí dijo un par de verdades más.

—¡Oh! —Temperance no se esperaba algo así.

—¡Vaya! —Ana estaba gratamente sorprendida también.

—El problema es que mi futura esposa, esa que anoche mismo hizo un pacto con el diablo, pues me vendió su alma y nunca la recuperará porque es mía… Y supongo que las dos sabréis a lo que me refiero, porque le di tanto placer en el lecho que…

—¡Dorian! —lo llamó al orden *lady* Ashbury.

—Te estás desviando del asunto —le recordó Ana.

—Os lo diré sin preámbulos. Ofelia no puede olvidar a un antiguo… pretendiente. —Volvió a mentir con descaro.

—Ah —murmuró la hija de Grafton.

—Oh —expuso Temperance.

—Yo… En fin, no puedo competir contra él si no sé de quién se trata.

—¿Qué te contó Ofelia exactamente, Dorian?

—Contarme… poco. Si sois tan amigas de ella como habéis presumido, supongo que estaréis

al tanto de que cometió… un desliz, por llamarlo de algún modo, con un caballero al que se niega a olvidar.

—Maldita sea… —masculló Temperance irritada—. Traté de deshacerme de él en cuanto se presentó en casa e insistió en verla. Sabía que si Ofelia lo volvía a ver removería el pasado.

—¿Él ha tenido la osadía de regresar? —se interesó Anastasia.

—Sí. No me ha dado tiempo a contarte esa parte. Dorian ocupó buena parte de nuestra conversación —le explicó Temperance.

—¿Y qué quiere de Ofelia después de tantos años?

—Es complicado —sentenció Temperance —. Lo que tienes que saber es que jugué a ejercer de casamentera a toda prisa porque Dorian no tomaba la iniciativa y era cuestión de tiempo que aquel tonto lograse encontrarse con ella. Estuvo aquí y Ofelia lo recibió.

—Queridas… —trató de intervenir Dorian.

—¿Y por qué no impediste que se entrevistasen, Temperance? —la acusó con suavidad Ana.

—La segunda vez que llegó a casa, Ofelia lo descubrió y no pude evitar que hablasen —le contó—. Y bueno… Hubo un segundo encuentro, aunque mi prima no me lo mencionó, Melani me habló de un hombre que se presentó en Hyde Park y que hizo que Dorian sujetase por la cintura a Ofelia. Me costó una eternidad hacerle comprender a la niña lo inapropiado de la situación.

—¿Y dices que Dorian estuvo con Ofelia y él en el parque?

—Así me lo explicó Melani.

—¿Y la pequeña no te habló de sangre, puñetazos y esas cosas? —preguntó sorprendida, pero aliviada, Ana.

—No, aunque…

—¡Sigo aquí! —gritó Dorian.

—Oh, disculpa, querido, es que Anastasia y yo teníamos algunas cosas pendientes.

—Ya veo… Así que se trata del capitán Everdon —conjeturó satisfecho.

—¿Cómo lo has sabido? —le preguntó de inmediato Ana. Dorian alzó una ceja—. Oh, sí. Estabas allí en Hyde Park. ¿Qué te hace pensar que Ofelia no lo ha olvidado?

—Se ha hecho tarde —puntualizó Dorian —. Tengo cosas que hacer. —Se puso de pie.

—¿Cómo permitirle a Ofelia salir de tu cama? —bromeó Temperance.

—No, creo que ella encontrará que pasar el resto de su vida ahí es sumamente delicioso. —Dorian chasqueó la lengua—. Tuvisteis la oportunidad de elegir al mejor Taverham, pero a ti —señaló a Temperance— te cegó el título de condesa —luego se giró para mirar a Ana— y tú te dejaste seducir por la lujuria. Estoy convencido de que acorralaste a Julian y lo forzaste.

—¡Eres un canalla! —le escupió Ana, mientras le lanzaba un fino cojín del sofá.

—¿Un título? —inquirió más serena la condesa—. A mí lo que me gustó fue cómo me besó

Sebastian, bien pude haberlo forzado porque estaba ya en aquel entonces loca por él.

—Por amor de Dios… —masculló Dorian —. No hace falta que compartas tus intimidades con nosotros, Temperance. Sé un poco más comedida. ¡Eres una condesa, por favor!

—En mi turno de confesiones —tomó la palabra Anastasia— admitiré que en caso de que Julian me hubiese rechazado, lo hubiese forzado a hacerme el amor. ¡Siempre ha sido tan perfecto y tan…!

—Oh, por todos los demonios del infierno, incluido mi padre…

—Tú empezaste —lo acusó Temperance.

—Así que no te quejes —le ordenó Ana.

—Tengo que irme, aunque… ¿sería muy descarado si asaltase el dormitorio de Ofelia? No, no debería hacerlo… Al santo de Sebastian le daría un ataque de apoplejía si descubriera que abordé de ese modo a una dama que considera que está bajo su protección. Además, ayer la agoté demasiado y necesitará recuperar fuerzas. Y debo… hacer algunos recados. —Lo último era una gran verdad. Tenía que

recabar toda la información posible sobre el capitán Everdon para poder saber cómo ejecutaría su venganza de modo magistral.

Anastasia y Temperance se miraron con ¿preocupación?

—¿Dorian? —intervino la condesa.

—¿Sí?

—¿A qué te refieres con asaltar el dormitorio de Ofelia? —tomó la palabra Anastasia.

—A que quiero besarla, acariciarla y volver a hacerle el amor —explicó, como si lo dicho fuese algo tan natural como respirar.

—Temperance, ¿no habías dicho que Ofelia estaba prisionera en el club de Dorian?

—Así es… —corroboró la condesa, quien estaba preocupándose mucho.

—¿Qué ocurre ahora? —trató de averiguar Dorian.

—Ofelia no regresó anoche a casa —le informó con suavidad *lady* Ashbury.

El caballero no esperó más explicaciones, comenzó a correr por la casa hasta llegar al dormitorio de la dama. Nadie se sorprendió de que él supiera con exactitud cuál era la alcoba de Ofelia.

Dorian sintió que el corazón se le apretaba con fuerza cuando comprobó que Temperance no le había mentido.

¿Dónde demonios estaba su inminente esposa?

—No, ella no puede haberme abandonado… —susurró Dorian, con una agonía que causó verdadera compasión en Temperance y en Anastasia.

Capítulo 12
La angustiosa búsqueda

Dorian Taverham no era un hombre que perdiera el control. O al menos eso había creído durante años. Hasta ese instante. Hasta que subió los escalones con el corazón desbocado, empujó la puerta del dormitorio con una seguridad feroz… y se encontró con el silencio más ensordecedor del mundo.

El lecho estaba intacto. Ningún vestido sobre alguna silla. Ningún perfume flotaba en el aire. No había rastro de ella.

Ofelia no estaba allí.

Durante un segundo eterno, su mente se negó a aceptar la realidad. Miró el tocador, la butaca,

las sábanas bien dobladas por las doncellas… como si esperara que, en un parpadeo, el universo corrigiera el error. Pero nada cambió.

El vacío lo golpeó como un puñetazo en el estómago.

¿Dónde estaba Ofelia? La conmoción lo tenía al borde del pánico.

Y lo peor no era eso. Lo más apremiante era que comprendió de inmediato que no podría vivir sin ella. Dorian apoyó una mano en el marco de la puerta, como si necesitara sostenerse. La otra le temblaba. Había tenido a Ofelia entre sus brazos, desnuda, entregada, perfecta… y aun así, la había apartado después de hacerle el amor.

La había echado. Fría y cruelmente.

Le ofreció placer, sí. Y luego… premió su confianza con distancia. Le ofreció palabras secas. Ni tan siquiera ratificó la promesa del matrimonio cuando terminaron de amarse, no hubo tampoco ningún gesto que la hiciera sentir protegida. La trató como si no la hubiera deseado desde siempre. Como si no hubiera sido ella la que aparecía cada noche en sus pensamientos más oscuros y perversos.

¡La había dejado sola!

Se apartó del marco y comenzó a andar por la habitación como un león enjaulado. La noche anterior no se atrevió a mirarla, le aconsejó marcharse a casa de Ash, pero no había duda alguna de que no llegó a su destino. ¡Ofelia no estaba donde se suponía que debía estar! ¿Habría agotado Dorian su paciencia para siempre al tratarla de ese modo tan desconsiderado? No la culparía si así fuese pero… ¡Mierda putrefacta de caballo! ¿Habría creído ella que solo fue una conquista más? ¡Imposible! Se lo dejó bien claro: iban a casarse.

¿Entonces dónde demonios estaba?

¿Se habría marchado con él? Dorian cerró los ojos. La imagen que se materializó en su mente le hizo apretar los puños y los dientes. La veía a ella, corriendo en mitad de la noche hasta ese maldito militar, llorosa, pidiéndole que la aceptase porque había cometido un error peor que la primera vez…

El nombre del capitán Everdon se le formó en la garganta como si fuese veneno.

¿Y si había corrido a sus brazos?

¿Y si la elección ya estaba hecha y él, por orgulloso, por imbécil, la había perdido al comportarse como un patán insensible? ¡Pero obró de ese modo porque no podía decirle que tenía que matar al tipo!

—Maldita sea… —susurró, golpeando con fuerza el papel pintado de la pared.

Todo en su interior era un torbellino: rabia, pánico, remordimiento… dolor.

Quería romper algo. Gritar. Darse una paliza a sí mismo. La tenía… la tuvo y… ¿ya la había perdido? ¡Maldición!

La había perdido por no saber quererla como debía. ¿Y qué sabía él sobre comportarse como un dandi complaciente? ¡Era nuevo en todo eso del amor! Santo cielo, si no había tenido ni la menor idea de cómo cortejarla. ¡Le regaló una maceta con un estúpido geranio!

Ofelia, su Ofelia, a la que había esperado sin saberlo desde los catorce años, a la que había deseado con todo su ser, la mujer que necesitaba más que el aire para vivir…

Y ella se había ido.

Quizá para no volver jamás.

No les hizo caso ni a Temperance ni a Anastasia, quienes hablaban a sus espaldas. Dorian no las escuchaba.

Salió de la habitación tal y como había entrado, como si fuese un torbellino. No atendió a la llamada de las otras dos damas. Tenía que averiguar dónde demonios vivía ese maldito capitán Everdon y si ella estaba con él…

***

Puesto que Dorian Taverham era un hombre con muchos recursos, no le costó demasiado dar con el antiguo pretendiente de Ofelia. El villano vivía en Berkeley Square.

La puerta de la residencia de ese estúpido militar no se abrió con lentitud. Ni con cortesía. Dorian empujó la madera y al sirviente, en cuanto este le abrió.

Ese hermano Taverham entró como un bárbaro sin alma, con los ojos encendidos y el abrigo abotonado con torpeza. Ni se molestó en mirar al sirviente. Ni en cerrar la puerta.

—¿Dónde está?

Charles Everdon, que se encontraba en esos instantes de pie en el vestíbulo, ataviado con su uniforme porque se disponía a salir por un asunto de extrema urgencia, mostró una calma tan afilada, que por un instante, pareció fingida.

—Lord Dorian ¿o es señor Taverham? —saludó con un deje de ironía—. Qué placer tan inesperado.

—No estoy aquí para jugar.

—Sí, lo supongo, eso lo hace en Saint Giles.

Dorian dio un paso. Luego otro. Sus botas resonaron sobre el mármol como un aviso de tormenta.

—Se lo preguntaré una vez: ¿dónde está Ofelia?

—¿Se refiere a *lady* Ofelia? —puntualizó el título de la dama—. ¿Qué ocurre? ¿Ya la ha perdido? Extraño… porque el otro día la llevaba bien sujeta por la cintura —le recordó con seriedad.

—No estoy para bromas, capitán. Usted no me conoce y le aseguro que no quiere conocerme —lo amenazó claramente.

Everdon enarcó una ceja, muy despacio, como si evaluara cuánto placer le daba ver la agonía evidente de un hombre que no sabía dónde estaba la mujer que amaba. Ah, Charles mismo estuvo así una vez.

—Dice que no sabe dónde está *lady* Ofelia. Se presenta en mi casa con unos modales que dejan mucho que desear, olvida que soy un militar versado en el campo de batalla… Y lo más importante: ¿por qué habría de saber yo el paradero de esa dama, señor Taverham?

—Porque estoy al corriente de que eres el bastardo que la dejó rota años atrás —gruñó Dorian sin formalidad alguna, tras recordar cada palabra que Anastasia y Temperance habían compartido antes de que el infierno se desatase—. Y los bastardos suelen intentar recuperar lo que ya no les pertenece.

—Ah. Entonces tú y yo nos parecemos más de lo que creía. —El capitán abandonó también la etiqueta en su trato hacia Dorian.

—Ni en tus mejores sueños. Tú no me conoces —repitió.

—Sí, sí que lo hago. Conozco bien a los de tu calaña, Taverham. Supe quién eras por lo que leí en tres columnas diferentes. Tres periódicos hablando del escándalo del año… Un vals con una dama marcada como propiedad por el mismísimo Ángel Negro de Saint Giles. ¡Qué teatral! Muy eficaz también. Pero Ofelia tiene otra salida… en mí.

—Déjate de subterfugios, pongamos las cartas sobre la mesa. Ella es mía.

—Ah, curiosa forma de demostrarlo, puesto que no sabes dónde está. Ha sido muy interesante que hayas pensado que estaría en mi casa, resulta más revelador de lo que imaginas.

—La abandonaste.

—¿Te ha contado ella nuestra historia? Eso me llenaría de esperanza, Taverham.

—Voy a matarte, ¿lo sabías?

Charles le sonrió.

—Muchos antes de ti lo intentaron en el campo de batalla y fallaron.

—¿No tienes un mínimo de decencia, capitán? Puedo imaginarme lo que ocurrió, lo que le hiciste a una mujer tan dulce y fantástica. La mancillaste y la dejaste de lado sin mirar atrás —escupió Dorian—. ¿Le escribiste poemas? ¿Le ofreciste promesas que no pensabas cumplir para seducirla?

—La amé tanto como ella a mí —apuntó el militar con el mentón en alto—. Y no pienso debatir nada más contigo.

El silencio que siguió fue una amenaza.

—La usaste —replicó Dorian con voz baja—. Y luego huiste como un cobarde. ¿Eso es amor? —se burló con sorna.

—Debe ser duro saber que me amó a mí primero, que la amé con mi cuerpo antes de que tú llegases. Conozco muy bien a Ofelia, solo hay una forma de que sepas que ella fue mía, porque jamás hablaría de lo que ocurrió entre ambos con un hombre como tú, estoy seguro. ¿Te dolió averiguar

que ella no te esperó, Taverham? —contraatacó Everdon, avanzando hasta quedar a su altura.

El golpe llegó sin preaviso.

Dorian le aplastó el rostro con un derechazo que fue directo al pómulo. Everdon retrocedió, tropezó con la alfombra, y aun así se irguió de nuevo como un hombre que no pensaba rendirse.

—Voy a matarte por haberle hecho daño —le dijo Dorian.

—¿Eso te enseñaron en las cloacas donde creciste? ¿A dar un toque tan débil, Taverham? Tienes que saber que voy a casarme con ella. Es un hecho.

—¡Jamás!

Dorian no respondió con más palabras a la provocación. Lo cogió por el chaleco y lo empujó contra la pared. El capitán contratacó y le hundió el puño en el estómago sin que Dorian pudiese hacer nada al respecto. Se enzarzaron en una pelea épica, donde ambos creían tener razón y derecho sobre la dama.

—Has perdido, Taverham. Ella no te quiere, por eso no sabes dónde está. Pienso encontrarla y no la perderé esta vez.

Dorian se las arregló para inmovilizar a Charles.

—No está aquí… —susurró el señor Taverham cuando logró darle sentido a la última frase del capitán.

—Todavía no, pero pienso ir a por ella. Será mi esposa, porque ella es mi destino. No se ha casado porque decidió esperarme durante ocho años. Ha huido de ti, ¡asúmelo! —lo retó.

Forcejearon de nuevo. Rodaron por el suelo, derribando una silla. Se golpearon como hombres que no buscaban vencer, sino liberarse de la rabia. El aire olía a sudor, a polvo, a furia acumulada. Ninguno pidió tregua. Ninguno se dio por vencido.

Cuando por fin se separaron, Everdon sangraba por la nariz y Dorian tenía un arañazo en la mejilla. Ambos jadeaban como bestias salvajes.

—¿Sabes por qué estás así? —inquirió el capitán—. Porque no entiendes que Ofelia no es un trofeo. No es tuya, ni mía. Es una mujer con un alma

tan grande que ni tú, ni yo, sabremos nunca cómo cuidarla sin romperle un pedazo, pero yo la merezco más.

Dorian gruñó como el gran lobo que era. Le ardía la garganta. Le dolía el orgullo.

—¿La has visto? —preguntó, y en su voz se coló por fin el miedo—. ¿Ha estado aquí? No me importa apelar a tu vanidad para que me lo confieses.

Everdon lo miró fijamente. Y luego negó con la cabeza.

—No. Si hubiese venido a mi casa, no la habría dejado marchar.

El silencio que siguió fue otro golpe. Más certero. Más cruel.

—Pienso matarte por el dolor que sé que le causaste. Ajustaré cuentas contigo más adelante, capitán. Harás bien en no subestimarme —le dijo con frialdad Dorian, para después limpiarse la sangre del labio.

—Ten cuidado, Taverham, tal vez acabes matando al esposo de Ofelia, y dudo mucho que ella te lo perdone alguna vez.

Hubo algo en la forma en la que habló, con tanta seguridad, que hizo que la piel de Dorian se erizase.

—¿Sabes algo de ella, capitán?

—Que es mía —resolvió él—. Ahora vete, antes de que el que te mate sea yo. El que no debe olvidar jamás quien soy, y a lo que me he dedicado durante todos estos años, eres tú. Matar al enemigo es mi especialidad, y tú eres mi rival.

Dorian le sonrió. Con esa sonrisa torcida suya de suficiencia que no necesitaba ser acompañada de palabras. Ese hermano Taverham le hizo una reverencia burlona y luego se marchó de allí.

¡Mierda! Estaba como al principio.

La conclusión de todo aquel estropicio era que el diablo —él— estaba buscando a su novia —Ofelia— y no se daría por vencido con facilidad. El militar de tres al cuarto podía arder en el infierno junto al anterior Ashbury. De hecho, pronto lo mandaría allí.

Capítulo 13

La perfidia de la familia

Aquella fatídica noche en la que Ofelia se sintió morir debido a la indiferencia y la frialdad del hombre al que amaba, la niebla envolvía Saint Giles como un sudario húmedo y denso. La dama caminaba sin rumbo fijo, con la capa mal puesta, el alma hecha jirones y los sentidos entumecidos por la humillación.

Había salido del club sola, como una idiota, creyendo que necesitaba alejarse. Que necesitaba pensar. Dorian la había apartado con una facilidad devastadora. No se había preocupado por ella. La dejó marchar sin más. Sin una palabra, sin un gesto, sabiendo que las promesas se habían roto.

Dorian Taverham la había tenido. Sin reservas. Desnuda. Entregada. Y luego la había devuelto al mundo como si no importara nada.

Los escarpines golpeaban los adoquines con torpeza, sin ritmo. Había pasado media hora desde que abandonó El Paraíso y el frío le calaba los huesos. Ni siquiera sabía cómo se presentaría en casa de Temperance con el aspecto que sabía que llevaba. Ofelia no quería hablar con nadie. No quería llorar tampoco. Solo caminar. Caminar hasta que el dolor se deshiciera con la bruma.

Fue entonces cuando escuchó los pasos detrás.

Primero uno. Luego dos. Después, un sonido metálico. Un crujido. Un carruaje aguardaba en la penumbra, supuso. Se giró, alerta, pero no vio a nadie.

Apretó el paso.

—*Lady* Ofelia —dijo una voz detrás de ella, grave, sin emoción.

La dama se giró rauda.

De la nada salieron tres hombres que la rodearon. Uno era alto, con el rostro afilado; los otros dos parecían sacados de los muelles del puerto, tenían las manos enormes y las miradas frías. Vestían como trabajadores, pero sus botas estaban demasiado limpias y sus ojos se apreciaban demasiado atentos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó con voz firme, aunque el corazón le retumbaba como un tambor.

—Tenemos órdenes de escoltarla —dijo el más alto.

—¿Órdenes de quién?

No respondieron. Solo se acercaron. Ella retrocedió.

—No me toquen. ¡No me toquen! —El grito retumbó en sus labios. Entonces echó a correr.

Uno de ellos la atrapó con una fuerza brutal por el brazo, otro le cubrió la boca con un pañuelo. Forcejeó. Pateó. Intentó gritar. Todo fue inútil. La subieron al carruaje como si fuese un fardo. Cerraron la portezuela con un golpe seco.

Y en la penumbra del interior, sentado con la compostura de un hombre que se sabía ya vencedor del juego, la aguardaba su padre.

El conde de Mabry.

—Siempre has tenido una lamentable tendencia a complicarme la vida —observó con la voz serena mientras se estiraba los guantes.

Ofelia, mareada y ansiosa, logró incorporarse con torpeza. Su corazón seguía acelerado por el miedo y la furia.

—¿Qué diantres hace usted aquí?

—Rescatándote —respondió con una sonrisa que le heló la sangre.

—¿Rescatarme? ¿De qué? ¿De mi libertad?

—De ti misma, principalmente. Y de tus indecentes decisiones. Ya veo que la compañía del bastardo del anterior Ashbury no ha hecho más que corromperte por completo. Saliste sola del club más infame de Londres… después de haberte revolcado con él, ¿no? ¿Creías que nadie te seguía?

Ofelia sintió un escalofrío.

—Usted mandó a sus secuaces para espiarme… —No fue una pregunta.

—Por supuesto que sí. Hace semanas. Te escapaste de mi control, Ofelia, pero no de mi vista.

—¿Qué quiere de mí? —susurró, aunque en el fondo ya lo temía.

El conde la miró con una sonrisa gélida. Una sonrisa que nunca anunciaba nada bueno.

—No quiero nada de ti, querida. Más bien te necesito a ti. Debes serme de utilidad. Me has hecho perder años… Ibas a casarte con un duque, pero cuando te presenté al hombre al que debías enamorar, te fijaste en su hermano, ni tan siquiera en el repuesto. ¿El tercer hijo de un duque, Ofelia? No importa porque al fin… Al fin vas a servirme de algo —reiteró con satisfacción.

Ofelia apretó los dientes.

—¿Va a obligarme a que me case con algún otro de sus pretendientes? No lo aceptaré —lo avisó.

—¿Casarte? —se rio el conde, con un sonido seco y despectivo—. No, hija mía. ¿Quién iba a querer casarse con una mujer usada? No. He encontrado un comprador más pragmático. Un conocido del Verulam Club. A diferencia del idiota de Taverham, ese sí sabe explotar adecuadamente los encantos de una mujer caída en desgracia.

El mundo se detuvo.

—¿Qué ha dicho?

—Te venderé esta misma noche. —El tono del conde era casi alegre.

—Se enfrentará a la ira de Grafton y lord Ashbury. Piénselo bien. —El pánico la inundaba, pero necesitaba ser la dueña de sus emociones. No permitiría que el miedo la controlase.

—Recibiré una fortuna por ti. Me pagarán muy bien. Lo suficiente como para abandonar este país y establecerme en los Estados Unidos de América. Tierra de nuevas oportunidades. Allí, tus supuestos protectores no podrán tocarme ni un pelo. Tú, en cambio, te quedarás aquí, encerrada en una casa de placer, donde hombres ricos pagarán por saborear lo que ya le has regalado al bastardo de Saint Giles. No estarás triste, espero, pues has

demostrado que eres una mujer lujuriosa. Has sido, finalmente, una buena hija para mí, Ofelia. Me has hecho ganar una fortuna.

Ofelia no lloró. Tampoco gritó. Solo miró a su padre con los ojos tan abiertos como el alma. Y cuando por fin habló, su voz fue como un cuchillo.

—Usted… es un monstruo.

—Soy tu padre. Tu vida la orquesto yo y ya he decidido lo que debo hacer con una hija ingrata. Si te hubieses casado con un duque, tal y como establecí que debía ocurrir…

—No —negó ella con una calma aterradora—. Usted es un canalla sin honor. Un cobarde que necesita vender a su hija porque no supo conservar su fortuna. ¿Tengo yo la culpa de que le guste apostar y perder dinero?

Él se encogió de hombros.

—Puedes insultarme todo lo que quieras. A nadie le importará cuando estés encerrada y desnuda, rogando por compasión entre sábanas manchadas. Me habrías ahorrado esta medida extrema si te hubieras comportado como una dama.

Ofelia giró el rostro hacia la ventana. No se le escapó ni una lágrima. Ni un sollozo.

—¿Y el señor Taverham? —preguntó con seguridad—. ¿Cree que él le permitirá salir indemne de la monstruosidad que planea? —Sabía que acababa de echarse un farol, porque ella a Dorian no le importaba nada, pero le quedaban pocas opciones.

El conde sonrió, sin mostrar los dientes.

—¿Acaso lo necesitas? ¿A ese libertino orgulloso? Si no está buscándote ya, es porque nunca pensó protegerte, Ofelia.

Ella cerró los ojos.

—Ha insinuado claramente que soy su amante, ¿sabe lo que le hará Dorian cuando descubra lo que pretende hacerme?

—No creo que le importes demasiado si te ha permitido salir sin la debida escolta de su club. Esos hombres toman lo que quieren y cuando se han saciado pasan a otra cosa.

Y en ese momento maldijo a Dorian Taverham. Maldijo su arrogancia. Su frialdad. Su silencio. Su maldito instinto de apartarla. Pero sobre

todo se maldijo a sí misma… por haber creído que él estaría allí cuando lo necesitara.

Apretó los puños.

«Nadie va a venir a rescatarme. Solo me tengo a mí misma para cuidarme y será suficiente», pensó.

Y fue en ese instante, en esa prisión rodante disfrazada de carruaje, cuando lo comprendió. Saldría de ese infierno. Pelearía con uñas y dientes, sangraría, si era necesario, pero sobreviviría.

Un poco después, el carruaje se detuvo con un chirrido sordo frente a una fachada discreta en una calle secundaria del Soho. No había letreros. No había faroles. Solo una puerta de madera oscura, custodiada por dos hombres corpulentos con una expresión vacía y las manos ocultas bajo las capas.

—Hemos llegado —anunció el conde de Mabry con falsa cortesía.

Ofelia no respondió. Sus ojos seguían fijos en el cristal. Podía oler el hedor del callejón: orines, carbón quemado y miedo.

Cuando intentó abrir la portezuela, uno de los esbirros del conde la detuvo. El padre no se molestó en frenarlo.

—No intentes nada estúpido, hija. No querrás llegar más desaliñada y usada ante tu nuevo anfitrión. Él paga por lo exquisito, y tú, desde que no cojeas lo eres en demasía.

Ofelia giró el rostro y le escupió en la mejilla derecha.

—Me repugna que sea mi padre.

El conde no reaccionó, se limitó a limpiarse con un pañuelo de lino y sonrió como si acabara de ganar una apuesta. No le dijo ni una palabra más.

La ayudaron —empujándola, más bien— a descender del carruaje. Su capa resbaló un poco y los rizos sueltos de su peinado se agitaban al viento. La puerta del edificio se abrió desde dentro como si alguien hubiera estado esperándolos.

Los recibió un hombre delgado, vestido de oscuro, con guantes de cuero y una sonrisa que pretendía ser educada, pero solo conseguía parecer la de un reptil inmundo.

—Lord Mabry, qué placer. —El desconocido le hizo una inclinación breve y luego desvió la mirada hacia Ofelia—. Y usted debe de ser la preciosa perla que nos han prometido. Oh, sí, las joyas caídas en desgracia siempre son las más codiciadas, más si se sabe que son hijas de un conde. Los clientes se volverán locos cuando les contemos su historia, en especial cuando sepan que ha sido propiedad de Taverham. Pronto descubrirá que en mi club hay muchos que odian al bastardo de Saint Giles.

Ofelia apretó los dientes.

—Es toda suya, señor Hargrove —informó el conde, con tranquilidad—. Cumpla con su parte del trato y yo desapareceré para siempre. No quiero saber nada más de ella.

—El pago ha sido depositado en el Banco de Inglaterra, según lo convenido. Uno de mis hombres despertó al propietario del banco cuando uno de los suyos nos avisó de que el paquete estaba en camino —presumió de su poder—. Las instrucciones para su traslado al otro lado del Atlántico también han sido entregadas. Puede marcharse con la conciencia tranquila, su hija no recibirá más que lo que se merece, milord. Y su dinero está garantizado. —Le entregó la

documentación pertinente para que se fiase de su palabra. El conde pareció muy satisfecho.

—No tengo conciencia, caballero. Solo necesidad. —El conde se volvió hacia su hija por última vez—. Pórtate bien, Ofelia. Puede que ahora sí seas útil para alguien y dada tu tendencia a la indecencia, tal vez disfrutes lo que aquí encuentres.

Y el conde de Mabry se fue. Sin mirar atrás.

Ofelia se quedó temblando y no era a causa del frío. Era debido a la rabia. Al temor también.

—Acompáñeme, *milady* —indicó Hargrove, al tiempo que le extendía un brazo.

Ella no se movió.

—No soy *lady* Ofelia. Ese hombre no es mi padre, lo repudio yo a él.

—Y harás bien en despojarte de tu vida anterior, no obstante, te queda mucho por aprender —le habló con informalidad, al tiempo que le sonreía con la condescendencia de un verdugo—. Aquí únicamente serás la perla del salón rojo… Uhm… —La

observó con fijación—. Perla, sí, es un bonito nombre para una mujer tan hermosa. Entiendo bien el motivo por el que Taverham se fijó en ti.

—Dorian lo matará por esto, y yo estaré delante mientras él aprieta el gatillo. —Un nuevo farol. Tal vez así podría hacer entrar en razón al maldito villano.

El aludido se rio.

—Para eso, primero tendría que dar contigo, y te aseguro que no te encontrará jamás.

La tomaron por los brazos.

El interior de la sala principal del Verulam Club era muy distinto del lujo dorado de El Paraíso. Todo estaba bañado en sombras, con luces tenues, cortinas pesadas y pasillos que olían a incienso barato y cuerpos agotados. Las paredes estaban decoradas con pinturas eróticas, y el sonido de risas masculinas —profundas, cargadas de alcohol y apetito— se filtraba por las puertas entreabiertas.

Una mujer cruzó el pasillo frente a ellos. Llevaba un corsé de terciopelo burdeos, las medias rasgadas y los labios manchados de carmín. Ni siquiera alzó la vista al pasar.

—¿Qué clase de sitio es este…? —susurró Ofelia, como si se le quebrara el alma.

—El tipo de sitio al que acuden los caballeros cuando buscan lo que no pueden encontrar en sus mansiones respetables —respondió Hargrove con una sonrisa triste y cínica.

La condujeron hasta una habitación del segundo piso. La estancia era más pequeña que cualquiera de las que ella había conocido en su vida. Tenía una cama baja, una coqueta de madera desvencijada, un biombo con lencería colgada y una ventana cerrada con pestillo exterior.

El encierro era evidente.

—Tendrás todo lo necesario. Un baño caliente. Ropa nueva. Joyas incluso, si complaces a los clientes adecuados. Pero no pierdas tiempo con actos de rebeldía. Nunca escaparás. Tú, querida, tienes el perfil perfecto: escándalo, un título… y una caída estrepitosa.

Ofelia no contestó. No podía porque respiraba con dificultad.

—Olvídese de Dorian, yo misma lo mataré, se lo juro por Dios.

El indeseable se volvió a reír con descaro.

—Tu presentación será mañana. Esta noche descansa. O reza, si es que aún sabes cómo hacerlo.

Cuando él salió, cerró la puerta con llave.

El silencio que quedó fue mucho más cruel que sus palabras. Ofelia se acercó a la cama, no se sentó en ella. Se sintió sucia y mancillada, aunque no la hubieran tocado… todavía. Se abrazó a sí misma.

Lloró. Por miedo, sí, pero también debido a la furia. Estaba llena de impotencia y de odio.

La noche en la que fue presentada formalmente a los miembros de ese maldito club…

No estaba preparada para llegar a un sucio burdel, que la despojasen de su ropa, la vistiesen con una tela que dejaba su desnudez al descubierto con la única finalidad de ser subastada…

¿Qué mujer podría estarlo?

El pánico la vencía a pasos agigantados… hasta que abrazó la esperanza.

Entonces lo vio. Una figura imponente entre las sombras, con la mirada fija en ella. Una mirada que no era de deseo, ni de burla, ni de poder. Era una promesa muda de liberación. Una súplica de que aguantara un poco más.

Ahí estaba él. Un soplo de aire fresco, una salvación asegurada. ¡Tenía que ser su héroe!

Al fin una cara conocida entre la multitud que se preparaba para comprarla. Aquellos ojos que conocía tan bien insistían en que aguantase, le prometían que la salvaría.

Él la había encontrado. Y Ofelia tuvo ganas de llorar de alegría al verlo.

Capítulo 14

El abismo de la culpa

Mientras tanto, el carruaje avanzaba por las calles silenciosas de Londres como un féretro sobre ruedas. Dorian Taverham iba en su interior con el rostro encajado entre las manos, el cuerpo tenso y los nudillos aún manchados de sangre. Se había peleado con el pretendiente de Ofelia. ¡Ese maldito capitán! Y nada había cambiado.

Su dama no estaba con él. Lejos de alegrarse de ese hecho, comenzó a preocuparse porque Ofelia seguía desaparecida. Estaba seguro de que Everdon le ocultaba algo, pero no tenía la menor idea de qué. Su instinto se lo decía.

Tras pelearse con ese militar al que detestaba con todas sus fuerzas, Dorian cabalgó

como un endemoniado hasta la casa del conde de Mabry, y lo hizo impulsado por el presentimiento más oscuro de todos. El único gran enemigo de ella era su propio padre. Llegó, desmontó de su caballo y se dio cuenta de que la mansión era una ruina cerrada a cal y canto. Nadie habitaba allí.

El mayordomo de una residencia contigua, al que Dorian había sobornado a cambio de información, le confirmó lo que ya temía: el conde había puesto en venta lo poco que le quedaba porque pensaba marcharse de Londres. Nadie sabía con certeza hacia dónde se había ido el canalla de lord Mabry.

¿Se la habría llevado su padre? ¿Dónde estaba su Ofelia? ¿Estaría a salvo? ¿Tendría problemas?

La desesperación lo envolvía como si fuese la peste negra misma. Dorian no gritó. No lanzó puñetazos al aire. No cayó de rodillas como un héroe de tragedia. Simplemente se quedó allí, de pie, inmóvil, frente a aquella casa muerta donde Ofelia había crecido llena de infelicidad, seguro. Sintió cómo algo se le partía en su interior, un eco sordo, como si él fuese una piedra hueca hundiéndose en un pozo sin fondo.

¿Se había acabado?

¿El lobo había perdido a su compañera?

Regresó al club para ver si allí tenían noticias de la mujer que se le había escurrido entre los dedos de las manos. No hubo novedades al respecto, así que subió a su carruaje dispuesto a seguir buscándola sin tregua. No le quedaban fuerzas para seguir cabalgando. Necesitaba aclarar sus ideas y establecer un plan. No recordaba haber dado la orden para que le preparasen el vehículo, pero lo siguiente que sintió fue el traqueteo de las ruedas y un amargo sabor a cobre en la boca. Tal vez por el esfuerzo. Tal vez por la sangre seca que aún tenía en el labio.

Ofelia estaba desaparecida. La había dejado marchar. La había tratado con una frialdad que ni él mismo comprendía. ¿Para protegerla? ¿Para salvarla de su propia oscuridad? Qué estupidez. Ella no necesitaba salvación. Lo que necesitaba era ser amada. Y él, como un bastardo estúpido, había arruinado la única cosa buena que había tenido en toda su maldita existencia. La culpa lo asfixiaba.

El carruaje se detuvo frente a la casa de los condes de Ashbury. Dorian descendió del vehículo, sin esperar a que el lacayo le abriese la portezuela,

con pasos torpes, vacilantes. El abrigo lo seguía teniendo mal abrochado, su cabello era un desastre y el rostro se le veía tan maltratado… Parecía un hombre derrotado. Y en verdad lo era.

Le abrieron la puerta de inmediato, como si lo hubiesen estado esperando. Un criado lo miró con espanto, pero a él no le importó. Si se veía mal, se sentía todavía peor. Caminó hasta el salón con el andar de un hombre que no sabía si desplomarse o incendiar el mundo debido a todo lo que sentía.

Ofelia no estaba. Todo carecía de sentido sin ella. La poca luz que había encontrado gracias a esa formidable mujer se extinguía en su interior.

Y no tenía ni idea de cómo localizarla.

Caminó directamente hacia el salón, sin quitarse el abrigo, sin importarle la sangre seca en el labio, ni el ojo amoratado, ni el barro que sus botas dejaban sobre las alfombras persas.

Allí estaban todos. Sebastian, de pie junto a la chimenea, con el ceño fruncido. Temperance, sentada en un sillón, se incorporó en cuanto lo vio entrar, como si hubiese sentido una corriente de aire helado cruzar la estancia. Anastasia,

al fondo, cerca del piano, dejó la taza de té con un suave tintineo que rompió el silencio.

Y también estaba él. El duque de Grafton, con los brazos cruzados y el rostro tenso. Había ido a casa de lord y *lady* Ashbury en cuanto recibió noticias. Y desde entonces Grafton, su hija y la familia de Dorian habían estado esperándolo para determinar qué camino debían seguir. Las noticias que tenía el duque eran preocupantes y temió, al ver el estado que presentaba Dorian, que no tuviese la fortaleza para seguir luchando.

Cuatro pares de ojos se clavaron en él. Jamás habrían creído que el Ángel Negro de Saint Giles pudiese desprenderse de toda su arrogancia, fuerza y mordacidad. Aunque así era. Tenían ante ellos a un hombre cansado, que daba la sensación de que lo había perdido todo.

Nadie dijo nada. Ninguno se atrevió a ser el primero en hablar.

Fue Dorian quien rompió el silencio.

—La he perdido. —Lo dijo con una voz tan rota que a Temperance se le encogió el pecho y a Anastasia se le partió el alma.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Sebastian, al tiempo que daba un paso al frente.

Dorian no respondió enseguida. Miró el suelo. Luego alzó la vista y los observó a todos. Y sin esperar otra pregunta, se confesó con la esperanza de que la culpa se aligerase, aunque sabía que eso no ocurriría.

—Después de todo lo que ha hecho por mí… —Eso era haberlo alimentado cuando tenía catorce años y creía que se moriría de hambre—, después de aceptar compartir una cena conmigo y escuchar mis miserias y no salir espantada, después de abrirme su corazón, de… —tragó saliva con dificultad—. Después de entregarse a mí, de confiar en mí, yo… —Sus labios temblaron, pero no se silenció—. Yo la traté como si no me importara. Como si solo hubiese sido una noche más. Le di placer, sí. Pero luego… la rechacé. Le dije que se fuera. La mandé de regreso aquí y no me preocupé por cómo volvería. No la abracé. Ni le recordé que estábamos prometidos. No le aseguré con firmeza que estaba enamorado de ella. Tampoco se lo demostré cuando tuve que haberlo hecho no solo con palabras, sino también con acciones. Yo… la dejé marchar porque únicamente pensé en mí, en mi rabia, en mi dolor, en la necesidad de vengarme en nombre de ella. Y temí

que si me veía tal y como era, ella me repudiaría. Lo he hecho todo mal.

—Dorian… —susurró Anastasia al borde de las lágrimas. Ver a su amigo en esa tesitura era muy doloroso. Inesperado también.

—Me comporté como un cerdo —continuó, con la voz más baja—. Como un bastardo orgulloso que siempre teme decir lo que siente, especialmente si lo hace vulnerable. La alejé porque pensé que así no vería toda la oscuridad que hay en mí. Creí que debía protegerla de mí mismo y acabar con todos sus enemigos… Y ahora no sé dónde está. Ni si sigue viva. Ni si… —La voz se le quebró.

El silencio que siguió a las palabras de Dorian fue tan espeso que se volvió físico, opresivo. Se coló entre las paredes y se instaló como una presencia incómoda en el centro del salón. Solo el crepitar leve de la chimenea rompía la quietud.

El hombre que acababa de derrumbarse frente a ellos no era el temido Ángel Negro de Saint Giles. No era el libertino sarcástico, ni el bribón altivo con la sonrisa de medio lado. Era un hombre desnudo de orgullo, tambaleante, vencido por la verdad de sus propios actos.

Temperance se cubrió la boca para tapar un sollozo.

Anastasia estaba pálida.

Sebastian apretó los puños, pero no habló.

Solo el duque de Grafton mantuvo la compostura. Pero no por frialdad, sino porque era un estratega, un hombre que sabía que en los momentos de mayor crisis, había que ofrecer certezas, no compasión. Entonces dio un paso adelante y habló con la voz tensa pero firme.

—Dorian… hay algo que debes saber.

El joven alzó la cabeza con lentitud, como si cada movimiento le doliera. Lo miró. Y en los ojos de ese hombre enamorado había una mezcla de temor y esperanza. Como si temiera confirmar sus peores sospechas, pero también necesitara una luz que lo guiase fuera de aquel abismo en el que se encontraba en esos instantes.

—Deme un poco de paz, se lo suplico, Grafton.

El padre de Anastasia afirmó con la cabeza.

—El año pasado, cuando Ofelia fue retenida por su padre, comprendí que Mabry no se detendría. Lo conozco. Sé de lo que es capaz. Y también he sido testigo de lo que hace un hombre cuando tiene el alma podrida por avaricia.

Anastasia enarcó una ceja.

Sebastian frunció el ceño.

—Le escucho —dijo Dorian con paciencia.

El duque continuó, sin apartar la vista de ese hermano Taverham. No había narrado todavía la historia que iba a contarles porque el interesado no estaba en casa de Ashbury, así que todos se enterarían de las novedades al mismo tiempo.

—A pesar de que Ofelia demostró lo astuta que era, porque logró escaparse de las garras de Mabry ella sola, yo… digamos que me preocupé y no me quedé de brazos cruzados, pues estaba convencido de que su padre no se quedaría quieto. Así que coloqué a un hombre de mi confianza en la servidumbre de Mabry. Fue una medida de

precaución. Un lacayo joven, discreto, leal únicamente a mí. La idea era que pudiera vigilar a Mabry sin levantar sospechas. Y él ha sido mis ojos durante todo este tiempo.

—¿Y qué ha visto? —preguntó Sebastian, en voz baja.

—Todo. O casi todo —respondió Grafton —. Esta misma mañana, antes incluso de que el sol despuntase, mi informante ha venido a verme. Me ha contado que Mabry llevaba semanas vendiendo hasta el último objeto de valor de su residencia. Cuadros, tapices, incluso la cubertería. Tenía prisa. Urgencia, más bien. Como si huyera de algo… o se preparase para un movimiento final.

—¿Huir a dónde? —intervino Temperance, con la voz temblorosa.

—A los Estados Unidos —respondió el duque—. Parece que tiene contactos en Boston. Quiere empezar de cero, lejos de la aristocracia inglesa, sin que nadie lo persiga por sus deudas o por sus crímenes. Pero con el dinero que sacó no le llegaba.

Anastasia chasqueó la lengua.

—Cobarde.

—Es peor de lo que consideráis —añadió Grafton—. Mi espía ha escuchado, antes de venir a verme, una conversación entre una sirvienta y uno de los esbirros de Mabry. Parece ser que tienen un idilio ambos y se han fugado juntos. En fin, se trata de un matón al que había estado pagando durante semanas para que siguiese los pasos de Ofelia. —Dorian se enderezó, y en su rostro apareció una sombra de alerta. Grafton asintió—. Por lo visto, la vieron salir sola de tu club y aprovecharon el momento para raptarla. Todo por orden del padre de Ofelia.

El silencio que se hizo entonces no fue el mismo que antes. Fue uno cargado de horror.

—¿La ha secuestrado de nuevo? —susurró Anastasia, pálida como la cera.

Grafton no respondió. Solo asintió una vez, muy despacio.

Dorian no se movía. Apenas respiraba.

—¿Sabe a dónde la llevó? —preguntó Sebastian, tenso.

—No con certeza. Pero mi informante cree, por lo que ha escuchado, que Mabry no tenía intención de llevársela con él. Hay un… un comprador.

—¿Qué? —la pregunta salió de Anastasia.

—Todo indica que Mabry ha vendido a su hija por una fortuna —explicó Grafton.

—No —susurró Temperance—. No, por Dios…

Dorian tragó saliva con gran dificultad. Las sienes le martilleaban. Los puños se le cerraron sobre los costados.

—La ha vendido —reiteró. No era una pregunta. Era una afirmación. Fría. Horrorizada. Mortal.

Grafton sostuvo su mirada.

—Sí. Lo más probable es que la entregase anoche mismo. Quería el dinero cuanto antes.

—¿Qué clase de animal…? —murmuró Sebastian, pero no terminó la frase.

Anastasia se levantó de golpe.

—Tenemos que encontrarla. ¡Ahora mismo!

—Hay muchos clubes que se dedican a ese tipo de negocio, sin olvidar las subastas privadas en las que las mujeres son sólo un pedazo de carne. No sé por dónde comenzar —advirtió Grafton derrotado.

Todos miraron entonces a Dorian. Y lo que vieron no fue al hombre vencido de antes. Lo que observaban era determinación.

—Por lo que sé, Mabry debe ser codicioso —apuntó Dorian.

—Muchísimo —le confirmó el duque.

—Su plan no estuvo preparado del todo, pues ha tenido que esperar a que Ofelia fuese la víctima perfecta, lejos de la protección de Sebastian y la mía. Ha tenido que entregarla con rapidez, cobrar una suma y huir a toda prisa antes de que le diésemos caza. Las vírgenes se valoran mejor,

aunque Mabry debió intuir que ella no sería inocente, porque yo ya la había marcado como mía con aquel vals y su valor no sería el que él preveía… Codicioso, pero con un plan a medio hacer, fruto de la suerte, pero necesitaba una ganancia fuerte… —Estaba pensando en alto. Todos lo sabían y por eso no lo interrumpían—. Si yo fuese Mabry y quisiera vender a mi hija, de quien sospecho que ha debido caer en desgracia… ¡Sé quién debe tenerla y podría confirmarlo pronto! —expresó en alto cuando la respuesta le llegó con una fuerza brutal.

—¿Quién, Dorian? —se interesó Sebastian.

—Hargrove. Esa alimaña siempre ha querido lo que es mío. No le gustó que me quedase con la dirección de El Paraíso, si yo era la mano izquierda del Pirata, el anterior dueño —aclaró—, Hargrove era la derecha. Lo despedí cuando el club fue mío porque no me fiaba de él, estaba convencido de que le había estado robando al Pirata. Juró que se vengaría de mí, porque yo era un bastardo indeseable cuya única suerte era tener a un conde por medio hermano, pues me consideraba un bastardo aunque yo no lo fuese más que en la mente del viejo diablo. Se hizo con la dirección del Verulam, después de que su anterior dueño apareciese muerto por causas

desconocidas… La tiene él. A Hargrove no le importaría que Ofelia no fuese virgen, habrá pagado una fortuna solo porque sabe que la quiero y la considero mía. La hará sufrir todo lo que pueda para destrozarme. ¡Mierda! —exclamó el exabrupto cuando comprendió la gravedad del asunto.

—Hay que ir allí —planteó Sebastian.

—No podéis ir solos —advirtió Grafton—. Os matarán antes de cruzar la puerta.

Dorian alzó el mentón.

—¿Quién ha dicho que iremos por la puerta? Grafton, usted tenía controlado a Mabry, y no viviré lo suficiente para agradecerle lo que a mí se me tenía que haber ocurrido. No obstante, yo también tengo gente leal infiltrada en ese club. Nunca he bajado la guardia con ese villano. Hoy es miércoles… las subastas se hacen los jueves. Bien, debemos tenerlo todo preparado para mañana. Hargrove habrá hecho de su club una fortaleza, así que… —comenzó a esbozar el plan y todos lo escucharon.

Y en su mirada, por primera vez en mucho tiempo, no hubo sarcasmo ni resignación. Solo determinación. Una que ardía. Una que prometía derramamiento de sangre.

Capítulo 15

Un salvador en toda regla

Aquel día, antes de recibir la visita de Taverham, Charles Everdon estaba inquieto. No pegó ojo en toda la noche. Ofelia ocupaba todos sus pensamientos. Quería recuperarla a toda costa, pero ¿cómo?

Y luego estaba esa otra cuestión que lo tenía al borde del colapso. Se trataba de una invitación. Dicha invitación había llegado esa misma mañana, le fue entregada por un muchacho anónimo en la puerta de su residencia, sin ninguna explicación.

Era una tarjeta pequeña, de cartulina gruesa, sellada con cera negra y grabada con un emblema en forma de máscara veneciana. En su

interior, apenas había unas líneas manuscritas con una caligrafía pulcra y ladeada:

«Distinguido capitán:

Mañana, a medianoche, tendrá lugar una subasta privada en el salón rojo del Verulam Club. La pieza principal es un tesoro singular. Estoy convencido de que despertará en usted un interés muy personal. Traiga una bolsa generosa de monedas y no falte. Me lo agradecerá.

H.»

Charles Everdon había leído y releído el mensaje al menos diez veces. La primera, con desconcierto. La segunda, con creciente tensión. A partir de la tercera, con el corazón latiéndole en la garganta.

Sabía que algo no encajaba.

El día anterior mismo, después de haber visto a Ofelia en Hyde Park acompañada por un hombre que no le convenía en absoluto, había decidido que tenía que salvarla. La primera vez, demasiados años atrás, la dejó a su suerte. En esa ocasión haría justicia a la honorabilidad. Así que Charles visitó la ruinosa casa del conde de Mabry por

la tarde, para pedirle formalmente la mano de su hija. No lo hizo por orgullo ni por estrategia: lo hizo porque al verla de nuevo comprendió que no podía soportar el pensamiento de perderla otra vez. Ofelia le había pertenecido durante un tiempo, muchos años atrás, sí, y aunque él nunca la mereció, cometió el error de dejarla a un lado. Nunca se había olvidado de ella. El sirviente del conde le dijo que no recibía visitas y le cerró la puerta en las narices.

Así pues, cuando el bastardo de Dorian Taverham apareció en su casa, con el rostro reflejando su furia y los ojos inyectados en sangre, Charles se alegró de que la buscase en su casa. Eso sí, la preocupación lo embargó de inmediato. Los dos se pelearon. Se dijeron todo lo que un par de enemigos podrían decirse sin acabar muertos. Y cuando Dorian se marchó a toda prisa, Charles se quedó de pie en el vestíbulo, aun jadeando, con el rostro magullado, y la invitación reposando en el escritorio de su despacho.

Fue entonces cuando ató los cabos. No podía ser una coincidencia. Aquella «pieza principal» de la subasta que se hacía mención en la invitación no podía ser otra que Ofelia.

La descripción encajaba: «tesoro singular, interés personal».

Y luego estaba la firma: «H». ¿Sería el dueño de ese club en el que lo citaban? ¿Cuánto sabría ese desconocido «H» sobre él y Ofelia? Si Dorian Taverham estaba buscando a Ofelia con desesperación era porque no tenía la menor idea de dónde estaba. El instinto del capitán, ese que le había salvado tantas veces la vida en una cruenta batalla le estaba hablando alto y claro.

Ese «H» podía tener varios intereses para que un antiguo pretendiente de Ofelia estuviese presente en esa denominada subasta que iba a llevarse a cabo al día siguiente. Quizá por crueldad. Quizá por espectáculo. O tal vez porque pensaba que estaría dispuesto a pagar una fortuna por poseer a la dama que una vez fue suya. La mención a que llevase un buen montante de dinero hacía plausible la última conjetura, pero de todos modos… ¿Cómo sabía el hombre que parecía tener a Ofelia en su poder que él y la dama tuvieron un idilio?

Tratándose de un club que tendría una reputación tan oscura como el de Dorian Taverham… ¿podría ser ese desconocido un enemigo de ese bastardo y estaba utilizando a Ofelia para hacerle daño? Algo le decía que no iba desencaminado. Tenía cierto sentido que el rival de Taverham hubiese hecho las averiguaciones oportunas sobre la dama. Y no le

habría costado demasiado seguir los rumores que una vez vincularon a Ofelia y al capitán años atrás. Los sobornos todo lo podían conseguir.

Pero Charles Everdon no era ese tipo de hombre. Uno que se quedase de brazos cruzados aguardando a que las luchas comenzasen. Era un militar y siempre estaba preparado para todo. Había desperdiciado un tiempo valioso peleándose con Dorian Taverham, así que tenía que ser rápido para prepararlo todo para el día siguiente. Ella estaría bien hasta la maldita noche de la subasta, seguro que un hombre que pensaba hacer negocios con una mujer, como si fuese simple mercancía, se ocuparía de mantenerla sana y salva para sacarle el máximo provecho a la hora de exhibirla ante el público masculino.

Era preciso salvarla.

Tenía amigos. No muchos, porque no fueron pocos los que perecieron en la lucha, pero sí los suficientes para que lo ayudasen a rescatarla.

—Despierta a los tenientes Alderley y Shaw —ordenó a su mayordomo, mientras se colocaba los guantes para salir. Esos hombres a los que había mencionado eran sus lacayos, antiguos militares que al regresar a casa no tuvieron nada.

Además, la pelea con Taverham lo había animado, porque fue como un preámbulo antes del combate final—. Diles que necesito que estén preparados para la acción. Cita también al doctor Fielding. Él sabrá moverse en esta clase de ambientes.

—¿Puedo saber, capitán…?

—No —lo cortó Charles con voz firme—. Cuanto menos sepas, mejor. Además, no tengo demasiado tiempo. Debo buscar otros refuerzos.

Antes del anochecer ya había reunido a varios hombres más. No todos eran militares de carrera. Había entre ellos, además de sus amigos, un exoficial de La Marina y un joven sargento con rostro de ángel y la puntería de un demonio.

Charles los eligió no solo por su lealtad, sino porque todos sabían guardar silencio. Ninguno haría preguntas incómodas si la misión requería ensuciarse las manos.

—Necesito que estéis listos esta misma tarde —les explicó mientras trazaba un boceto aproximado del club Verulam sobre la mesa de la taberna en la que estaban reunidos en secreto—. No vamos a entrar a matar… si no es necesario. Pero si algo sale mal, quiero hombres que sepan reaccionar.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó uno de sus aliados.

—A una mujer única a la que han secuestrado y a la que pretenden vender. —La rabia se le coló por la garganta, pero la contuvo—. La subasta será mañana por la noche. Tengo una invitación. Es fundamental que ganemos esta batalla porque… —No terminó la frase.

El silencio fue breve, pero tenso.

—Habrá complicaciones. Tiene un buen plan, capitán, pero hay demasiadas variables y vamos a ciegas —comentó Fielding, el médico.

—Entonces actuaremos a la fuerza. Usaremos el caos a nuestro favor. Conozco la disposición de los clubes como ese. Todos tienen rutas de salida secretas. Basta con generar una distracción. —Los miró a todos—. El objetivo es sacarla viva. Todo lo demás… es secundario.

—¿Buscamos a alguien que nos dé información? —planteó otro de sus hombres.

—Soborna a quien sea con tal de entrar con la mayor información posible. Trata de tener una vía de escape para cuando la rescatemos. Dos de

vosotros tendréis que sembrar el caos para que haya una gran distracción. Ahí es cuando iré a por ella.

—¿Un poco de pólvora aquí y allá para que algo explote?

—Sí —estuvo de acuerdo el capitán—. Todos gritarán y querrán salvar el pellejo. Es un buen comienzo. Descansad todos, mañana seremos héroes.

—¿Es una mujer importante, capitán? —inquirió uno de los hombres que trabajaba para él en su casa como sirviente.

—Una por la que vale la pena morir.

—Entonces la recuperaremos —sentenciaron casi al unísono.

Al volver a su casa, Charles no se entretuvo. Entró en su biblioteca, abrió el fondo falso de una estantería y sacó una caja de madera oscura. En su interior, varias bolsas de terciopelo negro llenas de guineas brillaban como promesas.

No iba a usarlas para pujar. Iba a utilizarlas para corromper a los guardias. Para

sobornar a los criados. Para comprar el caos, si era necesario.

Ofelia volvería a sus brazos… costase lo que costase. Esta vez no iba a fallarle. Porque Ofelia Mabry no era solo la mujer a la que había amado una vez, era la única a la que no podía permitirse perder por segunda vez.

***

Mientras tanto, en un club lleno de depravación y maldad…

La habitación era un ataúd sin clavos. Un encierro disfrazado de estancia privada. Ofelia no sabía cuánto tiempo había pasado desde que la encerraron allí, pero lo intuía por la forma en que las velas se habían ido extinguiendo. El aire estaba enrarecido, olía a perfume rancio y a madera húmeda.

No había comido nada. Apenas había probado el agua que le trajeron en una jarra opaca. Había dormido sentada, con el cuerpo encogido, la

espalda apoyada contra la pared y la mirada fija en el pestillo exterior de la ventana. No lloraba ya. Tampoco gritaba. Solo pensaba. En su madre, en sus dos queridas amigas, en Helena, en Melani. En… Dorian.

Sobre todo en Dorian.

Lo odiaba.

Lo amaba.

Lo maldecía en silencio.

Y lo necesitaba con desesperación.

Se incorporó al oír pasos al otro lado de la puerta. Su cuerpo entero reaccionó, tenso, como el de una bestia acorralada. El picaporte giró con un chirrido viscoso, y una mujer entró. Rondaría los cuarenta años, tenía el cabello recogido en un moño apretado y los ojos vacíos, como una persona que ya no esperaba nada de la vida.

—Es la hora.

—¿La hora de qué? —inquirió, controlando su pánico.

—De vestirte. Te esperan abajo.

Ofelia no se movió.

—No pienso obedecer.

—No tienes opción. Si no colaboras, Hargrove mandará a cuatro hombres a hacerlo por ti. Yo soy… lo más amable que te va a tocar esta noche.

Le tendió un corsé carmesí, medias negras y una prenda que parecía más un castigo que un vestido. La tela fina, casi translúcida, con las mangas apenas sugeridas y un escote que no dejaba lugar a la imaginación.

—¿Esperan que me presente así… ante desconocidos?

—Esperan que te vendas bien. Y tú vales mucho más con ese cuerpo visible. El jefe ha dicho que puedes conservar tus zapatos para disimular tu cojera.

Ofelia sintió náuseas.

—No pienso desnudarme ante nadie.

—Te desnudarán ellos si no lo haces tú.

La amenaza no tenía urgencia, pero sí un peso brutal.

Ofelia comprendió que no ganaría nada resistiéndose, no por el momento. Apretó los dientes, se quitó el vestido con movimientos secos, rabiosos, y se dejó vestir. Cada prenda era como una cadena. No quería mirarse al espejo, pero lo hizo. No reconoció a la mujer que la miraba desde el cristal: labios pintados, mejillas coloreadas, el pelo suelto con mechones intencionadamente rebeldes.

—Definitivamente eres una Perla. La perla del salón rojo.

Ofelia no podía creerse lo que le había hecho su padre.

—La hija de un conde, uno malvado, reducida a esto… —se lamentó.

—Métetelo bien en la cabeza, niña. No eres tú ya. No eres *lady* Ofelia. No eres hija de nadie. Solo eres Perla, una pieza de lujo caída de su pedestal. Si aceptas tu destino, aquí te irá bien, pero debes saber que jamás te dejarán escapar.

—¿Es lo que te ocurrió a ti? —se interesó Ofelia.

—No. Yo nací aquí y aprendí pronto el oficio.

Ofelia quiso llorar al imaginar semejante destino.

Antes de salir, la mujer le colocó una gargantilla negra con una piedra roja en el centro. Se sintió como si fuese una esclava.

La condujeron por pasillos mal iluminados, cubiertos por alfombras oscuras y murales lascivos. El olor era más fuerte allí. Olía a humo de tabaco, sudor y deseo enfermo. A cada paso, Ofelia sentía que dejaba atrás una parte de sí misma. Lo que iba a sucederle era irremediable.

Llegaron a una puerta doble. Roja. Pesada. Tallada con formas que prefería no examinar. Dentro residía otro mundo muy diferente de El Paraíso. No era decadencia lujosa, era una decadencia… ruin y miserable.

—Saldrás después de Esmeralda. Eres la segunda. —La mujer la miró con ¿pena?

—¿Y si no salgo?

—Entonces te obligarán. Y lo que ocurra después será peor. Te pegarán, y si les plantas cara las pujas aumentarán. A los caballeros, si es que se les puede llamar así, les gusta domesticar a las fieras. Hazme caso, niña, será más fácil si aprendes a convivir con tu destino.

—No podré hacerlo. No está en mi naturaleza doblegarme —le confesó.

Ofelia tragó saliva con mucha dificultad. La mujer no dijo nada más antes de desaparecer. Se quedó a solas y comenzó a temblar. Estaba tan asustada…

Cerró los ojos un momento. Tenía que buscar coraje en su interior.

Recordó la cena en El Paraíso. El vals en casa de Ashbury. La mirada de Dorian cuando le pidió que se casasen. Eran recuerdos bonitos, pero dolían.

¿Dónde estaba él? ¿Por qué no había ido a salvarla?

«No vendrá», se dijo con amargura. «No podrá salvarme. No soy nada para él. Ya me dio la espalda una vez. Además, no sabrá dónde estoy».

Y sin embargo, una imagen acudió a su mente. La de un niño sucio, cansado, con la cara llena de mugre y los ojos desafiantes. Alguien que le juró que la próxima vez que se topase con ella sería suya. Su lobo.

Se enderezó. Se obligó a respirar. Se preparó para luchar con lo único que le quedaba: su dignidad.

La puerta se abrió y el maestro de ceremonias sonrió desde el otro lado.

—Perla. Tenemos aquí a la perla del salón rojo —anunció con deleite—. ¡Admírenla, caballeros! Un tesoro maduro, hermoso y que promete ofrecer mucho placer.

Ofelia comprendió que acababa de entrar en el corazón del infierno.

Capítulo 16

La batalla crucial

La sala principal del Verulam hervía con risas y lujuria descarada. El aire estaba cargado de perfume barato, incienso dulzón y una expectativa que tensaba los músculos de todos los presentes. Los sillones de terciopelo rojo estaban ocupados por caballeros de la peor calaña: nobles sin escrúpulos, mercaderes con los bolsillos repletos y sin moral, además de algún que otro bribón al que nadie le pedía referencias. Todos esperaban el espectáculo. La subasta privada prometía varias joyas, pero había una que era importante porque había pertenecido a un hombre con el que muchos querían ajustar cuentas. Una mujer caída en desgracia, con una historia escandalosa que garantizaba venganza porque ella había pertenecido al bastardo Taverham. Ese fue el

mayor reclamo que tuvo Ofelia. Así lo dijo con claridad el maestro de la subasta.

Ella recorría la sala con la mirada esperando ver a algún amigo… pero ninguno de los caballeros que conocía frecuentaría un lugar así.

Mientras ella buscaba la esperanza, entre todos los presentes había uno que no le quitaba el ojo a una formidable mujer que se mantenía de pie en medio de un escenario, con el mentón en alto, la severidad manifiesta en su rostro y el desafío reflejado en unos preciosos ojos azules que examinaban la estancia.

Ofelia miraba de aquí para allá, hasta que… ¡Aleluya! Él estaba ahí. La miraba con tranquilidad, le transmitía seguridad y alivio.

Ese era el capitán Charles Everdon. El antiguo militar llevaba en ese maldito club más de una hora, tratando de pasar desapercibido para el resto de los villanos. Figuraba allí dentro con sus compañeros de confianza, hombres de honor acostumbrados a la lucha más sanguinaria, leales camaradas que se encontraban repartidos estratégicamente entre la clientela, y cuya entrada habían conseguido sobornando muy generosamente al tipo que custodiaba la puerta.

La fortaleza de esa mujer hizo que el capitán la admirase todavía más. Se le calentó la sangre al comprender lo valiente que era. Una voz cruda le susurraba al capitán que la sacase de allí de inmediato. Todos los desgraciados estaban contemplando una obra de arte que no tenían derecho a mirar.

Tuvo que aferrarse al bastón que llevaba para disimular su rigidez militar, porque de no hacerlo se habría lanzado al centro del escenario sin más plan que gritar su nombre y matar a quien hiciese falta.

—Capitán —susurró una voz a su lado. Era el teniente Shaw, uno de sus hombres—. ¿Damos la señal?

Charles negó con discreción con la cabeza. Era demasiado pronto. Dos de sus hombres todavía no estaban en sus puestos. Además, no tenía visual sobre el encargado de seguridad. No cometería el error de subestimar a Hargrove. Ese bastardo era muchas cosas, pero seguro que no un idiota. Si había organizado toda esa locura era porque sabía que la dama valía cada moneda… y cada riesgo.

En el escenario, Hargrove se deleitaba con lo elevadas que eran las pujas ofrecidas por Ofelia. Su risa retumbaba en la sala con una

teatralidad repugnante. Y su discurso para hacer que la cifra fuese subiendo todavía más era nauseabundo.

—¡Venga, caballeros! Es una dama de linaje noble. La hija de un conde. Pura belleza. Famosa en los salones y ahora… disponible. El escándalo con Dorian Taverham ha manchado su reputación, sí. Pero eso solo hace que su sabor sea más codiciado. ¿Quién ofrece más? Hablamos de Dorian Taverham… la venganza está servida.

Ofelia bajó la cabeza entonces. La humillación resultaba insoportable, era como un látigo invisible sobre su piel. Charles lo sintió como si se lo clavasen a él. El estómago se le hizo un nudo.

«Aguanta, Ofelia. Estoy aquí. No dejaré que nadie te toque», quiso gritarle.

Entonces el capitán miró a Shaw. El teniente asintió. Todos estaban listos.

Solo faltaba el momento. Uno de los hombres de seguridad del club pasó cerca de la puerta lateral. Charles vio cómo desaparecía por el pasillo, dejando la entrada sin vigilancia directa. No habría otra oportunidad como aquella.

Hargrove alzó la mano para cerrar la puja.

Charles alzó la suya con decisión… y sin mediar palabra, dio la señal de ataque.

Un segundo después, se desató el caos.

El primer soldado lanzó una bomba de humo en dirección a la escalera. Otro disparó su arma hacia el techo, sin herir a nadie, pero dejando claro que no se trataba de una noche habitual. El teniente saltó sobre el encargado del dinero y lo inmovilizó con una llave precisa.

Charles avanzó entre las filas de sillones con la mirada fija en Ofelia.

—¡Quietos todos! —gritó el militar—. ¡Esta mujer ha sido secuestrada! ¡El Verulam será clausurado esta noche!

La gente chilló. Algunos intentaron escapar. Otros se quedaron paralizados.

Hargrove, rojo de ira, gritó:

—¿¡Quién se atreve a…!?

Charles le dio un puñetazo que le partió el labio y lo hizo caer como un saco al suelo.

Ofelia alzó la vista, estaba desorientada. El capitán se acercó hasta ella.

—Soy yo —le dijo, con la voz baja y un tono urgente—. Estoy contigo. Todo ha terminado. Has sido muy valiente, pequeña.

Y por primera vez, Ofelia soltó el aire que llevaba reteniendo desde que entró en aquel infierno. Se echó en brazos del capitán sin dudarlo un minuto. Él la levantó en volandas y procedió a ponerla a salvo.

—Charles… —susurró, para luego comenzar a llorar debido a la emoción de saber que lo imposible había ocurrido al fin. La habían rescatado.

***

Horas antes de que el capitán y sus hombres asaltasen el club, otro grupo seguro de sí

mismo también tenía la intención de rescatar a Ofelia. El salón del ala oeste del duque de Grafton olía a cera, cuero y a… guerra.

Dorian estaba de pie frente al escritorio del duque, trazando con el dedo un esquema invisible sobre el mapa de Londres que habían extendido sobre la mesa. Grafton lo observaba con los brazos cruzados, impasible, sabiendo que el destino de la mejor amiga de su hija dependía de cada palabra.

Sebastian y Julian —a quien le habían solicitado que acudiese a Londres con urgencia— estaban sentados, pero tensos como resortes. Ninguno bromeaba. Nadie sonreía. Lo que estaba en juego no admitía distracciones.

—Repasemos una última vez el plan. Entraremos por el ala de servicio, la que conecta con las antiguas cocinas —explicó Dorian con voz baja, firme—. Fallon y Brody, mis dos infiltrados en el club de Hargrove, nos abrirán desde dentro. Será a las doce en punto, momento en el que arrancará la subasta y todo el mundo estará pendiente de ella, por lo que nos será más fácil entrar sin que nadie se dé cuenta.

—Lo veo muy justo, Dorian —apuntó Julian—. Tal vez deberíamos estar media hora antes

por si algo falla.

—No —intervino Sebastian—. Nuestro hermano entiende de estas cosas, seguiremos sus órdenes al pie de la letra.

—¿Estás seguro de que Fallon y Brody no han sido descubiertos? —preguntó Grafton con el ceño fruncido.

—Hace tres años que los tengo allí. Nunca han fallado. Son hombres de confianza. No me siguen solo porque les pague bien, es porque… hice algo por ellos.

—¿Y si hay seguridad adicional? ¿Y si han doblado la guardia, Dorian? —intervino Julian de nuevo, mientras se ajustaba el cinturón que llevaba varias armas escondidas.

—Entonces tendremos que ser mejores que ellos. Confío en que el diablo os haya enseñado bien a pelear y disparar, porque el viejo Ashbury a mí no me dio ni una sola lección al respecto. Todo lo tuve que aprender por mi cuenta. —Dorian levantó la mirada. Tenía ojeras, el rostro más sombrío que nunca, pero los ojos le brillaban como brasas.

—Supongo que pronto lo sabremos —apuntó Sebastian.

—Habla por ti —terció Julian—. Yo soy mejor que el viejo diablo y tú juntos. —Se quedó mirando a Dorian con atención—. Creo que incluso sé más que tú sobre pelear. Ahora, bien, hermano, confío en que cuando recuperemos a tu dama, lo primero que hagas sea casarte con ella y no volver a perderla de vista. Luego pídele perdón a Anastasia porque mi esposa está profundamente disgustada contigo… —Julian se lo pensó mejor—. Uhm… no se lo pidas, prefiero que te mantengas lejos de mi esposa. Y así será mientras ella te considere culpable de todo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —intervino Sebastian—. Temperance me ha pedido que cuando la rescatemos te dé un puñetazo porque lo has estropeado todo, Dorian.

—¡Olvidaos de tonterías! —tronó el aludido—. No voy a salir de allí sin Ofelia y espero que seáis tan eficaces como brabucones. —El hermano menor miró al duque—. ¿Está seguro de que podrá seguirnos el ritmo, excelencia?

La respuesta de Grafton fue alzar una de las pistolas que tenía en la mano y dispararle al

menor de los Taverham justo al lado de la bota.

—No he fallado aposta, muchacho.

—Bien —dijo con satisfacción Dorian—. Al menos dos de los cuatro que vamos a luchar sí que tenemos lo que hay que tener.

—Maldito tonto —se quejó Sebastian.

—Estúpido… —murmuró Julian.

El conde se levantó entonces.

—Si Hargrove la ha puesto en venta es porque espera rentabilizar lo que pagó por ella. Calculo que habrá mucha gente allí. ¿Qué clase de clientes acudirán? ¿Debemos preocuparnos solo por los hombres de ese malnacido o también por sus clientes?

—Ninguno puede ser tan despreciable como Hargrove. Dudo mucho que alguno de los presentes quiera protegerlo o arriesgarse a salir herido, o peor, perder la vida por una causa que no le atañe. No paga bien a sus hombres y eso hace que las lealtades no perduren. Pero eso no importa. La distracción la provocarán Fallon y Brody en el ala este. Cuando los guardias corran hacia allí, nosotros

cruzaremos el pasillo negro. Mis infiltrados me han dado muchos detalles sobre el lugar, conozco ese club como si fuese el mío propio.

—¿Y si llegamos tarde? —preguntó Grafton en voz baja—. No me refiero a rescatarla sino… a que si a ella la han… —No pudo terminar la frase.

El silencio se instauró entre ellos. Solo el chisporroteo de la chimenea llenó el aire por un momento.

—No me importa. La quiero del modo en que sea. Si le han hecho daño la vengaré, pero no pienso repudiarla jamás. No me importa nada que no sea la seguridad de Ofelia. Yo me rompí cuando era niño y he aprendido a sobrevivir, si es necesario la enseñaré a ella. Me tendrá siempre a su lado. Además, no llegaremos tarde. Ella resistirá, es fuerte.

No hubo una sonrisa irónica ni una carcajada temeraria por parte de ninguno de los hermanos Taverham. Solo determinación.

El Ángel Negro iba a rescatar a su dama. O a quemar el maldito club hasta los cimientos. Así que con todo dispuesto, los caballeros se prepararon para la guerra.

***

El carruaje de Dorian Taverham frenó con un chirrido seco a unas calles de distancia del club en el que estaba Ofelia. No se trataba de una parada casual. Era estratégica. Su incursión no iba a hacerse por la puerta principal, ni mucho menos.

Dorian descendió con la capa alzándose tras de sí, la barbilla firme y el rostro endurecido. El resto salió después.

A su lado, Julian se ajustaba los guantes de piel con un gesto que parecía indiferente, pero el brillo de sus ojos lo delataba, pues estaba preparado para ayudar a su hermano, incluso a matar por él si fuese necesario. Sebastian, en cambio, tenía la mirada afilada como un cuchillo. No tenía miedo, su padre no lo crio para sentirlo nunca. Por su parte, el duque de Grafton los seguía sin decir tampoco una palabra, iba con el bastón en la mano y había en él una tensión evidente que lo volvía más temible que a cualquier soldado. No iba a luchar, sino a repartir justicia si el infierno se desataba. Si Dorian creía que mataría a Hargrove antes que él, eso implicaba que

su muchacho no lo conocía en absoluto. Además, a un duque no lo encarcelaban por matar a un villano que había secuestrado a una dama que estaba bajo su protección.

El plan no había sido improvisado. Dorian llevaba años esbozándolo por si llegaba el día en el que su mayor enemigo se atrevía a desafiarlo al fin. Sabía que el Verulam era una madriguera de víboras. Hargrove había convertido ese antiguo fumadero de opio en un burdel con aires de club exclusivo. Estaba lleno de corredores ocultos, puertas secretas y sótanos que rivalizarían con el propio infierno.

La noche anterior, uno de ellos —el llamado Fallon— se le había presentado disfrazado de borracho en la parte trasera de El Paraíso. Le confirmó que la próxima noche habría una subasta privada en la que la sensación sería su mujer. Ofelia. Oh, sí, aunque no se hubiesen casado, ella era su mujer.

El plan era simple, pero osado. Fallon y su compañero les abrirían desde dentro y se crearían dos focos de distracción: uno con un pequeño incendio causado por una lámpara, el otro sería un altercado provocado entre los dos hombres que Dorian tenía infiltrados allí dentro.

Mientras tanto, él y sus acompañantes entrarían a través de los pasadizos de la cocina y llegarían al salón principal. Desde allí, extraerían a Ofelia, empleando toda la fuerza, si fuese necesario.

Había previsto cada paso. Cada ruta. Incluso había trazado un mapa mental de los posibles escondites y rutas de escape. Llevaba una daga en la bota, una pistola oculta en la capa y suficiente furia acumulada como para derribar él solo las paredes del Verulam. Y, sin embargo, cuando llegaron a la entrada trasera, algo fallaba.

—Fallon no está —murmuró Julian con los ojos clavados en la penumbra.

—Tampoco hay luces en esta ala. Todo debería estar iluminado ya. ¿Por qué esta zona está tan… muerta? —añadió Sebastian, inquieto.

—Esperad —ordenó Dorian al alzar una mano. En ese momento, un alboroto se escuchó más allá de los muros. Voces. Carreras. Un disparo. Y luego más gritos.

Grafton entrecerró los ojos.

—¿Qué diablos ocurre allí dentro? —preguntó con frialdad.

Dorian no dudó. Rodeó el edificio, oculto entre la niebla, hasta alcanzar la fachada principal. Lo siguieron de inmediato sus acompañantes. Lo que se presentaba ante los ojos del menor de los Taverham lo paralizó por un instante.

La puerta principal estaba abierta. Había humo en el aire, y dos figuras salían de la entrada bajo la mirada nerviosa de un lacayo que intentaba cerrar la reja de hierro sin éxito. Un grupo de hombres armados —seguramente militares, por la forma en la que se ladraban las órdenes— protegía la retirada.

Y en el centro de todo ello… estaba Charles Everdon. El capitán sostenía en brazos a una desconocida, cubierta por un manto oscuro que apenas lograba ocultar su silueta. Su rostro estaba hundido en el pecho del capitán. Se trataba de Ofelia.

Su Ofelia.

Estaba seguro de que era ella aunque no la viese con claridad.

El mundo se redujo a eso.

A ella. A sus cabellos dorados despeinados por el forcejeo. A sus brazos delgados

colgando con agotamiento. A la forma en que Everdon la sostenía… como si fuese suya.

Dorian sintió que el pecho se le contraía. No fue rabia lo que sintió. Ni celos. Fue algo más profundo, más cruel. Le había fallado. Su plan perfecto no sirvió de nada. Su red de espías, su astucia, su desesperación… todo había sido inútil.

—Maldita sea… —susurró. No gritó. No maldijo a nadie más que a sí mismo.

Él lo arruinaba siempre todo. Había nacido para ser un inútil, tal y como le decía el anterior Ashbury cuando lo visitaba para divertirse con su sufrimiento.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julian con tensión, al darse cuenta de la situación.

Charles no los había visto, puesto que solo tenía ojos para Ofelia. Estaban subiendo a un carruaje cerrado. Uno de los soldados acababa de cerrar la portezuela con cuidado.

Dorian dio un paso atrás.

—Nos vamos —decretó.

—¿Qué? —espetó Sebastian, incrédulo—. La ha rescatado él, sí, ¿¡pero vas a dejar que se la lleve!?

—Está viva. Está a salvo. Eso es lo único que importa.

—¿Y tú?

—Yo… —Dorian tragó saliva con fuerza —. Yo he llegado tarde. No soy el héroe de su historia. Solo el hombre que la hizo llorar y que no la cuidó después de hacerle el amor. Un diablo que no es capaz de proteger a la mujer que ama no la merece. Ella estará mejor sin mí.

Los demás callaron. Ninguno quiso intervenir.

Y así, mientras el carruaje del capitán desaparecía entre la niebla, Dorian Taverham comprendió que acababa de aprender una sabia lección. ¿Cuál? Que el amor dolía como la muerte misma.

Tanto la quería que al entender que no era digno de ella, estaba dispuesto a echarse a un lado. La dejaría libre aunque eso significase acabar reuniéndose con su padre antes de tiempo.

¡Maldición!

Maldito fuese el honorable capitán Everdon. Por Ofelia había decidido matarlo y por ella, y solo por ella, le perdonaría la vida.

Capítulo 17

El precio de la salvación

Ofelia se despertó con el cuerpo entumecido y la garganta seca, como si hubiese dormido sobre una cama de espinas. Pero la superficie bajo su espalda era blanda. La manta, cálida. El aire, limpio. No olía a cigarro puro, ni a perfume barato. Olía a lavanda.

Abrió los ojos con lentitud. El techo era blanco, alto y tenía las molduras elegantes. A un lado había una ventana con las cortinas recogidas por la que entraba la luz suave del amanecer. Tardó unos segundos en suponer dónde estaba. Porque recordaba algunos trazos muy específicos de lo que sucedió el peor día de toda su vida. Parpadeó. Se incorporó a medias. Estaba dolorida. Su cuerpo

protestó con un calambre en la pierna que la hacía débil.

Estaba viva y era libre.

—Tranquila —dijo una voz grave, amable —. Estás a salvo.

Ofelia giró el rostro. Sentado en un sillón, con los codos apoyados sobre las rodillas, figuraba Charles Everdon. Iba sin chaqueta y la camisa la tenía abierta en el cuello. El pelo lo tenía revuelto y se le apreciaban unas ojeras pronunciadas en el rostro. Pese a todo ello, su porte era el de un hombre elegante y magnífico, que además habría velado su sueño durante toda la noche sin moverse del sitio. Estaba segura de ello.

La dama carraspeó.

—¿Estoy en tu casa? —preguntó, aunque ya intuía la respuesta.

—En mi casa, sí, un poco lejos de Mayfair. —Se incorporó al verla más despierta—. Te traje anoche. Estabas agotada y te dejé dormir.

Ella asintió, despacio. El recuerdo volvió con la fuerza de una ola embravecida: la subasta, el

escenario, las voces, el humo, el disparo, los brazos de Charles envolviéndola… Se estremeció.

—No me hicieron daño —susurró, como si quisiera dejarlo claro—. No llegaron a tocarme.

Charles soltó el aire. Su expresión se suavizó.

—Lo sé. Llegamos justo a tiempo.

Ella se cubrió los ojos con una mano.

—Dios… pensaba que no saldría de allí. Pensaba que… —La voz se le quebró. Las lágrimas no cayeron, pero estuvieron a punto.

—Estás aquí, conmigo… estás a salvo —repitió él, con una firmeza tranquila—. Y nadie volverá a hacerte daño.

Ofelia bajó la mano. Lo miró. Él sostenía su mirada con una mezcla de contención y ternura que le apretó el pecho.

—No estabas solo, eso también lo recuerdo. ¿Tus hombres están bien?

—Todos ilesos. —Una leve sonrisa apareció en sus labios—. El Verulam… no tanto.

Ella intentó sonreír también, pero no pudo. Se recostó de nuevo contra la almohada.

—¿Cuánto he dormido? —Necesitaba concentrarse en algo trivial.

—Casi diez horas. El médico vino a verte, dijo que no tenías fiebre ni heridas. Solo agotamiento. Y hambre, probablemente.

—No tengo fuerzas para comer aún.

Él se acercó un poco, sin llegar a tocarla.

—No tienes que hacer nada. Solo descansar.

Ofelia lo miró durante un largo rato. Había en él una serenidad que la conmovía. No le hacía preguntas. No la forzaba a explicar el infierno que vivió en el maldito club. Charles… solo estaba allí. Allí para ella.

—¿Has dormido tú algo?

—Ahora que sé que estás bien podré hacerlo, Ofelia.

—Gracias —dijo por fin—. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho, Charles. Arriesgaste tu vida por mí. No tenías por qué hacerlo.

—Claro que sí —replicó él con suavidad —. Tenía todas las razones del mundo.

Ella suspiró. Jamás escucharía una declaración tan sutil y a la vez tan directa.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Recibí una invitación. Un tanto anónima, pero lo bastante clara. El dueño de ese club infernal parecía saberlo todo sobre ti y sobre mí, Ofelia. Me invitó a llevar dinero, y aunque no te mencionó directamente tuve la acertada intuición de lo que ocurría. Supe que si no actuaba de inmediato te perdería.

Ofelia ladeó el rostro sobre la almohada.

—¿Y cómo… cómo conseguiste entrar?

—La invitación me ayudó. Y no lo hice solo. Llevé a hombres de confianza. Antiguos

militares con gran pericia. Nos preparamos bien. Hargrove no se esperaba que alguien como yo se enfrentara a él. —Una chispa de orgullo asomó fugazmente en su mirada—. Me subestimó. Ese fue su error. Supongo que dio por hecho que yo querría vengarme de ti, comprarte y, ya sabes… No se paró a contemplar la idea de que estuviese lo suficiente loco como para organizar una batalla por ti. Tienes que saberlo, Ofelia. Por ti moriría… Por ti…

—Charles, por favor… no…

Ofelia cerró los ojos. Un suspiro tembloroso se le escapó. El cuerpo, aún tenso, parecía empezar a aceptar que lo que estaba viviendo era real, que estaba lejos del infierno, por lo que no deseaba pensar en el futuro.

—Lo siento, tienes razón. No quiero aprovecharme de tu vulnerabilidad. Hablaremos cuando estés preparada.

—Te lo agradezco. ¡Temperance! —exclamó, al darse cuenta de que su amiga estaría muy preocupada.

—No debes angustiarte por *lady* Ashbury, Ofelia. Les mandé una nota a los condes a primera hora de esta mañana. Les indiqué que

estabas a salvo. Que te recuperarías pronto y que lo harías en mi casa. La condesa envió un baúl con algunas de tus pertenencias, aunque el camisón que llevas es de una de las doncellas que ayudó a ponértelo. Fui un caballero, te lo juro.

Ofelia asintió. Se dio cuenta entonces del modo en el que iba vestida. Le costaba mantener la compostura. Se sentía mancillada, rota, pero al mismo tiempo tan profundamente agradecida. ¿Cómo se pagaba una deuda así?

—No merezco lo que has hecho por mí, Charles —murmuró.

—Claro que lo mereces.

—He sido cruel contigo. Te rechacé. Te dejé atrás y luego me enfadé contigo porque no luchaste por mí. Y anoche… Anoche te jugaste la vida por salvarme. Yo… Yo…

—No quiero que le des más vueltas al pasado, Ofelia. —Él se acercó un poco más, aunque mantuvo la distancia—. Estoy aquí y siempre estaré si no me pides lo contrario. Nunca se trató de orgullo. Lo nuestro, lo que vivimos, fue especial y no me arrepiento de haber sido feliz contigo antes de alistarme en el ejército.

Ella bajó la mirada. Sus manos temblaban ligeramente.

—No puedo prometerte nada —confesó —. No sé lo que siento. Estoy confundida, Charles. Todo… todo está hecho pedazos. Yo creo que estoy rota.

—No hacen falta promesas —repuso él, con una calma sorprendente—. Solo es necesario que te recuperes, que te sobrepongas y, en especial, que descanses.

El silencio se extendió unos segundos. Ofelia lo percibió como una manta tibia sobre la piel.

—Gracias —repitió, con la voz quebrada.

Él se puso de pie. No la tocó. No la besó. Y, por Dios, que se moría por hacerlo. Se contuvo. Ya habría tiempo de hacerle recordar lo bien que estaban juntos, pero lo haría llegado el caso. No la obligaría a nada.

—Descansa, Perla.

Ella alzó la vista.

—No me llames así —susurró.

Charles le sonrió con ternura.

—Sé que tendrás un recuerdo muy amargo de lo que has vivido, Ofelia, pero si he usado ese nombre ha sido para que recuerdes que yo… yo te vi brillar incluso en el infierno. Estuviste magnífica, se te veía valiente, jamás dispuesta a claudicar. Eso, eso es lo único que debes recordar, lo fuerte que eres. No han podido doblegarte, estás a salvo, así que aférrate a tu fortaleza.

Y salió de la habitación, porque de otro modo la acunaría entre los brazos y comenzaría a cantarle su amor.

Ofelia cerró los ojos, seguía agotada, pero por primera vez en varios días, sintió que podía dormir sin miedo. Y que tal vez, solo tal vez, aún quedaba algo bueno en el mundo.

Trató de dormir, de descansar, tal y como había sugerido Charles, pero no lograba conciliar el sueño. Alguien que no era el honorable capitán ocupaba sus pensamientos. Se trataba de otra clase de hombre muy diferente… un lobo.

Miró al techo, sentía cómo las lágrimas le ardían en los ojos, aunque no salían de ese confín.

Estaba a salvo. Sí. Con vida. Protegida. Pero ¿y su alma? ¿Y su corazón? ¿Dónde estaban?

Dorian.

Pensó en él sin poder evitarlo. No sabía si alguien lo habría avisado de lo ocurrido, o si a él le importaría o no el hecho de que hubiese estado en peligro. ¿Le habría informado Temperance de lo sucedido?

Tal y como terminaron la noche en que su padre la cazó, no parecía que Dorian sintiese nada por ella. Ese pensamiento hizo que el dolor que sintió en el pecho resultase lacerante. Fue como si le clavasen una daga bajo la piel y estaba segura de que sería imposible de arrancar.

Recordó su mirada, su voz ronca, el modo en que la besó en El Paraíso.

Apretó las sábanas entre los dedos. No quería llorar, pero tampoco podía evitarlo. Lloró en silencio. Por ella. Por lo que no fue. Por lo que quizá nunca sería.

Y, sin embargo… había algo más. Algo que no podía ignorar. El modo en que Charles la miraba. Lo había notado no solo por las palabras que

le había dicho, también en sus ojos y por sus gestos. ¡Se había quedado con ella para cuidarla mientras dormía!

En esa calma de Charles que era tan distinta de la tormenta que resultaba ser Dorian… El capitán representaba la esperanza, una promesa, estabilidad completa, sin complicaciones.

Y aun así… No estaba segura de poder corresponderle. ¿Podría darle lo que él necesitaba? ¿Ser lo que él merecía? No lo sabía.

Porque por mucho que intentara negar lo evidente, su corazón seguía siendo de Dorian Taverham, a pesar de que él la había echado a un lado. Sentía como si le perteneciese a su lobo, a ese hombre terco, herido, furioso con el mundo… y que quizá ya la habría olvidado.

Suspiró. Cerró los ojos. No podía pensar más. No tenía respuestas. Solo la acompañaba el dolor y la seguridad, casi indiscutible, de que estaba profunda e irremediablemente enamorada de Dorian Taverham y de que él, lo más seguro, ya ni se acordaría de ella.

***

Aquella noche, el salón privado de Dorian olía a humo viejo, cuero gastado y… resignación. De acuerdo, eso último no era un aroma, era lo que embargaba al soldado de la noche.

La cortina estaba corrida, las luces eran tenues. El ambiente era tan distinto al bullicio del resto del club que hasta parecía que el tiempo se hubiese detenido allí dentro.

Dorian Taverham estaba sentado en su sillón habitual, pero no tenía ninguna copa en la mano, ni su característica sonrisa arrogante en los labios. Estaba contemplando el fuego de la chimenea como si buscara en las llamas la respuesta a una pregunta que no se atrevía a hacer.

No podía olvidar tampoco lo que sintió cuando vio cómo el capitán Everdon se alejaba con Ofelia en brazos. Dorian se había limitado a girarse y desaparecer entre la niebla sin despedirse de nadie.

En esos momentos en los que recordaba un capítulo muy inesperado de su vida, el señor Taverham escuchó pasos a su espalda.

—Julian y Sebastian no tienen agallas a venir a comprobar si me he roto, temerían encontrarme lloriqueando por las esquinas del club, así que como no creo que ninguna de las dementes de sus esposas se atrevan a venir para hacerme reaccionar… Diré que debe ser usted el duque de Grafton, y que mi familia lo ha elegido para presentarse ante mí con la finalidad de tantear cómo de bien… o mal, estoy.

—Deberías saber, muchacho obstinado, que a mí nadie me sugiere que haga nada. Tomo la iniciativa.

—Seguro que sí… —se burló.

—Yo ya había tomado la decisión de venir a verte cuando Sebastian y Julian llegaron a mi casa para comentarme que alguien debía echarte un ojo. Ha pasado un tiempo prudencial y no has dado señales de vida, es natural que estemos preocupados.

—Déjeme adivinar, mis odiosos hermanos tenían más miedo de toparse con un hombre que se hubiese ahorcado que con uno que estuviese llorando… ¿O sería al contrario? —ironizó.

—¿A quién de tus dos hermanos esperabas ver, Dorian? —preguntó el duque con curiosidad.

El aludido no alzó la vista. Grafton estaba frente a él ya.

—Esperaba silencio. —Su voz era ronca, cansada. El humo y las emociones no reconocidas se le habían quedado adheridos en la garganta—. Pero usted servirá. Sebastian y Julian son tan inútiles, que en vez de alegrarme, sería yo quien los acabaría contagiando con mi pena.

Grafton no respondió de inmediato. Se movió para servirse una copa de coñac, un licor que él mismo le había regalado años atrás, y luego se sentó frente a Dorian.

—Tu familia está preocupada por ti, Dorian.

—No deberían. Estoy muy bien.

—No lo estás.

—Lo estaré cuando me vaya.

El duque frunció el ceño.

—¿Irte a dónde?

—Vamos, Grafton, presume de conocerme mejor que yo mismo. ¿A dónde cree que me marcharía con tanta precipitación? —lo retó.

—¿Mabry? —tanteó el duque.

—Así es, iré a América. A cazar ratas. Bueno, concretamente a una.

La copa del duque se quedó suspendida en el aire antes de darle un segundo trago.

—¿Y qué harás cuando lo encuentres?

Dorian sonrió por primera vez en horas. Pero no fue una sonrisa amable ni irónica. Fue una mueca oscura, cargada de una decisión que no admitía réplica.

—No voy a matarlo, si es lo que teme. No merecería el descanso de la muerte y ambos lo sabemos. Además, estoy seguro de que se decepcionaría conmigo si optase por una solución tan sencilla.

—Tú también me conoces bien, Dorian. —El duque alzó la copa en señal de brindis y luego

bebió. Finalmente le preguntó—: ¿Qué has planeado pues?

—Voy a entregarlo… a venderlo más bien, a un burdel. Uno especializado en placeres masculinos. Donde el más barato de los esclavos parezca un príncipe comparado con él. Haré que lo subasten. Tal como hizo él con su hija.

Grafton no pestañeó. Se limitó a estudiar el rostro de Dorian como si midiera hasta qué punto hablaba en serio.

—Lo dices sin titubeos.

—Y usted lo dice —repitió la misma fórmula del duque— como si no aprobase mi plan. Sé que le agrada, veo la satisfacción en sus ojos, Grafton. A ambos nos separan un buen puñado de años, un título también, pero somos bastante parecidos en lo que tiene que ver con impartir justicia. Somos sanguinarios.

—Nunca lo he negado —estuvo de acuerdo el duque—. ¿Cómo lo encontrarás?

—Será fácil. Es un hombre orgulloso, no renunciará al uso de su título, estoy seguro. Además, Grafton, tiene que saber que… No lo haré solo por

venganza —explicó Dorian—. No es por mí, aunque disfrutaré con mi hazaña. Es por ella. Porque sé que cada vez que cierre los ojos, Ofelia recordará el miedo. La humillación. Y quiero que Mabry, en sus últimos días de vida, sienta al menos una milésima parte de lo que su hija vivió. Eso es justicia. Cruel, sí, pero no más que sus actos. Además, no creo que ningún capitán Ederbobón, o como se llame, logre rescatarlo. Tendrá lo que se merece y, con un poco de suerte, no logrará superarlo, así que tal vez pronto se pegue un tiro.

Grafton asintió. Estaba seguro de que tarde o temprano el muchacho lograría su cometido.

—Sanguinarios. Eso somos, Dorian.

—Y orgullosos de ello, ¿no le parece?

—No todo el mundo tiene la determinación suficiente para declararse un ser vengador. Tú no eres del todo el Ángel Negro, te equivocaste al elegir tu apelativo.

—¿Qué le hace suponer que no me lo pusieron mis hombres? —Grafton alzó una ceja—. Confieso que me gustaba también ser el Soldado de la Noche, así me llamaban mis hombres, pero consideré que el Ángel Negro infundiría mayor temor.

—¿Y Ofelia, Dorian? ¿Qué ocurre con ella?

El interpelado cerró los ojos durante un instante. Luego los abrió. Estaban oscuros… vacíos.

—Ella está a salvo. Eso es todo lo que importa. Está viva. Está con un hombre que sabrá hacerla feliz. Que no lleva la oscuridad en los huesos. Que no arde por dentro como yo. Ese maldito capitán ha demostrado su valía y la cuidará sin romperla.

—¿No tiene nada que ver que la vieses abrazada a él?

Dorian le ofreció una nueva sonrisa torcida.

—Todos vimos aquella escena, Grafton. No tiene sentido negar su interpretación.

—¿Comprendes al menos que ella se hubiese aferrado a cualquiera que la hubiese salvado? ¿Qué habría sucedido en el caso de haber llegado antes nosotros? ¿Qué hubiese supuesto para ti que yo la hubiese alzado en brazos y ella se aferrase a mí como si fuese un héroe?

—Usted siempre se ha vanagloriado de decir que estuvo enamorado una vez y que jamás volvería a casarse. Eso sin contar que tiene suficiente edad para ser su abuelo.

—Muchacho ingrato y desconsiderado… —masculló el duque—. En todo caso sería su padre, tiene un año menos que Anastasia si no me falla la memoria. —Le tocó a Dorian alzar una ceja y Grafton gruñó—. Atrévete a decir que estoy chocheando y que la memoria no me funciona bien y acabaré con el sufrimiento, que sé que escondes, de modo rápido y eficaz.

—No se enfade, Grafton —le recomendó.

—Eres capaz de terminar con la paciencia de un santo, eso siempre lo hemos sabido todos, en especial Sebastian, quien no sé cómo ha logrado controlar esa frialdad para no explotar en contra tuya. Bien, voy a perdonarte las ofensas que has hecho contra mi ducal persona porque sé que estás enamorado de Ofelia, y solo quieres centrarte en cuestiones que te ofrezcan una pelea, ya sea verbal o física. ¿Me equivoco?

—Estoy enamorado de ella. Como un condenado. —El tono fue seco, sin rastro de tragedia. Un reconocimiento puro—. Pero ¿de qué me sirve

amarla si cada vez que estoy cerca de ella temo destruirla? Ofelia necesita paz, no a un salvaje como yo. Yo… yo solo sé destruir todo lo que toco.

—A veces, Dorian, amar significa quedarse y pelear.

—Ella no se merece a alguien con tan poco valor como yo. Me marcho no solo para darle su merecido a ese conde miserable, lo hago además porque me conozco. Si me quedo, la buscaré y haré todo por recuperarla. Me convertiré en su sombra, en su tormento. Y ella merece algo mejor. Lo que tiene ahora. Un hombre que la cuidará esta vez, porque de lo contrario tendrá que responder ante mí. Ofelia ha hecho que no lo mate, pero si le hace daño… Idearé para ese capitán tal castigo que lo que va a ocurrirle a Mabry será un cuento de hadas.

El duque se quedó en silencio unos segundos. Luego se levantó con lentitud, como si aquellas palabras hubiesen puesto un peso nuevo sobre sus hombros.

—Estás equivocado en muchas cosas. Nos parecemos, así que como sé cuán testarudo soy, no trataré de convencerte. Me quedaré observando desde la lejanía, preparado para decirte, cuando llegue el momento: te lo dije.

—Sabia decisión. Es exactamente lo que yo hubiese hecho.

—¿Necesitas algo para el viaje?

—Ya tengo barco, sale en una semana, y también un nombre falso para que el maldito no me vea llegar. No se preocupe, excelencia. Siempre supe cómo desaparecer. Fue lo único que mi padre hizo bien.

Grafton asintió.

—Te lo preguntaré solo una vez, Dorian. ¿Estás seguro?

El silencio duró un latido eterno. Luego ese Taverham lo miró. En sus ojos no había dudas.

—Es lo único de lo que he estado seguro en toda mi vida. Debo marcharme para que ella pueda ser feliz, de otro modo… No tendré la suficiente fuerza de voluntad para mantenerme lejos. ¿Ofelia está bien, Grafton? ¿Ha tenido noticias de ella?

—Sí. El capitán tuvo la amabilidad de enviarle una nota a la condesa. La dama se recupera en casa de Everdon y aunque Sebastian quería ir de

inmediato a sacarla de allí, seguramente por la lealtad de un hermano mayor hacia ti, Temperance lo ha convencido de que Ofelia tiene que tomar la mejor decisión y que nadie debe intervenir ni presionarla.

—¿Qué decisión? Ella ya ha elegido, lo que sucede es que todavía no lo sabe. Ese militar es la mejor opción.

—Le propusiste matrimonio, Dorian, tú mismo me lo contaste, la misma noche que me dijiste que ibas a matar al hombre que ahora la ha salvado. Ofelia se merece una explicación, no quedarse con la seguridad de que te has retractado y que para ti ella no significa nada.

—Voy a pedirle una cosa, Grafton. Me hará un juramento.

—¿Qué necesitas, Dorian?

—Ni usted, ni Sebastian ni Julian intervendrán en mi favor. No le hablarán a Ofelia sobre mi decisión de apartarme para que sea feliz. Ella tiene que creer que no me importa nada, de otro modo… —carraspeó para ocultar una voz llena de dolor—. De otro modo no conseguirá ser feliz, se aferrará a la esperanza de que yo siempre la quise.

—¿Es así como piensas sobrevivir a esto, Dorian? Te aferrarás a tu amor por ella para poder seguir levantándote de la cama.

El Ángel Negro sonrió de lado una vez más.

—Dado que nos conocemos bien, Grafton, no hará falta que me humille más ante un hombre que le juró a su difunta esposa no volver a enamorarse de ninguna dama. Ya ve, no solo nos parecemos, viviremos de igual modo hasta que la muerte nos llame.

—*Touché*, amigo mío. Espero que estés preparado para el celibato. Es duro, lo admito.

—Más duro es vivir sin lo que uno más ama, ¿no cree?

—Ah, veo que te has convertido en un hombre sabio. Es lo que suele causar el desamor. Muy bien, bebamos en silencio y valoremos la opción de que te acompañe en tus peripecias.

Los ojos de Dorian se abrieron con extremada sorpresa.

—¿Piensa acompañarme?

—Con Anastasia felizmente casada, tú eras el único entretenimiento que encontré. Si me dejas solo, creo que sí que podría empezar a chochear. Además, dudo mucho que puedas seguir en pie si no me tienes para guiarte, muchacho. Consígueme un pasaje para el barco, pero no me cambies el nombre, me importa poco si Mabry me ve venir, soy un maldito duque, y no pienso dejar de serlo nunca.

Dorian comenzó a reírse. Marcharse con un amigo le haría la vida un poco más fácil.

Ambos se dieron la mano, tenían un trato.

Capítulo 18

El sacrificio del lobo

El carruaje de Charles Everdon se detuvo frente a la casa de los condes de Ashbury con la solemnidad de un acto que no admitía frivolidades. Aquel no era un regreso cualquiera. Era el retorno de una mujer marcada por el escándalo, por el miedo y por el horror, pero también el de una heroína que había sobrevivido a lo impensable.

Porque, pese a todo, Ofelia seguía en pie.

La capota del enorme faetón había sido plegada para que el aire fresco acariciara su piel, pero sus mejillas seguían pálidas. Vestía de gris perla, con un vestido sencillo y recatado que no llamaba la atención, aunque en ella cada prenda, por modesta

que fuese, adquiría una elegancia fascinante. Llevaba los guantes puestos y las manos las mantenía cruzadas sobre el regazo. Su mirada estaba perdida en algún punto lejano, entre los árboles de la plaza y las fachadas de las casas.

Charles no dijo nada. Solo la observaba en silencio. Había aprendido a no forzar las palabras por más que lo que le pesaba en el pecho fuese demasiado hondo para seguir silenciándolo. Ofelia estaba preciosa, como siempre, pero sus ojos dejaban entrever un agotamiento profundo.

Finalmente, él descendió del vehículo. Luego, con una cortesía cuidadosa y sin alarde alguno, le tendió la mano a Ofelia. Ella la aceptó sin mirarlo. No era ni un rechazo, ni desdén. Era simplemente… concentración. Precaución.

Apenas puso un pie en el suelo, escuchó cómo se abría la puerta principal. Fue Temperance Taverham, condesa de Ashbury, quien apareció en lo alto de la escalinata de mármol. Estaba vestida de azul oscuro, con el cabello recogido en un moño poco elaborado. Su figura curva y elegante desprendía una mezcla de autoridad y ternura. A su lado, un paso detrás, se hallaba Anastasia, erguida, vestida en tonos verdes que realzaban el brillo de sus ojos avellana. Su expresión era serena, pero sus labios

temblaban un poco, producto de la emoción que estaba conteniendo para no romper a llorar.

Ofelia se detuvo al pie de los escalones. Durante un segundo, nadie habló. Luego, Temperance descendió con paso firme. La abrazó sin permiso, sin aviso, ni palabras. Rodeó a Ofelia con los brazos como si quisiese envolverla entera y guardarla para siempre en un lugar seguro.

—Estás aquí —susurró, apenas audible.

Ofelia asintió, con el rostro hundido en el hombro de su prima.

—Estoy aquí —repitió, como si esas palabras tuviesen que ser pronunciadas para volverse reales.

Charles se mantenía cerca de Ofelia, aunque dio un paso atrás en ese instante. No era momento para intervenir.

Anastasia descendió entonces por la escalera. Lo hizo con más lentitud, como si cada peldaño la obligara a contenerse, pero cuando llegó junto a ellas, no dudó. Le acarició el cabello a Ofelia con ternura y, luego, también la abrazó. Las tres se fundieron en un círculo de intimidad dolorosa y

reconfortante, hecho de lágrimas calladas, de piel erizada y de recuerdos compartidos que no necesitaban recitarse a viva voz.

—¿Puedo volver a casa? —preguntó Ofelia con voz baja, aunque ya sabía la respuesta.

—Este es tu hogar, cariño —respondió Temperance, separándose un poco para mirarla a los ojos—. Siempre lo ha sido y lo será.

Anastasia no habló. Solo la sostuvo de la mano. Y en ese gesto hubo una fuerza que Ofelia no esperaba, una calidez distinta… una tristeza nueva.

—Vayamos dentro —dijo Temperance, retomando el control de sí misma—. Melani está esperándote. Ha hecho un dibujo para ti. Helena está dormida, pero en cuanto despierte, te querrá ver, estoy segura de que también te ha echado muchísimo de menos.

Ofelia asintió y se giró para ver que el capitán seguía a su lado. Temperance y Anastasia se adelantaron, por lo que Charles le ofreció el brazo para ayudarla a entrar en casa y ella lo aceptó.

—Tengo asuntos que atender, Ofelia.

—¿No nos acompañarás a tomar el té, Charles?

El capitán negó con una leve sonrisa.

—No. Este momento es vuestro. Pero vendré mañana a visitarte, si no te incomoda, por supuesto.

—No me incomoda —le confirmó ella, casi en un susurro—. Gracias por traerme. Por… todo.

Él se inclinó en para ofrecerle reverencia.

—Ha sido un honor y todo un privilegio probar mi valía frente a ti, Ofelia. Disfruta de tus amigas, tienes que aprender a volver a sonreír —le recomendó.

—Yo… no sé si podré volver a hacerlo, Charles.

—Lo harás cuando estés preparada, ya lo verás. —Le acarició la mejilla con la mano enguatada y tras decirle eso, Charles Everdon descendió los escalones, le dio una instrucción al cochero y se perdió por la calle con la misma elegancia silenciosa con la que había llegado.

Ofelia lo siguió con la mirada hasta que desapareció por completo.

Luego entró en casa de los condes de Ashbury, y al hacerlo, el aire cálido, el aroma a té, a flores y a hogar le envolvieron los sentidos como un agradable recuerdo. Pero no sonrió tampoco.

La herida aún sangraba. No únicamente sufría debido a su cautiverio, la ausencia de un hombre le causaba un dolor peor que el que pudiese infligirle un cuchillo al rojo vivo.

Ofelia pensó en Charles. Ese hombre le proporcionaba una paz cómoda. Él era un ancla firme, y su presencia la había ayudado a recomponerse, pero al cruzar el umbral de la casa de los Ashbury, una oleada de recuerdos la golpeó de lleno. Helena, Melani, las cenas tranquilas, las confidencias con Temperance… y, sobre todo, él. Dorian.

Había estado dos días en casa del capitán. No se veía con fuerzas para salir de la cama. Charles fue muy paciente con ella, pero al tercer día, comprendió que no podía seguir ocultándose del mundo, no podía seguir sin hacerle frente a Dorian Taverham, el único de quien no sabía nada y del que se moría por saberlo todo.

Las doncellas se encargaron de llevar su pequeño baúl a la habitación que seguía siendo suya. Ofelia entró en el salón para reunirse con Temperance y Anastasia, que la aguardaban sentadas en el sofá. La dama tomó asiento enfrente de sus amigas.

—Nos has dado un susto de muerte —terció Anastasia.

—Temí no volver a verte, prima —se sinceró Temperance.

—Ni yo a vosotras —susurró Ofelia.

—Estás muy hermosa, a pesar de todo —comentó Anastasia, con esa mezcla de cariño y coquetería que la caracterizaba—. Tienes esa luz rara que solo brilla después de una tormenta.

—Me siento como si hubiese envejecido diez años —admitió—. Pero estoy viva. Y eso, en estos momentos, me parece un milagro.

Estaban las tres juntas, como en los viejos tiempos, con una bandeja de té mediando entre ellas y un silencio delicado flotando sobre la mesa. Temperance sirvió una taza con las manos ágiles, pero la mirada le temblaba. Anastasia rompía

trozos de un bizcocho sin llegar a comérselos. Y Ofelia… Ofelia fingía que su corazón no latía porque solo esperaba oír un nombre. Uno solo. Dorian.

Pero no llegó a pronunciarse.

Ella les hablaba de Charles, de su heroica intervención, de cómo había reunido a sus hombres, planeado cada paso y arriesgado su vida. Temperance y Anastasia asentían, agradecidas, reconociendo en voz alta su valor. Y, sin embargo, cada palabra dicha entre las tres se convertía en una sombra alargada hasta el exceso. Nadie se atrevía a traer a la conversación a Dorian. Era más, mientras Ofelia narraba su historia, sus queridas Temperance y Anastasia se veían ¿inquietas? No lo sabía del todo, pero sí era consciente de que compartían miradas secretas. Lo habían hecho cada vez que ella había alabado el valor y la destreza de Charles.

Y si ellas hacían esos gestos tan extraños y mostraban su incomodidad, sin olvidar el hecho de que no mencionaban a Dorian…

Todo eso solo podía significar una cosa: que no había estado allí. Que no había preguntado por ella. Que lo ocurrido entre ambos había sido tan solo un error, un capricho fugaz que él ya habría

olvidado. Seguro que nadie le había dicho el peligro que corrió a causa de su padre.

Anastasia se levantó entonces, cuando la debió ver con los ojos empañados porque recordar a Dorian le atravesaba el alma. Le cogió la mano con dulzura.

—¿Te estás recuperando bien?

Ofelia asintió.

—Charles ha sido muy amable. Muy considerado y paciente. No sé cómo agradecerle tanto…

—No necesitas agradecérselo —la interrumpió Temperance con suavidad—. Hay personas que hacen lo correcto sin esperar nada a cambio.

Ofelia bajó la mirada. Sentía un nudo en la garganta.

—A veces pienso que me equivoqué al no confiar en él desde el principio. Que habría sido más fácil. Menos… desgarrador.

Anastasia entrecerró los ojos, la observaba con esa expresión suya tan… tan… tan ¿qué? Era como si quisiera confesarle un secreto pero se negase a hacerlo. No dijo nada. No hizo preguntas tampoco, pero el silencio de su querida amiga pesaba porque tampoco mencionó a Dorian. Ofelia estaba segura de que Temperance le había contado a la hija de Grafton que la noche en la que su padre la raptó, ella había ido a cenar con él.

—¿Y cómo te sientes ahora, cariño? —preguntó Temperance—. ¿Estás en paz?

Ofelia dudó un instante.

—Estoy… intentando recobrar el control sobre mí misma —dijo al fin.

No añadió más. ¿Cómo confesarles que había momentos en los que estaba convencida de que aún estaba en el Verulam? ¿Cómo decirles además que el recuerdo de unos labios, de una voz ronca, de unos ojos llenos de furia, la perseguían como un fantasma cada vez que cerraba los párpados? ¿Cómo explicarles que seguía esperando una palabra, una carta, una señal de él?

No quería preocupar a sus queridas amigas con sus problemas. Y en especial no deseaba

que se enfadasen con Dorian por no ser capaz de amarla. Él no tenía la culpa de no sentir nada por ella. Ofelia se limpió una lágrimas rebelde que le había caído por la mejilla con este último pensamiento.

—Ofelia… —murmuró Temperance, llamando su atención.

—¿Sí?

—El capitán… supongo que tiene intenciones honestas contigo —le dijo con suavidad la condesa.

—Es sutil a veces, pero otras muy evidente.

—¿Y qué sientes tú por él? —la interrogó Anastasia.

Ofelia se mordió la lengua. Hubiese preferido que la interrogasen sobre lo que ocurrió aquella noche entre Dorian y ella. Otra confirmación más de que ambas no querían herirla porque él no deseaba tener más contacto con ella. Si les confesaba que estaba perdidamente enamorada de ese Taverham, la mirarían con lástima y no quería sufrir una nueva humillación por un hombre que le había

mentido tan descaradamente cuando le dijo que quería casarse con ella. Si les contaba lo que sucedió aquella noche con el hombre al que amaba, la confesión podría provocar una fractura irremediable en la familia. Sebastian, Julian y Dorian parecían estar en paz, no soportaría ser el motivo por el que ellos volviesen a pelearse, pues antes de que Temperance se casase con Sebastian, los tres no se trataban con tanta asiduidad como hacían ya.

Charles tal vez fuese su única y última oportunidad para alcanzar la felicidad. De tener una familia. Nadie más la querría, porque ella no estaba solo mancillada, estaría socialmente acabada si Temperance no fuese su prima y si Anastasia no velase por ella. Ningún pretendiente la valoraría. Y lo más importante, ella misma no quería pensar en otro hombre que no fuese Dorian, aunque si no lograba olvidarse de él, se quedaría sola para siempre. Charles era su única salida, pero ¿eso era justo para él? ¿Se alegraría de saber que era la elección cómoda? ¿Su última esperanza? No lo sabía.

Ofelia alzó el mentón.

—Es un buen hombre. Honesto. Me ha salvado. Y cuando me mira… siento que podría volver a respirar con él a mi lado. Es el único resquicio de

felicidad que me queda. Tal vez… tal vez sea suficiente.

Temperance desvió la mirada, como si esas palabras le dolieran. Anastasia le ofreció una sonrisa suave, falsa. Ellas sabían más de Dorian de lo que Ofelia creía. Estaba segura. No las forzaría a confesarle la verdad. Saber que él la despreciaba y que alguien se lo cantase a viva voz eran dos cosas muy diferentes.

—Te apoyaremos, decidas lo que decidas —expuso Temperance.

—A veces, lo suficiente puede transformarse en mucho más —se vio obligada a decir Ofelia, como si tuviese que convencerse de que sus sentimientos por Charles podrían llegar a superar los que una vez sintió por Dorian.

Era cierto que cuando Charles la miraba, sentía gratitud. Pero cuando recordaba a ese otro hombre, ese al que no se atrevía nadie a nombrar, su cuerpo entero reaccionaba con una mezcla de fuego y deseo que Charles, tal vez algún día fuese capaz de despertar en su interior.

Temperance y Anastasia se miraron una vez más y suspiraron con fuerza. Y Ofelia

comprendió, con una punzada que tendría que aprender a silenciar, que nadie esperaba que Dorian regresase a su vida nunca más. Simplemente, el lobo no había querido quedarse con una mujer que ya estaba usada.

Y aun así, su corazón seguiría siendo suyo hasta… ¿hasta cuándo? ¿Para siempre? ¿Durante unos años? ¿Meses? Esperaba que su intuición fallase, porque sentía que jamás podría olvidarse de Dorian Taverham.

***

El reloj marcaba las cinco cuando el duque de Grafton entró en el despacho de la casa que Julian y su hija tenían en Mayfair. Lo hizo sin anunciarse, como si la gravedad de su rostro le sirviera de salvoconducto. Sebastian alzó la vista desde la carta que fingía leer y Julian, que estaba inclinado sobre una copa medio vacía de *brandy*, se enderezó con una ceja alzada.

—¿Hay noticias? —preguntó Sebastian.

Grafton asintió con gravedad y se dejó caer en uno de los sillones de cuero, para después quitarse los guantes con calma.

—Estuve con Dorian anoche.

—¿Y? —Julian tamborileó los dedos sobre el brazo del sillón—. ¿Sigue respirando o se ha evaporado por puro despecho? Dorian puede ser muy trágico si se lo propone.

—Respira, aunque apenas sobrevive con tanto dolor. —El duque les lanzó a ambos una mirada seria, aunque en sus ojos centelleaba algo que ni la resignación ni la preocupación conseguían borrar del todo—. Está muerto de amor. Vuestro hermano no es el mismo, está dispuesto a poner por encima de sus intereses, de él mismo, a Ofelia, su felicidad más bien. Y ha tomado una decisión.

—Eso suena a rendición —murmuró Sebastian, dejando caer la carta sobre el escritorio de su hermano—. ¿Qué clase de decisión?

—Va a marcharse al otro lado del charco. Dice que necesita poner distancia.

—¿Distancia? —Julian soltó una risa seca —. ¡Ese necio está enamorado hasta los huesos!

¿Qué cree que va a lograr huyendo? ¿De verdad está convencido de que su sacrificio hará que Ofelia sea feliz con un hombre que no ama?

—¿Cómo sabes que no lo ama, hijo? —se interesó el duque.

—Yo no lo sé. Su hija está convencida de ello.

—¿Qué te dijo Anastasia?

—Que Ofelia parecía estar resignada, agradecida más bien. Está convencida de que no está enamorada.

—¿Y qué opina Temperance al respecto? —Grafton interrogó a Sebastian.

—Mi esposa insiste en que Ofelia tiene que tomar las riendas de su vida. ¿Por qué mi hermano quiere marcharse a los Estados Unidos de América? —indagó el conde.

—Dice que si se queda aquí, cerca de ella, no será capaz de mantenerse al margen. Y que Ofelia merece algo mejor que él.

—Menudo momento ha tenido que elegir nuestro hermano para convertirse en un puñetero héroe… ¡Lo perderá todo! Su futuro se esfumará… —sentenció Julian.

Sebastian se llevó una mano al rostro, como si necesitara contener una maldición.

—¿Y piensa dejarla sin más? ¿Sin decirle una palabra? ¿Sin darle una explicación? Me parece más cobardía que otra cosa —alegó lord Ashbury—. ¿Y si lo hacemos reaccionar atacando su orgullo?

—Dorian no cambiará de opinión, estoy seguro de ello. Aunque dudo que consiga mantenerse al margen si ella le pidiese que se quedase.

—¿Está seguro de eso? —indagó Julian.

—Ese hombre se pegaría un tiro en la cabeza si Ofelia se lo ordenase. Así que sí, sé de lo que hablo.

—Hagamos algo al respecto —apuntó Sebastian.

—Nos lo ha prohibido. No quiere que ninguno de los tres intercedamos en favor de él ante Ofelia. Me ha hecho jurárselo y fue tan hábil como

para que también le jurase que os obligaría a mantener vuestra palabra.

—No hablemos, solo… actuemos —propuso Julian—. ¿Y si secuestramos a Dorian? Nada serio, claro… algo rápido y limpio. Lo atamos a una silla, le damos dos copas y le obligamos a confesar lo que siente ante la dama.

Sebastian alzó una ceja, escéptico.

—¿Y después qué? ¿Lo empujamos en brazos de Ofelia y esperamos que se amen y vivan felices para siempre?

—No sería la primera pareja que comienza así. No olvides que tu hermano pequeño secuestró a tu esposa para ti —le recordó Julian—. Podrías devolverle el favor.

—Yo ya estaba casado con mi condesa cuando eso ocurrió. Lo que propones no funcionaría. Solo lograremos que Dorian se ponga más furioso.

—Uhm… Creo que tienes miedo de no poder doblegar a Dorian —se burló el mediano de los Taverham.

—Ponte serio, Julian —le ordenó el conde.

—En serio te digo que si Dorian se marcha y Ofelia se casa con ese capitán, la historia acabará peor que la de Romeo y Julieta. Aunque con menos veneno y más reproches. Dorian no se quedará de brazos cruzados. No creo que pueda contenerse ni estando lejos. Regresará y buscará a Ofelia para que traicione sus votos, entonces sí que tendremos un problema.

—¿Eso podría ocurrir, Grafton? —lo interrogó Sebastian—. Usted es el único que conoce bien a Dorian.

—No dudo de que las intenciones de vuestro hermano al desaparecer sean honestas, tampoco de que no tenga en verdad la firme convicción de olvidarse de la dama, pero… Sí. Creo que mientras ambos respiren, ninguno de los dos será feliz casándose con otra persona. En algún punto la tentación será tan inevitable que uno de los dos claudicará y saldrán heridas personas que no deben. El capitán Everdon no merece que su esposa pueda caer en dicha tentación y serle infiel. Eso sin olvidar que Dorian pudiese llegar a pensar en que si se casase con otra mujer, podría superar la

infelicidad. Tampoco sería justo para ella si él al final acabase traicionando sus votos con Ofelia.

Ambos hermanos Taverham cabecearon afirmativamente. Coincidían con las palabras del duque.

—¿Y si hacemos lo contrario? —consideró Julian—. Secuestramos a Ofelia y la llevamos con Dorian antes de que suba a ese maldito barco. Les damos una habitación cerrada, una botella de vino y no los dejamos salir hasta que hayan hablado… o hecho el amor.

—Santo cielo, Julian… —le reprochó Sebastian su ocurrencia.

—Anastasia está convencida de que Dorian y Ofelia mantuvieron… ya sabéis, que ambos estuvieron juntos la noche que desapareció. ¿Sería justo que el capitán acabase criando al bastardo de Dorian?

—No, por supuesto que no —decretó Sebastian.

—¡Entonces piensa en remedios y deja de poner en duda mis ocurrencias, hermano! —le gritó con enfado.

—Vaya… sí que te has vuelto sensible, Julian —masculló el conde.

Grafton no los reprendió. Los observaba en silencio, con una mano apoyada en la barbilla. El leve temblor de su dedo índice era lo único que delataba la tormenta que se agitaba bajo su aplomo.

—Dorian pretende ir tras Mabry, no sería fácil quitarle esa idea de la cabeza —dijo por fin, en voz baja el duque.

Ambos hermanos se quedaron inmóviles.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Julian, dejando la copa sobre una mesa próxima.

—Ya me has oído, hijo. Dorian piensa encontrar al miserable de Mabry.

Sebastian frunció el ceño.

—¿Para qué? ¿Para matarlo?

Grafton lo miró con fijación.

—Tu hermano no es de los que matan, eso es demasiado fácil. No quieres saber lo que planea.

—¿Qué planea?

—Darle el merecido al padre de Ofelia.

—¿Cómo?

—Pasemos a asuntos más importantes, Sebastian.

—Debe ser algo perverso si no quiere compartirlo, Grafton —opinó Julian.

—Es lo que merece Mabry. Apruebo el plan de Dorian, es lo único que ambos necesitáis saber.

—¡Y Ofelia sin enterarse de nada! —resopló Julian—. ¡Esto es un disparate! La dama merece saber que Dorian la ama, que iba a rescatarla y que le dará caza a su padre.

—Y no olvidemos que también pensaba matar al capitán porque él se portó mal con su dama años atrás —expuso Grafton.

—¿Disculpe? —saltó Julian.

—Oh… ¿he hablado en alto?

—Y tanto que lo ha hecho, ¿nos lo explica? —propuso Sebastian.

—No.

—¡Grafton! —se quejó Julian ante la negativa del duque.

—Dile a tu esposa —le dijo Grafton a Sebastian— que prepare un baile. Debe invitar al capitán, por supuesto. Yo haré que Dorian quiera estar presente con la excusa de que debe comprobar si ella es en verdad feliz.

—¿Qué ganaríamos con eso? —preguntó Julian.

—Ah, muchacho, los celos son poderosos cuando se emplean bien. A estas alturas pensaba que ya deberías haber aprendido esa lección. ¿O no te acuerdas cuando mi hija…?

—Sí, sí —lo cortó Julian—. Entiendo que pretende apelar a lo más primitivo de mi hermano para hacerlo reaccionar.

—Si eso falla, me temo que no tendremos más opción —dispuso el duque.

—Mi condesa organizará el baile con mucho gusto. Ofelia tampoco habla de él —señaló Sebastian—. Así que quizá ambos estén convencidos de que no tienen nada que decirse. Y aquí todos sabemos que una dama no debería dar nunca el primer paso; debe ser Dorian quien vaya tras ella.

—Mi esposa lo hizo. Me sedujo con un beso tan ardiente que… —Grafton gruñó—. Lo siento —se disculpó Julian.

El duque se puso de pie, se acercó al aparador y procedió a servir tres copas de *brandy*.

—Tenemos un plan endeble, pero que podría funcionar —apuntó el padre de Anastasia. Después, el duque alzó la copa al aire y los hermanos lo siguieron con el gesto. Fue un pacto silencioso.

Mientras Dorian no se marchase y la dama no se casase, habría esperanza para enmendar toda la situación.

Pero… ¡qué desastre!

Capítulo 19

El poder del amor

El carruaje de Charles Everdon avanzó con marcha elegante por la avenida principal que conducía a la mansión Ashbury. La fachada estaba iluminada con farolillos de aceite y guirnaldas de flores blancas que caían como cascadas desde los balcones, anunciando así al vecindario que aquella noche se celebraba una velada especial.

Cuando entró en la mansión, el capitán lo hizo como un vencedor y la buscó de inmediato. La música flotaba en el aire. Las risas discretas y el murmullo de los primeros saludos auguraban una cita grandiosa.

Todo tenía en dicha fiesta un aire de cuento de hadas… y, sin embargo, no todos los

invitados estaban preparados para afrontar el presente.

Ofelia no lograba respirar con normalidad. Había intentado sonreírle, sin éxito, a su salvador. A su lado, Charles estaba impecablemente vestido. Llevaba un frac negro, el chaleco gris claro, y la corbata blanca la tenía anudada con una perfección que hablaba de su paciencia y disciplina, dado que era él quien se arreglaba el nudo y no ninguno de sus sirvientes.

—Estás muy hermosa, Ofelia —la admiró en voz baja.

—Gracias.

Ella asintió. No se sentía de ese modo, y todavía menos creía estar preparada para salir al mundo de nuevo. Aunque tenía que demostrar su fortaleza.

Iba ataviada con un vestido de muselina azul noche, de escote discreto pero favorecedor, con pequeñas aplicaciones de plata que reflejaban la luz como gotas de rocío. Su cabello había sido recogido en un moño bajo, adornado con una peineta de nácar. Llevaba guantes, pero las manos le temblaban.

Era como si se hubiese convertido en una estatua: brillante por fuera, a punto de romperse por dentro.

Charles le sonrió con sinceridad. Era evidente que solo tenía ojos para ella.

—Gracias por acompañarme esta noche —susurró, sin mirarlo.

—Gracias a ti por permitírmelo —respondió él, sin añadir más.

La sala principal de los condes de Ashbury estaba espléndida. Los candelabros colgaban encendidos en los altos techos, las alfombras de tonos burdeos daban calidez, las paredes cubiertas de hiedra y jazmín contribuían a crear un ambiente de ensueño. Todo era sublime.

Había ya algunas parejas formadas. Las damas con vestidos de tonos pastel que sonreían con fingida inocencia mientras buscaban con la mirada a los caballeros disponibles a fin de tentarlos.

Ofelia sentía todas las miradas posadas sobre ella. Las matronas cuchicheaban. Algunos hombres la contemplaban con curiosidad velada. Y, sin embargo, también había ¿admiración?

¿Cuánto sabría la sociedad sobre lo ocurrido? En los periódicos no había salido nada mencionado. Al menos no, todavía.

Ofelia se mantenía erguida, iba del brazo de Charles. Tal vez el interés estuviese generado porque estaba acompañada por un apuesto militar con el que ya la relacionaron años atrás.

Entonces, apareció Temperance, condesa de Ashbury. Iba vestida de rojo oscuro, espléndida, con el porte de una reina y la calidez de una hermana. Se dirigía hacia ellos con una sonrisa perfecta, aunque los ojos la delataban. Estaba muy pendiente de Ofelia.

—Justo a tiempo para el primer vals —dijo con entusiasmo—. La orquesta ya se prepara.

—Sería todo un placer —repuso Charles, con una inclinación de cabeza.

Temperance se volvió hacia Ofelia.

—Estás preciosa, prima. Hay quienes pueden necesitar una vida entera para recuperar la compostura, pero tú… tú pareces una musa caída de las estrellas.

Ofelia sonrió apenas.

—Es el vestido. Hace milagros.

—No —dijo Temperance en voz más baja, mientras la besaba en la mejilla—. Lo que hace milagros es tu fuerza. Esta noche… tu familia entera te contempla, pero no con desprecio, Ofelia. Con admiración.

No supo qué decir. Se limitó a asentir.

A su alrededor, la música empezó a tomar forma. Violines y violonchelos alzaron el vuelo con una melodía idílica. Charles la miró.

—¿Te sientes con fuerzas para bailar?

Dudó un instante. Pero luego, como si algo dentro de ella se reiniciase, asintió.

—Sí. Bailemos.

Se colocaron en el centro del salón. Él se inclinó con elegancia, y ella hizo una leve reverencia antes de posar su mano sobre el hombro de Charles. La música envolvió el espacio. Comenzaron a girar, y aunque sus pasos eran lentos, cuidados por la limitación de su pierna, él se adaptó a cada uno con

una perfección casi conmovedora. Charles era muy delicado, nunca la forzaría a hacer nada que ella no se atreviese.

Mientras giraban, Ofelia se dio cuenta de que era la primera vez desde que todo había ocurrido que no sentía miedo. Solo había calma. Y la tenue pero peligrosa sensación de que, si dejaba que su corazón se abriera un poco, podría llegar a convencerse de que aún había esperanza para ella.

El salón entero giraba en torno al vals. Ofelia parecía flotar entre los brazos del capitán Charles Everdon, envuelta en la música, en los murmullos de admiración, en las miradas que al fin no eran de lástima, sino de respeto.

***

Dorian Taverham no se había movido desde que la vio entrar en el salón principal.

Estaba de pie, con la espalda recta, vestido de negro riguroso. No había rastro alguno del caballero insolente que una vez deslumbró a las

damas de Londres. Parecía un general desterrado, una sombra firme que contenía cada estremecimiento a fuerza de voluntad.

A su lado, el duque de Grafton se mantenía en silencio, con las manos cruzadas a la espalda y los labios tensos.

—Ahí la tienes —murmuró al fin, sin apartar la vista de la pista de baile—. Es una mujer fuerte. Muy hermosa también.

Dorian no respondió. Solo apretó un poco más los puños enguatados.

El duque desvió la mirada hacia él. Recordaba cada palabra, cada obstáculo, cada silencio roto por el dolor y la rabia de su camarada. Convencer a Dorian de acudir a ese baile había sido como persuadir a un lobo herido de entrar en una trampa, aunque esta estuviese destinada a salvarlo. Le había llevado varias discusiones, demasiadas copas de coñac y una amenaza muy velada de desheredarlo de su afecto para conseguirlo. Pero al final, el Ángel Negro había accedido. Porque no podía resistirse a la única verdad que aún lo mantenía de pie: Ofelia.

«Si la amas —le había dicho Grafton con la calma cruel de los que ya habían visto demasiadas batallas de amor—, tienes la obligación de comprobar si es feliz. No puedes marcharte sin saberlo. No puedes arrastrar ese peso contigo. Averígualo, aunque te destroce».

Por eso estaba allí.

Por eso, y porque en el fondo más oscuro de su alma, aún albergaba la absurda esperanza de que todo hubiese sido una pesadilla. Que ella no lo hubiese olvidado. Que lo viese y lo volviera a mirar como lo hizo aquella noche en El Paraíso, como si él fuera su refugio, su tormenta y a la vez su paz.

Se mantenía en las sombras de la galería superior del salón de baile, una suerte de balcón interior oculto por cortinas pesadas desde donde los músicos solían ensayar antes de que se celebrasen las fiestas. Nadie sabía que estaba allí, más que Grafton. Eso le había asegurado el duque, que nadie más sería testigo de su miseria.

Solo quería verla.

Y la tenía bien a la vista. En medio del salón, bajo los candelabros encendidos, la luz la

bañaba como si el mundo entero hubiese decidido resaltar su belleza. Vestía de azul noche, con bordados plateados que le recordaban a estrellas lejanas. Su cabello estaba recogido con delicadeza, dejando escapar algunos rizos que enmarcaban su rostro. Sus labios dibujaban una sonrisa tenue. Una sonrisa que no era para él.

Charles Everdon estaba a su lado.

Dorian sintió cómo algo se desgarraba dentro de su pecho. No era un dolor agudo, sino sordo. Persistente. Como una presión que no disminuía con la respiración. El capitán se inclinó hacia Ofelia. Le dijo algo. Ella lo escuchó y luego asintió. Y entonces Charles alargó la mano.

La dama la aceptó. Comenzaron a bailar poco después.

Dorian apenas parpadeaba. No respiraba tampoco. Solo los observaba.

Ofelia se veía alegre. Se movía con ligereza, sus pasos eran delicados, confiados. Había vuelto a bailar. Y lo hacía con otro. Con un hombre recto, honorable y bueno.

Dorian apretó los puños de nuevo.

Había querido verla llena de dicha. Pero no así. No con otro. ¡Maldición! Todo en él era una contradicción. Quería que fuese feliz, pero a la vez deseaba que ella… ¡que no lo fuese! Se maldijo con ese pensamiento.

«Lo está logrando», pensó con amargura. «Está olvidándose de mí y es lo mejor», trataba de convencerse.

Le dolía. Le dolía más de lo que jamás habría imaginado. Se le cerraba el estómago, le ardían los ojos y sentía un temblor en las piernas que no se debía al frío. No la culpaba. No podía. Él la había rechazado, la había herido, la había apartado después de haberla tenido en sus brazos como a una esposa. Y finalmente le había fallado porque no la salvó.

Y ese capitán… Everdon había llegado a tiempo.

«No estés triste», se ordenó, porque esa humillación no la permitiría. Porque ya bastante se había rebajado al amar como un loco a una mujer que lo había superado.

¡Imposible! Ella no podía haberlo dejado atrás con tanta facilidad. ¡Ofelia no podía haberlo

hecho! ¡No tan rápido!

Y sin embargo, ahí estaba ella, danzando entre las luces, rodeada de gente que la admiraba, de amigas que la apoyaban y de un caballero que parecía dispuesto a entregarle el mundo. Dorian se sintió solo. Completamente solo. Como aquel niño marcado a fuego en el pecho que supo, desde muy joven, que no importaba cuánto amase… porque nunca sería merecedor de amor.

Se llevó una mano a la cicatriz que latía bajo las capas de ropa. No dolía, pero seguía ardiendo. O tal vez fuese su corazón el que sentía romperse poco a poco.

—¿Así termina, Dorian? —murmuró Grafton la cuestión—. ¿Observándola desde las sombras mientras ella se entrega a otro hombre?

Ofelia miró de nuevo al capitán con ternura. Entonces algo dentro de él cedió.

No fue odio. No era furia tampoco. Se trataba de algo más profundo y maduro. Era, sencillamente, resignación.

Ella era feliz.

No con él.

No por él. Sino a pesar de no estar con él. Y esa era la prueba definitiva de que la amaba. Porque el deseo lo habría empujado a bajar las escaleras y arrebatársela de los brazos a Everdon. El amor… El amor que sentía por ella le decía que debía marcharse.

«Yo no la merezco, es tuya, capitán. Te la has ganado con creces», pensó mientras bajaba la mirada. «Cuídala por mí».

Él se había prometido a sí mismo que, si ella era feliz, no intervendría. Pero qué forma más dolorosa de cumplir una promesa.

Dorian tragó saliva con dificultad. A cada giro del vals, el capitán Everdon le rozaba la espalda con la mano. La guiaba con precisión. La protegía con naturalidad. Ofelia sonreía con delicadeza, aunque sus ojos aún no se habían encendido del todo. Se la veía feliz, dispuesta a seguir adelante.

—¿Sigues creyendo que deberías marcharte sin hablar con ella? —preguntó Grafton, sin rodeos, al ver que el muchacho no reaccionaba, que no daba el paso en la dirección adecuada.

—Sí —respondió Dorian, con la voz ronca, casi inaudible—. Porque si me acerco… si la miro demasiado… no tendré fuerza para dejarla marchar.

El duque lo observó un instante. Luego suspiró, resignado también.

—Entonces observa bien, muchacho. Observa cómo respira cuando baila con otro. Observa si inclina la cabeza hacia él. Si se ríe. Si lo toca con ternura. Porque si ves una sola señal de que no lo ama, una sola, no tendrás excusa para seguir comportándote como un mártir.

Dorian no contestó. El corazón le golpeaba las costillas con la furia de una bestia enjaulada.

Allí estaba ella. Bailando con otro hombre. Dolía. Era un dolor tan lacerante y despiadado que estaba seguro de que se le abriría un agujero en el pecho, porque él figuraba a unos pocos metros y no tenía ni derecho siquiera a pronunciar su nombre.

—He hecho lo que me ha pedido, Grafton. La he visto con mis propios ojos, la dama es feliz y estará bien protegida.

Poco después de decir esas palabras, Dorian Taverham se marchó con paso seguro, dejando atrás a un duque que comenzó a lamentarse.

Mientras un hombre tomaba su decisión, una dama comenzaba a asfixiarse. El salón había comenzado a despejarse un poco. Las primeras danzas más formales habían terminado, y los grupos de invitados se disolvían entre los rincones, en busca de conversación, dulces o un poco de aire. Tras el vals, Ofelia se había retirado a un pequeño saloncito privado contiguo, decorado con alfombras claras, cortinas de encaje y un par de sillones tapizados en verde pálido. La música llegaba atenuada desde el fondo, como un recuerdo lejano de lo que ocurría en la fiesta.

Charles entró sin anunciarse, con esa elegancia discreta que parecía formar parte de su naturaleza. Cerró la puerta con cuidado, como si el más leve ruido pudiera herirla, y se acercó con calma. La había visto escabullirse y decidió no hacer nada para incomodarla, por lo que no le impidió la retirada aunque su obligación era estar muy pendiente y cerca de ella.

Ofelia estaba sentada y tenía las manos enlazadas sobre el regazo. Había algo etéreo en ella

esa noche, como si flotara entre lo que fue y lo que aún no se atrevía a ser.

—¿Necesitabas unos minutos de paz? —preguntó Charles, quien se había quedado a una distancia prudente.

Ella asintió y le ofreció una pequeña sonrisa cansada.

—La música, las risas… todo es un poco abrumador aún. Aunque me alegra estar aquí de nuevo, en una fiesta sin tener miedo.

—Estás deslumbrante —le dijo con suavidad.

Ofelia bajó la mirada. Anastasia le había elegido el vestido mientras que Temperance supervisó el peinado con atención. Se sentía hermosa, sí, pero eso no le bastaba.

—No estaba segura de poder volver a bailar —confesó.

—Y lo has hecho de un modo maravilloso, Ofelia.

Ella lo miró entonces. Había en sus ojos una ternura que le erizaba la piel, una mezcla de paciencia, deseo y respeto que le resultaba casi imposible de sostener. Era como antaño, como cuando fueron jóvenes, pero ella ya no era la misma, y él, por supuesto, tampoco. Sus circunstancias habían cambiado por completo.

—¿No te incomoda que todos hablen de mí? ¿Que murmuren que estuve… allí? He escuchado algunas cosas durante la fiesta… —confesó.

—¿Sobre el Verulam? —preguntó él con calma. Ella afirmó con la cabeza—. No, Ofelia. Me incomodaría que alguien se atreviera a juzgarte. Me enfurecería que supieran lo que te pasó y no te otorgasen el mérito que mereces por tu valentía. No me molesta tu pasado. Me honra tu presente.

Ofelia se humedeció los labios con nerviosismo.

—No soy la misma mujer de la que una vez te enamoraste, Charles. Ni tan siquiera soy la misma que era hace unos días. Hay cosas dentro de mí que han cambiado. Cosas que… no sé si podré superar. —El recuerdo de Dorian Taverham era como una pesada losa.

Charles se sentó entonces a su lado, sin invadir su espacio. El capitán era tan diferente de Dorian… Uno era agresivo, el otro paciente, uno la desafiaba a cada paso, el otro la reconfortaba cada instante.

—Quiero conocer a la dama que eres ahora. A la que ha luchado, resistido y vencido. La que sigue en pie. Esa mujer, Ofelia… es infinitamente más admirable que cualquier maravilloso recuerdo que pueda albergar.

Ella tragó saliva con nerviosismo. Su garganta ardía.

—¿Por qué me miras así?

—¿Cómo te miro?

—Como si yo fuera la única mujer en el mundo. Y yo… yo no estoy segura de merecer tu admiración, Charles. —Se sentía culpable por no poder desprenderse del recuerdo, de la imagen, de las caricias y del toque de Dorian.

Su pretendiente le sonrió y no apartó la mirada de la de ella.

—Porque lo eres y parece ser que siempre has sido la única mujer para mí, Ofelia. Porque, desde que entraste de nuevo en mi vida, siempre lo has sido.

—Charles…

—No. No tienes que decir nada. Solo quiero que lo sepas. No estoy aquí para obligarte a sentir nada. Ni siquiera para convencerte de que me des una oportunidad. Estoy aquí… porque quiero acompañarte. Donde tú me permitas estar, estaré. Ya sea como protector, como amigo… o algo más, si llega el momento.

Ofelia sintió que algo en su pecho se aflojaba. No era solo gratitud. Era algo más delicado, más difícil de definir. Era alivio. Era la certeza de que, al menos esa noche, no tenía que fingir estar completa. Charles siempre la aceptaría tal y como era.

El silencio se instaló entre ellos. No era incómodo. Era un espacio cálido, íntimo, seguro. Ofelia apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y cerró los ojos un momento. Charles no se movió, tampoco la tocó. Solo permanecía allí, a su lado.

—Nunca te he preguntado qué perdiste tú —dijo de pronto Ofelia, con voz baja.

—¿Perder? —Él parpadeó.

—Cuando tu padre te obligó a marcharte para servir en el ejército —clarificó.

—Muchas cosas. Amigos. Tiempo. El sueño de una vida sin guerra. Pero lo que más dolió fue perderte a ti.

Ella lo miró de nuevo. Su corazón dio un vuelco.

—Nos separamos, Charles. Y no en términos amigables —le recordó con suavidad.

—Es cierto. Pero no sabes cuánto deseé que el mundo se ordenara de forma que pudieras volver a ser mía. Y aun así… estoy dispuesto a esperarte todo el tiempo que haga falta.

Ofelia se inclinó entonces, muy despacio, y apoyó la cabeza sobre el hombro de Charles. Él contuvo el aliento, luego dejó caer su cabeza suavemente sobre la de ella.

—Gracias por salvarme —murmuró—. No solo en el Verulam. También después. Por hacerme sentir… viva y protegida.

Charles cerró los ojos.

—Eres muy importante para mí, Ofelia.

Y así permanecieron, en silencio, mientras la música seguía danzando a lo lejos, ajena al pequeño milagro que se estaba obrando entre ellos. Porque, oh, sí, Ofelia se merecía ser feliz con alguien que la eligiera sobre todos los demás, por encima de todas las cosas. Y, por Dios, que haría el esfuerzo de intentarlo.

Dorian Taverham se había olvidado de ella, así que no debería sentirse culpable por hacer lo mismo. Era una mujer libre. No. Era una mujer a la que el hombre que amaba había abandonado. El amor no era solo deseo o ternura, sino también deber.

Ofelia decidió dejar de ocultarse y regresar a la fiesta del brazo de un buen hombre que le ofrecía todo lo que Dorian Taverham le había prometido y negado la misma noche.

Capítulo 20

Cuando la verdad es irremediable

El capitán Everdon estaba seguro de que tenía la oportunidad de su vida al alcance de la mano. Habían salido de aquella salita donde todo pareció cambiar entre ambos, y actuaron como si fuesen una verdadera pareja mientras seguían transitando por la fiesta de *lady* Ashbury.

La música del baile se escuchaba en la distancia como una promesa. Ofelia y el capitán se habían vuelto a escabullir de la fiesta con discreción. Estaban en el jardín en esos momentos, un lugar que se extendía en un manto de sombras y perfumes nocturnos, salpicado por farolillos de aceite y una brisa que agitaba apenas las hojas de los rosales.

El capitán la contempló con admiración. Cuanto más la miraba, más la deseaba. Ella estaba sentada en un banco de hierro forjado con las manos cruzadas sobre el regazo —un gesto muy característico de Ofelia en los últimos días— y la mirada alzada hacia el cielo. Una dama perfecta que había cruzado el infierno y salido intacta… o al menos, eso parecía. Porque Charles sabía que algunas heridas no se veían a simple vista. Ella no había mencionado al que creyó que sería su rival. Ni una sola mención a Taverham. Además, la familia de Ofelia no parecía oponerse a su cortejo. Le acababa de decir, esa misma noche, que la esperaría, pero ya no podía más. Tenía que besarla, deseaba estrecharla entre sus brazos y…

—¿Puedo sentarme? —preguntó Charles desde unos pasos de distancia.

Ofelia giró el rostro. Trató de sonreírle con dulzura.

—Claro que sí, mi capitán. —Él se colocó a su lado—. El jardín está precioso esta noche —comentó ella, sin mucha convicción.

—Tú lo haces parecer todo aún más hermoso. Ofelia… yo…

Ella suspiró. Sabía lo que iba a ocurrir. Lo presentía desde que le ofreció el brazo al llegar al baile, y el capitán se lo confirmó cuando al sentarse se había pegado a ella. Estaba preparada para afrontar el destino.

—¿Sí, Charles?

—Ofelia —dijo él entonces, con la voz baja, cálida—. Te he dicho que sería paciente. Yo… he intentado acompañarte con prudencia, pero no soy un hombre que… No puedo más. Sé bien que debería esperar a que te recuperes por completo, a que vuelvas a reírte como si fueses libre, pero… Te quiero. Lo sabes, ¿verdad?

Ella bajó la mirada.

—Lo sé.

—No te pido que me ames con la intensidad de nuestra juventud —prosiguió Charles—. Te pido… la oportunidad de construir algo contigo. Algo firme, duradero. Te ofrezco mi apellido, mi casa… mi lealtad absoluta. Si me aceptas, tendrás un compañero. No un amo, ni tampoco un juez. Solo seré un hombre que te admirará todos los días de su vida.

—Charles…

Lo malo de todo era que creía haber estado preparada para escuchar esa bonita declaración pero, aunque su corazón latía con fuerza desmedida, no estaba segura de si era en verdad debido a la emoción… o por la obligación que sentía hacia el hombre que la había salvado.

Charles se giró hacia ella, y su voz se volvió un susurro:

—¿Quieres casarte conmigo?

Ella lo miró con los ojos brillantes. No respondió de inmediato. La luna iluminaba su rostro con una ternura casi cruel.

—¿Puedo…? —le preguntó ella en voz baja—. ¿Puedo hacer algo antes?

—Cualquier cosa que desees.

—Necesito saber si… si podría quererte como mereces —le dijo con una sinceridad brutal.

Él se sorprendió, pero ella fue rápida, porque sin esperar más se inclinó hacia él y lo besó.

No fue un beso arrebatador. Ni cargado de pasión. Fue un beso lento, suave, sincero. De esos que buscaban respuestas. Charles se dejó besar lleno de cautela, no se atrevía a mostrarle su deseo, no quería espantarla. Y entonces, cuando sus bocas se separaron, Ofelia supo la verdad.

La dama no había sentido fuego en sus entrañas. Ni algo fascinante que le hiciese perder la razón. Sintió… paz. Gratitud, más bien. Un calor que no fue deseo, ni amor ardiente. Era algo distinto. Hermoso, sí. Pero no suficiente para una mujer que no hacía demasiado se propuso no conformarse.

Bajó la mirada. Cerró los ojos un segundo. Y cuando volvió a hablar, lo hizo con voz firme, aunque suave:

—Lo siento, Charles. —Él no se movió. No apartó la mirada—. Pensé… que tal vez, si lo intentaba… si daba un paso… podría dejar atrás lo que siento. Pero no puedo y no es justo para ti.

—¿Qué tratas de decirme, Ofelia? Ambos somos perfectos el uno para el otro. Haremos un buen matrimonio. Habrá cordialidad, habrá compañerismo. Lo haremos bien —insistió.

—Ya te dije antes que no soy la misma. Yo… yo necesito pasión, necesito arder con un beso y aunque te quiero, no es del modo en el que un hombre y una mujer deben hacerlo. Lo que siento es un agradecimiento tan grande hacia ti que… Yo…

—Te deseo, Ofelia. Puedo hacerte sentir todo lo que necesitas.

Ella suspiró y volvió a mirar al cielo.

—Temperance una vez me dijo que solo bastaba un sencillo beso para…

—Puedo hacerlo mejor si me das una nueva oportunidad. Me he contenido porque no quería…

—No, Charles —lo frenó ella—. No es por oportunidades, ni por rememorar un pasado donde fuimos el uno para el otro. Yo… No puedo aceptarte, darte mi corazón cuando no me pertenece —resolvió al fin con suavidad.

—¿Estás enamorada de otro hombre?

Ofelia asintió. No lloró. Pero emitió un quejido sutil. Se sintió llena con solo recordar a Dorian, pese a no haber pronunciado ni su nombre.

—Te prometo que lo he intentado, Charles. Desde que me rescataste he tratado de… —se silenció porque era muy consciente de que lo que estaba a punto de decirle no era apropiado.

—¿De amarme o de intentar olvidarlo a él? No importa, Ofelia. Ambas cuestiones resultan… humillantes.

—Eres el último hombre al que quisiera decepcionar, Charles. No te lo mereces, pero tampoco me parece bien aceptarte solo porque… porque…

—¿Porque él no ha dado señales de vida? —No hacía falta que el nombre fuese dicho a viva voz, ambos eran conscientes de a quién se referían.

—Estoy enamorada de Dorian, Charles. Amo a alguien que me ha roto por dentro. Que me ha hecho sentir viva y desear la muerte al mismo tiempo. Que… me ha amado, creo, al menos a su manera.

—Él no te merece. No está. Yo sí, Ofelia. Podemos intentarlo —le rogó.

—No puedo —murmuró al tiempo que una lágrima le caía por la mejilla—. Dios sabe que me

gustaría darte todo lo que merece un hombre tan bueno, honorable y perfecto como tú, Charles. Pero amar significa también sacrificarse. Sé que me quedaré sola el resto de mi vida, pues soy muy consciente de que tú eras mi última oportunidad para ser feliz, pero no sé si podré superar alguna vez lo que él me ha hecho sentir y prefiero echarme a un lado para que tú puedas encontrar a una mujer que te ame sin fisuras, por quien eres. Tienes que encontrar a una dama que esté dispuesta a morir sola si tú no la quieres.

Charles asintió. Tardó unos segundos, pero lo hizo con entereza.

—Taverham… maldito sea por tener lo que todo hombre desearía. Tú no puedes amarme, Ofelia, eso es lo que me acabas de decir, y yo no puedo agradecerte tu sinceridad. Me duele no tener lo que deseo, porque te quiero con toda mi alma. Soy un caballero, uno que te falló en su juventud, lo admito, y he hecho todo cuanto he podido para resarcirte… Eres una buena mujer, Ofelia, y aunque la rabia me embarga… Yo… Ofelia… —susurró su nombre esa vez como si fuese una súplica.

—Por favor, Charles. No me presiones más, no me hagas sentir peor de lo que ya me siento. Le estoy destrozando el corazón al único hombre a

quien debería colmar con devoción. ¡Y la tienes! Siento devoción hacia ti, pero no del modo…

—Ya. Ya sé que no me deseas. Al menos no tanto como al maldito Taverham. Dios santo, Ofelia…Tanto te quiero que me dan ganas de ir a darle su merecido a ese maldito bastardo por no apreciar lo que le regalas tan desinteresadamente. Estás dispuesta a sacrificarte por un hombre que no lo apreciará y eso me mata el alma.

—Lo siento —se disculpó, porque poco más podía decirle al respecto de sus sentimientos—. Es porque lo amo con todo mi corazón por lo que no puedo aceptar a otro.

—Te juro que quería hacerte feliz —añadió él, al tiempo que se ponía en pie—. Pero no aceptaré migajas. Tal vez no sea tan orgulloso como él, pero también tengo mi orgullo.

—Perdóname, Charles, te lo suplico —le imploró con verdadera lástima.

—No hay nada que perdonar. Te sigo admirando, Ofelia. Y si alguna vez me necesitas… solo tienes que llamarme. Aunque sea para hablar de la lluvia y tazas de té. No me reclames pronto para ser tu amigo, el que te lo ruega soy yo. Necesitaré

tiempo para olvidarte de ese modo romántico, esta vez tiene que ser para siempre, ¿me equivoco?

—No te imaginas cuánto lo siento.

—No te disculpes más, el tonto soy yo por seguir presionándote para tratar de persuadirte. Estoy comprendiendo que no funcionará más que para hacerte sentir miserable. Nos despediremos ahora, Ofelia. He usado todas mis armas y si no puedo convencerte… Es mejor que me marche. Te acompañaré de regreso al salón…

Ella sonrió. Con tristeza, pero también con alivio.

—Gracias. Por todo. Pero en casa de los condes estoy a salvo y no quiero que sientas mayor incomodidad, Charles. Te juro que rezaré cada noche para que el recuerdo de esta conversación te saque una sonrisa, pues estoy convencida de que encontrarás a una mujer que te alegrará la vida. Entonces, cuando estés con la dama que tiene derecho a llevar tu apellido, me recordarás con cariño. Sé feliz. No hay un hombre que lo merezca más.

Charles asintió. Luego suspiró al tiempo que la miraba una última vez. A continuación le

sostuvo la mano y se la besó con ternura sobre los guantes.

—Sé feliz también. Ese bastardo que te rompió… si tiene alma, estará destrozado al saber lo que ha perdido.

Ofelia no respondió. Lo vio alejarse por el sendero de grava, con la espalda erguida y el paso firme. Se quedó sola, bajo la luna, sintiendo por primera vez en demasiados días, que algo dentro de ella había cambiado.

Ya no era una mujer entre el recuerdo de un hombre que no la amaba y otro al que no podía amar. Se sentía libre.

Sola, pero libre.

Era una mujer que al fin había aceptado a quién pertenecía su corazón aunque ese hombre no estuviese allí. Aunque jamás volviese a estar a su lado.

***

La fiesta seguía desarrollándose con placidez en el interior del gran salón. La orquesta tocaba un *minué* animado, las parejas giraban con soltura, y las risas eran suaves, educadas, como dictaba el decoro de las grandes noches londinenses. Nadie notó al principio la ausencia de Ofelia ni la del capitán Everdon, aunque algunos ojos curiosos habían comenzado a buscar entre los grupos al caballero que últimamente la escoltaba.

Fue cuando la figura de Ofelia cruzó con premura las puertas del jardín, cuando más de una dama detuvo su abanico a medio batir en el salón.

Regresaba sola.

Con el rostro encendido.

La respiración agitada.

Y lágrimas en los ojos.

Atravesó el salón sin mirar a nadie. Se sostenía la falda con ambas manos para no tropezar y su paso era demasiado veloz para una noche tan elegante. Un susurro siguió su estela. Uno de los lacayos se apartó al verla avanzar por el vestíbulo, y otro se apresuró a abrirle el paso escaleras arriba, sin

atreverse a preguntar nada. Ella no respondió a ninguna mirada, ni ofreció excusas. Solo huía.

Huía de un futuro que no podía aceptar.

Huía del único hombre que le había ofrecido todo… y al que ella no podía corresponder.

Desde el otro extremo del salón, Anastasia fue la primera en reaccionar al ver a su amiga. Dejó su copa en la mesa más próxima y se alzó con rapidez del lugar en el que estaba descansando y conversando con otras damas, sin preocuparse por la sorpresa de sus acompañantes.

—¿Qué habrá pasado? —preguntó Temperance, quien llegaba del brazo de Sebastian.

—No lo sé —respondió Anastasia, con el ceño fruncido—. Pero voy tras ella.

—Yo también.

El conde dejó ir a su esposa y buscó la mirada de Julian, quien estaba cerca de él.

—¿Habrá motivos para estar contentos, hermano? —inquirió el conde.

—No lo sé, Ash. Dorian no saltó sobre la dama, tal y como el duque y nosotros dos habíamos imaginado.

—Lo di todo por perdido cuando vi a Ofelia deslizarse por las puertas francesas con Everdon, pero…

—Sí, yo también creo que lo ha rechazado —estuvo de acuerdo el conde—. Confiemos en que Anastasia y Temperance obren su magia.

—No queda otra, porque Dorian ha demostrado que es igual de tozudo que el viejo diablo —opinó Julian.

Mientras dos hermanos comenzaban a sentir esperanza, dos mujeres cruzaban con agilidad el gran salón, sorteando a los invitados, deslizándose con esa determinación que solo las amigas verdaderas tenían cuando intuían que una de ellas estaba a punto de romperse en mil pedazos. Subieron las escaleras sin esperar permiso, sin fingir indiferencia. Sabían dónde iría la dama a la que perseguían.

Ofelia no podía esconderse de ellas. Anastasia y Temperance no se lo permitirían.

La puerta de su habitación estaba abierta. Una de las doncellas salía justo en ese momento, visiblemente nerviosa.

—¿Todo está bien, *milady*? —se atrevió a preguntar la muchacha que asistía a Ofelia.

—No lo sabemos aún, pero lo estará— replicó Temperance con suavidad, y con un gesto de la mano la hizo retirarse.

La condesa y Anastasia entraron en la habitación de Ofelia. Dentro, el vestido azul noche yacía desparramado sobre la cama, como una promesa abandonada de un futuro mejor, sin soledad. Ofelia estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a ellas, abrazándose a sí misma, temblando.

—Ofelia —la llamó Anastasia con dulzura —. Estamos aquí.

La dama no se giró.

—No quería convertirme en un nuevo escándalo, pero supongo que no sé hacer otra cosa. Lo siento. Me he comportado como una niña asustada… pero no podía quedarme allí abajo fingiendo que todo estaba bien.

Temperance cerró la puerta detrás de ellas. Su tono fue firme, aunque lleno de ternura:

—No tienes que fingir nada con nosotras, prima.

—Ya está hecho.

—¿Qué está hecho? —le preguntó Anastasia, dando un paso más.

Ofelia se volvió al fin. Tenía las mejillas húmedas, los labios trémulos y los ojos de una mujer que acababa de comprender que había cometido una injusticia inevitable.

—Le he dicho que no —susurró.

—¿Al capitán Everdon? —se aventuró a suponer Anastasia.

La interpelada asintió.

—Le he dicho que no puedo casarme con él. Que lo respeto, lo admiro… pero que no lo amo. No me parece justo para ninguno de los dos, especialmente para él, casarme cuando yo… yo… —se silenció—. No podía hacerlo… convertirme en su esposa, y me odio por haberlo defraudado.

Anastasia y Temperance intercambiaron una mirada cómplice. Luego, sin más palabras, se acercaron a ella. La reconfortaron con un abrazo suave, discreto, pero firme. Como si ambas fuesen un escudo de afecto ante el dolor de una elección honesta.

—Estoy bien —murmuró Ofelia, aunque su voz se quebró—. Solo necesitaba salir de allí. Sentía que no podía respirar. Él ha sido tan… tan bueno conmigo. Tan generoso. Y aun así, sabía que si aceptaba su propuesta… lo arruinaría todo. Él se merecía algo más que una mujer rota que estaba segura de no poder llegar a amarlo.

Temperance le acarició con ternura el pelo.

—Hiciste lo correcto, cariño.

—No estoy segura —susurró Ofelia—. Pero al menos he sido sincera.

Y mientras la noche seguía su curso en los salones de abajo, en aquella habitación silenciosa las tres mujeres se sentaron juntas, sin prisas, sin necesidad de protocolos. Solo eran amigas. Hermanas unidas porque las tres cometieron errores

en su juventud y decidieron que se ayudarían siempre.

Ofelia acababa de decirle adiós a una posibilidad. Las otras dos sabían, aunque no lo dijeran aún, el motivo por el que ella había rechazado a un buen hombre y ya no podían, ni debían quedarse al margen de la situación.

—¿Es por Dorian, prima?

Ofelia no pudo contenerse más. Estalló en mil lágrimas y entre sollozos logró decirles:

—Lo amo, lo amo… lo quiero tanto que me duele el alma y él no siente nada por mí. No soy nada para él, pero no puedo casarme con otro a pesar de que sé que Charles era mi última oportunidad para ser feliz. Siento que me moriré de amor en cualquier momento y estoy cansada de obligarme a no pensar en él. ¿Por qué no me quiere Dorian? ¿Qué tengo de malo?

Ofelia no podía dejar de llorar. Se había derrumbado sobre la colcha y abrazaba una almohada como si fuera su único punto de apoyo en el mundo. Las lágrimas le corrían por las mejillas, y su pecho subía y bajaba con espasmos que le impedían respirar con normalidad.

Temperance la rodeó con los brazos y le acarició el cabello con ternura. Anastasia, sentada a los pies de la cama, apretaba una de sus manos sin soltarla.

Durante unos segundos, solo se oía su llanto. Entonces, Temperance tragó saliva con decisión, miró a Anastasia… y la promesa que ambas les habían hecho a sus esposos de no contarle la verdad a Ofelia se rompió bajo el peso de la verdad.

—Ofelia —dijo Temperance en voz baja —. No es así. No estás sola en este dolor… y tampoco lo estás en ese amor tan grande que te angustia.

Su prima alzó la mirada, aún empañada. Anastasia se inclinó hacia ella.

—Dorian no te ha olvidado y dudo que alguna vez sea capaz de hacerlo. Fue al Verulam aquella noche —susurró, como si cada palabra fuera un hilo que deshiciera una venda—. Llegó con Julian, Sebastian y mi padre. Llevaban dos días planeando tu rescate.

—¿Qué…? —balbuceó Ofelia, perpleja—. ¿Estuvo allí? ¿Fueron todos a salvarme?

—Sí —afirmó Temperance con solemnidad—. Dorian tenía a dos hombres infiltrados en ese horrible club desde hacía años. Su plan era rescatarte, salir como un demonio y quemar aquel lugar si era necesario.

—Pero no… no lo hizo —murmuró Ofelia, temblando.

—Porque cuando llegó —intervino la condesa de nuevo— te vio en brazos del capitán. Vio que estabas viva, a salvo, y que otro hombre te protegía. Sintió que te había fallado. Y entonces… se marchó. Te cedió. Te dio otra opción porque él no se considera digno de una mujer como tú.

—Le pregunta a mi padre por ti cada día —añadió con dulzura Anastasia, como una confesión íntima—. Le pregunta si eres feliz. Y tú no lo eres, Ofelia. Y él tampoco. Grafton está muy preocupado por él. Mi padre cree que se acabará consumiendo porque te ama tanto que le devora el alma.

Ofelia se tapó la boca con la mano. Un gemido de incredulidad le brotó del pecho.

—Me ama… —susurró—. ¿Dorian me ama? —No se lo podía creer.

—¿Que si te ama? —repitió Temperance con una sonrisa triste—. Te ama tanto que ha hecho lo único que jamás creí que haría un hombre como él: renunciar a lo que más quiere porque cree que es lo correcto. Considera que no merece estar contigo. Piensa que te rompió. Que aquella noche te hizo tanto daño que jamás podrías perdonarlo. Debes saber, Ofelia, que nos contó, no con demasiados detalles íntimos, aunque sí los necesarios —apuntó de inmediato—, que la noche que fuiste a cenar con él no estuvo a la altura y que te hizo sentir mal. Así que está convencido de que lo odias.

—Pero… yo… —Ofelia se enderezó—. Yo nunca… Nunca le culpé por lo que pasó entre nosotros. Fue hermoso… ¡Lo amé más que nunca! ¿Por qué pensaría que lo odio?

—Porque es un idiota orgulloso —dijo Anastasia con firmeza—. Porque no cree en sí mismo, porque durante toda su vida le han dicho que no vale nada. Y tú eras lo único bueno, lo único puro. Cree que te ha mancillado o que lo hará si no se aparta definitivamente de ti. Además, no soporta la idea de arrastrarte a su oscuridad o no saber cómo hacerte feliz. Tiene miedo, eso es lo que pienso en verdad. Teme amarte, no saber cómo hacerlo como te mereces.

—¿Y por eso… se ha alejado de mí?

—No solo por eso —respondió Temperance—. Se marcha a América.

—¿Qué…? —Ofelia se llevó una mano al corazón, fue como si se le hubiese detenido de golpe.

—Quiere encontrar a tu padre. Hacerle pagar lo que te hizo. Dice que no descansará hasta encontrarlo y que desee estar muerto —desveló la condesa—. Sebastian cree que lo logrará más pronto que tarde.

Anastasia tomó el relevo con la voz algo temblorosa.

—Mi padre me confesó que Dorian pensaba matar a Charles cuando averiguó que te había poseído años atrás… y que luego te dejó. Pero cuando lo vio luchar por ti… decidió dejarlo vivir. Para que fueras feliz con él. Porque Dorian creyó que… ya no era tu camino.

Ofelia tenía el rostro bañado en lágrimas. Se levantó de la cama como si la empujase una fuerza invisible. Caminaba de un lado a otro de la habitación, respirando con dificultad.

—Lo amo —repitió—. ¡Lo amo! ¡Y no sabía nada! Pensaba que me había abandonado… que me despreciaba… ¡Y pretende marcharse sin contarme la verdad! —exclamó furiosa.

—No se atrevía —le dijo Temperance, de pie también—. Sebastian me comentó que no quiere verte porque no está seguro de ser tan fuerte como para dejarte seguir con tu vida.

Anastasia se acercó y le sujetó el rostro entre las manos.

—Tienes que ir tras él, Ofelia. Dorian es terco y si no eres tú quien le abre los ojos…

—¿Y si me rechaza? —preguntó llena de inseguridad.

—No lo hará. Porque te ama. Porque ha estado muriéndose en silencio desde que te dejó marchar.

—Tienes que correr —añadió Temperance con urgencia—. No puedes dejarle subir a ese barco sin saber la verdad. Sin que sepa que tú también lo amas.

Ofelia cerró los ojos un segundo. Luego los abrió. Había fuego en ellos. Determinación.

—¿Dónde está?

—En casa de mi padre. Grafton lo vigila de cerca —respondió Anastasia.

—Entonces… tengo que llegar a él antes de que sea tarde.

Las tres mujeres se miraron. Y por primera vez en mucho tiempo, la esperanza iluminó el rostro de *lady* Ofelia Mabry.

Tenía un plan. Darle su merecido a Dorian Taverham, porque, oh, sí, ese tonto tenía que aprender de sus errores. Ella lo aleccionaría bien y jamás olvidaría lo aprendido.

Capítulo 21

Un reconocimiento… al fin

La bruma de la madrugada aún se aferraba a las verjas de la mansión del duque de Grafton, cuando el carruaje que llevaba a Ofelia se detuvo frente a la entrada. Sebastian la acompañaba porque ya no volverían a dejarla sola nunca. No esperó a que le abrieran la portezuela. No podía esperar. Descendió como un vendaval y subió las escaleras de mármol del edificio del duque con el corazón golpeándole el pecho como si fuese un tambor de guerra. El conde la observaba desde el interior del vehículo con una sonrisa y le deseó suerte antes de regresar a su hogar.

Un criado, atónito por su presencia inesperada, apenas acertó a reaccionar cuando Ofelia ya cruzaba el umbral de la entrada.

—¿¡Dónde está Dorian!? —preguntó con voz firme, resuelta, feroz.

—En el despacho, con su excelencia —le dijo sin darse cuenta de que le respondía.

Ofelia no escuchó más. Corrió. Sus pies resonaban sobre las baldosas. Atravesó pasillos, un salón de cortinas pesadas, una galería repleta de cuadros, hasta que llegó a su destino. Empujó la puerta maciza.

Allí estaba. Él.

Dorian Taverham se encontraba de espaldas, de pie junto a una mesa cubierta de mapas y documentos. Estaba vestido con una camisa blanca, sin chaleco ni chaqueta, y sus botas estaban relucientes. Algunos mechones de pelo le caían rebeldes sobre la frente y la sombra de la barba en la mandíbula le daba ese aspecto feroz y cansado, el de un hombre que no había dormido en semanas. Tal vez en años.

Y tenerlo ahí, frente a ella, fue como si todo el aire del mundo abandonases sus pulmones de golpe. Dorian Taverham. Su terco y tonto caballero sin armadura, cuya piel era tan dura que la protegería sin necesidad de cubrirse con nada. El hombre al que

había amado con cada partícula de su ser, al que había maldecido, extrañado, deseado y odiado en un solo pensamiento. Su lobo. Su cruz. Su condena y liberación.

El corazón se le agitó en el pecho con una violencia primitiva. Como si su cuerpo hubiese recordado antes que su mente lo que era estar cerca de él. Lo que era compartir el aire con ese hombre que la había hecho temblar, reír, arder y romperse como nadie.

Quería avanzar, abrazarlo, gritarle, preguntarle por qué… por qué la había abandonado tras haberle prometido un lugar en su vida. Y, sin embargo, permanecía quieta. Porque tenía miedo. No del rechazo, ni de la humillación. Miedo de que todo aquello fuese una ilusión, un sueño.

Aunque también, en lo más profundo de su interior había un atisbo de esperanza. Una chispa que se había resistido a morir desde que se separaron, porque, incluso en la distancia, su alma le había susurrado que Dorian la amaba con gran intensidad.

Ah, pero era una mujer furiosa en esos momentos, así que tomó una larga bocanada de aire

y se preparó para reprenderlo por su estupidez. Nada de abrazos, besos o caricias… por el momento.

Mientras una mujer buscaba las palabras para reprender a un hombre bobo, el mismo caballero se frotaba los ojos para comprobar que no estaba soñando.

Cuando había oído la puerta, Dorian se había girado, lógicamente. Y al verla, por un instante, su rostro se transformó por completo. Todo el dolor, la culpa, la pena… se convirtieron en asombro. En esperanza. Aunque por un segundo pensó que lo estaba imaginando, que su mente, cruel como siempre, le traía la imagen de Ofelia para torturarlo una vez más.

Pero no. Era ella.

Ofelia.

Su Ofelia.

Parecía un ángel caído, con el cabello suelto, las mejillas enrojecidas por el frío o por el llanto. Entró como si fuese toda una gran aparición, como si los pies apenas le tocasen el suelo. Y durante unos segundos, el mundo entero dejó de girar para él.

La miró y sintió que algo dentro de él se resquebrajaba. Algo que había mantenido con cadenas, encerrado, sellado con rabia, culpa y hasta orgullo.

La amaba. La amaba tanto que le dolía respirar. La amaba con desesperación, con locura, con ternura. Y también con miedo.

Jamás creyó que volvería a verla así, frente a él, tan viva, tan real y tan ¿herida? Dorian leía algo en sus ojos un tanto inquietante. No importaba. Había renunciado al milagro de tenerla para protegerla, para no arrastrarla a la oscuridad que lo habitaba. Y, sin embargo, ahí estaba ella… tan cerca que casi podía oler su perfume, pero a la vez tan lejos como si un océano los separase.

Se sintió indigno. Infeliz. Desnudo. Porque, por mucho que se hubiese preparado para marcharse, verla de nuevo había roto su voluntad en mil pedazos. ¿Cómo podría abandonar a quien más amaba, ansiaba y anhelaba en todo ese maldito mundo miserable? Ella era lo único que le daba paz.

Y solo pensó una cosa: «Si me pide que me quede, no podré irme jamás. Rezo a un Dios, que siempre se ha olvidado de mí, para que me lo pida».

—¿Ofelia? —Todavía no se lo creía.

—¿Esperabas a alguien más, Dorian?

—No, yo… no, claro que no —apuntó muy manso—. ¿Qué haces aquí?

Ella no respondió. Avanzó con paso firme hasta detenerse frente a él.

—¡Ibas a marcharte! —lo acusó, sin preámbulos. Su voz no temblaba, sus ojos ardían—. Sin decirme una palabra. ¡Cobarde! —gritó más fuerte.

—Yo… —Dorian intentó hablar, pero el nudo en su garganta era demasiado fuerte. Además no sabía que ella pudiese tener ese carácter. Estaba gloriosamente furiosa. ¡Furiosa con él! Y eso solo podía significar que le importaba, ¿no?

—Habla —lo azuzó. Ella parecía una loba y él un cordero.

—Solo… Yo… no quería ser un lastre para ti.

—¿¡Un lastre!? —chilló indignada.

—Quería que fueras feliz.

—¿¡Y quién eres tú para decidir qué es lo que me hará feliz!? —gritó una vez más, en esa ocasión mientras le golpeaba el pecho con ambas manos—. ¿¡Quién demonios te crees que eres, Dorian Taverham, para decidir por mí sobre mi futuro!? Me ofreciste la luna aquella noche, luego me dejaste a un lado como si no valiese nada, después me entero de que pretendes marcharte porque consideras que es lo mejor para mí. ¿¡Quién te crees que eres para tratarme así, Dorian Taverham!? —Toda la rabia que había estado conteniendo salió sin poder evitarlo.

—Dios santo… estás aquí, Ofelia. Estás aquí… —murmuraba él aunque ella no le prestase atención.

Él no se defendió. La dejó golpearlo. Incluso dejó que una lágrima caprichosa y llena de emoción le resbalase por la mejilla. Dorian no era consciente en verdad de todas las emociones que se agolpaban en su interior.

—Te amo… —dijo Ofelia, con la voz llena de dolor—. Te amaba cuando fuiste cruel. Te amaba cuando creía que me habías rechazado. Te amaba cuando pensé que me habías olvidado. Y aún te amo… maldito seas… ¡te amo! Y si Temperance y

Anastasia no hubiesen intervenido te habría perdido para siempre. ¡Te odio, Dorian! —le chilló tras ese último pensamiento.

Se derrumbó sobre su pecho. Y fue como si el mundo entero se detuviera.

Dorian la rodeó con los brazos. La dama temblaba, no menos que él. Cerró los ojos, hundió el rostro en su cuello, aspiró su perfume a lavanda, y por primera vez en su vida, se permitió llorar en silencio. Eran lágrimas de alivio, eran de alegría, era… felicidad en estado puro.

—Perdóname —susurró él, para pasados unos minutos acabar arrodillado ante ella—. Perdóname, mi amor. Por cómo te hablé. Por cómo te traté. Por haberte hecho sentir que estabas sola después de haberte hecho el amor, pues debí haberte sostenido con mi alma. Fui un cobarde. Me moría de amor por ti, tenía miedo de que si te dejaba conocerme sin ocultarte nada me dejases a un lado. No soy bueno, Ofelia. Estoy hecho de sombras, dolor y venganza. Y luego… luego tu padre te apartó de mí y el destino te puso delante de un hombre que vale mil veces más que yo. Y creí que apartándome te salvaría… y solo conseguí destruirnos a los dos.

Ella se arrodilló también, frente a él. Le sostuvo el rostro con ambas manos.

—Podría matarte, Dorian. No sabes lo que me has hecho al tomar una decisión que no solo te correspondía a ti. He estado a punto de aceptar a Charles… porque pensé que tú no me querías. Me convencí de que yo solo había sido un capricho para ti. Me hiciste creer que solo fui una más en tu cama.

—¡Jamás! —bramó Dorian, alzando la voz—. ¡Jamás ha habido nadie como tú! Ni antes… ni después. Me hiciste arder, pero me mostraste lo que era el amor. Lo que sentí contigo… fue amor, fue entrega… fue el fuego que me salvó de mi propia oscuridad. Y fui un necio por no habértelo dicho cuando terminé de amarte con mi cuerpo. Te he visto esta noche en casa de mi hermano, he tenido que ir a comprobar si eras feliz, si el capitán te lo daría todo. Y creí que… Yo… Dios mío, Ofelia… Bailabas un vals con él y quería matarlo, destruirlo todo. Obligarme a dejarte en paz ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en toda mi vida. Difícil y tremendamente doloroso. Pero estás aquí… has venido a buscarme… —señaló desgarrado.

Ofelia se inclinó. Colocó su frente sobre la de él.

—No quiero a otro. No puedo amar a nadie más. Te amo, Dorian. Con todas tus cicatrices, con tus errores, con tus silencios y tus sombras.

Él le enarcó el rostro y la sujetó con devoción.

—Prometo no volver a alejarme. Prometo hacerte reír cada día. Prometo quemar el mundo si alguien vuelve a hacerte daño. Y sobre todo… prometo quedarme, Ofelia. Quedarme a tu lado hasta que expire mi último aliento. Lo haré si tú me dejas, y te juro por mi vida que esta vez no daré ni medio paso atrás. No me apartaré. No puedo hacerlo porque has venido a buscarme, porque ahora sé que yo te importo.

—¡Claro que me importas, tonto! —lo reprendió, para luego besarlo.

Fue un beso urgente. Profundo. No únicamente contenía deseo, sino necesidad. Redención y amor.

Dorian la abrazó con fuerza, como si quisiese fundirse con ella. Eso logró. Se fundía con Ofelia sin poder dejar de besarla, sin dejar de susurrar su nombre como una plegaria. Y Ofelia supo, en ese instante, que el mundo podría venirse abajo…

pero mientras estuviera entre sus brazos, nada más importaba.

—No te vayas a ningún lado —susurró—. Quédate. Conmigo. Por favor, Dorian.

—Para siempre —respondió él, con una sonrisa rota de emoción—. Porque sin ti… no sé vivir. Sin ti no quiero vivir, Ofelia.

Y el lobo, por fin, había encontrado a su compañera.

Todo era perfecto. Todo era idílico hasta que se escuchó un carraspeo en la estancia. Un carraspeo discreto, pero lo bastante firme como para parecer un cañonazo en mitad de la noche.

—Lamento la interrupción —dijo el duque de Grafton con absoluta falta de arrepentimiento en el rostro—, pero no he podido evitar presenciar este conmovedor reencuentro, porque haberle recordado a Dorian mi presencia antes hubiese sido un crimen. Debo señalar que ha sido precioso, una reconciliación épica.

—¡Oh, cielos, Grafton! —exclamó mortificada Ofelia, quien trató de escapar del agarre de Dorian. Por supuesto que él no le permitió la

retirada. El lugar de ella estaba a su lado, pegada a él. Ambos se pusieron en pie. Ella estaba muy avergonzada. Dorian se mostraba pletórico.

—Supongo que su orgullo ducal habrá sufrido un duro revés, excelencia. Todo el mundo sabe que no se le puede hacer el vacío a un noble de su alcurnia. Debe ser delito o algo similar. Nos disculpará por habernos dejado llevar, imagino.

—Ha valido la pena ver a un muchacho, que una vez se rio de la devoción que le profesaba a mi difunta duquesa, no hace demasiado debo añadir, acabar rendido por amor. Así que estás absuelto por olvidarte de que había un duque en la sala. ¡Quién iba a pensar que te verías en semejante tesitura! —exclamó burlón.

Dorian le mostró media sonrisa.

—Está bien, se lo diré porque sé que está deseando escucharlo ¿eh? Ahí va: usted tenía razón y yo no.

—Ah, ahí otra confirmación de que te has vuelto más sabio Dorian Taverham.

—Haga el favor de retirarse, excelencia. Nosotros haremos lo mismo, con su permiso, por

descontado. Nos retiraremos juntos… seremos sus invitados, lo cual, estoy seguro, no será un inconveniente.

—Veo que tratas de manejarme a tu antojo, Dorian. Sé bien que te importa un pimiento agrio mi permiso, piensas hacer lo que te venga a en gana, me parezca bien o no. De acuerdo. Descansad ambos Supongo que no os molestará que me encierre en este despacho una hora más mientras… termináis vuestra conversación privada.

—Que sean tres —lo corrigió Dorian.

—Arrogante incluso cuando eres feliz, chico. Una vez mantuve una conversación privada con mi duquesa durante cuatro horas y media —apuntó con orgullo.

—¿Grafton? —inquirió Ofelia, sorprendida porque esperaba que el duque la mandase de inmediato de regreso a casa de Ashbury. En cambio… ¿al padre de su mejor amiga le parecía bien lo que Dorian acababa de proponer?

—No te sorprendas tanto, querida. También fui un joven igual de enamorado que el hombre que parece que no te soltará mientras viva. —Los ojos del duque bajaron hasta el lugar por

donde ese hermano Taverham tenía bien agarrada a la dama.

—Puede apostar a que no lo haré y ganará una fortuna, Grafton —le informó Dorian.

—Por supuesto. Las buenas reconciliaciones necesitan algo de intimidad y, además, tengo la obligación moral de asegurarme de que un tonto como tú no vuelva a tomar una decisión absurda sin consultarlo con su inminente esposa.

—¿Inminente dice? —repitió Dorian con humor—. ¿Un duque tiene la potestad de organizar la vida de los demás? —inquirió sin abandonar la diversión.

El duque alzó las cejas, fingiendo sorpresa.

—Este que figura ante ti la tiene. He estado guardando con celo la licencia especial que una vez me ordenaste conseguir. Creo que mañana será un buen día para hacer uso de ella.

—¿Le ordenaste a Grafton…? —comenzó a preguntar Ofelia.

—No fue ninguna orden. Fue una petición —le explicó él, sin dejar de mirar al duque, que se veía complacido con lo que tenía delante.

—Sí que pensabas casarte conmigo… —susurró ella al comprender que Dorian fue sincero aquella noche.

—¡Claro que iba a casarme contigo! Eso jamás estuvo fuera de discusión —saltó indignado él.

—Perfecto, los tres estamos de acuerdo. Mañana mismo, lo más pronto posible, habrá una boda. Será muy parecida a la de mi Anastasia, porque no tenemos mucho tiempo para organizar algo por todo lo alto… Además, no me fío de ninguno de vosotros dos —los acusó el duque—. Cuanto antes deis el paso mejor para toda la familia.

Y sin decir más, el duque se volvió a sentar en la silla frente a su escritorio y ambos se dieron cuenta de que acababan de ser despedidos, aunque contaban con la bendición de Grafton para… Sí. Para sellar las promesas del único modo posible. Con una larga conversación privada…

El menor de los Taverham se volvió hacia Ofelia con la mirada encendida.

—Dorian… —susurró Ofelia, con el rostro todavía húmedo debido a las lágrimas.

—El duque ha hablado y yo siempre cumplo las órdenes de mis superiores. —Se escuchó una pequeña risa, llena de incredulidad también. Entonces, Dorian Taverham la alzó en brazos con un movimiento rápido, cargándola como si fuese ligera como el aire.

—¿Qué haces? —preguntó ella, aunque no se resistió a la acción.

—Ya te lo he dicho. Hago lo que me han ordenado hacer.

Salieron del despacho, atravesaron el pasillo alfombrado de la casa de Grafton, en silencio. Solo los pasos firmes de Dorian y la respiración agitada de ella llenaban el espacio. Nadie se cruzó con ellos. Quizá porque el destino, por fin, les concedía una merecida tregua.

Empujó la puerta de la habitación que el duque le había asignado. Entró sin titubear y la cerró con el pie. Todo allí era acogedor: la cama ancha, las cortinas de lino, el fuego encendido en la chimenea que proyectaba sombras danzantes por las paredes.

Dorian la depositó con cuidado sobre el borde del colchón. Se quedó mirándola un instante, como si necesitase memorizar cada detalle. La forma en que su cabello caía sobre los hombros. El temblor en sus labios. La vulnerabilidad que ella no ocultaba.

—Dorian… —repitió ella.

—Shhh… No digas nada. Esta vez haré las cosas bien. No solo voy a amarte. Voy a adorarte.

Se arrodilló frente a ella. Le besó las manos con devoción. Luego le cogió el tobillo con suavidad y le desató el zapato. Lo apartó. Repitió la acción con el otro. Subió la mano por su pierna, rozando apenas la piel sobre la media. Cada caricia era una súplica muda, una promesa de redención y… placer.

Ofelia no hablaba. Lo observaba con los ojos llenos de lágrimas y deseo. Cuando él se inclinó hacia adelante y le besó la rodilla, sintió que se deshacía por dentro.

—¿Puedo seguir? —preguntó con voz ronca.

—Hazme tuya, Dorian. Pero esta vez… quédate conmigo después.

Él alzó la vista. Su mirada brillaba como carbón encendido. Se quedó a poca distancia del rostro femenino.

—No pienso irme nunca.

Y entonces la besó.

Dorian la besó como si quisiera grabarla en su alma. Como si temiera que, si se separaban, el mundo se desmoronase a su alrededor.

Su boca buscó la de ella con hambre, pero también con una ternura feroz. El beso creció, se hizo profundo, ardiente, húmedo. Ofelia se aferró a su camisa, la apretó entre los dedos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Cuando él se apartó un instante, ambos jadeaban. Estaban ebrios de deseo.

—Quítame esto —susurró ella, con la voz temblorosa, mientras se llevaba las manos al escote del vestido.

Dorian no dudó. La ayudó a desabrocharlo, lleno de emoción y anticipación. Cuando la ropa cayó y dejó ver sus senos desnudos, él se detuvo a contemplarla. No como un hombre que

deseaba a una mujer, sino como uno que iba a completar su la redención amando a su mujer.

—Eres perfecta —murmuró, con gran admiración.

La besó en el cuello, bajó por su clavícula, le acarició los pechos con la reverencia de un creyente. Los lamió, los besó, los adoró. Ofelia se deshacía bajo sus caricias, le hundía las uñas en los hombros, le suplicaba sin palabras. Cuando se cansó de besarla en todas partes, se puso de pie y se desnudó sin apartar la vista de ella. Ofelia se lo comía con los ojos. Su torso seguía siendo firme, bien definido, con cicatrices. Se puso de pie y se acercó a su lobo. Comenzó a acariciarlo. Los dedos de Ofelia recorrían su piel. Cuando llegaron a la marca que llevaba en el pecho, ella se la besó.

—Te pertenezco, Dorian Taverham. No hay otro como tú. Y a partir de ahora, te pido que consideres esta marca, como si fuese la mía, como si yo me hubiera metido bajo tu piel por aquí. —Le puso la mano sobre esa crueldad que le hizo un padre enfermo y loco.

Él cerró los ojos. Por un momento pareció que iba a romperse de nuevo. La cogió una vez más en brazos, la llevó al centro de la cama y la

recostó con cuidado. Luego se deslizó entre sus piernas, las separó con lentitud, como quien abría un libro sagrado. Ofelia jadeó cuando la acarició con la yema de los dedos, cuando entró en ella con uno, luego con dos, mientras su boca seguía devorando su piel.

Sus dedos la exploraron, primero, suaves, pacientes, hasta que la sintió completamente empapada y dispuesta y el ritmo cambió para ser bastante más intenso y urgente.

—Dorian, por favor…

—¿Por favor qué, mi loba?

—Hazme tuya de verdad. Para toda la eternidad.

Él no necesitaba más. Terminó de penetrarla con los dedos, se posicionó mejor sobre ella, le sostuvo el rostro entre las manos y la miró a los ojos con una intensidad que la dejó sin aliento. Entonces, con un empuje lento y firme, comenzó a entrar en su interior. Llenándola mientras le susurraba palabras dulces al oído. Mientras le recordaba cuánto la amaba, lo mal que estuvo cuando creyó que la había perdido.

Ambos gimieron. No de dolor. De alivio. Lujuria pura. Saciándose al máximo. Llenos de amor.

Dorian comenzó a moverse dentro de ella con un ritmo lento pero profundo y constante. No era una carrera, tampoco una batalla. Era amor, deseo, rendición total. La besaba entre embestidas, le susurraba palabras ininteligibles, se le escapaban promesas entre los dientes.

Ofelia se arqueaba bajo él, le clavaba los talones en la parte baja de la espalda para que no se apartase. Su cuerpo lo acogía con una necesidad desquiciante, cada fibra suya le gritaba que lo necesitaba, que lo amaba, que era él y ningún otro. Dorian Taverham era único.

—No me dejes nunca —gimió ella.

—Aunque me lo pidas alguna vez, no podré hacerlo —le confesó.

La urgencia fue cada vez más apremiante. La pasión crecía como una tormenta perfecta. Los dos cuerpos se fundían, sudorosos, ardientes… inseparables.

El clímax la cogió por sorpresa. Gritó su nombre, se arqueó contra él, creyendo que se partiría

por dentro. Pero no. Ofelia renació. Y cuando Dorian la sintió reaccionar así, se dejó ir también, derramándose en ella mientras emitía un gemido ronco y feroz.

Cuando terminó no se apartó. Se quedó dentro de ella, abrazándola, como si al hacerlo pudiera fundirse por completo con su alma. La cubrió con su cuerpo, con su calor, con su amor. Juntos eran perfectos.

—Te amo, Ofelia. Nunca volverás a dudarlo. Nunca más. Te juro que no te arrepentirás de haberme elegido.

Ella lloró entonces. No podría ser más feliz. La promesa de una nueva vida se acababa de materializar. Porque el lobo había vuelto a donde pertenecía. Y esta vez, iba a quedarse para siempre. Ella lo obligaría si hiciese falta. Con una pistola en la mano si la volvía a desafiar.

Capítulo 22

Dulce como la miel

Al día siguiente, el sol del mediodía acariciaba los jardines de la casa del duque de Grafton con una luz dorada y apacible, como si incluso el cielo quisiese rendirse ante la belleza del momento. La ceremonia no iba a celebrarse en ninguna iglesia, ni en un gran salón. Grafton había insistido en que el amor no necesitaba pompa, sino sinceridad. Y allí, entre los setos recortados con esmero, las buganvillas florecidas y un pequeño altar improvisado con telas blancas y flores de lavanda, todo parecía… perfecto para que una pareja enamorada recitase sus votos.

Así pues, un apuesto novio se preparaba para el gran día.

Dorian ajustaba el puño de su camisa blanca mientras Julian le colocaba, con habilidad y mucha sorna, un alfiler en el nudo de la corbata. Llevaba un conjunto impecable, más sencillo que fastuoso, y sin embargo, jamás se le había visto tan elegante en opinión de Ashbury, quien solo reservaba cumplidos para las féminas de su familia. Sus ojos oscuros se posaban, desde la ventana, cada pocos segundos en el sendero que conducía al jardín, como si necesitase asegurarse de que todo era real, de que todo estaba dispuesto para casarse con la mujer de sus sueños. Con su loba feroz.

—¿Estás seguro de lo que haces, Dorian? —preguntó Sebastian desde su lado, cruzado de brazos, con una sonrisa apenas disimulada. Se estaba burlando de él, y para un conde que solo entendía de severidad y honor, era algo importante.

—Estoy tan seguro como de que necesito respirar. Si alguien me impide convertirme en su esposo… me moriré.

—¿No estás siendo un poco exagerado, hermano? —preguntó Julian.

—Como si tú no fueses a morirte si te separases de Anastasia. —Se quedó un momento pensativo—. No, sí que te vi descender al infierno

cuando ella te mandó a paseo después de haberte casado.

—Tu padre tenía razón, Dorian, eres un bastardo que disfruta burlándose del dolor de sus propios hermanos —se quejó Julian.

—¿Y tú, Sebastian, qué opinas al respecto de tu hermano pequeño? —preguntó lleno de felicidad.

—Pienso que lo hemos hecho jodidamente bien. Los tres hemos sobrevivido al mal del viejo diablo.

—¡Santo Dios, Ash! —exclamó Julian—. ¿Sabe tu esposa que usas ese lenguaje? —se mofó.

—Lo sabe y ella… lo disfruta —reconoció —. Lo cierto es que la hago arder cuando me porto como un hombre deslenguado que…

—Oh, ya basta, Sebastian —lo reprendió Dorian—. Guárdate algo de tus intimidades, ¿eh?

—Supongo que Julian y yo, como tus hermanos mayores, deberíamos advertirte sobre cómo será tu noche de bodas. Verás, Dorian, tú eres como una abejita que…

—Como no te calles te daré un puñetazo —lo avisó Dorian, mientras Julian se desternillaba de risa.

Los tres hermanos se pusieron uno al lado del otro. Como Dorian estaba en el medio, desplegó los brazos y los colocó sobre los hombros de los otros dos.

—No recuerdo ni un solo día en el que no os haya odiado con todas mis fuerzas.

—Sí —estuvo de acuerdo Julian—. Yo también os odio con toda mi alma.

—No más que yo —intervino Sebastian —. Llevo tanto tiempo ocupándome de vosotros que al fin descansaré.

—Estamos bien —dijo Dorian, después de reírse al igual que Julian—. Seguro que el viejo diablo estará retorciéndose entre las llamas del infierno porque nos odiamos con intensidad. ¡Qué gran regalo de bodas!

—Nos odiamos y eso no cambiará nunca —estuvo conforme Julian.

—Sí. Somos Taverham, a cada cual más maravilloso —se irguió y sacó pecho— arrogante —miró a Julian— y malvado —sus ojos se centraron en Dorian.

—Así que tú eres el maravilloso, ¿eh? —cuestionó el novio.

—Pregúntaselo a Temperance si no me crees. Mi esposa tiene razón en todo lo que dice. Ella me considera maravilloso y así es —resolvió el conde con naturalidad.

—Supongo que como a Anastasia le fascina mi arrogancia, a mí no me molesta ser eso que has dicho, Sebastian.

—De acuerdo. Soy malvado, me gusta serlo y a mi inminente esposa parece no molestarle. ¡Bien! Es hora de que me case. Aunque parezca mentira, estoy deseando babear como vosotros dos, besugos, por la mujer que me ha aceptado tal y como soy. Ofelia es la mujer que me debía la vida y la he conseguido.

—La prima de Temperance y mejor amiga de Anastasia te ha domesticado. Tal vez no seas ya un ogro —apuntó Julian.

—¿No lo han hecho mis hermanas con vosotros dos? Sebastian era más frío que un bloque de hielo y tú, Julian, estabas tan perdido que ni con un mapa te hubieses encontrado.

—*Touché* —señalaron los otros dos Taverham.

—Aunque tengo que decir que mi dama no me ha domesticado. No. —Negó Dorian, al tiempo que esbozaba una sonrisa torcida—. Me ha salvado.

Los tres hermanos sonrieron. Dorian acababa de decir una gran verdad. Entonces salieron de la habitación para esperar a la inminente *lady* Dorian o señora Taverham, en función de quien se refiriese a ella.

Mientras, en otra habitación que también daba al jardín, Ofelia daba los últimos toques a su atuendo bajo la mirada emocionada de Temperance y Anastasia. Su vestido era sencillo, de muselina blanca con mangas ligeramente abullonadas y bordados de hilo de plata. No llevaba corsé. Ni tiara. Ni siquiera joyas llamativas. Solo una cinta de raso en el cabello, un ramo de flores de lavanda y aliento de ángel —una planta que usaban las novias— en las manos y una mirada luminosa que lo decía todo con sus hermosos ojos.

—Estás radiante —murmuró Anastasia—. Nunca he visto a alguien tan hermosa. Sabía que lo pondrías de rodillas, Ofelia. Desde aquel día en el parque, cuando te vio por primera vez, supe que habías fascinado a Dorian Taverham.

Ofelia sonrió, nerviosa.

—Sigo sin creer que esto esté sucediendo. Que él… que yo…

—Lleva toda la vida esperándote —añadió Temperance, ajustándole la cinta—. Y no podrá dejar de mirarte desde el momento en el que te vea. Está loco por ti. Anastasia y yo estamos celosas.

—¿Celosas de mí?

—Sí. No nos quejamos, estamos bien con nuestros maridos, pero el inicio de una relación. —Anastasia, quien había tomado la palabra después de que hablase la condesa, suspiró—. Hay algo brutal, crudo y formidable cuando una pareja da los primeros pasos, esa urgencia a la hora de llegar a la cama que…

—¡Anastasia! —la reprendió Ofelia.

—Sí, muéstrate puritana… Como si mi padre no hubiese tenido que dormir esta noche en su despacho por miedo a escucharos mientras…

—Suficiente —la frenó Ofelia—. Hablemos de algo más… decente.

—Como, ¿qué? —preguntó divertida Temperance al ver lo roja que se había puesto su prima con la conversación.

—¿Y si me caigo al caminar?

—Dorian te recogería al vuelo —susurró Anastasia—. Y no permitiría que nadie te mirase mal por ello. Hay una gran verdad en esos tres locos. Nos aman con locura y nos protegerían con su propia vida, ¿no es cierto?

—Sí —estuvieron de acuerdo Ofelia y Temperance.

Ofelia respiró hondo. Todo estaba dispuesto para ir al encuentro de su inminente esposo.

Así que minutos después comenzaría la ceremonia.

Cuando apareció al final del sendero que llevaba al altar, Dorian olvidó cómo se respiraba. Sus pies querían correr hacia ella. Su pecho rugía. Era tan hermosa, tan infinita, dulce y maravillosa… que por un momento temió no ser digno. Entonces ella lo miró. Y esa mirada que solo contenía amor, lo tranquilizó y le hizo recordar que era un hombre por fin amado.

Ofelia avanzó con paso firme, los zapatos que había ordenado confeccionar Temperance para ella eran de gran ayuda. Grafton iba a su lado, se la entregó al novio como si fuese un tesoro. Y antes de separarse de la pareja, murmuró:

—Hazlo bien, muchacho. O cumpliré lo que una vez te dije que haría si no estabas a la altura. Confío en que no hayas olvidado ninguna de nuestras conversaciones, ¿me entiendes?

Dorian asintió. El duque prometió matarlo en su momento.

—No pienso fallar —respondió él sin apartar la vista de su prometida.

El oficiante, el mismo ministro de Dios que celebró la boda de Anastasia y Julian, amigo personal del duque, comenzó leyendo unas palabras

sobrias y hermosas. Nadie lloró a moco tendido, pero sí se escucharon algunos sollozos discretos, producidos por las damas. Y cuando Dorian le cogió la mano a Ofelia y repitió las palabras del juramento, su voz vibró:

—Te elijo a ti, Ofelia. En el bien, en el mal. En la luz y en la sombra. Y prometo que, mientras tú quieras, seré tuyo. Solo tuyo. Y aunque no quieras también.

Ofelia no podía hablar sin romperse. Así que asintió. Y él, sin esperar, la besó con dulzura. Con respeto. Con devoción. Fue un beso breve, pero tan perfecto que pareció hacer estremecer a las raíces mismas del jardín.

Grafton aplaudió el primero. Sebastian lo siguió. Julian silbó. Y entonces todo el mundo estalló en mil vítores.

Dorian no la soltó en ningún momento. Y Ofelia, que había creído que nunca sería merecedora de un final feliz, supo entonces que se equivocaba. Porque a veces, cuando una mujer tomaba las riendas de su historia y luchaba por lo que amaba, el destino no tenía más opción que rendirse ante los deseos de ella.

Y esta vez, el destino había cedido ante el amor de una loba y su lobo.

El banquete siguió con normalidad. Aunque la familia se dio cuenta de que Grafton había desaparecido igual de rápido que Ofelia y Dorian antes de que se cortase la tarta. Lo de la feliz pareja era comprensible, ¿pero dónde diantres se había metido el padre de Anastasia?

***

El duque de Grafton había cumplido su cometido. Las tres muchachas, incluida su propia hija, estaban asentadas. Era hora de pasar a cosas más productivas. Su barco salía al día siguiente y tenía planes para los documentos que Dorian había conseguido. El novio no tenía tiempo para vengarse, estaba recién casado y se debía a… satisfacer por entero a su flamante esposa. Pero Grafton… el duque tenía ganas de conocer los Estados Unidos de América y nunca le había gustado demasiado la soledad. Así que cuando la pareja dejó el festejo, él aprovechó el momento también para seguir con sus planes.

El sonido de los cascos del caballo del duque de Grafton retumbó con elegancia medida sobre la grava del camino principal que conducía a la casa del capitán Charles Everdon. No había avisado de su visita. No iba escoltado por ningún lacayo con librea tampoco. El asunto que lo traía hasta la guarida del rival de Dorian era delicado.

La puerta de la residencia se alzaba frente a él, austera y sólida, como el carácter de su dueño. Un criado abrió con discreta eficiencia y, cuando el duque preguntó si el capitán se hallaba en casa, la respuesta fue ambigua, así que tuvo que hacer valer su superioridad para ser atendido:

—Dígale que tiene visita —ordenó con calma—. E infórmele de que al duque de Grafton no le agrada que lo hagan esperar.

Rápidamente el sirviente del capitán le llevó el mensaje a su patrón y regresó para conducirlo hasta un salón donde el fuego ardía sin ostentación, el mobiliario era sobrio y las paredes estaban cubiertas de libros y mapas. Unos minutos después, Charles Everdon apareció, con la chaqueta desabotonada, la mirada cauta y esa elegancia sobria que parecía formar parte de su uniforme natural.

—Vaya, vaya. Su Gracia en mi humilde morada. Si ha venido por cortesía, ha escogido mal el destinatario. No soy hombre de grandes visitas.

—Y sin embargo me recibe con el cuello recto y el mentón en alto, como corresponde a un hombre que finge estar en pie cuando por dentro se derrumba. No se ofenda, entiendo de amor, y un poco de desamor.

Charles alzó una ceja.

—¿Ha venido a insultarme, excelencia?

—He venido a ofrecerle una oportunidad —respondió Grafton, al tiempo que tomaba asiento sin esperar invitación—. Y también a decirle que sé lo que hizo por Ofelia. Y cómo lo hizo. Nosotros, Dorian, Sebastian, Julian y yo mismo, también teníamos un plan que hubiese salido con la misma precisión que el suyo, si hubiésemos llegado unos minutos antes que usted, por supuesto. Es rápido, Everdon, y honorable. Enhorabuena por eso.

Un músculo en la mandíbula del capitán se tensó, pero no replicó.

—¿Espera un halago por haber llegado el segundo, excelencia?

—Los halagos y los duques se llevan bien, pero no. No estoy aquí por nada relacionado con eso.

—¿Y ha venido a acusarme de algo?

—He venido a darle las gracias. —Charles lo miró confundido. Conocía al duque porque era uno de los guardianes de Ofelia, lo fue antes de que ella se refugiase en casa de *lady* Ashbury al menos—. Lo que hizo fue honorable. Arriesgado. Y peligroso. Muchos habrían dejado que otro hombre se ocupara, porque Ofelia no lo había elegido. Usted no. Usted fue. Actuó. Salvó a mi muchacha porque creyó que eso le daría ventaja sobre su rival. —Su voz se volvió más grave, menos distante—. Lamento que no funcionase.

—No mienta, excelencia. Todo el mundo en Londres está al corriente de que se codea con los Taverham y que tiene especial cariño por el menor de los hermanos.

—De acuerdo, no lo haré. Debe saber que la pareja se ha casado esta misma mañana.

—Comprenderá que la noticia no me alegre.

—Desde luego, pero supongo que tampoco le sorprenderá. Y ahora quiero saber si está dispuesto a salvar a la dama pese a que no lo haya elegido ni incluso después de demostrarle su valía como guerrero.

Everdon inclinó ligeramente la cabeza, intrigado.

—¿Salvarla de qué?

—De su padre.

Un silencio. Uno pesado. Uno que olía a pólvora y a decisiones irrevocables se instauró en la estancia.

—¿Está el desgraciado en Londres?

—No, se cree a salvo. Pero usted y yo vamos a ir a buscarlo para impartir justicia.

—¿Eso vamos a hacer?

—¿Prefiere quedarse y lamentarse? Le estoy ofreciendo la posibilidad de disfrutar de un viaje y de convertirse en juez, jurado y… verdugo.

—¿Qué ha planeado?

—Ir a buscar a Mabry, ya se lo he dicho. El barco sale mañana mismo hacia América, ¿cuento con usted?

El capitán no respondió enseguida. Se acercó al mueble bar y sirvió dos copas de *brandy*. Le ofreció una al duque, que la aceptó sin una palabra de agradecimiento. Luego se apoyó en la repisa de la chimenea, en silencio.

—¿Puedo saber qué planea hacer con el padre de la dama, excelencia?

—Se lo diré cuando jure por su honor que me acompañará y será discreto.

—Tal vez me dé más crédito del que merezco, excelencia.

—Llámeme Grafton, Everdon. Tiene derecho a hacerlo, puesto que seremos compañeros de viaje y… de diversión en forma de venganza.

—¿Tan terrible es lo que planea hacer que se niega a informarme antes de acceder?

—No puedo matarlo —dijo Grafton para después emitir un largo suspiro—. No puedo ahorcarlo, ni arrastrarlo por Boston, lugar en el que

sé que está, atado a un caballo. Aunque le confieso que a veces, cuando recuerdo cómo la vendió… me cuesta no imaginar la grandiosidad de todas esas ideas.

—¿Entonces?

El duque bebió un sorbo. Dejó que el silencio hablara antes de proseguir.

—Dorian ya se ocupó de Hargrove mientras usted trataba de robarle a su novia.

—¿Eso estuvo haciendo? —inquirió con cierto escepticismo.

—Lo acorraló y lo retó a duelo días después de que salvase usted a Ofelia. Hargrove lo aceptó… aunque digamos que ni el muchacho ni yo le hubiésemos permitido no hacerlo. Fue un duelo un tanto singular. Dorian tuvo un padrino, mientras que el villano estuvo solo. Lo venció con una facilidad que lo enfadó.

—¿Lo mató?

—La muerte, para muchos, es el fin. Para otros, como para Dorian o para mí mismo, un castigo demasiado fácil para quien la merece. No. No

lo mató. Lo avergonzó, lo hizo suplicar por su vida y luego lo embarcó.

—¿A dónde?

—A un lugar al que van todos los indeseables que se enfrentan a un destino peor que la muerte.

—¿Australia? —se aventuró a conjeturar.

—Sí —le confirmó el duque—. Ofelia está segura porque ese hombre no hubiese descansado hasta perpetrar su venganza. Allí donde Hargrove debe estar ya, no le quedará nada. Ahora bien, hay un cabo suelto y un recién casado tiene otras preocupaciones más placenteras de las que ocuparse. En cambio, yo tengo tiempo y ganas de divertirme. Usted está solo y también podría… divertirse.

—¿Quiere enviar a Mabry a Australia? —conjeturó.

—Lo hubiese hecho, pero me dieron una idea mucho mejor. Más… retorcida. Justicia poética. Eso será cuando la misión esté completada. ¿Vendrá o se quedará aquí compadeciéndose de su suerte? He oído que las americanas son más salvajes que nuestras rosas inglesas…

Charles sonrió, casi con tristeza.

—Me ha costado comprenderlo. Esa mujer nunca fue para mí. Yo solo fui el puente para que ella encontrara el camino correcto.

—El que lleva a Dorian —asintió el duque —. Por eso estoy aquí. Tengo a un par de hombres preparados. Pero necesito a alguien de su experiencia, su templanza… y su cólera silenciosa.

—¿Tendré que hacer yo todo el trabajo, excelencia?

—En realidad le he adornado un poco la invitación. Ya sabe, para tentarlo. Yo me basto para cazar a Mabry.

—¿Entonces?

—Usted es muy parecido a Dorian.

—Eso sí es un insulto.

—Me refiero a que es usted un tipo que se toma la justicia por su mano. No pide permiso para actuar y lucha. Verá, capitán, a mis años, uno ya no ve en las mujeres lo que un hombre de su edad busca. Perdí a mi duquesa y no tuve intención de

volver a casarme cuando eso sucedió. En cambio, encontrar a un buen compinche, por decirlo de alguna manera…

—¿Quiere que yo sustituya a Dorian?

—En absoluto. Quiero que cacemos juntos. ¿Lo ha olvidado? Villanos o presas… no dista tanto la emoción que uno siente, pero en ambos casos se disfruta más cuando se tiene la compañía adecuada.

Charles lo observaba con recelo, pero su mirada se apreciaba sincera.

—Me tiene medio convencido. Lo que ha dicho sobre lo salvajes que son las americanas… supongo que debería informarme bien sobre dicha cuestión. Ahora dígame qué planea hacer cuando encuentre al conde de Mabry.

—Atrapar a la rata será lo primero —repuso Grafton, alzando la copa—. Luego llevaremos a ese cobarde al infierno como una ofrenda. Concretamente, a un burdel masculino que tengo localizado en Nueva Orleans, especializado en tratar a hombres como mercancía. —El duque hizo una pausa —. Fue idea de Dorian, por cierto.

El militar no lo juzgó con la mirada. No hubo sorpresa tampoco. Solo hizo un leve asentimiento de cabeza. Grafton sonrió. Había juzgado bien al capitán.

—Suena… justo.

—Suena inevitable —lo corrigió el duque.

Ambos bebieron un último trago.

—¿Y si ahora le dijese que me niego? —preguntó Charles.

—Lo acusaría de mentir, Everdon.

—¿Tan seguro está de que comparto su sed de justicia, Grafton?

—No —dijo el duque, al tiempo que se ponía en pie—. Estoy seguro de que aún la ama. Y los hombres que han actuado como usted lo hizo por Ofelia… no pueden vivir sabiendo que su verdugo sigue libre. Haga las maletas. El barco zarpa antes del amanecer. Nos veremos en el muelle.

Charles suspiró.

—Usted se parece a mi padre.

—¿Es porque era un duque?

—No, porque su palabra era la ley, como por lo visto es también la suya. Yo no me llevaba bien con mi padre. Fue por él y por Mabry que nuestros caminos se separaron.

—Seremos grandes amigos, Everdon. Hice un voto de castidad, que ni he roto ni romperé, cuando perdí a mi esposa, pero eso no significa que no aprecie, de vez en cuando, la compañía de una mujer. Verá en mí a un aliado sin competencia. Ayudé a los Taverham, en mayor o menor medida dependiendo del caso, a casarse. Tal vez, si se porta bien, haga lo mismo por usted.

—¿Un duque que gusta de ejercer de casamentera?

—¿Un capitán que lleva tantos años en el ejército se quedará en tierra lamentando su suerte? —rebatió él con seriedad.

—Me llevaré a un par de mis hombres conmigo.

—Estupendo. Si son la mitad de interesantes que usted, será un viaje todavía más

divertido. El equipaje debe estar listo para medianoche.

—Tenemos un trato.

—No hubiese venido a verle si no supiera de antemano que aceptaría mi proposición.

—¿Cómo estaba tan seguro?

Grafton le sonrió.

—Porque soy un duque muy inteligente. Hasta pronto, capitán.

El padre de Anastasia se dirigió hacia la salida, pero antes de cruzar la puerta, Charles le preguntó:

—¿Y si morimos en el intento?

Grafton giró ligeramente el rostro, sin dejar de andar.

—Entonces será un buen final, ¿no está de acuerdo? Aunque… ¿un duque y un fiero capitán? Venceremos y Mabry lo lamentará el resto de su miserable y triste vida.

Y se marchó.

Charles Everdon se quedó en silencio. El *brandy* se calentaba en su mano. El fuego crepitaba. Y volvió a sentir que su vida tenía un nuevo propósito.

Al día siguiente, una nueva misión lo esperaría al otro lado del océano. Pero esta vez, lo acompañaría un duque de lo más extraño. Sí. Sin lugar a duda, ese iba a ser un viaje interesante.

Epílogo

Familia y… venganza

Meses después.

La finca de Northdown Hill amanecía cubierta por una bruma suave que se elevaba desde los campos recién arados. A lo lejos, entre las colinas, se alzaba una casona de piedra clara, con contraventanas azules y un jardín que ya comenzaba a florecer. El rosal que Dorian había plantado nada más llegar seguía resistiendo los embates del clima norteño, testarudo como él. Y junto a las flores, como cada mañana, se agitaba una hilera de lavandas que a Ofelia le gustaba oler al abrir las ventanas.

Una risa cristalina se escuchó desde su posición.

Dorian Taverham cerró la carta que acababa de recibir y la apoyó sobre la mesa de su escritorio. La sostuvo unos segundos, como si le costase soltarla. De hecho, no la soltó. Luego se levantó de su asiento y caminó hasta la ventana, lugar desde donde contempló el interior de su propio despacho en vez del exterior. Ante sus ojos tenía la escena más perfecta que la vida le había concedido jamás.

En la mecedora junto al fuego, Ofelia lo miraba con una sonrisa fatigada, pero luminosa. Sus cabellos dorados estaban recogidos en un moño sencillo, sus mejillas tenían el sonrojo propio de una mujer orgullosa, y sus ojos azules centelleaban como el cielo despejado. Tenía una mano sobre el vientre abultado. Muy abultado. En cualquier momento, ese pequeño Taverham que los desvelaba de noche con sus pataditas, haría su gloriosa entrada al mundo.

—Resulta extraño que te acerques a la ventana para no mirar por ella, Dorian.

—El paisaje que tengo en mi casa es infinitamente más sugerente que el que encontraré fuera. Sabes que me gusta contemplarte a todas horas, mi amor.

Ofelia se fijó en el pedazo de papel que tenía en la mano derecha.

—¿Noticias buenas o malas? —preguntó ella, con voz risueña.

—Grafton. Desde el frente americano —respondió Dorian, mientras regresaba con paso lento hasta su mujer y se arrodillaba a su lado.

Le cogió la mano y la besó con devoción.

—¿Del duque? —insistió Ofelia, sin poder contener su curiosidad.

—¿Quién si no? —sonrió él, antes de comenzar a leer en voz alta con tono fingidamente ceremonioso—. «Querido Dorian, por fin podemos afirmar que la caza ha concluido. El zorro ha sido atrapado. Nos llevó más tiempo del previsto, ya que el muy cobarde se camufló entre los colonos del norte, haciéndose pasar por pastor metodista. Abandonó Boston en cuanto escuchó que un duque acababa de llegar a la ciudad. Hice mal en subestimarlo. Costó desenmascararlo, pero finalmente lo localizamos. El plan fue ejecutado tal y como lo acordamos, y puedo decirte, con la tranquilidad de un hombre en paz con su conciencia,

que el padre de tu amada esposa ha recibido lo que se merecía, ni más ni menos».

Ofelia alzó una ceja, muy seria.

—¿Debo preguntar cuál fue el castigo?

—Puedes preguntar siempre lo que desees, porque como he aprendido a que no tengo que ocultarme de ti, seré sincero contigo mientras viva. Así que digamos que tu padre ha terminado comprendiendo lo que es convertirse en mercancía… —Dorian le acarició el vientre con ternura—. No entraré en detalles, mi amor, estás demasiado hermosa para hablar de cosas tan sucias.

—Dímelo, Dorian —le ordenó.

Él no valoró callarse la información. Se la ofreció de inmediato:

—Fue vendido en un burdel donde los hombres pagan por acostarse con los de su mismo género. A Mabry, nadie lo salvó.

—Dios santo… —Dorian se negó a preocuparse por la reacción de su mujer. Ofelia suspiró y agitó los hombros—. Y pensar que jamás imaginé que acabaría enamorada de un lobo

vengador con corazón de héroe. Eso sin olvidar que el duque fuese tan… espectacular como ha resultado ser.

—No soy ningún héroe —refunfuñó él.

—No, claro que no. Solo eres el hombre que me besó como si me devolviera la vida y que me ha hecho madre —le recordó ella, con una sonrisa.

Dorian apoyó la frente sobre su vientre, sintió el movimiento de su hijo. Cerró los ojos.

—Me has dado una familia. Nunca supe cuánto ansiaba algo así hasta que te vi dormir en esta casa por primera vez, con la barriga apenas redonda y las pestañas mojadas por alguna tontería que soñabas.

Ofelia le acarició el cabello.

—Sigue leyendo, quiero saber qué más dice Grafton de su periplo por el Nuevo Mundo.

Él obedeció:

—«Respecto al capitán Everdon, puedo asegurarte que goza de excelente salud. Y algo mejor: ha prometido casarse con una dama

americana un tanto salvaje, de nombre impronunciable y carácter volcánico. Se conocieron en una partida de cartas donde ella lo desvalijó por completo. Desde entonces, es incapaz de mirarla sin sonreír. Así que, por fin, también él tendrá lo que merecía: una mujer fuerte, su igual».

—¡Oh! —exclamó Ofelia, riéndose—. Me alegro tanto por Charles… Y también por el duque. Aunque debo confesar que sigo sin creerme que él mismo se embarcara rumbo a América. ¿No fue Julian el que gritó que el padre de su esposa se había vuelto loco cuando nos enteramos?

Dorian sonrió con picardía.

—Julian gritó eso, sí. Y Sebastian se atragantó con el *brandy*. Temperance no pudo hablar y Anastasia dijo que no se sorprendía en absoluto. Pero lo mejor fue tu cara, amor mío. Nunca vi a nadie tan estupefacta. Ni cuando me viste por primera vez y te enamoraste de mí, sin remedio, en Hyde Park.

—¡Tonto! —Ofelia se rio, al tiempo que le daba un pequeño manotazo—. Nadie esperaba que el duque más serio de Inglaterra se embarcara, sin decirnos ni una sola palabra, en un barco rumbo a América y en compañía del capitán Everdon, ni más ni menos. Todo en nombre de la justicia, supongo.

—Y sin embargo, lo hizo. Porque sabía que tú no estarías en paz hasta que tu padre pagara. Porque nos quiere como si fuésemos sus hijos. Y porque, en el fondo, el viejo Grafton siempre fue más pirata que político.

—Mabry ha obtenido lo que merecía. El duque lo hizo por ti también. Estoy segura de que esta noche dormirás en paz al igual que yo. Te conozco bien, no lo olvides.

—Sí, eso también es verdad. Supongo que Grafton se imaginaba que yo no descansaría hasta que se impartiese justicia. Está en mi sangre, Ofelia. No puedo quedarme de brazos cruzados cuando alguien que me importa sufre a causa de la maldad. Y si el duque no se hubiese ocupado, yo mismo habría tenido que hacerlo.

—Y por eso te amo tanto. No te juzgaré jamás —le prometió. Ofelia dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón. Se miró el vientre y suspiró—. ¿Dice cuándo volverá a Londres?

Dorian volvió a leer:

—«Planeo regresar pronto. No me perdería por nada del mundo la oportunidad de conocer a mi segundo nieto. Anastasia me ha dicho

que el bebé ya ha comenzado a gatear, al igual que el heredero de Ashbury y temo que el vuestro llegue corriendo para alcanzarlo. No le pongáis al muchachito un nombre ridículo. Y no permitáis que Julian apadrine a ninguno, no está preparado; los consentirá demasiado. Con afecto, Grafton».

Ofelia soltó una carcajada.

—Es el mejor de los duques, estoy segura.

—Es un buen hombre. Es el único que ha sabido soportarme sin darme un bastonazo y, eso que me esforcé mucho para probar su paciencia. Debe ser infinita. —Se quedó un momento pensativo—. Bueno, es el padre de Ana, Grafton ha tenido que soportar lo indecible con ella y luego con Julian. Supongo que conmigo fue más fácil.

Ofelia se rio una vez más.

Dorian se puso en pie. Se inclinó hacia ella, le besó la frente, luego el vientre, y por último los labios. Fue un beso dulce. Cálido. Propio de dos personas que habían atravesado el infierno juntos y se habían reconstruido con cada herida.

—Te amo, mi lobo.

—Gracias por haberme elegido —susurró él.

—Gracias por quedarte —respondió ella.

Fuera, el sol se alzaba poco a poco sobre los campos. El perfume de la lavanda flotaba en el aire y los ruiseñores entretenían con su canto.

Y dentro de aquella casa donde el lobo encontró su guarida, Ofelia sabía, sin lugar a duda, que el amor verdadero existía. El que compartían Dorian y ella había sido forjado en el fuego, nacido del dolor, bendecido por la lealtad y sellado con cada promesa que él, su hombre feroz, cumpliría mientras le quedase aliento.

Fin.

Hablemos de la **trilogía**

«Casarse con un conde»

Un acuerdo desesperante

(Hermanos Taverham nº 1)

Link: https://mybook.to/OsUAh



Bienvenidas a esta nueva serie ligera de Verónica Mengual protagonizada por los Hermanos Taverham *que, a cada cual más maravilloso, arrogante y malvado, hará suspirar a las lectoras que aman el romance histórico ambientado en el Londres del siglo XIX.*

El **conde de Ashbury**, **Sebastian Taverham**, acaba de tomar posesión de su título y tiene que cumplir con las obligaciones que ello conlleva. Tiene treinta y cinco años, y está más que preparado para ponerse al timón, no obstante, cuando su administrador le explica que las arcas familiares están vacías y que los prestamistas no tardarán en llamar a la puerta de su casa, Ash -tal y como lo llaman sus allegados- no tiene otra opción que navegar por las aguas infestadas de tiburones del mercado matrimonial para buscar, lo antes posible, a una dama con la suficiente fortuna como para sacarlo del atolladero.

La señorita **Temperance Miller** no ha llegado a los veinticinco años sorteando a molestos pretendientes para caer en la trampa que intenta tenderle ese pícaro que malgastará toda la herencia que le legó su padre. No piensa casarse con ese petimetre, de tal modo que, cuando le ofrecen un

acuerdo de lo más ventajoso para librarse de la condena, decide aceptarlo sin pensárselo dos veces.

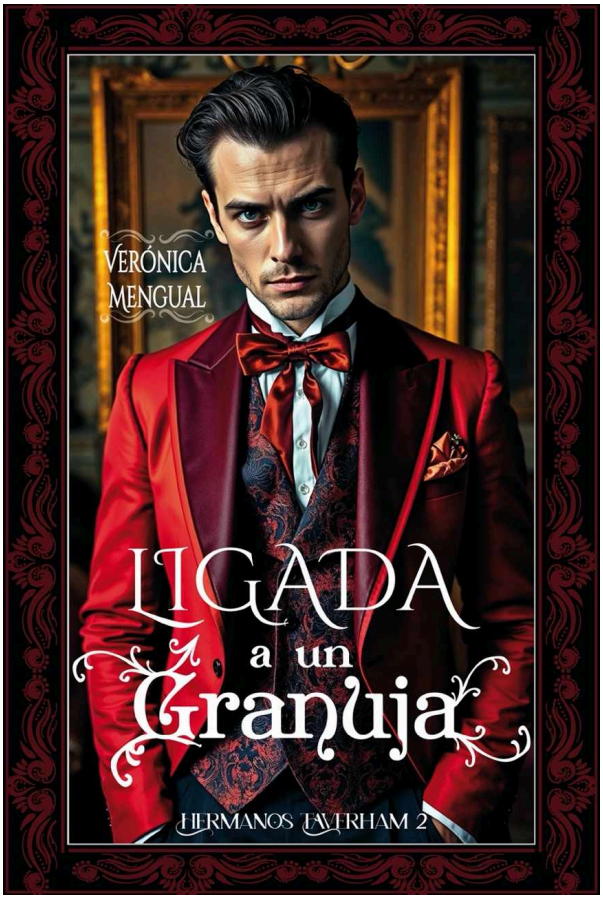
Casarse con un conde mortalmente apuesto y seductor que le ofrece cierta libertad, resulta más adecuado que acabar ligada a un patán insensible. Aunque los planes nunca salen bien y los acuerdos no siempre son fáciles de cumplir…

«Ligada a un granuja»

Una trampa del destino

(Hermanos Taverham nº 2)

Link: https://mybook.to/XHWeAe



En medio de una concurrida fiesta de la alta sociedad, **lord Julian Taverham** tiene una cita clandestina en la biblioteca con una experimentada viuda a la que lleva cuatro largos meses tratando de seducir. Ansioso por el devenir de su *tête à tête,* se presenta en el lugar acordado a la hora indicada, hasta ahí todo correcto. No obstante, la muchacha que le ruega con desesperación que la bese, no es ni de lejos la mujer con la que él pensaba reunirse.

Lady Anastasia Doger, la hija del duque de Grafton, no podía creerse su buena fortuna. ¡Estaba entre los poderosos brazos del pecaminoso hermano Taverham! Así que, allí, al amparo de las sombras, con el silencio como único testigo de un encuentro inesperado, decide ser valiente y reclamar lo que siempre quiso.

Él, como el pícaro que es, no puede negarse un momento de satisfacción, pues, ¿qué mal podría provocar un simple beso? El drama que se avecina es imprevisible. Uno no anda besándose con la hija de un duque sin que se desate una furiosa tormenta.

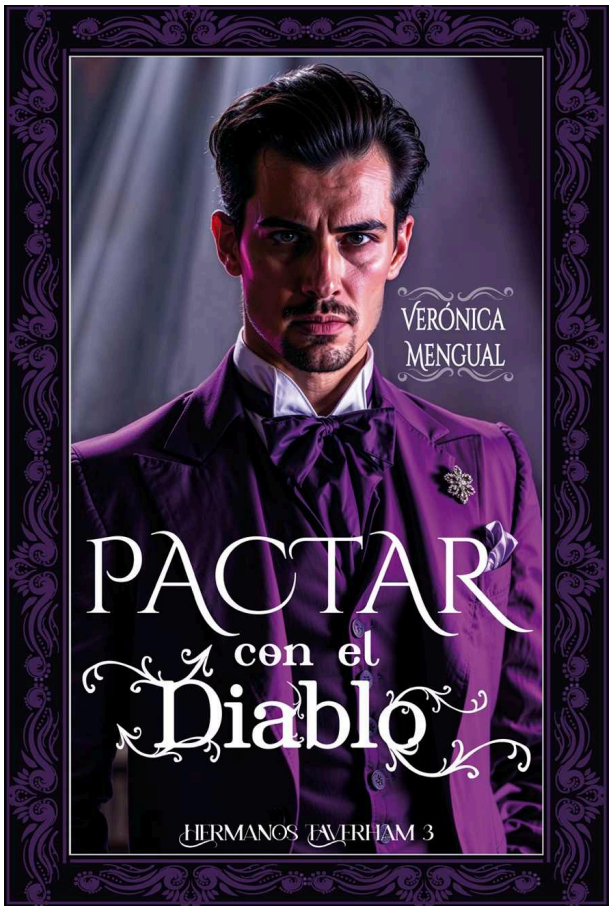
¿Qué sucederá entre **lord Julian** y **lady Anastasia**? Nada bueno si no logran salir del entuerto en el que se han metido.

«Pactar con el diablo»

Una obsesión desesperada

(Hermanos Taverham nº 3)

Link: https://mybook.to/Zfjh3



Dorian Taverham ha sobrevivido a su estigma como hijo ilegítimo de un conde. No se puede quejar, o tal vez sí, porque el precio que ha pagado para poder seguir adelante ha oscurecido su alma, tanto como para acabar siendo un diablo.

El **Ángel Negro de St. Giles** no tiene sentimientos tiernos ni tampoco hay ni un gramo de azúcar corriendo por sus venas, ¡se pegaría un tiro si así fuese! Aunque, a pesar de saber que la luz no es para un tipo como él, no puede evitar prestarle atención a una joya de incalculable valor que podría poner todo su mundo del revés si se lo permitiese.

Cuando **lady Ofelia Mabry** comprende que los planes que su padre tiene para ella no son los que había supuesto, es demasiado tarde para escapar de un destino cruel. Lo que ella no esperaba, mientras ese desconocido le ofrecía un pacto inaceptable, era que acabaría vendiendo su alma para no poder recuperarla nunca.

Un hombre duro y arrogante, hecho a sí mismo. Una mujer que ha sido criada para ser esposa y madre… El choque de sus clases sociales y convicciones provocará un auténtico terremoto en esta última novela de la serie los Hermanos Taverham *de Verónica Mengual.*

Aclaración sobre los Taverham

Mis queridísimas bellas y fieles lectoras:

Finalizamos una aventura formada por tres libros, como siempre, son historias independientes publicadas en exclusiva en Amazon.

Terminar esta trilogía ha sido una de las experiencias más divertidas y emocionantes como escritora. *Pactar con el diablo* pone punto final al viaje de los hermanos Taverham, tres hombres tan diferentes como inolvidables, que me han acompañado durante muchos meses, a veces incluso en sueños.

Sebastian, con su ironía protectora y su sentido del deber. Julian, el encantador incorregible que encontró redención donde menos lo esperaba. Y Dorian, el más sombrío, el más herido, el que quizá llevaba a cuestas el peso más grande de todos: haber sido marcado como bastardo por un sistema que lo

condenaba incluso antes de tener voz. Y por su propio padre. Un fanático enfermo que en verdad se merece estar en el infierno, lugar en el que Dorian está convencido de que mora.

Narrar la historia del menor de los Taverham no ha sido fácil. Ha sido un viaje emocional más oscuro, más visceral, más áspero que los anteriores. Pero también ha sido profundamente catártico. Porque, a veces, el amor verdadero nace en los rincones donde no hay luz. Y yo quería contar eso: que no todo es de color de rosa, que hay amores que curan, que hay heridas que no desaparecen pero sí se abrazan… y que todos, incluso los que creen no merecerlo, tienen derecho a ser amados.

Estoy satisfecha con el crecimiento de los personajes, la intensidad emocional y la construcción de un vínculo que no se apoya solo en la atracción, sino en la entrega total. Dorian no necesitaba una mujer dócil que lo salvara, sino una loba como Ofelia: fuerte, desafiante, capaz de mirarlo a los ojos y recordarle que merecía amor, a pesar de todo. Además, no quise que el primer amor de Ofelia fuese un ser ruin, necesitaba ponérselo difícil a Dorian en ese aspecto. Fue duro optar por el capitán Everdon como el salvador, pero quería sorprenderos

también y que nuestro protagonista entendiera que no era el único capaz de salvar a su dama.

He trabajado con cariño, como siempre trato de hacer, la ambientación y los pequeños detalles —el protocolo, la moda, las costumbres— porque soy lectora antes que autora, y sé cuánto se agradece sentir que una novela romántica histórica está bien tejida, con respeto al pasado y al género, aunque, como sabéis, me gusta saltarme las reglas a menudo. Confío en que me disculpéis por las licencias que me tomo en esta ficción.

Gracias por haberme acompañado hasta aquí, por querer a estos hermanos como si fueran vuestros. Por cada mensaje, cada reseña, cada lágrima compartida y cada sonrisa. Gracias por dejarme ser parte de vuestras emociones también y por elegirme para entreteneros.

Y recordad siempre que no hay redención más dulce que la de un hombre que nunca creyó que alguien lo amaría… hasta que la elegida lo hace.

Llegados a este punto, solo queda recordaros, de nuevo, y no me canso de decíroslo, que os amo mucho, mucho, muchísimo, no lo olvidéis.

Así que, por favor, y con mucha humildad, os vuelvo a pedir que me sigáis con mi próximo proyecto.

Quería ponerme con el hijo de York, Gabriel, pero tengo un par de ideas que me llaman a gritos y no sé por dónde iré. Os prometo, eso sí, que no descansaré hasta traer una nueva historia que os haga suspirar.

Y ahora, por otro lado, quería recordaros que es muy importante para las escritoras que dejéis la valoración, y si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta tarde para ponerme mañana por la mañana con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tenéis, escribiendo como una esclava para vosotras, porque os adoro.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1